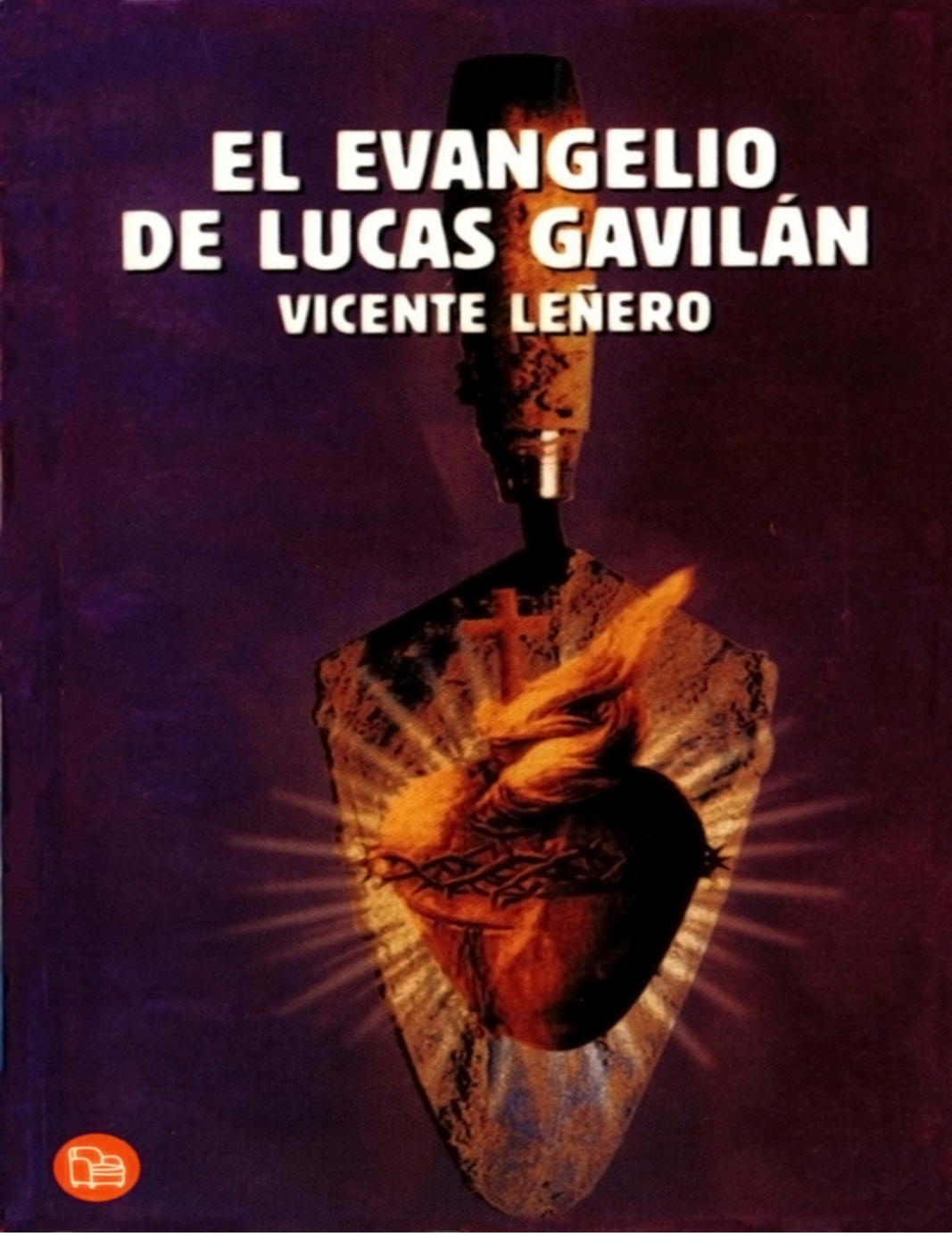
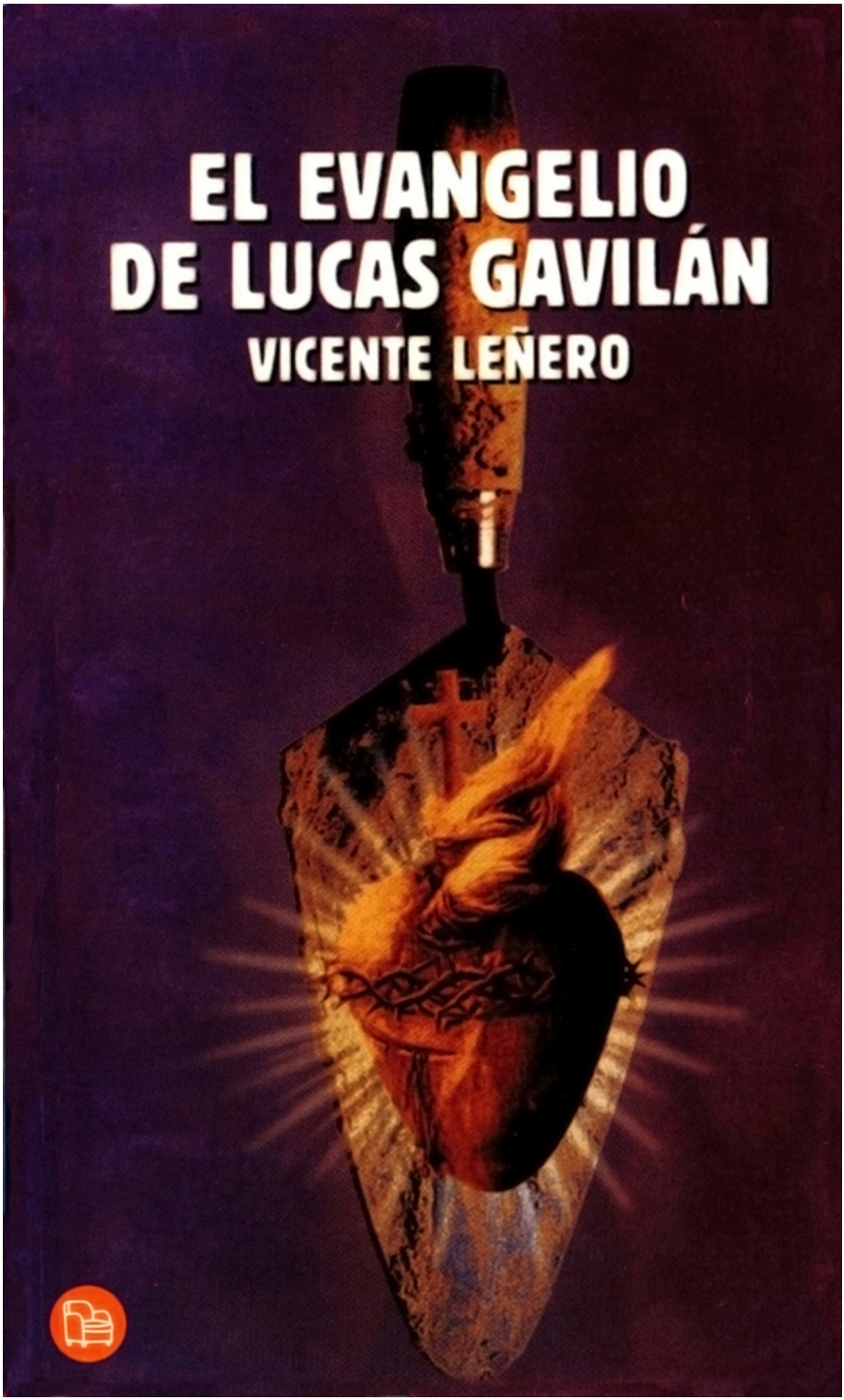
EL EVANGELIO DE LUCAS GAVILÁN

VICENTE LEÑERO



EL EVANGELIO DE LUCAS GAVILÁN

VICENTE LEÑERO



VICENTE LEÑERO

El Evangelio de Lucas Gavilán

punto de lectura

Índice

Portadilla
Índice
Dedicatoria
Prólogo (1, 1-4)
I. Nacimiento y vida oculta de Juan el Bautista y de Jesús
  Anuncio del nacimiento de Juan el Bautista (1, 5-25)
  La Anunciación (1, 26-38)
  La Visitación. El Magnificat (1, 39-56)
  Nacimiento de Juan el Bautista (1, 57-58)
  Circuncisión de Juan el Bautista. El Benedictus (1, 59-79)
  Vida oculta de Juan el Bautista (1, 80)
  Nacimiento de Jesús y visita de los pastores (2, 1-20)
  Circuncisión de Jesús (2, 21)
  Presentación de Jesús en el templo. El Nunc dimittis. Profecía de Simeón. Profecía de Ana (2, 22-38)
  Vida oculta de Jesús en Nazaret (2, 39-40)
  Jesús entre los doctores (2, 41-50)
  Más sobre la vida oculta (2, 51-52)
II. Preparación del ministerio de Jesús
  Predicación de Juan el Bautista (3, 1-18)
  Prisión de Juan el Bautista (3, 19-20)
  Bautismo de Jesús (3, 21-22)
  Genealogía de Jesús (3, 23-38)
  Tentaciones en el desierto (4, 1-13)
III. Ministerio de Jesús en Galilea
  Comienzo de la predicación (4, 14-15)
  Jesús en Nazaret (4, 16-30)
  Jesús enseña en Cafarnaúm y cura a un endemoniado (4, 31-37)
  Curación de la suegra de Simón (4, 38-39)
  Numerosas curaciones (4, 40-41)
  Jesús sale ocultamente de Cafarnaúm y recorre Judea (4, 42-44)
  Vocación de los cuatro primeros discípulos (5, 1-11)
  Curación de un leproso (5, 12-16)
  Curación de un paralítico (5, 17-26)
  Vocación de Leví. Comida con los pecadores en casa de Leví. Discusión sobre el ayuno (5, 27-39)
  Las espigas arrancadas en sábado (6, 1-5)
  Curación del hombre de la mano seca (6, 6-11)
  Elección de los Doce (6, 12-16)
  La muchedumbre sigue a Jesús. Discurso inaugural. Las

bienaventuranzas. Las maldiciones. Amor a los enemigos. Misericordia y beneficencia. Celo bien ordenado. Necesidad de las obras (6, 17-49)
Curación del siervo del centurión (7, 1-10)
Resurrección del hijo de la viuda de Naím (7, 11-17)
Pregunta del Bautista y testimonio de Jesús. Jesús juzga a su generación (7, 18-35)
La pecadora perdonada (7, 36-50)
Mujeres que acompañaban a Jesús (8, 1-3)
Parábola del sembrador. Por qué habla Jesús en parábolas. Explicación de la parábola del sembrador. Cómo recibir y transmitir las enseñanzas de Jesús (8, 4-18)
El verdadero parentesco de Jesús (8, 19-21)
La tempestad calmada (8, 22-25)
El endemoniado de Gerasa (8, 26-38)
Curación de una hemorroísa y resurrección de la hija de Jairo (8, 40-56)
Misión de los doce (9, 1-6)
Herodes y Jesús (9, 7-9)
Vuelta de los apóstoles y multiplicación de los panes (9, 10-17)
Profesión de fe de Pedro. Primer anuncio de la Pasión. Condiciones para seguir a Jesús. Próxima venida del Reino (9, 18-27)
La Transfiguración (9, 28-36)
El endemoniado epiléptico (9, 37-43)
Segundo anuncio de la Pasión. ¿Quién es el mayor? Empleo del nombre de Jesús (9, 44-50)
IV. La subida a Jerusalén
Mala acogida en un pueblo samaritano (9, 51-56)
Exigencias de la vocación apostólica. Misión de los setenta y dos discípulos. De qué deben alegrarse los apóstoles. El Evangelio revelado a los sencillos. El Padre y el Hijo. Privilegio de los discípulos (9, 57-62; 10, 1-24)
El gran mandamiento. Parábola del buen samaritano (10, 25-37)
Marta y María (10, 38-42)
El Padre Nuestro. El amigo importuno. Eficacia de la oración (11, 1-12)
Jesús y Beelzebul. Intransigencia de Jesús. Estrategia de Satanás. La verdadera dicha (11, 14-28)
La señal de Jonás (11, 29-32)
Dos “logia” sobre la lámpara (11, 33-36)
Contra los fariseos y los legistas (11, 37-53)
Hablar francamente y sin temor (12, 1-12)
No acumular riquezas. Abandono en la Providencia. Vender los bienes y hacer limosnas (12, 13-34)

Estar preparados para cuando vuelva el Señor (12, 35-48)
Jesús ante su Pasión. Jesús, causa de disensión (12, 49-53)
Las señales de los tiempos (12, 54-59)
Invitación a la penitencia (13, 1-15)
Parábola de la higuera estéril (13, 6-9)
Curación en sábado de la mujer encorvada (13, 10-17)
Parábola del grano de mostaza. Parábola de la levadura (13, 18-21)
La puerta estrecha. Reprobación de los judíos infieles y vocación de los gentiles (13, 22-30)
Herodes el astuto. Apóstrofe a Jerusalén (13, 31-35)
Curación de un hidrópico en sábado. Elección de asientos. Elección de invitados. Los invitados que se excusan (14, 1-24)
Renuncia a todo lo que se ama. Renuncia a los bienes. No perder la eficacia (14, 25-35)
Las tres parábolas de la misericordia. La oveja perdida. La dracma perdida. El hijo perdido y el hijo fiel: "El hijo pródigo" (15, 1-32)
El administrador infiel. Buen uso de las riquezas. Contra los fariseos, amigos de las riquezas. Al asalto del Reino. Perennidad de la Ley. Indisolubilidad del matrimonio (16, 1-18)
El rico malo y Lázaro el pobre (16, 19-31)
El escándalo. Corrección fraterna. Poder de la fe (17, 1-6)
Servir con humildad (17, 7-10)
Los diez leprosos (17, 11-19)
La venida del reino de Dios. El Día del Hijo del hombre (17, 20-37)
El juez inicuo y la viuda importuna (18, 1-8)
El fariseo y el publicano (18, 9-14)
Jesús y los niños (18, 15-17)
E1 joven rico. Peligro de las riquezas. Recompensa prometida al desprendimiento (18, 18-30)
Tercer anuncio de la Pasión (18, 31-34)
El ciego de Jericó (18, 35-43)
Zaqueo (19, 1-10)
Parábola de las minas (19, 11-27)
V. Ministerio de Jesús en Jerusalén
Entrada mesiánica en Jerusalén. Jesús aprueba las aclamaciones de sus discípulos (19, 28-40)
Lamentación sobre Jerusalén (19, 41-44)
Expulsión de los vendedores del templo. Jesús enseña en el Templo (19, 45-48)
Controversia sobre la autoridad de Jesús (20, 1-8)
Parábola de los viñadores homicidas (20, 9-19)
El tributo debido al César (20, 20-26)
La resurrección de los muertos (20, 27-40)
Cristo, hijo y Señor de David. Los escribas juzgados por Jesús (20,

41-47)
El óbolo de la viuda (21, 1-4)
Discurso sobre la ruina de Jerusalén. Señales precursoras. Asedio a Jerusalén. La catástrofe y el tiempo de los gentiles. Catástrofes cósmicas y venida del Hijo del nombre. Parábola de la higuera. Estar alerta para no ser sorprendidos (21, 5-36)
Los últimos días de Jesús (21, 37)
VI. La Pasión
Conspiración contra Jesús y traición de Judas (22, 1-6)
Preparativos para la cena pascual (22, 7-13)
La cena pascual. Institución de la Eucaristía. Anuncio de la traición de Judas. ¿Quién es el mayor? Recompensa prometida a los apóstoles. Anuncio de la negación y del arrepentimiento de Pedro. La hora del combate decisivo (22, 14-38)
Agonía de Jesús. Prendimiento de Jesús (22, 39-53)
Negaciones de Pedro (22, 54-62)
Primeros ultrajes (22, 63-65)
Jesús ante el Sanedrín (22, 66-71)
Jesús ante Pilatos (23, 1-7)
Jesús ante Herodes (23, 8-12)
De nuevo Jesús ante Pilatos (23, 13-25)
Camino del Calvario. La Crucifixión. Jesús en la cruz ultrajado. El "buen ladrón". Muerte de Jesús. Después de la muerte de Jesús (23, 26-49)
Sepultura de Jesús (23, 50-56)
VII. Después de la Resurrección
El sepulcro vacío. Mensaje del Ángel. Los apóstoles no creen a las mujeres. Pedro en el sepulcro (24, 1-12)
Los discípulos de Emaús. Aparición a los apóstoles. Últimas instrucciones a los apóstoles. La Ascensión (24, 13-53)
Página de créditos
Grupo Santillana

A Estela, mi mujer.
A Estela, Isabel, Eugenia y Mariana, mis hijas.

Prólogo

(1, 1-4)
Querido Teófilo:

Recorro con este libro un camino sumamente transitado. Al margen de los tratados teológicos y exegéticos, de los estudios polémicos y de los incontables trabajos apologéticos y piadosos, la literatura, el cine, el teatro, han tomado con tal frecuencia la figura de Jesucristo para conformar toda suerte de biografías, novelas, adaptaciones de los evangelios y paráfrasis, que la sola idea de escribir una nueva obra literaria sobre el tema se antoja en estos tiempos poco menos que inaguantable. Pese a ello, y no obstante los obstáculos insalvables que me acosaban, decidí intentar mi propia versión narrativa impulsado por las actuales corrientes de la teología latinoamericana. Los estudios de Jon Sobrino, de Leonardo Boff, de Gustavo Gutiérrez y de tantos otros, pero sobre todo el trabajo práctico que realizan ya numerosos cristianos a contrapelo del catolicismo institucional me animaron a escribir esta paráfrasis del *Evangelio según San Lucas* buscando, con el máximo rigor, una traducción de cada enseñanza, de cada milagro y de cada pasaje al ambiente contemporáneo del México de hoy desde una óptica racional y con un propósito desmitificador. Mirado con criterios históricos, el intento resulta disparatado en su origen porque es imposible hallar equivalencias lógicas de la época de Jesucristo a la concreta y muy compleja realidad nacional de los días que vivimos. Sólo un alarde de cinismo literario podía forzar los hechos a tales extremos, pero no encontré una manera mejor de reescribir el evangelio de Lucas con estricta fidelidad a su estructura y a su espíritu. Sea como sea, querido Teófilo, en esta necedad reside a mi juicio la más evidente limitación de mi paráfrasis.

En mi trabajo seguí la versión castellana de la *Biblia de Jerusalén* ateniéndome a su división y titulación de capítulos y párrafos, y consignando siempre los versículos referidos. Sólo por excepción trastoqué en cuestiones de detalle algún encabezamiento, y en ocasiones, cuando se trataba de reproducir párrafos textuales, consulté la versión popular del Nuevo Testamento (*Dios llega al hombre*) elaborada por las Sociedades Bíblicas en América Latina. No pocas de las adaptaciones propuestas son ajenas a mi imaginación. Derivan de homilías, conversaciones con amigos, artículos teológicos o interpretaciones y sugerencias incluidas en libros. Aunque desde luego me fue necesario comparar la versión de Lucas con las que dan los

otros evangelistas en relación con diversos episodios, me apoyé estrictamente en el autor elegido, y nada más cuando lo consideré fundamental incluí algún dato desechado por él.

Sobra apuntar que mi libro no pretende en modo alguno violentar la sensibilidad de los cristianos, a quienes va dirigido muy especialmente con el ánimo de acrecentar las enseñanzas que hemos recibido y fortalecer y depurar nuestra fe.

Espero que tú y mis lectores, ilustre Teófilo, lo entiendan así.

Con el cariño de siempre te abraza:

LUCAS **G**AVILÁN

MÉXICO, D. F., **P**ASCUA DE **R**ESURRECCIÓN DE **1979**

I

NACIMIENTO Y VIDA OCULTA DE JUAN EL BAUTISTA Y DE JESÚS

Anuncio del nacimiento de Juan el Bautista (1, 5-25)

Doña Gabi llegó corriendo al templo donde Zacarías Bautista la hacía de sacristán.

Zacarías era un hombre de sesenta y tantos años y su mujer Isabel ya pasaba de los cincuenta. No tenían hijos: por eso se les veía siempre de mal humor o agorzomados. Cuando cumplieron los primeros diez años de marido y mujer, Zacarías e Isabel ofrecieron penitencias y mandas a todos los santos conocidos para que Dios les hiciera el milagro de mandarles un chamaco. Nada. Ni el Santo Niño de Atocha, ni el Cristo del Gran Poder, ni Judas Tadeo, ni Santa Rita de Casia, ni la Virgen de Guadalupe, ni el Señor de Chalma, ni San Martín de Porres, ni la Virgen del Sagrado Corazón abogada de las causas difíciles y desesperadas dieron señales de escuchar las súplicas. Tampoco sirvieron pócimas y exorcismos, y menos las tretas de doña Gabi. Un doctor que pasó por el pueblo camino de la ciudad recetó a Isabel unos chochos amarillos, pero Isabel se acabó dos frascos y su visita se le siguió presentando cada mes. Luego empezó a sentirse vieja. Con la vejez y la tristeza fue perdiendo la esperanza por más que Zacarías le hacía la lucha todos los sábados y por más que doña Gabi inventaba nuevas tretas increíbles.

Doña Gabi entró en el templo cuando Zacarías estaba cambiando la vela del Santísimo.

—Ora sí ya se te hizo —gritó doña Gabi como si estuviera en la calle y no en la iglesia, sin hacer caso de las beatas arrodilladas en los reclinatorios.

Las beatas papalotearon los ojos hacia doña Gabi y Zacarías, y al rato empezaron a cuchichear de banca a banca.

Zacarías llevó a doña Gabi detrás de una columna, cerca de la pila bautismal.

—¿Es seguro? —preguntó Zacarías con los ojillos brincándole.

—Segurísimo, yo sé de esto. —Y le explicó que el milagro le llegaba de un brebaje de Juan San Juan, el hechicero, que Isabel había estado tomando en ayunas todas las mañanas de todo el mes.

—Voy a ver a Juan San Juan para pagarle lo que me pida —dijo

Zacarías.

—No —dijo doña Gabi—. Juan San Juan no quiere paga.

—Entonces le haré una fiesta como no se ha visto nunca en el pueblo.

—No —volvió a decir doña Gabi mientras Zacarías se agitaba del puro gusto, como un chamaco—. Juan San Juan tampoco quiere fiestas ni alborotos. —La mujer bajó la voz.— Ya ves lo que pasó cuando el hijo de Engracia.

Juan San Juan había curado al hijo de Engracia de un mal de ojo que se lo estaba llevando a la tumba, y en lugar de recibir felicitaciones recibió puros disgustos. El padre Jiménez lo acusó de andar haciendo pactos con el diablo y luego lo denunció con los de Salubridad. Llegando llegando los de Salubridad le destruyeron sus triques, se llevaron sus pócimas, y con amenazas de meterlo en la cárcel le prohibieron seguir practicando curaciones en el pueblo y los alrededores: Cuidadito cabrón, si te agarramos otra vuelta te chingas en la cárcel de aquí hasta que te mueras, cabrón. Juan San Juan prometió dejar por la paz sus curaciones, pero como no sabía hacer otra cosa y como era mucha la clientela que lo buscaba volvió a las andadas, aunque calladito, en la clandestinidad. Algún día me pedirán perdón y tal vez hasta le pongan mi nombre a este pueblo, decía Juan San Juan a sus amigos cuando se le pasaban los tragos, resentido el pobre hechicero, ya muy viejo muy viejo, cayéndose de pura ancianidad.

—Lo único que Juan San Juan te pide es que cuando nazca tu hijo le pongas Juan de nombre —dijo doña Gabi a Zacarías—. Tiene sus presentimientos el pobre viejo. Según dice, tu hijo será famoso, hará grandes cosas, irá de pueblo en pueblo gritando a todo mundo sus verdades. Y a Juan San Juan le gustaría irse a la tumba sabiendo que tu hijo lleva el nombre de un tipo al que socabajearon los dueños de este pueblo. En eso sueña y eso me pidió que te dijera.

—Orita mismo voy a gritar por todo el pueblo que mi hijo se llamará como Juan San Juan —exclamó Zacarías.

El sacristán estaba eufórico. Se le hacía tarde para empezar a desperdigar la noticia a los cuatro vientos.

—Pérate, shhh. —La mano de doña Gabi lo detuvo. Al otro extremo de la iglesia, frente al altar del Cristo del Gran Poder, las beatas formaban ahora una bolita y echaban ojos de lumbre a doña Gabi y Zacarías. De seguro no alcanzaban a oír la plática pero olfateaban el chisme. Algo gordo se traen, ¿tú no crees? Mira que venir a la iglesia esa maldita. A ver si pescas algo. Y fíjate cómo está don Zacarías, ya ni encendió la vela del Santísimo.

Doña Gabi caminó con Zacarías rumbo a la puerta del templo. Las beatas iban detrás.

—Mejor no digas a nadie que Isabel está cargada —dijo doña Gabi.

—Pero es para festejarlo —protestó Zacarías.

Las beatas murmuraron: ¿Qué dijo? ¿Van a festejar qué cosa?

—Todavía no —dijo doña Gabi—. Dios no lo quiera, pero qué tal si la criatura se malogra.

—Ni lo mande la Virgen —se asustó Zacarías.

Las beatas murmuraron: Algo se traen con Dios y con la Virgen. Algo de una criatura.

—Espérate a que se le note a Isabel o a que el niño nazca, no les des a estas viejas el gusto de ir con el chisme.

—Pensándolo bien es cierto —dijo Zacarías.

—Tú chitón —sentenció doña Gabi, a manera de adiós, cuando salieron del templo.

Cada quien agarró su rumbo, y aunque Zacarías iba rapidito lo alcanzaron Piedad y Leonor, dos de las beatas.

—¿Malas noticias don Zacarías? —preguntó Leonor.

—¿Le pasa algo a Chabelita? —preguntó Piedad.

Zacarías las miró un rato largo, y como si se hubiera quedado mudo echó a caminar rumbo a su casa.

Desde aquel día la gente del pueblo empezó a llamar El Mudo a Zacarías, porque de boquiflojo que era se volvió silencioso y cazurro. Con puros gestos respondía cuando le preguntaban por Isabel: ¿Qué le pasa a Chabelita?, ya no se le ve en el mercado, ni en la iglesia, ni en el río a la hora 0 de la lavada. ¿Está enferma? ¿Anda otra vuelta con las reumas? A todo Zacarías contestaba no con la cabeza, mientras se entregaba con más ganas a su trabajo en el templo.

Cinco meses se pasó la mujer del sacristán encerrada a piedra y lodo dentro de su casa. Desde la calle se le oía cantar a veces, muy quedito, aquella canción que aprendió de niña cuando hizo su primera comunión:

> Dios mío, Dios mío, acércate a mí;
> paloma sedienta que vuela hacia ti.

La Anunciación (1, 26-38)

Isabel, la mujer de Zacarías Bautista, tenía una sobrina llamada María David que para principios de mayo iba a casarse con José Gómez, el albañil.

Entrado el mes de marzo, María David fue a ver a doña Gabi.

Después de revisarla de arriba abajo y tentalearla con mucho cuidado, doña Gabi le dio la noticia. Agregó, parpadeando el ojillo izquierdo y soltando una risita:

—Se adelantaron, eh…

María David se estaba alisando todavía la falda. No respondió.

—Es de José, ¿verdad? —agregó doña Gabi.

—No —dijo María David.

Los ojos de doña Gabi se pusieron redondos redondos. Cuando se le pasó la sorpresa se acercó a la muchacha y le acarició el cabello como para darle confianza, pero María David no parecía con ganas de sincerarse.

—No tienes por qué decirle nada, a lo mejor ni se entera —dijo doña Gabi.

María David bajó la cabeza.

—¿Piensas platicárselo antes del casorio?

—Sí —dijo María David al tiempo que cogía su suéter y se ponía de pie.

La muchacha caminó hasta la puerta sin mirar a doña Gabi. Se detuvo cuando sintió la mano de la comadrona sobre su hombro y la oyó decir, con un tonito malicioso:

—No te aflijas, si quieres yo puedo arreglarlo, todavía estamos a tiempo.

Empezó a llover. Las gotas caían como pedradas sobre el techo de ladrillo.

—Te dejo como nueva, no te pasa nada. Piénsalo.

—No —dijo María David con voz muy fuerte—. Que se haga la voluntad de Dios. —Y salió rápidamente de casa de doña Gabi.

La Visitación. El Magnificat (1, 39-56)

Isabel andaba por el sexto mes cuando María David fue hasta el pueblo de su tía para quedarse con ella unas semanas. Tan luego se abrazaron y se besaron, tía y sobrina le dieron vuelo a su plática de mujeres. Isabel le contó de sus achaques: que ya estaba vieja para andar en esos trotes, que se pasaba las noches en vela sude y sude, con calentura; que luego el niño se le encajaba de este lado y eran unos dolores espantosos y unos calambres horribles en las piernas, de morirse; pero bendito sea Dios no había trazas de que se malograra la criatura; todo iba bien a pesar de los achaques y estaba muy contenta de ver a María David en su casa, la única de sus parientes que se acordaba de ella, bendita entre las mujeres; qué alegría verte, le decía, qué gusto tenerte aquí.

María David dejó hablar un buen rato a la tía antes de confiarle su secreto.

—Ya lo sabía —le sonrió Isabel.

—¿Te lo dijo doña Gabi?

—También me dijo que te aconsejó echarlo.

—Pero yo no quise —dijo María David.

—Hiciste muy bien. No hay nada como tener un niño. Es una

felicidad del tamaño del cielo. Así sufras mucho y pases vergüenzas, no te arrepentirás. Es tuyo; hiciste bien en defenderlo.

María David se animó:

—Yo le doy gracias a Dios y le pido fuerzas, pero sí, estoy contenta.

Durante el tiempo en que María David estuvo en casa de su tía, las dos mujeres se la pasaron haciendo planes sobre sus hijos. Isabel le contó de los brebajes de Juan San Juan para explicarle por qué bautizaría a su escuincle con el nombre del hechicero y no con el de su marido.

—¿Al tuyo cómo le vas a poner?

—Si es hombre le pondré Jesucristo —respondió María David.

Isabel puso cara de no puede ser:

—Así no se llama nadie —repeló—. Solamente Dios, el que murió en la cruz.

—Precisamente por eso —dijo María David.

—¿Por eso qué? No te entiendo.

Y fue cuando María David dijo:

—Jesucristo vino a defender a los pobres y a luchar contra las injusticias. Maldijo a los ricos. Combatió a los explotadores. Dio su vida para cambiar este mundo… Por eso quiero que mi hijo se llame Jesucristo —terminó María David.

Isabel miraba con susto a su sobrina. No la conocía tan brava.

—¿Dónde aprendiste esas cosas? —le preguntó.

María David se quitó de la frente el mechón de pelo. Se le veía contenta, como iluminada.

Nacimiento de Juan el Bautista (1, 57-58)

Le llegó a Isabel el tiempo de dar a luz y tuvo un varoncito. Todo el pueblo se alegró con ella. Hasta las beatas de la iglesia la felicitaron. Piedad y Leonor fueron las primeras en ir a verla:

—A tu edad es un milagro —cacareó Piedad.

—Tienes que darle gracias a Dios —chilló Leonor.

—Ahora estás obligada a cumplir todas tus mandas porque si no te va a castigar la Virgen —volvió a cacarear Piedad.

—Se te puede morir el niño si no cumples tus promesas —volvió a chillar Leonor.

—Claro que sí, claro que sí —respondía Isabel mientras el recién nacido chupaba con voracidad su pecho izquierdo.

Circuncisión de Juan el Bautista. El Benedictus (1, 59-79)

A los ocho días de nacido el niño, Zacarías e Isabel fueron a bautizarlo en compañía de toda la parentela y los amigos del pueblo. Los padrinos daban por hecho el nombre de Zacarías para el ahijado, pero

antes de que el padre Jiménez le echara el agua bendita, Isabel intervino:

—Se llamará Juan —dijo muy seria.

—¿Cómo que Juan? —protestó el padrino.

—No hay nadie en tu familia con ese nombre —agregó la comadre.

Se desató la alegata. Los padrinos jalonearon a Zacarías para obligarlo a protestar también porque pensaban que el nombrecito era sólo un capricho de Isabel.

—No le tengas miedo. ¿Verdad que tú quieres que se llame como tú?

—No —dijo Zacarías—. Se llamará Juan.

Lo dijo en tono tan golpeado que ya ni el padre Jiménez se atrevió a intervenir: pronunciando el nombre de Juan chorreó la cabeza del chamaco con el agua bendita, y mientras el chamaco berreaba, los padrinos y la parentela no hacían sino mirarse como diciendo: Quién sabe qué se traen éstos, caray, de dónde sacarían esa ocurrencia. ¿No será por Juan San Juan? Ni lo mande Dios, Piedad. Ni lo permita la Virgen, Leonor.

Para celebrar el bautizo hubo una gran comilona en casa de Zacarías. El sacristán estaba desconocido, ya ni quien se acordara de su apodo: hablaba como tarabilla y bebía sin parar cerveza tras cerveza. Ya ebrio se lanzó a cantar viejísimas canciones acompañado a la guitarra por el chuntata chuntata de su nuevo compadre. Cantó también corridos de la Revolución y de la guerra cristera. Cantó el "Nuestro México, febrero veintitrés", el de la muerte de Emiliano Zapata, el de Quirino Navarro y el del fusilamiento del general Felipe Ángeles. Terminó con el corrido del agrarista, ya muy entrada la noche, cuando los pocos invitados aguantadores se levantaban tambaleándose para ir a orinar en el corralón o de plano se caían dormidos en el suelo o sobre las mesas de tablas.

Hasta la plaza y el templo llegó la voz carrasposa de Zacarías el sacristán:

> Voy a empezar a cantarles
> la canción del agrarista,
> les diré muchas verdades
> señores capitalistas.
>
> Mucho tiempo padecimos
> la esclavitud del vendido
> hasta que al cabo pudimos
> ver nuestro triunfo reunido.

Cantaba Zacarías a todo pulmón.

El padre Jiménez no podía dormir, vuelta y vuelta en su cama de

tamaño matrimonial. Juan San Juan sonreía en las afueras de la cueva hasta donde llegaba la voz de Zacarías como un hilito. El cabo de la guarnición municipal fue a darse una vuelta, por si las dudas.

Cantemos todos unidos
la más bonita canción:
la canción de la esperanza,
la libertad y la unión.

Ay ay ay,
luchando por nuestro anhelo
murieron muchos hermanos,
que Dios los tenga en el cielo.

Vida oculta de Juan el Bautista (1, 80)

Desde chiquillo Juan Bautista dio señales de ser un tipo inquieto, muy avispado. Cuando murieron sus padres se fue del pueblo sin decir a dónde. Algunos dicen que se fue a la ciudad y allá se volvió gente instruida; al parecer entró en el seminario por recomendación de un cura amigo, pero colgó los hábitos antes de empezar el teologado. Según otros, Juan Bautista vivió como dos años en el norte con un pariente, y el pariente se lo llevó de bracero al otro lado; allá vivieron la de cosas: lucharon por la causa de los chicanos, sufrieron cárceles y hambres, y terminaron deportados. Por último, hay quienes aseguran que anduvo en las sierras de Campeche con un grupo de alzados, echando bala. La verdad es que nadie supo nada de Juan Bautista hasta que regresó a su pueblo, cuando tenía como treinta años.

Nacimiento de Jesús y visita de los pastores (2, 1-20)

Cuando se casó con María David, José Gómez puso a nombre de su mujer la casita y el terreno que tenía a orillas del camino viejo. Él mismo había levantado la construcción con sobrantes y desperdicios de las obras donde trabajaba: ora le regalaban unos tabiques, ora unos bultos de cemento, arena, confitillo, una viga, ventanas rotas, una puerta apolillada. En el terreno levantó además un corralito para un par de guajolotes y un palomar; también removió y abonó la tierra para sembrar que maíz, que frijol, que alguna hortaliza, porque no siempre había trabajo en la construcción y no quería que la de malas lo agarrara desprevenido.

Casita y terreno puso José Gómez a nombre de María David, por eso cuando se vino el lío de la carretera, a pocos meses del casorio, María David necesitó acompañar a su marido a la mera ciudad de México.

La cosa sucedió de buenas a primeras: una mañana se aparecieron unos tipos cargados de aparatos y cintas para medir, y cuando José

Gómez les preguntó qué andan haciendo, le contestaron que por allí iba a pasar la carretera y a su terreno se lo iba a llevar el diablo porque estaba en propiedad federal. José Gómez recibió como un trancazo la noticia de su desgracia. Aunque sus papeles parecían en regla muy poco se podía hacer de seguro para evitar la expropiación, a menos que fueran a la capital, porque en el pueblo el comisario ejidal estaba también hecho bolas, y trataran de hacer valer sus derechos o de perdida conseguir una indemnización.

El albañil dudó entre aventarse o no al viaje. Además de no saber ni pío de cuestiones legales, su mujer estaba ya muy cerca de aliviarse del niño, y un ajetreo como el de ir a México y andar de un lado para otro en quién sabe cuántas oficinas podía hasta malograr la criatura. Fue ella quien lo convenció:

—No vamos a cruzarnos de brazos —dijo enojada María David—. Seguro que vamos, cómo de que no; yo me aguanto.

Hicieron el viaje de pie, en un Flecha Roja repleto, y apenas llegaron a la terminal preguntaron cómo dar con las direcciones que el comisario ejidal les había anotado en un cacho de papel estraza. Toda la mañana y toda la tarde duró el calvario de María David y José Gómez. De Herodes a Pilatos los trajeron de edificio a edificio y de oficina a oficina. Que firme aquí y que firme allá, que llene un formulario, que saque fotostáticas de sus escrituras, que necesita una declaración de extrañamiento con tres copias y la firma del comisariado ejidal, que hasta mañana no lo puede atender el encargado porque está en un acuerdo, que primero necesita comprar timbres fiscales y formar cola en la ventanilla tres. Un coyote les propuso acelerar los trámites por mil doscientos pesos, y el secretario de un líder de la Confederación Nacional Campesina prometió conseguirles para el viernes una audiencia con un licenciado muy influyente que está luchando duro contra esta clase de atropellos.

En todas las oficinas, pasillos, escaleras, patios de los edificios que recorrieron, María David y José Gómez tropezaron con campesinos y campesinos que eran el puro retrato de la desesperanza.

—Pobre gente —murmuraba María David al escuchar al paso el final o el principio de una protesta, de una súplica, de un quejumbre lanzados al aire sobre los escritorios, contra las puertas, hacia los despachos invencibles—. Pobre gente.

Ya era de noche cuando el matrimonio abandonó la plaza de Santo Domingo en donde un evangelista, por cincuenta pesos, les escribió a máquina la declaración de extrañamiento, con sus tres copias. Al día siguiente continuarían los trámites; al día siguiente hablarían de nuevo con el secretario del líder o a lo mejor, ni modo, buscarían la ayuda del coyote. Ahora lo urgente era buscar un hotel donde pasar la noche.

María David no se había quejado una sola vez, pero con mirar su cara y oír sus jadeos José Gómez tenía de sobra para darse cuenta de que la pobre ya no podía más. Le pesaba el vientre, como si llevara dentro una piedra.

—No puedo más —se quejó al fin María David.

Buscando un cuarto en los hoteluchos del centro caminaron cuadras y cuadras. En ninguno había lugar. Era diciembre y las fiestas guadalupanas y navideñas repletaban de peregrinos y turistas humildes los hoteles del rumbo.

En pleno centro, en una calle angosta amurallada por antiguos edificios convertidos en vecindades, María David empezó a sentir los dolores. Se le vinieron de pronto, como un derrumbe. La mujer se colgaba del brazo de su marido y se mordía los labios para no gritar.

—Pérate pérate —le decía José Gómez.

En un momento de alivio dieron vuelta en la esquina hacia una calle en penumbras. Un grupo de muchachos escandalosos pateaba al final de la cuadra una pelota de hule. Por la ventana iluminada de un segundo piso escapaba de un radio una canción navideña. En los quicios, de tramo en tramo, parejas de prostitutas se movían apenitas: una de ellas se arreglaba con un cliente, otra disparaba chisguetes de humo, una más dobló en ángulo una pierna para apoyar el tacón en el muro de la fachada.

Las imágenes de las prostitutas golpearon los ojos de María David cuando una punzada la clavó de plano en la banqueta. Asustado, José Gómez soltó a su mujer y echó a correr hacia el zaguán abierto de la vecindad más próxima. Un perro lo recibió a ladridos, y ladrando lo persiguió por la escalera que arrancaba del centro del patio. Frente a una vivienda, José Gómez distinguió a dos mujeres. La más gorda, la que después dijo ser la portera, hizo callar al perro con un grito y escuchó de mala gana al desconocido.

El albañil le pedía por caridad un lugarcito donde pasar la noche o al menos descansar un rato: esa mañana había llegado del pueblo con su mujer, no conocían la ciudad, se la habían pasado en trajines, no encontraban hotel, su mujer estaba enferma, tenía un cólico muy fuerte; dijo nada más un cólico muy fuerte, no se atrevió a decir que estaba dando a luz.

Sin alterar su gesto de fastidio la portera oyó el relato de José Gómez. Se encogió de hombros.

—Aquí no hay dónde.

Pero la vecina se compadeció:

—Déjalos que se queden en los lavaderos; ahí está la colchoneta de Paula.

Antes de que la portera soltara un no, José Gómez dijo muchas gracias, Dios se los pague, y regresó corriendo por las escaleras.

Encontró a su mujer en el sitio donde la dejó: encogida en la banqueta, mordiéndose los labios, sudando: parecía un bulto de ropa vieja lanzado a la calle. Casi a rastras la llevó a la vecindad, hasta los lavaderos enfilados a la izquierda del arranque de la escalera y protegidos por un techo de lámina. El lugar era muy húmedo y olía horrible. Los botes de basura se desbordaban de porquería. Una rata espantada saltó de uno de ellos y se perdió en el caño por el que desaguaban los lavaderos. José Gómez encontró la colchoneta y la desenrolló. También él estaba temblando.

Cuando la portera descubrió el chorro de agua y de sangre dejado como un rastro en el patio de la vecindad, María David ya estaba tendida en la colchoneta.

—¡Válgame María Santísima! —gritó la portera—, ¡pero cómo no me dijo usted!

Con igual escándalo gritó la vecina:

—¡Jesucristo de mi vida! ¡Virgen del Carmen!

Al rato toda la vecindad era un vocerío.

La vecina mandó llamar a su hijo, uno de los muchachos escandalosos que jugaban en la calle:

—Háblale a la Cruz Roja, vete por un doctor.

Quisieron llevar a María David al interior de una vivienda, pero ya no había tiempo, era peligroso, se podía lastimar a la señora. Algunas de las prostitutas entraron en la vecindad alertadas por los gritos. Una de ellas, a la que apodaban la Pestañas, ayudó en el parto. El niño salió casi de un zopetón, caliente, resbalando igual que un pescado. Era grande y la sangre de su madre lo hacía brillar como una brasa.

—Es un sol, ¡qué divino! —exclamó la Pestañas.

Como la Cruz Roja no llegaba ni llegó nunca, tampoco el doctor, las prostitutas decidieron trasladar a María David a una habitación del hotel de paso donde trabajaban, a cuadra y media de la vecindad. Allá estará mejor, más tranquila, más cómoda, dijeron. Protestó la portera, aunque no mucho, y fueron los muchachos escandalosos que jugaban en la calle quienes se llevaron cargando a María David. La Pestañas iba delante con el recién nacido en su brazos, bien envuelto. José Gómez caminaba detrás.

—¡Qué gente! ¡Están locos, van a matar a la madre y a la criatura! —se quedaron murmurando la portera y la vecina.

Ni José Gómez ni María David pegaron el ojo en toda la noche. Los muchachos de la calle, las prostitutas, incluso sus clientes y hasta don Paco, el administrador del hotel, entraban y salían de la habitación para ver a la madre y al niño. Terminaron organizando una posada. Trajeron un tocadiscos. Don Paco puso las cubaslibres. Se bailó hasta la madrugada.

La Pestañas lloraba y lloraba en la administración del hotel:

—No sé por qué me siento triste —decía—, no sé por qué.

Circuncisión de Jesús (2, 21)

Los doctores de la Cruz Roja terminaron curando a María David y allí mismo, en el hospital, registraron al niño. Palabras más palabras menos, el acta de nacimiento decía lo siguiente:

> En México, Distrito Federal, a las 12:40 horas del día veintitrés de diciembre de mil novecientos cuarenta y dos, ante mí, Francisco Linares Vargas, Oficial del Registro Civil, comparecen José Gómez y María David y presentan vivo al niño Jesucristo Gómez David que nació a las veintidós cuarenta y cinco horas del veinte de diciembre de mil novecientos cuarenta y dos en la calle Topacio cincuenta y seis de esta ciudad.
>
> Sus padres: José Gómez, veintiséis años, ocupación albañil, nacionalidad mexicana, domicilio en San Martín el Grande, Estado de México, y María David, diecinueve años, ocupación labores, nacionalidad mexicana, domicilio en San Martín el Grande, Estado de México.
>
> Sus abuelos paternos: Elíseo Gómez, finado, y Jacinta Maldonado, finada.
>
> Sus abuelos maternos: Joaquín David, agricultor, domicilio Cocotitlán, estado de Chiapas, y Ana María Trigo, finada.
>
> Testigos: Rosa María Gutiérrez, edad treinta y cuatro años, ocupación hogar, domicilio República de Cuba veintiocho, interior tres, y Francisco del Valle Fernández, ocupación administrador, domicilio Victoria treinta, interior siete.
>
> Los testigos declaran que los padres del niño presentado son de nacionalidad mexicana y los comparecientes tienen su domicilio en el lugar citado. Leída la presente la ratificaron y firman los que saben:
>
> Doy fe. Francisco Linares, María David, Rosa María Gutiérrez; dos firmas ilegibles. Rúbricas.
>
> Marginales: Partida número dos. Gómez David Jesucristo. Huella digital.

José Gómez y María David tardaron todavía como semana y media en regresar a su pueblo. El albañil no pudo dejar arreglado el asunto de la casita y el terreno. Le sacaron sus buenos centavos, le hicieron promesas, pero no parecía seguro que fueran a conseguir siquiera la indemnización.

—¡Son unos desgraciados! —exclamó María David.

Presentación de Jesús en el Templo. El Nunc dimittis. Profecía de Simeón. Profecía de Ana (2, 22-38)

Llevaban como veinte minutos discutiendo y ya estaban muy encorajinados. María David quería bautizar al niño esa misma semana y José Gómez quería dejarlo para el mes próximo porque ahorita no hay centavos para hacer una fiesta ni para pagarle al cura.

—Lo de menos es la fiesta —decía María David.

—Y con qué le pagamos al cura —repelaba José Gómez.

—No le pagamos nada, que se friegue. Su obligación es bautizar gratis a los niños.

—Pero siempre cobra —decía José Gómez.

—Porque es un tal por cual —decía María David—. Le interesan más los centavos que las cosas de Dios.

—También el cura necesita comer.

—Sí, cómo no. Nunca le falta. Él es tan rico como cualquier rico.

Ahora se pusieron a discutir un rato sobre la avaricia del cura.

José Gómez volvió al tema:

—Tú dirás lo que quieras, pero si vamos a bautizar al niño necesitamos soltar la feria.

En lugar de dinero, el señor cura recibió un guajolote y dos palomas como paga anticipada por hacer cristiano al niño de María David y José Gómez. El cura hubiera preferido efectivo, porque necesitaba completar el enganche para un terrenito en el fraccionamiento Colina Dorada, pero no se atrevió a protestar. Sólo hizo un gesto de a tiro gacho cuando el albañil le llegó con el guajolote y las dos palomas, y a gritos ordenó a Tarsicio llevarse a los animales al corral donde ya tenía otro guajolote, docena y media de gallinas y un par de puerquitos en engorda.

El entusiasmo por el bautizo y por el bolo atrajo mucha gente a la iglesia, sobre todo chamacos. Era sábado en la tarde y soplaba una tolvanera bien fuerte: hasta el interior del templo se metía el polvo y el ruido. Junto a la pila bautismal, entre la bola de curiosos e invitados, ahí estaban Simeón Terrones y Ana la Caraja, no podían faltar. Los dos eran pordioseros y ni de casualidad se perdían un bautizo, una boda, una misa de difuntos. Primero se plantaban a la entrada de la iglesia con la mano estirada, pidiendo una limosnita por amor de Dios, y luego se metían un rato a disfrutar de la ceremonia; nada más un rato: salían antes de que salieran los primeros para cosechar de la emoción y de los buenos propósitos la caridad de las almas piadosas.

Simeón Terrones era ciego. En el pueblo decían que estaba loco nada más porque le daba por gritar letanías a media calle y a veces dentro de la misma iglesia. En esos casos el cura lo sacaba a empellones ayudado por Tarsicio, y de tiempo en tiempo los de la guardia municipal lo encerraban una semana, semana y media en la cárcel, dizque para tranquilizarlo.

Ana la Caraja era tan vieja como Simeón Terrones y tenía fama de bruja. El apodo le venía de años atrás: de cuando asustaba a las chiquillas del pueblo con la amenaza de llevárselas al infierno. Nunca le comprobaron nada, aunque un par de muchachas desaparecidas fueron a dar, según se supo después, a un prostíbulo de Toluca. Ninguna quiso volver, estaban felices de la vida trabajando, pero ninguna admitió tampoco que hubiera sido Ana la Caraja su enganchadora. No dijeron quién, sólo dijeron que Ana la Caraja no había sido.

Cuando Simeón Terrones oyó al cura bautizar con el nombre de Jesucristo al niño de María David y José Gómez, el anciano ciego empezó a dar de gritos. Todos pensaron que se trataba de un ataque, pero los suyos eran gritos de alegría. Entonces se puso a cantar. Estaba cantando el Bendito bendito, bendito sea Dios, cuando se le aventaron encima. Quisieron echarlo de la iglesia pero el ciego escapó saltando por las bancas: tropezó con un respaldo, cayó al suelo, de boca. Sangrando del labio quedó tendido en el pasillo central. Desde ahí gritaba:

—¡Regresó Jesucristo al mundo! ¡Regresó para salvarnos!

—¡Bendito sea el nombre de Jesucristo! —coreaba Ana la Caraja.

Levantaron a Simeón Terrones. María David le limpió la sangre de la boca y luego lo llevó del brazo hacia las afueras del templo.

—Ya me puedo morir tranquilo —murmuró Simeón Terrones a María David—. Ciego ciego, pero ya vi la salvación.

Llegaron al atrio. La mano derecha de María David acarició la cabeza blanca del anciano.

—¿Tú eres la madre del niño? —preguntó Simeón.

—Yo soy —dijo María David.

—Muchos no creerán en tu hijo y tú vas a sufrir —dijo Simeón.

Al cura le urgía terminar la ceremonia. Pidió a José Gómez llamar a su esposa, y el albañil fue al atrio y regresó con María David.

—Callados por favor, vamos a terminar —ordenó el cura, pero todavía el murmullo de los invitados y curiosos tardó unos segundos en apagarse.

Minutos después, en el atrio de la iglesia, el escándalo de la chiquillería al tratar de cazar las monedas arrojadas al aire hizo olvidar por momentos el episodio de Simeón Terrones. El pordiosero había desaparecido del atrio, y desapareció del pueblo esa misma noche en que Ana la Caraja no dejó de gritar, de bocacalle a bocacalle:

—¡Llegó la salvación!

Vida oculta de Jesús en Nazaret (2, 39-40)

Se perdió la casa a orillas del camino viejo y también, por supuesto, el terrenito. De la indemnización sólo recibieron una tercera parte, y

todavía muy menguada porque el abogadillo del comisariado ejidal inventó quién sabe cuántos gastos y repartos entre los funcionarios de la capital.

—Ni modo —dijo José Gómez—. De lo perdido lo hallado.

El dinero sirvió al albañil para acondicionar dos cuartos que alquiló junto a una vieja casa cercana a la plazuela donde se instalaba el tianguis. Los cuartos se estaban cayendo materialmente y hubo necesidad de ponerles techos nuevos, enderezar una pared, cambiar para otro lado la puerta y abrir dos ventanas. Quedó bonita la vivienda porque José Gómez era buen albañil. Le gustaba su trabajo además, aunque no tanto como para que Jesucristo heredara el oficio. Tenía ilusiones de mandarlo a estudiar una carrera en la capital, algo que lo volviera gente instruida, tal vez hasta importante.

En la escuela rural Jesucristo Gómez aprendió a leer más pronto que sus compañeros, y desde los siete años dio señales de ser bien abusado. De José Gómez agarró el gusto por las cosas de Dios, y de su madre esa latosa costumbre de andar criticando y preguntando todo.

—¿Por qué hay pocos que tienen mucho y muchos que tienen poco? —preguntaba Jesucristo.

—¿Por qué hay gente pidiendo limosna en la entrada de la iglesia?

—¿Por qué hay cárcel en el pueblo?

—¿Por qué le damos dinero a la señora de la tienda?

—¿Por qué el señor cura es tan rico?

—¿Por qué doña Mercedes les pega a sus hijos?

—¿Por qué se muere la gente? —preguntaba Jesucristo Gómez a su madre.

Y su madre le respondía, le iba respondiendo.

—¿Por qué hay ricos y por qué hay pobres? —volvió a preguntar Jesucristo cuando José Gómez regresó del trabajo.

—Porque así es el mundo —contestó el albañil.

—Pues qué mundo tan pinche —dijo Jesucristo.

José Gómez giró rápidamente la cabeza:

—¿Dónde aprendiste esa palabra? —preguntó enojado.

Jesucristo dejó caer los ojos al suelo.

Jesús entre los doctores (2, 41-50)

Un diciembre, pocos días antes de que Jesucristo cumpliera doce años, José Gómez habló con su mujer de la peregrinación a la Villa de Guadalupe.

—Ya fuimos el año pasado —protestó María David.

Era una viejísima tradición organizada por las corporaciones católicas y el clero de la diócesis. Habitantes de la capital del estado y de los pueblos de la comarca viajaban a pie desde Toluca hasta la Villa

de Guadalupe formando un contingente de miles de peregrinos. El viaje era pesado: duraba cuatro días con sus noches durmiendo a la intemperie, comiendo regular de las provisiones que cada quien llevaba y tratando de conservar el paso de toda la columna. Los militantes de las corporaciones católicas portaban estandartes de la Guadalupana y mantas con alabanzas a la Virgen y a la religión. Durante el trayecto se cantaban himnos y se rezaban rosarios por montones.

No todos los peregrinos viajaban a pie. El obispo, como algunos sacerdotes y católicos citadinos hacían el recorrido de un tirón en autos y camionetas particulares. También se alquilaban autobuses para peregrinos de pocos recursos. Quienes viajaban en automóviles o camiones se reunían con los de a pie en el arranque de la calzada de Guadalupe o en el atrio de la basílica, y ya todos juntos entraban en el templo donde el señor obispo oficiaba una misa solemne con un largo sermón de por medio.

—Quiero que Jesucristo conozca la Villa —alegó José Gómez.

—¿Para qué?

—Quiero que la conozca.

—No va a aguantar el viaje —aseguró María David.

—Ya está grande.

—Sí lo aguanto —interrumpió Jesucristo entrando de repente en el cuarto donde hablaban sus padres.

María David no quiso pelear con su marido ni desalentar a su hijo, y aceptó sin decir una palabra más.

La peregrinación fue impresionante para Jesucristo. No sólo aguantó el viaje sin una sola queja, sino que causó admiración por su fervor y entusiasmo entre la parentela de sus padres y los militantes de las corporaciones católicas. Él mismo se ofreció a servir de aguador: llevaba de un lado para otro los guajes y las cantimploras, y repartía mandarinas y limones entre los peregrinos.

—Tu hijo va ser muy buen católico —dijo el sacerdote que lidereaba la peregrinación. Y el niño vio a José Gómez hincharse de orgullo.

La segunda noche, después de ayudar a prender las fogatas, Jesucristo fue a sentarse al lado de su madre, frente a la lumbre. Las llamas iluminaban la cara prieta del chiquillo. Tenía los ojos clavados en el fuego cuando María le preguntó:

—¿En qué piensas?

Jesucristo se rascó un cachete.

—¿Te gusta la peregrinación?

—Me gusta la gente —contestó Jesucristo sin apartar los ojos del fuego.

Entonces María David se sintió con la obligación de decir lo que

pensaba de todo aquello, pero estaba muerta de cansancio, de frío, las ampollas le quemaban las plantas de los pies y tenía un fuerte dolor en el vientre; no era además el momento para desengañar a su hijo. Ya entenderá con el tiempo, pensó. Y se limitó a menear la cabeza.

Llegó José Gómez y se tendió al lado de su mujer.

—¿Qué te parece la peregrinación? —preguntó a Jesucristo.

—Me gusta —respondió Jesucristo.

José Gómez empezó a relatarle las apariciones al indio Juan Diego, pero Jesucristo se quedó dormido antes de oír el milagro de las rosas. Encajado como una cuña entre José Gómez y María David, el niño pasó la noche sin sentir frío.

La misa de ese año fue una misa inolvidable para el albañil. De la pura emoción se le escurrían las lágrimas mientras oía cantar y cantaba el Himno Guadalupano:

Mexicanos volad presurosos
del pendón de la Virgen en pos.
De la lucha saldréis victoriosos
defendiendo a la Patria y a Dios.

También cantaba Jesucristo con todas sus fuerzas:

Desde el cielo una hermosa mañana,
desde el cielo una hermosa mañana
la Guadalupana, la Guadalupana
la Guadalupana bajó al Tepeyac.

En esa misa Jesucristo Gómez hizo su primera comunión. El sacerdote que lidereaba a los peregrinos lo había confesado durante el trayecto y le dio explicaciones sobre el sacramento de la Eucaristía que el niño ya había escuchado en la doctrina de los sábados. De manos del señor obispo recibió la sagrada forma: la tragó sin tocarla con los dientes, como le habían dicho, y de rodillas, junto a una columna, dio gracias con la mirada puesta en el ayate milagroso.

A la salida de la basílica, la parentela de María David la invitó a descansar un rato en casa de Carmelita Toledo, una vieja conocida del pueblo que ahora vivía por la colonia Industrial. María David aceptó porque su marido tenía un mandado por cumplir en casa de un maestro de obras, detrás del cerrito. Quedaron de verse a las seis de la tarde en punto en la terminal de los Flecha Roja: a ella la llevaría su parentela y él no tenía problemas, sabía cómo llegar. Con las prisas por los arreglos de último momento entre el gentío que llenaba el atrio, María David y José Gómez se olvidaron de Jesucristo. Ella pensó que se iba con él, y él pensó que se iba con ella a casa de Carmelita Toledo. El caso fue que cuando se encontraron de nuevo en la terminal de los Flecha Roja a las seis en punto, andavete de Jesucristo.

—¡Pero si estaba contigo! —gritó el albañil a su mujer.

—¡Tú dijiste que te lo llevabas! —le rebotó ella el grito.

La aflicción y la prisa por darse a la búsqueda no les permitió armar un pleitazo en público. Maldito escuincle dónde se habrá metido. Lo más indicado era regresar a la Villa y a la Villa se fueron volando. Lo buscaron en el atrio, en el templo, en la sacristía, en el pasillo de los retablos, en los puestos de los alrededores, en la iglesia del Pocito, pero nada, ni quién les diera razón. Tampoco les dieron razón alguna en la delegación Gustavo A. Madero, pero el agente del ministerio público, luego que José Gómez le entregó un billete dobladito, tomó conocimiento oficial del extravío y prometió destacar los elementos necesarios para buscar al niño perdido.

María David y José Gómez regresaron pleiteando a la Villa, acompañados de la parentela:

—Esto tenía que pasar algún día por ser como eres —refunfuñaba María David entre afligida y furiosa.

—¿Cómo que por ser como soy?

—Nunca cuidas al niño, no te importa, todo me lo dejas a mí.

—¡Qué mentiras! —protestó José Gómez.

—Es la verdad —gritó María David—. La culpa es tuya.

—Sí cómo no.

—Es tuya y sólo tuya.

—Está bien, es mía, pero ya cállate.

Eran cerca de las nueve de la noche cuando al fin, en una de las explanadas de la escalinata que sube al cerrito, divisaron a una bolita de gente rodeando a Jesucristo. El grupo estaba compuesto por seminaristas y jóvenes de Acción Católica. Llevaban como media hora alegando con el niño. Éste empezó haciéndoles preguntas capciosas sobre religión, como si el chiquillo fuera protestante, pensaron, y ahora discutía al tú por tú con ellos sobre la Virgen de Guadalupe, la riqueza de la Iglesia y la justicia social. Los traía hechos bolas con sus razones, y los seminaristas, ni qué decir de los jóvenes de Acción Católica, ya no hallaban cómo refutar tanta herejía.

María David corrió hacia Jesucristo apenas lo descubrió.

—¿Pero dónde andabas, hijo? —gemía; le resbalaban las lágrimas —. ¿Por qué nos haces esto?

El niño miró a su madre sin mostrar sorpresa alguna.

—Tu padre y yo estábamos angustiados. Te buscamos por todas partes.

—¿Y para qué me buscaban?

La altanería de Jesucristo sacudió a María David.

—¿Cómo que para qué?

—Ustedes se fueron a sus cosas y yo me quedé aquí.

—¡No le hables en ese tono a tu madre! —intervino José Gómez.

—Nomás digo la verdad —replicó el chiquillo—. Ustedes tienen sus cosas y esto es lo mío, no me frieguen.

Ni María David ni José Gómez comprendieron la actitud de Jesucristo.

Más sobre la vida oculta (2, 51-52)

No volvió a ocurrir otro incidente parecido entre Jesucristo y sus padres. El muchacho fue creciendo callado y sumiso. Sin descuidar sus estudios ni sus idas a la iglesia empezó a aprender el oficio de José Gómez: lo acompañaba a las obras, le servía de mandadero, luego de peón. En el pueblo cobró fama de listo y trabajador como pocos muchachos de por ahí.

—Será un buen albañil como su padre —decía la gente.

—A lo mejor se mete al seminario, siempre está hablando de Dios.

Por las tardes, María David acostumbraba sentarse frente a la ventana y mirar la plazuela o más allá, donde el horizonte se ondulaba sobre la línea quebrada de las montañas. Entonces se ponía a pensar en tantos años de pobrezas y de luchas. Recordaba su infancia. Recordaba a doña Gabi, su casamiento con José, el nacimiento de su hijo, los pleitos, los regaños. Su hijo se le iba convirtiendo en un hombre y más tarde o más temprano se iría de su lado, lo sabía muy bien.

Mirando las montañas le llegaba la noche a María David.

II

PREPARACIÓN DEL MINISTERIO DE JESÚS

Predicación de Juan el Bautista (3, 1-18)

No se tienen bien precisadas las fechas. En los últimos años del sexenio presidencial del licenciado Luis Echeverría Álvarez o en los primeros del licenciado José López Portillo, siendo arzobispo primado de México monseñor Miguel Darío Miranda, a quien sucedió en el cargo monseñor Ernesto Corripio Ahumada, Juan Bautista, hijo de Zacarías Bautista el sacristán, regresó a su comarca y andaba alborotando por los pueblos de la región y los alrededores de la zona metropolitana. Anduvo por el estado de México, desde las poblaciones cercanas a Guerrero —San Pedro Limón, Zacualpan, Tonatico, Zumpahuacán—, las vecindades con Michoacán —San Martín Otzoloapan, Santo Tomás de los Plátanos, Ixtapan del Oro, Temascalcingo, cerquita del Lerma—, hasta los rumbos de Azcapotzalco —Careaga, La Longaniza, La Patera—, de Gustavo A. Madero —Quiote, Cuatepec, San Juan de Aragón— y de Ixtacalco e Iztapalapa. Lo conocieron en Ciudad Nezahualcóyotl y en la colonia del Peñón, lo mismo que en Tulyehualco, en Nativitas y hasta en La Magdalena Contreras.

Juan Bautista no tenía pelos en la lengua. Al principio lo confundieron con un merolico protestante, luego con un líder de la oposición, pero al fin se dieron cuenta de que el hijo del sacristán no obedecía consigna alguna de iglesia, grupo o partido cuando se lanzaba a gritar sus verdades a cuanto funcionario, cacique o sacerdote se le ponía al tiro. A todos los riquillos y explotadores les echaba su cantaleta, y usando malas palabras por cierto, porque Juan Bautista era muy mal hablado.

—¡Hijos de la chingada! —les gritaba frente a las oficinas públicas, en las plazas, en los atrios, en pleno mercado—. ¡Un día de éstos les va a llegar su hora, y ya verán!

También la agarraba contra los humildes que no sabían sino quejarse:

—¡Bola de pendejos, defiéndanse, no se dejen explotar!

Con los mochos y los beatos de la iglesia no tenía compasión:

—¡Me limpio con sus novenarios! En lugar de tanta rezadera, lo que Dios quiere de ustedes es que hagan algo contra esta pinche

situación de injusticia, ¿no la sienten? Y si su fe no les sirve para eso, olvídense; ya lo dice el Evangelio: si un árbol no da fruto, a la chingada.

Juan Bautista no se quedaba en los puros insultos. Después de sacudir y convencer a la gente de este pueblo o de aquel otro la organizaba en células de lo que se dio en llamar el Frente Común, y eran los miembros de tales grupos quienes se lanzaban a resolver los problemas urgentes. Que en Amanalco de Becerra el presidente municipal es un hijo de su reverenda, el Frente Común de Amanalco de Becerra tomaba cartas en el asunto y rájale: todo mundo al asalto de la presidencia municipal. Se armaban zafarranchos, había detenidos y a veces hasta muertos, pero no escasearon los resultados sorprendentes. En Sultepec de Pedro se logró que el gobierno del estado pusiera un hasta aquí al cacique de la región; en la zona de San Felipe del Progreso hicieron renunciar al presidente del comisariado ejidal; en las inmediaciones del estado de Querétaro invadieron tierras de un latifundista y consiguieron el reparto. Un párroco ricachón estuvo a punto de ser linchado por el pueblo enardecido. Al líder sindical de una fábrica de la Industrial Vallejo lo agarraron en negocios chuecos y le aplicaron la cláusula de exclusión. Se obtuvieron casas decentes para paracaidistas de los alrededores de San Juan de Aragón. Un acaparador de granos, Regino Pantoja, fue a dar a la cárcel. Todo lo hicieron los del Frente Común que organizó aquí y allá Juan Bautista.

Así fue como el hijo de Zacarías el sacristán empezó a agarrar fama. Se hablaba de él hasta en los periódicos. Todo mundo iba a verlo.

Le llegó un grupo de agricultores, pequeños propietarios:

—Nos gusta lo que anda diciendo y quisiéramos colaborar.

—Repartan sus tierras, carajo.

—Aquí no hay nada que repartir, mire usted. La tierra es del que la trabaja.

—También del que la vive —dijo Juan.

Le llegaron los empleados de la presidencia municipal de Ixtlahuaca:

—Nosotros trabajamos para el gobierno, no tenemos la culpa de las injusticias, ¿qué podemos hacer?

—Traten bien a la gente, no se hagan tarugos, no agarren mordidas.

Le llegaron cuatro soldados de la zona militar:

—Nosotros nomás cumplimos órdenes.

—No cumplan las que no deban cumplir. Si los mandan chingar a un inocente, no lo chinguen.

—Pero entonces nos chingan a nosotros.

—Ahí está el riesgo —dijo Juan.

Tal era el éxito del Frente Común y tal el entusiasmo de la gente que algunos líderes locales empezaron a darle vueltas a la idea de convertirlo en un partido político para lanzarse a la lucha electoral o de plano a la revolución. El mero mero tenía que ser, desde luego, Juan Bautista.

—No, no —cabeceó Juan Bautista—, yo no sirvo para encabezar un alzamiento, ni me digan. Se necesita un tipo con más güevos.

—Tú los tienes.

—Para despabilar a los jodidos nada más, no para dirigir una revolución.

—¿Y dónde está ese cuate?

—Ya vendrá —decía Juan Bautista—, ya vendrá.

Prisión de Juan el Bautista (3, 19-20)

—¡Tráiganlo! —ordenó don Horacio Mijares, el cacique; amigo personal del gobernador y de los grandes políticos del centro, quita y pon de los presidentes municipales de la comarca.

El viejo ya estaba hasta la coronilla con los escándalos de Juan Bautista y decidió ponerle un hasta aquí para quitarse de una vez por todas la monserga de tantos presidentes municipales quejumbreándose.

Mugroso, vestido como un jipi, entró Juan Bautista al despacho del cacique en su casa de campo, la vieja hacienda amurallada. Don Horacio tenía intenciones de convencerlo por las buenas. Con soltarle un par de advertencias y ofrecerle algunos centavos pensaba dejar resuelto el problema ese mismo día. No era la primera vez que se enfrentaba a ese género de lidersuchos, producto de resentimientos personales más que de causas políticas, y sabía por experiencia que bastaba con un regaño o con unos cuantos billetes para dejarlos más quietos que la estatua de don Miguel Hidalgo.

Se equivocó con Juan Bautista.

Apenas don Horacio terminó de contar sus recuerdos de Zacarías el sacristán —yo conocí a tu padre, fuimos amigos, nos emborrachábamos jugando dominó—, Juan Bautista dio un respingo de este tamaño. Bautista no estaba dispuesto a dejarse torear por un hijo de la fregada que se tornaba atribuciones de autoridad nomás porque tenía dinero; caciquillo infame de la región, acaparador de tierras amparadas por prestanombres, explotador de campesinos, asesino de agraristas, dueño de la distribuidora refresquera y de cuántos negocios, cómplice del cura, violador de muchachas, mantenedor de tres queridas y alcahuete de los jefes locales del partido en los topillos electorales y en el comercio de las putas.

Lívido de rabia, temblando, don Horacio se había puesto en pie y

trataba de interrumpir a gritos la letanía de Juan Bautista, pero éste gritaba y seguía gritando más fuerte. Tan fuerte que la gente de don Horacio Mijares entró alarmada al despacho, y fue un guardaespaldas grandote, de un golpe de karate en la nuca, el único que logró silenciar a Juan Bautista. Lo siguió golpeando cuando el infeliz ya estaba en el suelo.

—Que encierren a este hijo de la chingada —ordenó don Horacio Mijares.

Y lo encerraron.

Pero todo esto ocurrió después.

Bautismo de Jesús (3, 21-22)

Días antes de que lo metieran en la cárcel, Juan Bautista organizó en San Martín el Grande una reunión del Frente Común. Se trataba de inscribir a nuevos miembros y explicarles, durante una sencilla ceremonia, que la pertenencia al movimiento los obligaba a un cambio de actitud. En lugar de pensar en necesidades y beneficios personales debían buscar ahora el beneficio común y llevar esa búsqueda hasta sus últimas consecuencias. Estaban viviendo la madrugada de una revolución.

De eso hablaba Juan Bautista en la vieja bodega cercana al templo que su dueño solía alquilar para exhibiciones cinematográficas, espectáculos teatrales y funciones de box y lucha libre. Esta vez la prestó gratis a los del Frente Común.

Antes de su discurso, el hijo del sacristán inscribió a los nuevos miembros.

—Fórmense en fila —les dijo. Y una larga hilera de habitantes del pueblo y de las rancherías vecinas partió por la mitad el jacalón.

De uno en uno iban llegando hasta la mesa donde Juan Bautista les preguntaba su nombre, su actividad, su domicilio. Escribía los datos en una lista y ellos firmaban, los que sabían hacerlo.

Había destilado poco más de la mitad de la concurrencia cuando Juan Bautista descubrió a Jesucristo Gómez, su pariente, en los últimos lugares de la hilera. Le dio gusto verlo allí y se lo dijo, cuando le llegó el turno al hijo del albañil:

—Qué bueno que veniste, de veras.

Jesucristo guiñó el ojo a su pariente, garabateó su firma y fue a sentarse al fondo de la bodega, junto a los cachivaches amontonados en un rincón.

El discurso de Juan Bautista emocionó a Jesucristo Gómez. Lo oía por primera vez, y oyéndolo hablar de un amor a Dios que sólo podía entenderse como entrega a la causa de la justicia, el hijo del albañil sintió una especie de escalofrío, un calambre, una comezón en el cuerpo. Era cierto, era cierto lo que decía su pariente. Cómo pasarse la

vida trabajando nomás para el propio provecho. Cómo olvidar lo que dice el Evangelio. Cómo quedarse cruzado de brazos ante tanta miseria, ante tanta injusticia, ¡carajo!, no puede ser. Él no había nacido para trabajar de albañil. No quería ser albañil. Quería ser un hombre así como Juan Bautista.

Jesucristo separó la cara de las manos y miró hacia el techo de la bodega, al gran boquete abierto entre la lámina de cartón y el muro roto. Por ahí se alcanzaba a ver un cacho de la torre del templo y el cielo rojo del atardecer. Una parvada de palomas volaba de regreso al campanario.

Genealogía de Jesús (3, 23-38)

Al comenzar su actividad, Jesucristo Gómez tenía treinta, treinta y dos, tal vez treinta y cuatro años. Era, según se creía, hijo de José Gómez el albañil, que nació por el rumbo de Tlaltizapán Morelos y no aprendió en la vida más oficio que el de albañil porque era gente tranquila y no gustaba de andar cambiando de chambas, ni de residencia, ni de modo de pensar;

nieto de Eliseo Gómez Garibay, agrarista, voluntario de las tropas de don Emiliano Zapata cuando al grito de "tierra y libertad" el general se lanzó a la revolución, y voluntario también, años más tarde, de los alzados de mi general Gorostieta en la guerra de la Cristiada; ahí en la Cristiada murió, colgado de un poste de telégrafos;

bisnieto de Apolinar Gómez Esparza, propietario de tierras en el estado de Morelos; hacendado dicen, buen jinete y con fama de mujeriego dicen;

tataranieto de Agustín Gómez Carrillo, hijo a su vez de don Agustín Gómez Amilpa, afamado en la guerra del cuarenta y siete, juarista de hueso colorado, masón del grado treintaitrés por más señas; lo excomulgaron ya de viejo y murió maldiciendo a los curas y a su padre, un tal Catarino Gómez Cosío que nació por el 1765 y conoció al cura don Miguel Hidalgo en la toma de Guanajuato, según daban en contar sus hijos, nietos, bisnietos y tataranietos y hasta enseñaban con mucho orgullo una carta apócrifa del cura Hidalgo en la que le agradecía su contribución a la lucha contra los realistas del virrey Venegas del que era servidor el tal Catarino Gómez Cosío y a quien traicionó para ponerse del lado de los rebeldes, cosa que no le perdonaron jamás los amigos del virrey; muy por el contrario, para vengarse, divulgaron a los cuatro vientos el origen bastardo de Catarino Gómez Cosío diciendo que su padre, Sebastián Gómez Jolóchitl, era hijo natural de un cura párroco de Villagrán, Guanajuato, y una pobre indígena de la región a quien sus padres llevaron a regalar al cura como paga por haber promovido un dictamen favorable ante el Santo Tribunal de la Inquisición.

Por ahí se pierde toda pista, rastro, origen, del árbol genealógico de Jesucristo Gómez David, hijo de albañil y albañil de oficio hasta antes de comenzar su actividad en la región.
Tentaciones en el desierto (4, 1-13)

Jesucristo Gómez trabajó en el oficio de su padre hasta que le entró la comezón, después de oír a Juan Bautista. Era un buen albañil, el mejor para levantar viviendas en un dos por tres y para enderezar casuchas ruinosas. Le intelegía al apuntalamiento y no había otro tan rápido para echar hiladas; por eso lo llamaban de todas partes y a veces andaba largas temporadas en Iztapalapa o Xochimilco. Igual era de bueno para cavar pozos: tenía un sexto sentido en lo de hallar por dónde pasaba la corriente subterránea, y cuando al fin clavaba el pico allí, era porque allí el pozo no tenía pierde.

Con Jesucristo Gómez andaba siempre el Diablo Samperio, albañil también. Juntos agarraron fama cuando levantaron como cincuenta viviendas por el rumbo del Peñón, y juntos cavaron ocho pozos para los vecinos de Tetela del Volcán, en el estado de Morelos.

Una tarde le llegó el Diablo Samperio, todo feliz con la noticia. Por recomendación de un maestro de obras, su compadre y paisano, el canijo Diablo había conseguido chamba para los dos en una constructora de la capital. Tendrían trabajo seguro, buena paga, y chance de hacer sus buscas particulares.

—Con el tiempo hasta podremos trabajar por nuestra cuenta —le dijo el Diablo Samperio—. Es la mejor manera de asegurar el pan y juntar centavos.

—No sólo de pan vive el hombre, ya lo dice el Evangelio —respondió Jesucristo Gómez.

—¿Entonces qué quieres?

—Ayudar a mi gente, a los jodidos.

—Si tú también estás jodido no vas a ayudar a nadie —le replicó Samperio—. Primero ayúdate a ti mismo, haz tus centavos, y ya luego regresas a dártelas de redentor. Lo que necesitan los jodidos es lana, no palabras, eso no llena el estómago.

—No me chingues Diablo —dijo Jesucristo Gómez.

—Piénsalo.

Lo pensó una semana y al otro sábado se fue con Samperio a echar unas cervezas al tendajón de Tacho Careaga.

—Estuve hablando de ti con el Güero Salinas, ¿ya sabes quién es?

El Güero Salinas era delegado regional del partido, gente de don Horacio Mijares, político influyentazo.

—No me digas que no has oído hablar del Güero Salinas —insistió el Diablo Samperio.

—Cómo no.

—Pues él también de ti, según me cuenta, y está dispuesto a darte una oportunidad. Dice que el partido necesita gente nueva y tú estás que ni pintado, yo lo sé. Nomás que el Güero Salinas te conozca, de seguro te lanza para diputado, para presidente municipal, ve tú a saber. Y de ahí pal real, hermano. Con suerte llegas a gobernador, quien quite y a secretario de estado, a presidente de la República a lo mejor.

—No digas pendejadas —rió Jesucristo Gómez.

—Pues a donde llegues es bueno. Para como tú piensas, la única manera de cambiar las cosas en estos pinches pueblos es desde el poder, hermano, girándole a la política. Y qué mejor político que tú, que no quieres el poder para enriquecerte sino para ayudar a los jodidos. Aprovecha este chance. Hablamos mañana mismo con el Güero Salinas y empiezas desde abajito, despacio pero seguro. ¿No te tienta la oportunidad?

—Sí me tienta pero no es por ahí —respondió Jesucristo Gómez.

Ya medio briagos salieron a caminar por las calles del pueblo. Anduvieron un rato largo en silencio, bajo la noche oscurísima. De pronto el Diablo Samperio soltó una risa.

—¿De qué te ríes?

—¿Sabes por dónde le puedes entrar también a este negocio? Por la iglesia, hermano, tú que eres tan católico. Métete de cura y ya chingaste.

—Alguna vez lo pensé.

—Pues ahí tienes. Si para ayudar a los jodidos no te gusta la lana ni te convence la política, sólo te queda ser enviado de Dios.

—No te burles.

—Hablo en serio. Nomás ve la influencia que tienen los curas entre la gente del pueblo, tú lo sabes. Y si no fueran tan pendejos y tan cabrones, la de cosas que podrían hacer por los fregados. Con ellos no hay quien pueda. Ahí se rajan hasta los políticos, nomás revisa la historia. ¿A poco no?

—Hay muchas cosas que cambiar en la Iglesia.

—Pues éntrale para cambiarlas. A lo mejor llegas a obispo. ¿Te imaginas tú de obispo?

Jesucristo interrumpió la risa de su amigo:

—¡Deja de decir pendejadas! —le gritó.

El Diablo Samperio se fue a la capital a trabajar en la compañía constructora, y en mucho tiempo no volvió a ver a Jesucristo Gómez.

III

MINISTERIO DE JESÚS EN GALILEA

Comienzo de la predicación (4, 14-15)

Empezó lejos de su pueblo, sin alharacas. Iba de caserío en caserío preguntando ¿en qué puedo servirles? Algunos le echaban al perro o lo mandaban al diablo, pero otros lo hacían pasar, le daban agua o le servían un taco. Pronto se hilaba la plática y salían a relucir problemas de la parentela y de la comunidad. No faltaban enfermedades. Le confiaban carencias, penas, remordimientos. Él les hablaba de un mundo de justicia a punto de llegar, y algunos se acordaban entonces de Juan Bautista y de su Frente Común. Jesucristo repetía las lecciones de Juan Bautista, pero machacaba en la necesidad de un cambio nacido del mero fondo del corazón.

De eso hablaba también en los mercados, en las plazuelas, en el atrio de los templos. Se juntaba pronto una bolita de gente y casi todos se quedaban como lelos oyendo la voz suavecita del peregrino.

No tenía prisa por salir de un pueblo para llegar a otro. Se tomaba todo el tiempo necesario en cada lugar donde lo recibían. Daba muchos consejos, pero al mismo tiempo ayudaba en las faenas de la siembra o de la pisca, en los reclamos a las autoridades, en la aclaración de un pleito. Cuántas veces lo vieron cuántos sacar la cara para protestar por una injusticia; cuántas veces lo vieron levantando jacales, abriendo brechas, cavando pozos. Se partió el lomo en las tareas de auxilio cuando el Lerma se desbordó sobre cuatro poblados, y los de un caserío en la montaña nunca olvidarían cómo arriesgó su vida para salvar a dos niños caídos en una barranca.

Su palabra, sobre todo, dejaba en los pueblos un vientecillo de esperanza.

Poco a poco, así, la fama del peregrino empezó a caminar por las veredas más rápido de lo que él caminaba. Se corrió la voz. Lo esperaban, iban a alcanzarlo, lo recibían con gusto. Ya viene, ya está aquí, decía la gente. Ya llegó Jesucristo Gómez.

Jesús en Nazaret (4, 16-30)

Había pasado mucho tiempo, mucho, cuando Jesucristo Gómez regresó a San Martín el Grande. Estaban de fiesta. En el templo iluminado, lleno de flores, un cura regordete y calvo oficiaba una misa engalanado con una casulla roja. Los fieles repletaban bancas y

pasillos. Los de la Orden Tercera de San Francisco, los de la Vela Perpetua, los de la Adoración Nocturna, ocupaban los primeros lugares, al frente.

Jesucristo Gómez entró cuando empezaba el Evangelio.

Desorbitados por los recuerdos, sus ojos no podían estarse quietos: picoteaban el altar, las columnas, el hueco esférico de la bóveda, las bancas, las imágenes. Todo era igual, pero todo parecía distinto. Distinto era, otro, el sacerdote de la casulla roja. Se llamaba Marcelino Farías y había llegado al pueblo seis meses antes para sustituir al anciano cura que bautizó a Jesucristo, muerto de un infarto a media noche.

Jesucristo dejó de cavilar cuando el padre Farías comenzó el sermón. Las toses, el llanto de los niños y el murmullo de los vendedores allá afuera hacían difícil escucharlo, por lo que Jesucristo se abrió paso entre la gente y fue a colocarse a orillas del presbiterio, del lado izquierdo del templo.

El padre Farías hablaba de la resignación cristiana:

Dios vino al mundo, queridos hermanos, para enseñarnos a soportar las penas de la vida y para decirnos que allá en el cielo recibiremos la recompensa de su amor. Por eso, con una gran fe en Dios y en su madre santísima debemos aceptar las desgracias y tolerar nuestros sufrimientos confiados siempre en la promesa divina de esa vida perdurable que él nos vino a anunciar.

—¡Mentira! —Un trueno estalló en el sagrado recinto. La voz potente de Jesucristo Gómez hizo abrir de golpe los ojos de quienes dormitaban aburridos y giró cabezas hacia la orilla izquierda del presbiterio. El padre Farías respingó la espalda. Los de las organizaciones piadosas se levantaron de las bancas o se empinaron sobre los reclinatorios.—¡Dios no vino a eso! —prolongó su grito Jesucristo Gómez.

El templo empezó a sonar como si se hubiera desfondado un avispero.

—Quién es, quién es.

—Está loco.

—Sáquenlo.

Levantando la mano como para pedir la palabra, Jesucristo subió los dos escalones del presbiterio:

—¿Puedo hablar?

Al padre Farías se le tropezaban las palabras:

—Esto es un sacrilegio, cómo se atreve usted, estamos en misa, ésta es la casa de Dios.

Pero ya estaba hablando Jesucristo, de cara a los fieles. Gritaba para hacerse oír en medio del alboroto creciente:

—Dios vino a proclamar la libertad a los cautivos, a dar la vista a

los ciegos y la libertad a los oprimidos. Eso dice el Evangelio.

—Haga el favor de salir —exclamó el padre Farías dejando atrás el altar.

—¿Y tú quién eres para hablar del Evangelio! —gritó la mujer que portaba el estandarte de la Orden Tercera.

—Yo soy Jesucristo Gómez.

Las voces se disparaban por todo el templo:

—Es el albañil.

—Está borracho.

—Ya regresó.

—El hijo de José Gómez.

—Su entenado —bisbiseó un grupo de viejas—. María David hizo tarugo a su marido, yo lo sé.

—Que lo saquen.

Sujetándose la casulla roja, el padre Farías llegó hasta Jesucristo cuando varios miembros de las organizaciones piadosas parecían dispuestos a sacar a empellones al alborotador.

El cura lo increpó:

—¡Veniste nomás a perturbar la casa de Dios!

—Vine a decir la verdad —respondió Jesucristo en el momento en que el presidente de la Adoración Nocturna le lanzó un bofetón. Jesucristo detuvo en el aire el puño y de un tirón, jaloneándolo, derribó al suelo a su agresor. Fue cuando las mujeres se le echaron encima: lo golpeaban con los estandartes, lo latigueaban con los rosarios, le tiraban puntapiés.

—Orden orden —suplicaba asustado el padre Farías.

Sujetaron a Jesucristo de los brazos y lo llevaron fuera del templo, entre insultos y susurros. Al llegar al atrio, el presidente de la Adoración Nocturna le propinó una patada en la espalda que derribó aparatosamente a Jesucristo: se abrió la boca al golpearse la cara en el empedrado.

Los feligreses regresaron al interior del templo, y al poco rato podía escucharse, desde el atrio, el fragor unánime de los rezos con que el padre Farías desagraviaba al Señor y a su santísima madre antes de reanudar la ceremonia litúrgica.

Jesucristo Gómez se puso en pie y con el dorso de la mano se limpió la sangre de la boca. Su mirada tropezó entonces con la de una anciana limosnera sentada a la puerta del templo. Le sonreía afectuosa mientras los vendedores y marchantes del pueblo se acercaban al expulsado, atraídos por el escándalo. Jesucristo devolvió a la anciana una sonrisa triste:

—Nadie es profeta en su pueblo —dijo.

Jesús enseña en Cafarnaúm y cura a un endemoniado (4, 31-37)

Dicen que anduvo un tiempo por Michoacán. Al menos hay la seguridad de que lo vieron en Uruapan.

Era domingo, muy de mañana. En una calle empinada a las afueras del mercado hervían las grandes cazuelas de chicharrón y pancita en chile rojo, y hombres humildes de la región se acuclillaban en la banqueta, frente a las mesas improvisadas con tablones, para llegarle con ganas al almuerzo tempranero. Entre la media docena de tenderetes, ninguno tan frecuentado como el de doña Cari y su hija Caritina. Además de que su pancita era de veras como no hay otra, doña Cari servía los platos hasta el borde y daba un tambache grande de tortillas. Por si fuera poco todo estaba muy limpio, siempre. Platos y tablas relucientes, su mantelito de plástico, su servilleta doblada, su sal en cazuelitas. Daba gusto ir con doña Cari a aliviar la cruda madrugona y a comenzar el domingo sin dolencias.

Frente al puesto de doña Cari se detuvo Jesucristo Gómez mirando hacia las cazuelas, acariciando su hambre. Cuando ya se iba lo descubrió un campesino que el jueves anterior había escuchado a Jesucristo en el parque. El campesino engulló con todo y tortilla una gran porción de pancita y habló con la boca repleta:

—Buenos días maestro, éntrele.

Jesucristo Gómez entrompó la boca y meneó la cabeza.

—No se haga del rogar, yo invito —insistió el tipo. Estaba con otros dos. Lo presentó:— Éste es —dijo, como si ya hubiera hablado de él.

—Ah mucho gusto —dijeron los amigos del invitador.

Apenas doña Cari sirvió su plato a Jesucristo Gómez, apenas éste empezó a devorar la pancita a toda prisa, se arrancó la plática. El campesino invitador quería saber más sobre ese tiempo de la justicia que ya andaba llegando, según había anunciado Jesucristo en el parque.

—Cómo está eso —preguntó el campesino.

—Así nomás —dijo Jesucristo sopeando la tortilla en el caldo.

—Porque aquí siempre dicen que las cosas van a cambiar y nunca cambian. Políticos van y políticos vienen y todo sigue igual, o peor.

—Puras habladas —terció uno de los amigos.

—Y usted dice que es cosa de Dios —siguió el campesino—. ¿Cómo está eso?

Jesucristo Gómez tenía flojera de empezar el día con un discurso pero tuvo qué. Ni modo de hacerse zonzo. Le preguntaban y él se veía obligado a explicar cómo estaba eso de la justicia de Dios ganada a pulso entre todos y no llovida gratis del cielo. El mundo no es una tierra de temporal donde los hombres cosechan nada más cuando hay suerte, es más bien una tierra de labor a la que todos/

—¡Cállese buey, ya me tiene hasta los güevos!

El hombre del insulto se hallaba a tres lugares del campesino invitador, en la otra esquina del tenderete. Era corpulento, cetrino, y ni qué dudar que andaba bien borracho; el blanco de sus ojos reventaba de venas coloradas.

Hasta el momento del grito el campesino invitador reparó en la presencia de Doroteo Arenas, como se llamaba el interfecto, y rápido se sesgó para decir por lo bajo a Jesucristo Gómez:

—No le haga caso maestro, no es gente de fiar.

Menos que de fiar, Doroteo era un tipo de veras peligroso. Con más de seis vidas sobre su conciencia había levantado su fama de matón y la traía con orgullo por todo Michoacán. Se la rifaba por quítame estas pajas. Vivía pegado a su machete, y cuando estaba borracho se ponía como un endemoniado a la menor provocación: agarraba el arma y rájale, contra el primero que lo veía feo o se le ponía respondón, a sabiendas de que su paso por la cárcel, si acaso conseguían enjaularlo, no duraba una semana porque las gentes del gobernador le debían servicios por montones.

A pesar de las advertencias, Jesucristo Gómez metió su mirada hasta el alma de Doroteo Arenas.

—Qué me ve cabrón, qué me ve qué me ve. Aquí no venga con mamadas porque me lo chingo.

Los parroquianos de doña Cari se pusieron de pie, de un sopetón. Se irguieron también el campesino invitador y sus dos amigos.

—Véngase maestro.

—Vámonos.

Pero Jesucristo, acuclillado, continuó con su mirada metida en los ojos de Doroteo, mientras Doroteo se soltaba gritando palabrotas, iracundo porque sus amenazas no acobardaban al desconocido.

El matón escupió un gargajo sobre los tablones y empuñó el machete.

—¡A mí nadie me mira así, hijo de tu chingada madre!

El primer machetazo partió el plato donde había comido Jesucristo Gómez; el segundo le pasó rozando una oreja y se encajó por instantes en el tablón.

—¡Agárrenlo, lo va a matar! —gritaba doña Cari.

Caritina salió corriendo hacia la plaza.

Jesucristo continuó inmóvil: a su derecha y a su izquierda caían machetazo tras machetazo sin rasgarle siquiera la camisa, quizá porque el estado de embriaguez desviaba los golpes o a lo mejor porque Doroteo Arenas no se atrevía en realidad a cercenar a un enemigo que no le presentaba más pelea que el puñetazo de su mirada.

Bufante, tambaleándose, el matón soltó una palabrota y lanzó el último machetazo. La punta dio en el filo de la banqueta y el arma, al

recular, salió disparada por los aires perdida del control de Doroteo Arenas. El hombre cayó agotado, de nalgas. No pudo contener el vómito. Como de un volcán, su boca eruptó una masa amarilla que salpicó las ropas de su enemigo y se derramó luego sobre los mantelitos de plástico de doña Cari.

Ni aun en ese momento se movió Jesucristo Gómez. Entre estertores vomitaba Doroteo Arenas, al tiempo que su cuerpo iba encogiéndose y un llorar incontenible lo agitaba en convulsiones. Mocos, babas, lagrimones derramaba Doroteo Arenas llamando a su madre con una voz que parecía la de un chiquillo enfermo.

Jesucristo dejó pasar unos segundos antes de inclinarse sobre el borracho. Se rasgó la camisa, y con el trozo de tela se puso a limpiar el vómito, los mocos y las babas de Doroteo. Le hablaba en voz muy baja, con ternura. Lo limpiaba suavemente ante la mirada atónita de los parroquianos de doña Cari.

—Miren nomás.

—Quién iba a decirlo.

Cuentan que esa misma noche de domingo Jesucristo Gómez y Doroteo Arenas se fueron juntos, camine y camine, por las vereditas del Parque Nacional hasta la Rodilla del Diablo, donde nace el río Cupatitzio.

Curación de la suegra de Simón (4, 38-39)

—Está otra vuelta con el cólico, ora sí se nos muere, se puso grave desde anoche.

—¿La llevaron a la clínica?

—Ya otras veces la llevamos al Seguro y al Iste, pero nomás le dieron una medicina para bajarle el dolor. Dicen que lo único es abrirle la panza.

—¿Y por qué no la operan?

—Pos cómo.

—Luego luego.

—Para doctor particular no hay de dónde, y ahí no quieren porque no tenemos tarjeta. Nomás curan a los de tarjeta.

Rapidito caminaban Jesucristo Gómez y Pedro Simón de los tiraderos de Iztapalapa a la barraca donde el pepenador vivía con su suegra, su esposa y un hijo ya mayor. Jesucristo se había hecho amigo de él y de otros hurgadores de basura semanas atrás. Hasta había invitado a Pedro Simón a irse con él por los pueblos, y aunque a Pedro Simón le jalaba la idea no le terminaba de gustar eso de andar rodando sin rumbo; por otro lado cómo dejar a la familia, a la suegra enferma; cómo tirar a la basura un trabajo que aunque gacho y duro le daba para irla pasando más o menos. Pretextos no faltaban a Pedro Simón cada vez que Jesucristo Gómez se aparecía por Iztapalapa y lo

invitaba:

—Órale vámonos.

—Pérate maestro, tengo a mi suegra muy mala —dijo esta vez—. Está otra vuelta con el cólico, ora sí se nos muere, se puso grave desde anoche.

La suegra estaba de veras en un grito. Ni la esposa ni el hijo mayor de Pedro Simón sabían qué hacer, de no ser prender una veladora a la Virgen de Zapopan y llamar a Serafina que invadió la barraca con su quemazón de hierbas. De la humareda no se podía ni ver.

Grito y grito y tose y tose encontraron a la suegra de Pedro Simón tendida en el catre, ardiendo en calentura.

—Ora sí me muero, ora sí me muero —se retorcía la pobre vieja del colicazo.

—¿Tienes para el taxi? —preguntó Jesucristo Gómez a Pedro Simón apenas entró y vio el terrible espectáculo.

El hijo del pepenador extendió un billete todo arrugado.

—Ya vas —dijo Jesucristo inclinándose para levantar en brazos a la suegra. Pedro Simón lo ayudó, y entre los dos la sacaron cargada mientras Serafina ponía el grito en el cielo:

—¡No sean brutos!

Con la vieja en brazos llegaron hasta la calzada cuando ya el hijo de Pedro Simón había conseguido un taxi de milagro.

—A la clínica del Seguro —ordenó Jesucristo al meter a la suegra en el asiento de atrás, junto al pepenador. Él subió adelante y dijo, en el momento de cerrar la portezuela:— Pícale como si fuera tu madre.

La suegra dejó de gritar pero se puso pálida; estaba como muerta.

Nadie habló en todo el trayecto. El taxi se escurría entre los autos, igual que una rata entre los montones de basura, y se pasaba los altos. Llegaron al fin.

En la clínica se armó el jaleo de rigor.

—Son cálculos biliares —diagnosticó el médico de urgencias—. Le podemos dar algo para el cólico, pero hay que internarla y operar.

—Pues opérela.

—Ya les dije que no puede ser, sólo atendemos a los asegurados. Mire usted…

Jesucristo Gómez no esperó a oír la letanía del médico de urgencias y se lanzó como un buscapiés por las escaleras hasta la oficina del director de la clínica. Entró antes de que la secretaria lo detuviera.

—Óigame.

No dio tiempo al médico a protestar: en un dos por tres lo puso al tanto del problema.

—Lo entiendo pero no se puede —dijo el director de la clínica

dispuesto a no perder la paciencia ante el impertinente—. Necesitaría una orden superior.

—Yo se la doy —exclamó Jesucristo Gómez.

—No señor, entiéndame —sonrió—. Esto es nada más para los asegurados. ¿Por qué no lleva a su pacientita al Hospital General?, ahí se la atienden gratis, para eso es.

—El Hospital General es una lata, usted lo sabe, y además ya no hay tiempo. Esa mujer está grave. Si se muere, la culpa será de usted.

—Mía no, eso sí se lo digo.

—¿De quién entonces?

—No sé, mía no. En todo caso del sistema.

No era el momento de ponerse a discutir sobre las imperfecciones del sistema de seguridad social. A Jesucristo le urgía salvar a la suegra de su amigo; ya, en ese instante.

—Yo no me muevo de aquí hasta que la operen.

—Se podía pensar en un seguro voluntario —argumentó el director de la clínica buscando un remedio—, pero tendrían que pagar.

—No tenemos ni un quinto. Debe ser gratis.

—Entonces el Hospital General.

—No.

Dale que dale, la terquedad de Jesucristo Gómez terminó venciendo al director de la clínica. El médico meneó la cabeza varias veces, oprimió un timbre para llamar a su secretaria y dijo:

—Voy a hacer una excepción.

—Gracias —respondió Jesucristo Gómez.

A los tres días de que la suegra de Pedro Simón abandonó la clínica del Seguro, operada, feliz, organizó una fiesta en honor del amigo de su yerno. Todos la pasaron muy bien.

Numerosas curaciones (4, 40-41)

Cuando los pepenadores se enteraron de lo que Jesucristo Gómez había hecho por la suegra de Pedro Simón, corrieron a verlo a la barraca de su amigo donde compartía el techo y la mala comida. Llegaban por montones. Todos querían hablar primero porque todos tenían familiares enfermos: muchachos con disentería, mujeres con cólicos, niños deshidratados, ancianos paralíticos. Vómitos, tifoideas, calenturas, meningitis, convulsiones, diarreas, mal de ojo: la enfermedad apestaba las barracas de los hurgadores de basura.

Jesucristo Gómez visitó vivienda por vivienda, y condolido regresó con el director de la clínica, ahora sí a discutir largo y tendido sobre las imperfecciones del sistema de seguridad social.

—¿Cómo se le hace para asegurar a todos los pepenadores?

—Está difícil.

—Nada más dígame cómo se le hace.

Al director de la clínica había terminado por caerle simpático aquel tipo que todo lo pedía para sus amigos, nada para él. Era un poco ingenuo pero simpático, luchador. Decidió ayudarlo. Le dio dos cartas para un par de altos funcionarios del Seguro y lo recomendó con un diputado.

—Pero está difícil —le repitió al despedirlo—. No se haga muchas ilusiones.

Ciertamente no estuvo fácil. Un mes, un mes y medio, cerca de dos meses anduvo Jesucristo Gómez vuelta y vuelta de las oficinas centrales del Seguro Social a la Cámara de Diputados. Hizo horas de antesalas, se entrevistó con funcionarios secundones e importantes, discutió con trabajadoras sociales, suplicó a diputados y políticos.

Al fin se presentó en Iztapalapa con la buena noticia.

—Pero cómo le hizo, maestro.

—Usted sí que tiene tamaños de líder.

El único que no se alegró fue Celestino Bandera, cabecilla de un grupo mayoritario de pepenadores. Pensó que Jesucristo pensaba desbancarlo de su pedestal de líder único del gremio, y acompañado de cuatro pelafustanes fue a buscarlo a la barraca de Pedro Simón armado de una charrasca.

Jesucristo lo tranquilizó a las primeras de cambio:

—Estás mal. Nadie piensa en desbancarte. Aprovecha el seguro de los pepenadores, es tu mejor arma, no esa charrasca. Ahora es el momento de organizarlos y conseguir más ventajas para el gremio. Que les paguen mejor el cartón, que los dejen formar una cooperativa para aprovechar el desperdicio; tantas cosas. Si de veras quieres ser líder búscale por ahí.

Celestino Bandera dejó a un lado la charrasca e invitó a Jesucristo Gómez a echarse unos pulques en Las Glorias de Salomón.

Jesús sale ocultamente de Cafarnaúm y recorre Judea (4, 42-44)

Se fue muy de mañana sin despedirse. Pensó que nadie se daría cuenta, pero en los patios de la Terminal del Norte oyó que le gritaban por su nombre. Giró la cabeza. Un numeroso grupo de hombres y mujeres avanzaba hacia él. Reconoció a varios pepenadores y a Celestino Bandera.

No querían que los dejara.

—Quédese con nosotros, maestro.

El autobús estaba por salir. Jesucristo ya tenía su boleto.

—¿Dónde va que más valga? —dijo Celestino Bandera.

—Hay mucho por hacer en muchas partes —se disculpó.

Mientras el autobús se lo iba llevando, Jesucristo sacudió la mano del otro lado de la ventanilla.

Anduvo otra vez por Michoacán; por los pueblos de Guanajuato, de Querétaro.

A la hora del rosario entraba en los templos y sin importarle el escándalo de los fieles se ponía a hablar. No siempre lo echaban a la calle. Había párrocos que hasta lo llamaban para que diera pláticas a niños y adultos. Él les enseñaba la doctrina, a su modo.

Vocación de los cuatro primeros discípulos (5, 1-11)

—Miren quién viene ahí.

Mientras se espantaba del cachete una mosca negra, panzona, el pepenador señaló hacia el rumbo por donde estaba cayendo el sol. Entre los montones de basura, siguiendo la veredita, venía caminando Jesucristo Gómez.

Se juntaron los pepenadores. Sus manos de lija se estiraron para saludarlo.

—Ya pensábamos que no ibas a volver.

—¿Ora sí vienes a quedarte con nosotros?

—¿Dónde está Pedro Simón? —preguntó Jesucristo, apremiándolos.

Con su hermano Andrés y los hermanos Santiago y Juancho Zepeda, pepenadores también, Pedro Simón le entraba a los curados de piña en Las Glorias de Salomón. Pareció alegrarse al ver a Jesucristo Gómez, pero al rato se le notó la nerviolera.

—¿Ya lo pensaste?

Pedro Simón escondió los ojos en el tarro y frotó con el huarache izquierdo el aserrín que cubría el piso de cemento.

—Ora sí me agarra desbalanceado, maestro. Andamos ahorita con un pendiente, si no que lo digan aquí Santiago y Juancho. Nos venimos a echar un pulque nomás para agarrar fuerzas, ¿no es cierto?

—Cierto —asintieron Santiago y Juancho.

—De veras —remató Andrés.

Jesucristo Gómez tardó en entender cuál era el nuevo pendiente de Pedro Simón. Arrebatándose la palabra, encimando historias sobre un agiotista que los había esquilmado durante años, los pepenadores hablaron de la urgencia de juntar cerca de cuatro mil pesos si no querían que el agiotista se cobrara a lo chino hasta con sus barracas y sus pocas pertenencias.

—¿Y de dónde piensan sacar esa lana?

—De la pepena, de dónde si no. Tenemos que talonearle hasta de noche.

—¿En cuánto tiempo calculas?

—De perdida se nos van ocho semanas y eso quién sabe.

—Si es que no te encuentras un billete de los grandes en la basura —bromeó Jesucristo Gómez.

—Yo no creo en milagros —cortó Pedro Simón al tiempo que Jesucristo se ponía en pie, decidido.

—A darle entonces.

Los cuatro pepenadores lo miraron sorprendidos.

—Pérese, maestro.

—Antes échese un curado con nosotros, es fiado.

—De una vez —dijo Jesucristo.

—Mañana —insistió Pedro Simón a quien el pulque le aguadaba las piernas.

—No.

Ya era de noche cuando empezaron a hurgar en las montañas de basura en busca de papel periódico, cartón, botellas, trapos, latas… En un principio Pedro Simón se resistía a que Jesucristo le taloneara con ellos porque esto no es cosa suya, maestro, es muy duro cuando se empieza, no cualquiera aguanta la peste todo el día, ni las ratas, ¿verdad Andrés? Al encajar el palo o meter los dedos va a encontrar más de un perro muerto, hay veces que hasta niños descuartizados aparecen y porquerías de mujer, ¿verdad Juancho? Esos moscones pican y bien duro, sobre todo si es usted nuevo; le van a apestar las manos toda la vida, se va a arrepentir; mejor váyase a la iglesia a platicarle a la gente que es lo que usted sabe, déjenos aquí a nosotros, ¿verdad Santiago?

Jesucristo tiró a lurias a Pedro Simón y esa noche, con un vómito de por medio, trabajó al mismo paso que sus pepenadores amigos. Al día siguiente ya les llevaba ventaja, y a la primera semana su montaña de tesoros era la mayor de las cinco.

—Eres un tipo a todas madres, me cai.

En la mitad del tiempo calculado juntaron los cuatro mil pesos y todavía apartaron seiscientos porque Jesucristo quería ir al norte con los chicanos.

—¿Quién dijo que el maestro era un principiante? —preguntó Juancho Zepeda.

—Comparado contigo yo soy un pepenador de quinta —dijo Pedro Simón.

Sucio, agotado, con las ropas ennegrecidas, el cabello pastoso, las manos hinchadas y tasajeadas de heridas y cicatrices, sonreía Jesucristo Gómez a sus amigos:

—De hoy en adelante vas a pepenar hombres —dijo a Pedro Simón. Y acompañado por los cuatro echó a andar.

Curación de un leproso (5, 12-16)

No había salido de la zona de los tiraderos cuando tropezaron con Saturno Peña. Al parecer el tipo andaba cazando a Jesucristo Gómez, esperando encontrárselo a solas, pero como vio que los cuatro

pepenadores no se le apartaban ni de relajo, decidió pelarse de estampida. A tiempo lo descubrió Pedro Simón y corrió tras él gritando:

—¡Ora si no te escapas, hijo de tu pelona!

Lo alcanzó cerca de la toma de agua y lo derribó. Saturno Peña cayó de bruces en el lodazal. Negro del rostro, como del alma, se incorporó a resultas de la torsión con que Pedro flexionó su brazo izquierdo atrás, contra la espalda. Gemía Saturno Peña al aproximarse Jesucristo Gómez.

—Aquí lo tienes —dijo Pedro Simón.

Jesucristo conocía la historia del infeliz, pero no a él personalmente. Era un judas del gremio y el líder Celestino Bandera se la tenía sentenciada. Por culpa de Saturno Peña acusaron a dos pepenadores de un crimen que no habían cometido pero que confesaron luego de una madriza en la Procu. Por culpa de Saturno Peña se quemaron siete barracas de por ahí; en realidad no fue un accidente como dijeron los del Departamento: el mismito Saturno prendió el fuego, todo para ganarse unos centavos que ni le dieron después; los agentes le dijeron a ti ni quién te conozca, y el infeliz terminó como apestado: perseguido por sus compañeros del gremio y ninguneado por quienes luego de utilizarlo lo echaron a la basura igual que a un gato muerto. De no ser por su mujer y sus cinco chamacos, Saturno ya andaría huido por Hidalgo donde tenía parentela; pero ni modo de dejar a su familia, máxime cuando Celestino Bandera mandó vigilar su jacalón seguro de que tarde o temprano Saturno Peña caería por allí. Y si él no llegaba a caer, el desquite de los pepenadores ardidos sería contra la mujer y los chamacos, de eso ni dudar. Por eso la única salvación del infeliz era Jesucristo Gómez. Sólo un tipo como Jesucristo podía compadecerse e intervenir con Celestino para que lo dejara sacar a su familia y llevársela a Hidalgo.

—Si tú quieres puedes hacerme esa balona —moqueaba Saturno Peña.

Se interpuso Pedro Simón:

—No le hagas caso, maestro.

—La debe y la tiene que pagar —se adelantó Andrés su hermano.

—Entonces para cuándo es la justicia —completó Juancho Zepeda.

—No no no —se retorcía Saturno—. Cierto, me dejé llevar por la ambición pero ya no me chinguen. Yo nomás quiero largarme con mi vieja y con mis hijos, ellos no tienen la culpa, hágame esa balona por ellos. Déjenme empezar una vida decente.

Mucho tiempo duró la alegata: Saturno Peña con su arrepentimiento, los pepenadores con la cantaleta de la justicia. La

última palabra la dijo Jesucristo Gómez, aunque muy a regañadientes de sus amigos:

—Ve a ver a Celestino, explícale que ya hablaste conmigo y que yo le suplico que te deje sacar a tu familia y largarte como quieres.

—Si Celestino me ve llegar solo, me va a partir la madre antes de oír razones —gimoteó Saturno.

—Ése es tu riesgo.

La verdad, no era un riesgo pequeño. A Saturno se le arrugaba el pellejo con sólo imaginarse ante la gente de Celestino Bandera, y tuvo que agarrar fuerzas de su esperanza para no rajarse a la mitad del camino.

Le fue mal en lo que cabe. No se salvó de una golpiza, pero sí de un linchamiento, y eso gracias a que el líder llegó a tiempo para salvarlo y escuchar el recado que le mandaba Jesucristo Gómez.

—¿Lo vas a dejar ir?

Celestino Bandera no lo dudó un momento. Se trataba de una petición de Jesucristo y las peticiones de Jesucristo no se ponían a discusión. Tal era el respeto que le tenía.

—Pero te doy una semana para largarte; nomás una semana.

Todavía antes de viajar a Hidalgo con su familia, Saturno Peña fue a buscar a Jesucristo:

—Lo que no tengo es dinero para irme —se quejumbreó.

Jesucristo tocó en el hombro a Pedro Simón:

—Dale los seiscientos pesos.

—Eso sí que no —protestó Pedro Simón—. Esta lana es para irnos con los chicanos, ¿no dijiste tú?

—Dáselos.

Pedro Simón introdujo su mano en la bolsa del pantalón y extrajo los billetes arrugados. De mala gana los entregó a Saturno Peña.

Curación de un paralítico (5, 17-26)

El sindicato independiente de la laminadora Azteca había decidido aplicar la cláusula de exclusión al Paralítico Gutiérrez, y por eso, cuando Jesucristo Gómez trató de mediar en favor del obrero de manera semejante a como había intervenido para salvar a Saturno Peña, los miembros radicales del sindicato pusieron el grito en el cielo:

—¿Y quién chingados se está creyendo este tipo?

—¿Se cree juez?

—¿Se cree líder?

—¿De dónde saca autoridad para meterse en nuestras broncas?

El Paralítico Gutiérrez era un tipo muy dolido desde el accidente que lo dejó baldado de la pierna derecha. Dolido porque sus compañeros sindicalistas no abogaron por él, no le consiguieron

completa su indemnización, no movieron un dedo para evitar que la empresa lo arrumbara en tareas muy por debajo de su habilidad para manejar como pocos la máquina ocho, la que le fregó la pierna. Por eso juró vengarse y aceptó hacerla de soplón cuando empezó el movimiento para desatar la huelga. La huelga se cebó, y los sindicalistas radicales le endilgaron toda la culpa al Paralítico Gutiérrez. Entonces intervino Jesucristo Gómez.

—¿Con qué derecho?

—¿A santos de qué?

—¿Quién fregados lo llamó a redimir traidores?

Lo había llamado un grupo minoritario de sindicalistas, convencidos de que la cláusula de exclusión era un castigo excesivo para un compañero a quien todos abandonaron en la de malas. Ésa era la verdad y querían que Jesucristo la dijera por ellos en plena asamblea, rompiendo todas las reglas, sí es cierto, no importa, pero quién mejor que Jesucristo para defender causas perdidas.

Resultó difícil tomar la palabra, como difícil había resultado a los del grupo minoritario introducir a Jesucristo Gómez en el salón: tuvieron que descolgarlo por el tragaluz junto con el Paralítico Gutiérrez, entre un escándalo mayúsculo, empellones y trompadas a granel.

A duras penas trató de imponer Jesucristo su vozarrón acallando insultos y mociones de orden. Cuando al fin lo consiguió habló de corrido, sin interrumpirse:

Si estaba allí de metiche no era por metiche sino porque consideraba importante que la lucha sindical no se desgastara en enfrentamientos inútiles. El Paralítico Gutiérrez era más una víctima que un culpable; víctima de sus propios compañeros ingratos y víctima sobre todo de las mañas corruptoras de una empresa que sabía aprovechar muy bien los resentimientos de un marginado para madrugarle al sindicato en cualquier plan reivindicador, como había ocurrido en el caso de esta huelga. Pero lo importante seguía siendo la huelga y en general toda lucha orientada a defender los derechos obreros. Ese objetivo no podía, no debía perderse. Las pugnas internas, las divisiones, sólo favorecían las políticas injustas de la empresa. Era ella quien estaba fomentando esos conflictos. Entiéndanlo así. Véanlo así. No caigan en la trampa —decía Jesucristo Gómez a los asambleístas a cada instante más tranquilos, más atentos. Le aplaudieron al terminar, media hora después.

La asamblea resolvió no aplicar la cláusula de exclusión al Paralítico Gutiérrez.

Vocación de Leví. Comida con los pecadores en casa de Leví. Discusión sobre el ayuno (5, 27-39)

Nadie supo bien a bien como estuvo lo de Mateo Leyva, tesorero de una de las cabeceras municipales del Estado de México. Jesucristo Gómez se pasó una tarde completita platicando con él, y al día siguiente se corrió la voz de que el tesorero iba a renunciar a su puesto para unirse al grupo de Jesucristo.

—¿El señor Leyva?, no puede ser.

—Ni que estuviera loco.

—¿A poco va a dejar a su familia?

—Y sus rentas.

—Nadie tira así tantos años de trabajo.

—Menos ahora cuando ya se barajaba su nombre para la presidencia.

—No es cierto.

Pero era cierto, y para hacerlo público Mateo Leyva organizó una comilona en su casa. Invitó de todo: funcionarios del municipio, políticos, comerciantes, gente de iglesia y ciudadanos de la oposición. Estos últimos empezaron a murmurar luego luego. Decían a Pedro Simón y a los hermanos Zepeda:

—¿Qué pues con su maestro? Tanto que critica a los explotadores y mírenlo aquí, de cháchara con ellos tan campante.

Jesucristo estaba riendo un chiste del delegado regional del partido cuando escuchó la alusión. Terminó de enrollar su taco, y antes de pegarle un mordisco apuntó con él a los murmuradores:

—No necesitan médico los sanos sino los enfermos —dijo—. Me importa más convencer a los bribones que apapachar a los virtuosos.

El delegado del partido soltó una carcajada.

—La gente de Juan Bautista no andaba en estas comilonas —intervino rápidamente el líder de la oposición—. Él predicaba con el ejemplo… Y mire nada más cómo se atragantan sus amigos —señaló a los Zepeda—, es un escándalo, hasta da vergüenza.

—No se meta con mis amigos —brincó Jesucristo —. Si ahora se atragantan como usted dice, es porque estamos de fiesta y hay de dónde; pero ellos sí saben lo que es pasar hambres y apretarse el cinturón cuando no queda de otra.

El ambiente se caldeaba. Los murmuradores no se daban fácilmente por vencidos:

—¿Y le parece bien que el señor Leyva deje su trabajo y su familia para lanzarse a una aventura?

—Cuando la aventura vale la pena…

—¿Tanto como para abandonar a su familia? ¿Usted cree?

—Nadie rompe un traje nuevo para poner parches a uno viejo.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Lo nuevo se lleva con lo nuevo y lo viejo con lo viejo —agregó Jesucristo Gómez—. ¿Eso sí la responde?

Ahí terminó la discusión.

Las espigas arrancadas en sábado (6, 1-5)

Cruzaban las huertas de don Genaro Méndez. Delante iban Mateo Leyva, Pedro Simón, los hermanos Zepeda y algunos otros. Detrás iba Jesucristo Gómez pensativo. Sintieron hambre y se pusieron a cortar los higos, los tejocotes, las guayabas.

Estaban comiendo felices de la vida cuando oyeron el ladrido de los perros. Luego se presentaron los cuidadores de don Genaro Méndez. Uno de ellos traía una escopeta.

—Esto es propiedad privada —dijo el de la escopeta—. ¿No vieron el letrero?

—Sí lo vimos pero se nos hizo más corto por aquí —respondió Jesucristo Gómez.

—Invadieron la propiedad.

—No invadimos nada.

—Y se están robando la fruta.

—Teníamos hambre y comimos nada más lo necesario.

Apuntados por la escopeta fueron llevados ante la presencia de don Genaro Méndez.

—¿No sabían que yo soy el dueño de estos caminos y de estas huertas?

—Nadie es dueño de los caminos —dijo Jesucristo Gómez—, ni del hambre de los demás.

Don Genaro Méndez meneó la cabeza y los dejó marchar, entre el ladrido de los perros.

Curación del hombre de la mano seca (6, 6-11)

—¡Comulgó el excomulgado! —llegó gritando Conchita López a la sacristía del padre Lucio.

El padre Lucio dejó caer la pluma fuente sobre la libreta donde anotaba las misas de difuntos y miró por encima de los lentes a Conchita López.

—¿Quién dice?

—Ramón y doña Carmen. El domingo fueron a San Pedrito a visitar a su nuera que por cierto sigue muy enferma, y en la misa de doce, adelantito de ellos, vieron comulgando al Manco Tenorio.

—¿Está segura, Conchita?

—Lo juran y perjuran.

—Sea por Dios —barboteó el padre Lucio—, sea por Dios.

Durante años y felices días el Manco Tenorio había sido uno de los más devotos feligreses del padre Lucio, amén de hombre virtuoso, marido cumplidor y promotor incansable de las campañas moralizadoras emprendidas por la parroquia. Jamás se le oyó decir

una mala palabra, nunca se le vio borracho y su esposa no tenía la menor queja de su fidelidad conyugal. Con fama de santo vivía el Manco Tenorio hasta la infausta fecha en que el circo Belaunzarán se instaló en las cercanías del pueblo. Era un circo pequeño integrado casi exclusivamente por una *troupe* de mujeres contorsionistas que después de las funciones, según se oyó decir, rentaban sus habilidades circenses a la población masculina. Para confirmar el escandaloso rumor y proferir, en su caso, una prédica contra los actores de ese negocio intolerable, el Manco Tenorio se presentó una noche en el circo, al filo de la madrugada. No alcanzó siquiera a decir el queridos hermanos; deslumbrado aún por la algarabía que presenció apenas hizo a un lado la cortina de la carpa, se sintió de pronto enredado entre las piernas y los brazos de una contorsionista, y durante un par de semanas frenéticas descubrió los placeres de la carne y de los tragos. Todavía estaba borracho cuando una mañana de viernes primero regresó al pueblo y entró en el templo en el momento en que el padre Lucio distribuía la comunión. Por supuesto intentó comulgar, como lo hacía siempre, pero el padre Lucio escandalizado le negó la hostia santa y le ordenó abandonar de inmediato el recinto. El Manco Tenorio reaccionó entonces con furia. Arremetió contra el sacerdote, le arrancó el cáliz, e imprecando contra la religión, contra su esposa, contra todos los fieles, se puso a arrojar al aire las hostias consagradas como si fueran confeti. La excomunión le cayó encima de *ipso facto*, y con ella una tormenta de repudios: su mujer lo abandonó, sus hijos se mocharon el apellido paterno y el pueblo entero empezó a tratarlo como a un apestado. Cuando se arrepintió de todo corazón de su grandísima culpa ya era demasiado tarde. Prometió lavar con una confesión pública el escándalo causado a parientes y vecinos, suplicó que le fueran impuestas las más duras penitencias para merecer el reintegro al redil, pero el padre Lucio se negó a todo, inflexible:

—Yo no puedo perdonarte —le dijo—. Tu pecado fue una ofensa contra el Espíritu Santo y esa excomunión está reservada al Santo Padre, de perdida al obispo.

Trató de hablar con el obispo un domingo en que Monseñor visitó el pueblo para confirmar chamacos y legitimar uniones libres, pero ni siquiera lo dejaron acercarse al templo. Ese día perdió toda esperanza. Enloqueció. Perseguido por los remordimientos, sufriendo por anticipado los castigos del infierno adonde iría su alma apenas abandonara a ese cuerpo pecador, se lanzó a recorrer los pueblos lamentándose y a blasfemar en descampado.

Jesucristo Gómez conoció la historia del Manco Tenorio cuando Pachita Morales lo llevó ante él.

—Ese tipo está loco, maestro —dijo Pedro Simón—. Es un fanático.

—Pero sufre —replicó Jesucristo Gómez.

—Por todo lo que le han metido los curas en la cabeza —opinó Mateo Leyva.

—Hay que empezar espantándole los fantasmas —dijo Juancho Zepeda.

—No se debe fomentar su fanatismo.

Con los ojos muy abiertos, moqueando, a punto de llorar, el Manco Tenorio miraba de uno en uno a los que hablaban. Jesucristo Gómez los hizo a un lado, molesto, y se acercó al excomulgado:

—¿Tú crees en mí? —le preguntó.

—Yo creo que usted puede ayudarme para que me levanten la excomunión —gimió el Manco Tenorio.

—Yo puedo levantártela —dijo Jesucristo Gómez.

—¿De veras?

—Si crees en mí, puedo hacerlo.

—¿Ahorita mismo?

—Ahorita mismo.

—¿Y podré comulgar mañana?

—Mañana y cuantas veces quieras.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó el Manco Tenorio tirándose de rodillas como para recibir la absolución.

Jesucristo lo sujetó del brazo sano y lo obligó a levantarse.

—Nada —le dijo—. Vete en paz.

Fue por eso que al día siguiente el Manco Tenorio comulgó en misa de doce, en San Pedrito. Ramón y doña Carmen se lo contaron a Conchita López, y Conchita López llevó corriendo el chisme al padre Lucio.

Nada pudo hacer el padre Lucio para detener la ola de sacrilegios, porque el Manco Tenorio se internó en la ciudad y se pasaba las mañanas de templo en templo comulgando como un desaforado. Solamente comía hostias consagradas, y aunque estaba cada día más enjuto y más anémico, según decían quienes se lo encontraban de cuando en cuando de pura casualidad, en su semblante de loco se transparentaba la felicidad de un alma en estado de gracia.

Elección de los Doce (6, 12-16)

Por aquellos días, después de pensarlo bien, Jesucristo Gómez decidió formar un grupo de confianza con la gente que empezaba a seguirlo a todas partes. Eligió a doce nada más. Ellos eran: los pepenadores Pedro Simón, Andrés Simón, Santiago Zepeda y Juancho Zepeda; los campesinos Felipe Higuera y Bartolomé Martínez; Mateo Leyva; Tomás Carrillo; Santiago el de Aguascalientes; Simón Vázquez, que había sido guerrillero; Justo de Santiago, y Justo Irigoyen, que llegó a ser un traidor.

La muchedumbre sigue a Jesús. Discurso Inaugural. Las Bienaventuranzas. Las maldiciones. Amor a los enemigos. Misericordia y beneficencia. Celo bien ordenado. Necesidad de las obras (6, 17-49)

La lista con los nombres del grupo de confianza de Jesucristo Gómez formaba parte de un reporte redactado por una brigada de estudiantes de sociología. Los estudiantes andaban haciendo prácticas de campo en la región cuando oyeron hablar de Jesucristo y decidieron seguirle la pista. No les fue difícil encontrarlo, pero sí interpretar la personalidad de un sujeto que reunía características de líder natural, aunque no se ajustaba a los patrones establecidos, "por el matiz religioso de sus actos y de sus prédicas", señalaron más tarde en su trabajo. Intentaron clasificarlo como un profeta popular, "reformista religioso" lo llamaron, pero ciertas actividades de contenido expresamente político y noticias sobre encuentros de Jesucristo con las autoridades, ponían en entredicho una clasificación tan esquemática. Se enfrentaron también a muchos datos confusos: supuestas curaciones milagrosas que ya formaban parte de una leyenda y cuya clave podía localizarse en el nombre de pila del sujeto, "tal vez un sobrenombre tramposo para imponerse a los incautos". No profundizaron en este último dato porque Jesucristo se negó a ser entrevistado por los estudiantes y prohibió enérgicamente a sus discípulos prestarse a la aplicación de una encuesta.

Lo más interesante del trabajo era el capítulo relativo a "los discursos del líder", porque los estudiantes tuvieron oportunidad de escuchar directamente a Jesucristo en diversos actos públicos "celebrados en forma totalmente espontánea". Al decir de los autores del reporte, los discursos no aportaban "teorías novedosas desde el punto de vista ideológico", repetían más bien "conceptos manidos por el cristianismo y las corrientes pacifistas" (*sic*), no obstante lo cual "impresionaban favorablemente al auditorio compuesto en su mayoría por gente de muy escasa instrucción".

Para ilustrar tales afirmaciones, los autores del reporte incluían, a manera de crónica, el relato de un discurso recogido en grabadora:

> Jesucristo Gómez inició su plática anunciando el pronto surgimiento de una sociedad de justicia "que hará felices a los que ahora son pobres, a los que ahora tienen hambre, a los que ahora sufren marginación". Dijo que todos los que luchan por la justicia deben sentirse orgullosos si por esa causa sufren persecuciones, malos tratos, cárceles, represión. "Llegará el momento en que recibirán su recompensa con creces", subrayó.
>
> También fustigó a los que ahora tienen todo, "porque todo lo perderán cuando llegue la justicia", y anunció hambres y aflicciones para quienes hoy disfrutan del poder y la opulencia.

Sin embargo hizo varias recomendaciones a sus oyentes: “Quieran a sus enemigos, hagan el bien a quienes los odien, ayuden a quienes los maltraten. Al que te pegue en una mejilla preséntale la otra, y al que te robe un pañuelo ofrécele tu camisa. Dale de lo que tienes a todo el que te pida, y al que te quite lo tuyo no se lo reclames. Trata a los demás como quieras que a ti te traten. ¿Qué mérito tiene amar a los amigos? Eso lo hace cualquiera, hasta el más egoísta. Tampoco tiene mérito hacer favores a quienes nos darán a cambio una recompensa. Así se portan los políticos, los comerciantes, los explotadores. Lo verdaderamente valioso es amar a los enemigos y hacer el bien sin esperar nada a cambio; ser generoso con los ingratos y amable con los perversos. Sólo así se alcanza la perfección.

“Tengan compasión de los demás como Dios tiene compasión de ustedes. No juzguen y no serán juzgados; no condenen y no serán condenados; perdonen y serán perdonados. Den y recibirán. Con la misma medida con que midan a los demás serán medidos ustedes”.

A lo largo de su discurso, Jesucristo Gómez puso varios ejemplos:

“Un ciego no puede guiar a otro ciego porque los dos caerían en el hoyo. Trate entonces cada quien de mejorar reconociendo que un alumno no está por encima de su maestro. Pero todo el que se supera llega a ser maestro algún día.”

“No te atrevas a señalar la basura que hay en el ojo de tu amigo antes de ver la basura que hay en el tuyo. Cómo te atreves a decirle a tu amigo: deja quitarte esa basura. No seas hipócrita: limpia primero tu ojo y después podrás limpiar el de tu amigo.”

“No hay árbol bueno que dé fruto malo, y al revés: no hay árbol malo que dé fruto bueno. Cada árbol se conoce por su fruto. No se recogen higos de los mezquites, ni de los huizaches se recogen guayabas. El hombre bueno saca lo bueno de su corazón bueno, y el malo, del malo saca lo malo.”

“¿Por qué me llaman maestro y no hacen lo que yo digo? Todo el que se acerca a oírme y hace lo que digo es parecido al hombre que levanta un buen cimiento para construir su casa. Cuando llega el temblor, la casa se mantiene firme. En cambio el que me oye y no pone en práctica lo que digo es como el hombre que desplanta su casa directamente sobre la tierra. Empieza a temblar, y la casa se derrumba.”

El reporte de los estudiantes de sociología tenía un total de veinte páginas y llevaba, como título: *Jesucristo Gómez. Datos para un estudio antropológico sobre el surgimiento de un líder natural*.

Curación del siervo del centurión (7, 1-10)

—¡Jijos de la tiznada!

De la enorme cabeza pelada a rape de Gabino Perales, comandante en jefe de la Zona Militar, resbalaban hasta sus cejas, su nariz y su nuca, chorros y chorros de sudor. Siempre le pasaba lo mismo: cualquier situación difícil, y pocas tan graves como ésta, le producía una inmediata sudoración que lo dejaba empapado como si acabara de meter la cabeza bajo una regadera.

—Jijos de la tiznada, con el perdón sea dicho.

Los jijos de la tiznada a quienes se refería el comandante Perales eran los miembros de una gavilla de bandoleros que veinte horas antes, en una audaz operación a las cinco de la tarde, habían secuestrado a su hijo único, un chiquillo moreno de nueve años y de ojos tan pelones como los de su padre. Los autores del atraco presumían de guerrilleros, pero al decir de Perales no pasaban de ser una punta de forajidos sin más ideal político que su ambición económica. Después de sorprender al niño en el parque donde jugaba al burro con los hijos de don Agustín, de introducirlo en un auto destartalado que arrancó como si se llevara al diablo, los secuestradores enviaron un escueto mensaje estipulando las condiciones del rescate: en un plazo no mayor de veinticuatro horas querían dos millones de pesos en billetes viejos, de a cien.

Perales no lo pensó dos veces. Apenas llegó a sus manos el primer mensaje, destacó a tres pelotones al mando del sargento Francisco Íñiguez para pelar la zona y agarrar en un dos por tres a los secuestradores.

—Jijos de la tiznada, con el perdón sea dicho, maestro.

Fue hasta un par de horas después de dar la orden cuando reflexionó seriamente en el peligro de muerte que corría el niño y que tanto le mentaban su mujer y sus subordinados amigos al pedirle, comandante Perales, al suplicarle don Gabino, Gabino, Gabi de mi vida, piense bien lo que está usted haciendo, si les echa el ejército encima esos desgraciados son capaces de matar a la criatura, así le hacen siempre, estás poniendo en peligro la vida de tu hijo, Gabino, ¡eres un estúpido!

Sudando estaba el comandante Perales cuando conferenció con el presidente municipal, cuando telefoneó al gobernador, cuando también por la vía telefónica recibió órdenes de la Secretaría de la Defensa y cuando le llegó por último el parte militar del sargento Francisco Íñiguez:

—Misión cumplida, mi comandante. Los tenemos rodeados. Están allá por el rumbo de la presa, escondidos en una barraca. Son como diez pelados. Usted nada más da la orden y les caemos encima, mi comandante. En quince minutos los hacemos caca.

—¡El niño, Gabino!

—Esperen órdenes.

Empezaron las horas de angustia y el disparo de mensajes. Los miembros del Frente Guerrillero Popular, como se autodefinían los bandoleros, no cejaban en su petición: exigían los mismos dos millones de pesos en billetes viejos de a cien, y ahora, además, la garantía de poder abandonar la zona sin ser perseguidos por los soldados de Perales. Para instrumentar tal garantía, solicitaban la designación de un rehén, el mismo que llevaría a su guarida el dinero y a quien no soltarían hasta quedar ellos fuera de peligro.

Por eso fue Gabino Perales en persona a donde se hallaba Jesucristo Gómez.

—Son unos jijos de la tiznada, maestro, con el perdón sea dicho. Y la cosa se complica para mí como usted puede comprender. En primer lugar yo no tengo dos millones de pesos ni de relajo, están pendejos. Tampoco tengo modo de conseguirlos, y es más: el gobernador y mis superiores me ordenan que me olvide del dinero y agarre vivos o muertos a esos infelices. A ellos no les importa mi hijo. Lo sienten mucho, dicen, pero qué chingados, yo soy un militar y como militar debo enfrentar las consecuencias de esta operación canija.

—¿Y qué me pides a mí? —tuteó Jesucristo Gómez a Perales.

—Es la segunda parte de esta chingadera —respondió Perales sin dejar de sudar—. Porque para acabar de moler el asunto, los fregados secuestradores no quieren aceptar ninguno de los rehenes que les propongo. Que el maestro de escuela, niguas. Que el tesorero municipal, menos. Que el sargento Íñiguez, peor. Y cuando alguien me aconsejó que lo propusiera a usted o a alguno de los suyos, la idea les pareció bien, parece mentira. A usted y a sus amigos sí les tienen confianza esos jijos de la tiznada.

—¿Me quieres de intermediario?

—Yo no le pido tanto, sería mucho abusar. Usted, como yo, tiene gente a sus órdenes. Y así como yo puedo decir a cualquiera de mis subordinados: ve, y él va; o a aquel otro: haz esto, y lo hace, me imagino que usted igual. Con que mande a alguno de los suyos me doy por bien servido.

—No tengo por qué mandar a nadie —interrumpió Jesucristo Gómez.

—Es que hay peligro, maestro; no ha entendido bien cómo está la cosa. Yo no puedo cumplir todas las condiciones de esos jijos de la tiznada. La lana que hay ahí —y el comandante señaló una bolsa de cuero dejada en el piso—, no llega a ciento veinte mil pesos. Es toda mi lana.

—Razón de más para que yo vaya.

Perales se guardó el pañuelo en la bolsa del uniforme y detuvo a

Jesucristo.

—Falta ultimar detalles.

—No hay nada que ultimar. Tú nomás retira a tus soldados de la zona y prométeme que no perseguirás luego a esos tipos.

—Me van a degradar si no obedezco.

—No te harán nada; inventas cualquier pretexto, como siempre. —Jesucristo guiñó un ojo a Perales y lo dejó atrás. El comandante tuvo que echar una carrerita para alcanzarlo de nuevo.

—Se le olvida el dinero, maestro.

—No necesito nada.

—Siquiera para contentarlos con algo. No vaya a ser.

—¿Tienes fe en mí?

—Como en nadie.

—Entonces estate tranquilo. Volveré con tu hijo dentro de tres días.

Justo tres días después, cuando ya los miembros del Frente Guerrillero Popular andaban a kilómetros de la zona, Jesucristo Gómez regresó al pueblo con el hijo del comandante Perales. Los vieron llegar por el camino de la presa, cogidos de la mano, cantando alegremente una canción que les habían enseñado los secuestradores.

Resurrección del hijo de la viuda de Naím (7, 11-17)

No había forma de consolar a Genoveva Galindo viuda de Nares. Tendida en su cama, cerrados los oscuros de su habitación, se pasó llore y llore un mes, dos meses, tres meses, y ya iba para cuatro sin encontrar consuelo en las palabras de sus vecinas, del párroco y de los amigos que empezaron a convertir en un espectáculo el prolongado duelo de la viuda de Nares. Vamos a ver llorar a Genoveva, se decía ya por el pueblo, y lo que en un principio había sido un sentimiento de compasión vecinal se transformó en un motivo para inventar chistes crueles. El párroco se cansó de apelar a la fe religiosa de la mujer, las vecinas se dieron por derrotadas luego de todas las atenciones que le prestaron, y el doctor Dorantes llegó a la conclusión de que le faltaba ciencia para descifrar una enfermedad tan extraña. Porque una cosa era llorar durante un par de semanas la muerte repentina de su único hijo —al año y meses de fallecido el marido, eso sí—, y otra cosa muy distinta, exagerada, enfermiza, hacer de esa desgracia una hecatombe interminable:

—Genoveva tiene cincuenta años, caray, y a los cincuenta nadie se tira así al sufrimiento.

Cuando Jesucristo Gómez llegó al pueblo acompañado de sus discípulos y seguido de una muchedumbre de curiosos, el doctor Dorantes lo llevó a visitar a la viuda de Nares.

La mujer parecía un esqueleto: su rostro se había arrugado como

un papel apretado en el puño y se sacudía presa de temblorines mientras refería sus desgracias:

—Cómo no voy a sentirme desdichada si Dios se olvidó de mí. Primero se llevó a mi padre, luego me quitó a mi esposo y ahora me roba al único hombre que me cuidaba. Qué voy hacer yo sola en la vida. Qué puede hacer una mujer viuda, sin hijos, sin dinero, cargada de penas y de deudas…

—¡Trabajar! —interrumpió Jesucristo Gómez con un grito que cogió desprevenido al doctor Dorantes y lo hizo soltar su maletín—. ¡Trabajar! —gritó de nuevo—. ¡Trabajar!

La viuda de Nares iba a soltar un chillido, pero Jesucristo la prendió de los hombros y se puso a sacudirla como a una mula atascada.

—Mi hijo… —aulló Genoveva.

—¡Tu hijo no está muerto, estúpida! La que ha estado muerta eres tú. Siempre atenida a tu esposo, a tu padre, a tu hijo. ¡Floja, inútil, miedosa, inservible, muerta!

El doctor Dorantes nunca imaginó que ese Jesucristo Gómez a quien la gente describía como al más bondadoso de los hombres fuera este energúmeno capaz de cachetear a una mujer indefensa.

La va a matar, pensó el doctor Dorantes, pero no se atrevió a detenerlo.

—¡Nadie va a vivir por ti!, ¡nadie va a perder su tiempo compadeciéndote! —gritaba Jesucristo Gómez—. ¡Tienes la fuerza de tu hijo, la sangre de tu hijo, el alma de tu hijo! Compréndelo, mujer. ¡Levántate, con un carajo! ¡Vive!

La gente se arremolinaba frente a la casa de Genoveva, llena de temor. Los gritos se oían hasta la calle.

La viuda de Nares fue la primera en salir. Erguida como una sonámbula caminó hasta la tienda, entre los curiosos. Detrás de ella salió el doctor Dorantes y al último Jesucristo Gómez.

—Este tipo sí que se las trae.

—Mis respetos.

Y la fama del maestro se extendió por la región.

Pregunta del Bautista y testimonio de Jesús. Jesús juzga a su generación (7, 18-35)

El encarcelamiento de Juan Bautista desintegró al Frente Común. Algunos de sus dirigentes, sin embargo, hablaban de una reorganización y con tal motivo fueron a visitar a Juan Bautista a la cárcel: querían que continuara dirigiendo el movimiento desde la prisión.

—Para eso está Jesucristo Gómez —respondió Juan Bautista.

—A Jesucristo no le interesa el Frente Común. Él ya formó otro

grupo.

—¿Por qué no se lo preguntan?

—¿Por qué no le preguntamos qué?

—Si vale la pena seguir con el Frente, si él piensa que ya no hace falta… Vayan a preguntarle. Díganle que van de mi parte.

Los enviados de Juan Bautista llegaron con Jesucristo Gómez y le dieron el recado tal cual.

En lugar de responder directamente, Jesucristo les pidió que lo acompañaran durante unos días. Anduvieron con él poco más de una semana, semana y media tal vez. Lo oyeron hablar, lo vieron resolver problemas en ésta y en aquella ranchería, se dieron cuenta de su arrastre popular.

—Ahora vayan y cuéntenle a Juan Bautista todo lo que oyeron y vieron —dijo Jesucristo Gómez al despedir a los enviados—. Y ojalá ni ustedes ni nadie se escandalice de mí.

Cuando los del Frente Común se alejaron, los discípulos de Jesucristo se soltaron de la lengua:

—Se les aguó todo su plan.

—Los pobres todavía tenían esperanzas de resucitar el Frente Común.

—Eso está más muerto que nada.

—Aquí Juan Bautista ya no rifa.

—Ni quien se acuerde de él.

—Fracasó.

Al oír hablar mal de Juan Bautista, Jesucristo se puso furioso:

—¡No sean estúpidos, no saben lo que están diciendo! Si ha habido un líder de veras valioso por estos lugares, ése ha sido Juan Bautista. ¿O qué esperaban?, ¿que se pusiera a transar con los políticos?, ¿que buscara acomodo en algún partido? Si está donde está es porque nunca transó con nadie y supo mantenerse firme hasta el final. ¡Ya quisieran ustedes tener la mitad de sus güevos, carajo!

—Nosotros sólo decíamos que el Frente Común fracasó —se apresuró a aclarar Santiago Zepeda.

—Pero por culpa de quién, carajo, ¿por culpa de quién! —gritó Jesucristo—. ¡No de Juan Bautista!

—No maestro, claro que no.

—Por culpa de la abulia y la flojera y la terquedad de la gente, por culpa de las intrigas de los políticos, por ese pinche espíritu de contradicción que tanto nos friega siempre. Aparece un tipo como Juan Bautista que anda todo jodido y sucio y no acepta hablar siquiera con los estafadores, y luego luego empiezan a criticarlo: que no debía ser tan extremista, que le falta maña, que debía ser más zorro… Y ahora miren lo que me pasa a mí: me ven hablar con los políticos y aceptar invitaciones de los caciques y los poderosos, y ahí están otra

vez las críticas: éste es un aprovechado, ya transó, sólo anda buscando sacar ventaja. ¡Nunca se les dará gusto, carajo, bola de estúpidos!

Ninguno de los discípulos se atrevió a agregar una palabra porque Jesucristo estaba de veras enojado.

La pecadora perdonada (7, 36-50)

Don Ventura Felguérez, dueño de tiendas y comerciante de granos, invitó a cenar a Jesucristo Gómez a un restorán a orillas de la carretera. El lugar era pequeño pero elegante; ideal, por su aire discreto, para ventilar asuntos políticos o amores clandestinos. Allí fueron Felguérez y Jesucristo Gómez en el automóvil último modelo del comerciante.

Como hacía un poco de frío ocuparon una mesa próxima a la chimenea, y Felguérez recomendó al maestro pedir puntas de filete, la especialidad de la casa, y una ensalada de alcachofas. De beber, Felguérez mismo ordenó una botella de vino tinto del país.

—¿Le parece bien, maestro?

—Lo que usted diga, don Ventura.

Desde un principio la plática se enfocó a los temas religiosos. A don Ventura le preocupaban las frecuentes invectivas de Jesucristo Gómez contra la autoridades de la Iglesia, que expresadas ante la gente sencilla de la región, y tomando en cuenta su manifiesta ignorancia, producían un gran escándalo y ayudaban a los enemigos del clero a desestabilizar la paz y la armonía política que a Dios gracias imperaba ahora en todo el estado.

—Yo entiendo que usted no trata de quitarle al pueblo su fe —aclaró don Ventura Felguérez—. Lo entiendo perfectamente. Usted critica lo que criticamos todos: el fanatismo, los excesos de los curas, sus tonterías, ¡dígamelo a mí!, llevo siglos soplándome las estupideces del señor obispo. De acuerdo. Es intolerable. Como también es intolerable, y algún día le voy a platicar largo y tendido sobre eso, la desbarrada de un par de curas locos que en las últimas elecciones apoyaron en forma descarada a los candidatos de la oposición. Hágame usted el favor, apoyar a esos cretinos. No maestro, ni me diga, hay muchas cosas que criticar a la Iglesia. De acuerdísimo. Nuestros sacerdotes andan mal: el que no tiene una querida anda haciendo negocio con las tierras o buscando acomodarse políticamente. Pero sacar eso a la luz y arrear parejo contra Dios y sus instituciones resulta muy peligroso, sobre todo aquí porque la gente es muy ignorante como le digo, no sabe distinguir y se puede alebrestar fácilmente. Muy peligroso, maestro. Es como darle una pistola a un niño, de veras.

Mientras don Ventura Felguérez hablaba sin parar, de una mesa cercana volaban hacia Jesucristo Gómez los ojos y las sonrisas de una

mujer morena, cuarentona. Llevaba un vestido verde abierto por delante en un triángulo agudísimo, y compartía la mesa con tres varones ya ebrios desde que entraron en el restorán y una gorda de voz chillona que se dejaba tentalear por uno de ellos.

Aunque el comerciante no se había interrumpido cuando el grupo llegó con gran escándalo al establecimiento, Jesucristo alcanzó a distinguir el leve movimiento de cabeza con que don Ventura respondió al guiño de la morena en su corto trayecto hacia la mesa elegida. Luego fue ella la que desde ahí no perdió de vista a Jesucristo: lo miraba y remiraba con sus ojos abultados por el rímel, ajena a sus amigos, aburrida de su compañía.

Don Ventura siguió hablando. Pasó el tiempo. Con las tazas de café, un mesero llevó hasta la mesa del comerciante una botella de coñac.

—Lo manda la señora para el señor —dijo el mesero, e inclinó la cabeza señalando a Jesucristo.

El comerciante hizo ademán de rechazar la botella, pero antes de completar el gesto la morena del vestido verde apareció delante.

—Buenas noches don Ventura —sonrió—. ¿Puedo sentarme un ratito con ustedes?

Jesucristo Gómez ladeó una silla vacía:

—Claro que sí.

La morena tomó asiento. Cruzó la pierna.

—Tenía muchas ganas de conocerlo personalmente —dijo a Jesucristo—. Me han hablado maravillas de usted.

El comerciante no podía ocultar su molestia, y más porque el ratito se convirtió en minutos y minutos que la morena ocupó en poner al tanto a Jesucristo de las mil injusticias sufridas diariamente por las mujeres de por ahí: esposas golpeadas por sus maridos y obligadas a tener chamacos como conejas, jovencitas violadas por infelices y vendidas luego a los tratantes de blancas. No hablaba en general, citaba casos concretos: el político Fulano que compró a la hija de Nemorio y el cura Zutano que le hizo un escuincle a su propia sobrina y la mandó luego a morirse de hambre a la ciudad.

Coñac tras coñac, la morena enlistó víctimas que tenían nombres propios bien conocidos de don Ventura Felguérez:

—Acuérdese de Rosa Casillas, don Ventura, y de la Güera Guzmán, y de Paquita, la sobrina del Pelón Jiménez. Sin ir más lejos, yo misma. Yo misma, maestro. A mí también me chingaron desde escuincla, comenzando por mi padrino que me metió mano antes de tener mi primera regla, y de ahí pal real. Hasta que me fajé las enaguas y me rebelé y dije al diablo la chilladera. —El coñac se empezó a hacer agua en los ojos de la morena.— Yo he hecho muchas fregaderas en la vida, ni quien lo niegue. Yo no me puedo acercar a la

iglesia ni hablar con Dios porque todo mundo sabe de dónde me viene mi lana, que no me falta eso sí, tengo la que quiero, y si quisiera más tendría más. Pero la verdad yo no busco dinero, ya ni siquiera la venganza. Ahora que estoy borracha le voy a parecer muy cursi, pero sabe qué ando buscando, maestro, buscando como una loca. Como decía la otra vez la pobrecita aquella de la telenovela, ¿sabe qué decía?; la pobre pendeja decía chille y chille que andaba buscando un poco de amor. Eso mero, maestro. Lo único, la verdad. Y usted me entiende, yo estoy segura, porque usted es así como otra clase de hombre, no porque tenga un pito más grande, eso yo ni sé, ni me importa, sino porque ahorita que me oye y me ve con esos ojos de santo sabe que yo no soy tan puta como soy y de veras le digo la verdad cuando le digo que ando buscando un poco de amor.

Se enderezó la morena. Su mano dejó de acariciar la mano huesuda que Jesucristo había extendido sobre la mesa, y con la servilleta se limpió los ojos y el rímel embarrado bajo los párpados.

—Perdón por la escenita —dijo en el momento de regresar hacia donde la urgían sus compañeros.

El comerciante la siguió con la mirada. Luego echó el cuerpo sobre la mesa para decir en voz baja a Jesucristo:

—Pinche vieja, nos vino a fregar la cena.

—¿Por qué? —preguntó Jesucristo.

Ventura Felguérez se sirvió otro coñac. También él ya estaba ebrio.

—Es putísima, maestro… Uh, si yo le contara.

—Si me contara qué, don Ventura.

—La clase de piruja que es esta vieja.

—No necesita contarme nada, ella misma lo reconoció.

—Tiene una casa con diez niñas y es protegida de don Horacio Mijares. —El comerciante bebió el coñac. Hizo ademán de llenar la copa de Jesucristo, pero Jesucristo la cubrió con la palma de su mano. Llenó otra vez la suya—. Lo único que ahorita anda buscando esa vieja es lo que usted ya sabe, no necesito ni decírselo. Pero tenga cuidado, maestro. No es porque yo sea un santurrón, una vieja siempre es una vieja, sobre todo cuando lleva tantas horas de vuelo, pero yo ya tuve la experiencia y por eso se lo advierto. Usted se la coge hoy y mañana ya se enteró todo el mundo. Y el que se chinga es usted.

—¿No tiene otra opinión de las mujeres, don Ventura?

—¿Cómo dice? —se descontroló el comerciante.

—¿Que si no tiene otra opinión de las mujeres?

—Ésta es una puta.

—Por eso. Para usted sólo hay mujeres que son putas y mujeres que no lo son.

—Ya tuvo tiempo de calarla, no se haga guaje.

—También tuve tiempo de calarlo a usted, don Ventura. ¿Y le digo la verdad? Ella fue más generosa conmigo.

—¿Porque le mandó una botella de coñac? —El comerciante soltó una carcajada.— Maestro, por favor. Es una buscona. Puro interés.

—El interesado fue usted, don Ventura, perdone que se lo diga. Me invitó a cenar para ablandarme, ¿no es cierto?, para que deje de alborotar.

—No lo tome así, no exagere, yo quería cambiar impresiones.

—El interés de ella, en cambio, si es que hay alguno, es de tipo amoroso.

La risa del comerciante se mezcló con un eructo:

—Si usted confunde el amor con los acostones, de acuerdo.

—No me refiero a eso.

—Pues es lo que ella quiere.

—Posiblemente, pero no sólo eso.

—Para ella el amor consiste en encuerarse y abrir las piernas, si lo sabré yo.

—Porque no le han enseñado otra cosa, porque sólo la valoran por lo bien o lo mal que fornica.

—Claro, es una puta.

—¿Y se ha puesto a pensar por qué razón es una puta?

El comerciante vació sobre su copa el último chorro de la botella de coñac y habló con un sonsonete de burla:

—Ya va a salir con lo de siempre; empujada por los hombres cayó en el arroyo.

—No. Justamente lo contrario: se fue al arroyo para imponerse a los hombres. Ahí en la cama, en el prostíbulo, es el único sitio donde ella manda.

El comerciante ya no tuvo ocasión de responder. La morena del vestido verde regresaba a la mesa a despedirse. Sus compañeros habían cruzado la puerta de salida.

Sólo Jesucristo Gómez se puso en pie. Ella le tendió la mano y le dijo, muy quedo:

—¿Quieres venir conmigo?

Jesucristo negó con la cabeza pero le acarició la mejilla, el cabello, la nuca:

—Adiós.

La morena sonrió al maestro y luego miró a don Ventura Felguérez cuyos ojos devoraban su escote. Rápidamente se cubrió con las solapas del abrigo y de espaldas a la mesa caminó hasta el límite del restorán. Se volvió cuando escuchó la voz de Jesucristo Gómez:

—Y gracias por el coñac.

Mujeres que acompañaban a Jesús (8, 1-3)

Al grupo de los doce que acompañaban a Jesucristo en su recorrido por los pueblos, se unieron durante un tiempo algunas mujeres. Entre ellas iban: Magdalena Santoyo que había sido prostituta; Juana Videla, esposa de un empleado de don Horacio Mijares, y Susana Escalada, una viuda que ayudaba con sus ahorros a cubrir los gastos indispensables del grupo.

Parábola del sembrador. Por qué habla Jesús en parábolas. Explicación de la parábola del sembrador. Cómo recibir y transmitir las enseñanzas de Jesús (8, 4-18)

A los líderes del Consejo Agrarista Mexicano no les gustó saber que Jesucristo Gómez llegaba a Martínez de la Torre justo en plena convención estatal. Le tenían miedo. Sabían que Jesucristo era muy capaz de sabotear la reunión porque hablaba pestes del CAM: lo tachaba de ser una organización tracalera con los ejidatarios, y a cada rato ponía en evidencia a los líderes regionales.

Para evitar sobresaltos le jugaron una treta. Llegando llegando lo trataron con mucho comedimiento y lo invitaron a dar una plática a los convencionistas.

Jesucristo descubrió la treta, pero aceptó dar la plática porque no tenía intenciones de armar borlote alguno, sólo iba de paso con sus discípulos, rumbo a Tuxpan.

—Ya chingamos.

—Salió un campesino a sembrar y se puso a arrojar la semilla —dijo Jesucristo durante su plática—. Una parte cayó a lo largo del camino, fue pisada y las aves se la comieron. Otra cayó sobre un terreno pedregoso, y después de brotar se secó por falta de agua. Otra cayó entre las hierbas, que la ahogaron. Y otra cayó en tierra buena, y creció, y dio buen fruto.

Lo convencionistas empezaron a cruzarse sonrisitas de burla. Uno de ellos levantó la mano:

—¿Eso qué quiere decir?

—El que tenga oídos para oír que oiga —contestó de mal modo Jesucristo Gómez.

Por la noche, los discípulos le comentaron:

—Andabas muy de malas, ¿verdad?

—No me gusta que me vean la cara.

—¿Entonces por qué les diste la plática?

—Para que viendo no vean y oyendo no entiendan.

—Pero tampoco nosotros entendimos nada —dijo Simón el de Aguascalientes—. Al menos yo me quedé de a seis.

Entonces Jesucristo se puso a explicar:

—La semilla que sale a sembrar el campesino es la semilla de la justicia. La parte que cae a lo largo del camino son los que se dan

cuenta de la situación, pero nada hacen porque saben que cualquier cambio empezaría por perjudicarlos a ellos mismos. La semilla que cae sobre el terreno pedregoso son los que quisieran cambiar la realidad pero sin verse afectados personalmente; hablan y trabajan para lograr mejorías insignificantes, nunca una transformación radical. La semilla que ahoga la hierba son los que de jóvenes se entregan generosamente a la lucha, pero apenas adquieren posición, poder, dinero, sofocan sus impulsos y terminan convertidos en cómplices del sistema. La semilla que cae en tierra buena, por último, son los que hacen suya la causa de la justicia y luchan por ella hasta su muerte.

Jesucristo miró despacito a cada uno de sus discípulos. Lo escuchaban sin pestañear:

—Cuando en la vida uno descubre una verdad, mueve cielo y tierra para tratar de difundirla. Nadie enciende una lámpara y le pone encima un sombrero o la esconde debajo de la cama; al contrario: la pone en el centro del cuarto para que la luz ilumine a los que llegan. Toda verdad termina imponiéndose tarde o temprano. Por eso oigan bien lo que oyen y sáquenle el mayor provecho. Porque el que tiene tendrá más, y el que no tiene perderá lo poco que crea tener.

El verdadero parentesco de Jesús (8, 19-21)

Estaba por salir de Tuxpan cuando le avisaron que su madre y sus hermanos lo andaban buscando: habían ido a Veracruz, luego a Nautla y a Tecolutla, y venían ya en camino de Tuxpan.

—Llegan mañana, maestro, espérelos.

—No puedo.

—Hicieron el viaje nomás para verlo. Es su madre, son sus hermanos.

—Mi única madre y mis únicos hermanos son los que trabajan por mi causa —replicó Jesucristo Gómez.

La tempestad calmada (8, 22-25)

En una lancha camaronera se embarcaron Jesucristo Gómez y sus discípulos para navegar rumbo a Nautla. Timoneaba la embarcación un viejo pescador de nombre Lorenzo a quien esa misma noche, cuando los agarró el temporal mar adentro, se le presentaron las fiebres palúdicas y se puso malísimo.

—No pasa nada, no pasa nada —mentía el pobre Lorenzo mientras las olas inmensas zarandeaban de un lado para otro la embarcación.

—¡Nos vamos a ahogar! —gritó Juancho Zepeda.

—¡Ora sí nos llevó el carajo! —aulló asustadísimo Justo Irigoyen, y se prendió a la cintura de Pedro Simón quien no hallaba cómo auxiliar al pescador enfermo.

—No pasa nada, no pasa nada.

Pese al zarandeo y a los crujidos del fuselaje, Jesucristo dormía profundamente en la zona de carga agotado por las duras jornadas en Tuxpan. Parecía un chiquillo arrullado en su cuna, así de tranquilo se le veía dormir.

Mateo Leyva no pudo contener su miedo y su muina y estalló:

—¡Nosotros muriéndonos y él allí dormidote, carajo, ya ni la chinga!

—¡Socorro! —empezaron a gritar los discípulos cuando Lorenzo soltó las aspas del timón y se derrumbó sobre la duela, sin sentido—. ¡Socorro!

La embarcación se puso a girar como si hubiera caído dentro de un remolino, hasta que un golpe de mar la lanzó por los aires. Cayó de golpe, en seco, y nuevamente a girar convertida en un trompo frenético.

Rodando llegó Pedro Simón hasta la zona de carga y a sacudidas despertó a Jesucristo:

—Nos ahogamos, maestro, nos ahogamos.

Mientras trataban de explicarle a gritos lo acontecido a Lorenzo, Jesucristo saltó a cubierta y vio el timón enloquecido como la rueda de una carreta desbocada.

—¿Por qué nadie agarró el timón?

—No sabemos.

—¡Pendejos! —gritó Jesucristo atenazando las aspas y tratando de frenar el giro de la embarcación para enfilarla en la dirección del viento. Todo su cuerpo se cimbró por el esfuerzo; se desgarraban sus manos, le saltaban las venas de sus brazos y al fin, entre los relámpagos, la lluvia, las olas saltando y azotándolo, Jesucristo se irguió frente a la tormenta como un dios imponente.

Por más de tres horas se mantuvo prendido al timón, cabalgando las olas, mientras los discípulos se agarraban a los barandales de la lancha, a las cuerdas, a los postes de la toldilla, a las piernas mismas de Jesucristo, y otros rodaban y gemían desbaratados, ahogándose en los torrentes que barrían la cubierta e inundaban ya la zona de carga.

Empezaba a amanecer cuando Jesucristo logró encallar la embarcación cerca de una playa. Había dejado de llover pero el cielo tordo continuaba crujiendo.

Medio muertos tocaron tierra firme y allí se dejaron caer, sobre la arena.

—Ora sí la vi cerca.

—Nos salvamos de puro milagro.

El maestro barrió a sus discípulos con una mirada de reproche:

—¡Son una punta de cobardes y de inútiles!

No fue muy largo el regaño. Jesucristo aflojó el semblante y al

rato ya todos estaban riendo y echando relajo.

El endemoniado de Gerasa (8, 26-38)

Después de dejar a Lorenzo en un bohío próximo a la playa, Jesucristo y sus discípulos hicieron camino a Nautla. Toda la mañana y toda la tarde las anduvieron a pie, picoteados por los mosquitos, sedientos, hechos en verdad una lástima. Estaban que ya no podían más cuando avistaron el corralón y la barda blanquísima de una hacienda porcina.

Felipe Higuera fue el primero en llegar hasta el corralón. Desde la cerca se alcanzaba a ver una doble batería de pocilgas donde se criaban cerdos de todos tamaños: desde lechones apiñados contra las ubres de una hembra, hasta enormes sementales que disfrutaban de un chiquero individual, con su patiecito muy amplio, su artesa repleta de mazorcas y su cuarto techado con teja colorada.

—Viven mejor que la gente —comentó Felipe Higuera a Santiago el de Aguascalientes, que llegó detrás.

Los discípulos se estuvieron un rato viendo a los cerdos y luego fueron a alcanzar a Jesucristo Gómez que hablaba de ir a buscar a los encargados de la hacienda para pedirles un jarro de agua y tal vez un refugio donde pasar la noche. Para llegar a la entrada se hacía necesario recorrer unos cien metros dando vuelta a la barda y cruzando por un bosquecillo de plantas frutales. Cruzaban el bosquecillo cuando Jesucristo tropezó y derrumbó distraídamente una pila de huacales vacíos.

Fue el estrépito lo que asustó al mulato. El hombre se hallaba encogido contra la barda, dormitando, y al sentirse descubierto saltó de su escondite como una fiera. De un empellón quitó de en medio a Jesucristo para correr hacia el bosque, pero al ver a los discípulos y confundirlos con sus perseguidores, retrocedió rápidamente, desencajó de su cintura una pistola y disparó dos veces: una de las balas rozó apenitas el hombro de Santiago el de Aguascalientes.

—¡Está loco!

—¡Agárrenlo!

—¡Cuidado! —gritaron Simón Vázquez, Bartolomé Martínez y Tomás Carrillo, mientras el mulato salía de estampida, trepaba como un chango la cerca para saltar luego al chiquero creyendo cubierto por los discípulos el camino por el bosque.

—¡Está loco! —volvió a gritar Simón Vázquez.

Ciertamente si hubiera estado cuerdo, o al menos no tan asustado, el fugitivo no se habría lanzado al establo donde se entrampaba en un cerco sin salida.

—Puede volver a disparar, no se acerquen.

El mulato saltó de porqueriza en porqueriza tropezando con los cerdos, y terminó refugiándose en el fondo de un chiquero, entre

lechones despavoridos y una hembra dispuesta a defender a sus crías como un jabalí.

Los balazos, los gritos de los discípulos y el gruñido de los cerdos trajeron corriendo a los empleados de la hacienda. Fueron ellos quienes contaron a Jesucristo los antecedentes del mulato: siete días atrás había dado muerte a un pescador en un pleito de taberna, y para capturarlo se movilizaron de inmediato las fuerzas de la autoridad y los compañeros del pescador que juraron vengar el crimen por su propia cuenta.

Difícil capturar ahora al mulato armado como estaba y decidido, según gritaba enloquecido desde el chiquero, a sorrajarle un tiro al primero que hiciera el intento de llegar hasta él. Probablemente era el último tiro de su pistola pero suficiente para acobardar a cualquiera. Sin embargo era necesario hablarle, convencerlo de la inutilidad de su resistencia, sobre todo porque los empleados de la hacienda habían salido ya en busca de la autoridad, y si las fuerzas de la autoridad llegaban pronto eran muy capaces, pensó Jesucristo Gómez, de acribillar a tiros al fugitivo. Muy capaces.

—No le haga, maestro, no se arriesgue.

Juancho Zepeda y Mateo Leyva trataron de detenerlo, pero Jesucristo se zafó de un tirón y comenzó a avanzar lentamente por el corredor que dividía en dos baterías al establo. El mulato lo vio cuando dejó atrás la zona donde gruñían los sementales.

—¡No te acerques porque te quiebro, hijo de puta! —le gritó.

De rodillas junto a una artesa volcada, el mulato temblaba dentro de su refugio. Estaba embarrado de lodo y de excrementos. Se parapetó detrás de la hembra y extendió el brazo para apuntar con la pistola a Jesucristo Gómez, que seguía avanzando.

El balazo pasó a la izquierda, muy lejos de Jesucristo, y fue a herir a uno de los sementales de la batería contraria. Gruñendo horriblemente el semental empezó a azotarse contra el murete de su chiquero mientras otros cerdos, quién sabe cómo, lograban escapar y huían por el corredor, entre las piernas de Jesucristo, tropezándolo.

Dos, contó Jesucristo Gómez. Ahora sí, seguramente, la última bala.

Había llegado ya muy cerca del mulato, a no más de cinco metros de distancia.

—No te acerques, hijo de puta, no te acerques, no te acerques.

—Cálmate, vamos hablando.

—Habla con tu chingada madre, hijo de puta —gritó el endemoniado.

Jesucristo vio su mirada acuosa y las llagas desfloradas de sus labios cuando sintió debajo de la clavícula la punzada del tercer disparo. Una nube amarilla amarilla le cayó encima como una sábana,

el establo empezó a girar desbaratándose y el olor, la peste, se le atascó en la garganta. Sentía los gruñidos de los cerdos como espinas clavadas en su frente. Ésta es la muerte, pensó Jesucristo: este dolor, este asco, este calambre que lo convulsionó y lo arrojó contra el cerco del chiquero.

Volvió en sí muchas horas después, cuando ya le habían extraído la bala en el dispensario de la hacienda. Lo primero que hizo al abrir los ojos fue preguntar por el mulato.

Cosa rara, le contaron sus discípulos: apenas vio caer a Jesucristo, el mulato soltó la pistola y se precipitó hacia su víctima para auxiliarla; profería incoherencias que no se alcanzaban siquiera a escuchar por el alboroto de los gruñidos. Más tarde se entregó sin resistencia alguna a las fuerzas de la autoridad.

Jesucristo lo visitó en la cárcel meses después. Parecía otro hombre: estaba triste pero sereno, en paz; quién iba a decirlo.

Curación de una hemorroísa y resurrección de la hija de Jairo (8, 40-56)

En Veracruz trabajaron una temporada en los muelles, en la carga y descarga de barcos mercantes, hasta que cedieron su chamba y sus ahorros a un grupo de desempleados muertos de hambre.

Ahí en Veracruz conocieron a Arcadio Jordán, un agente viajero que desde hacía semanas andaba buscando a Jesucristo Gómez para pedirle consejos sobre su hija Clarita. La chica tenía dieciocho años y era hija única de Arcadio Jordán, viudo desde que nació la niña. Vivían en Jalapa, pero el trabajo del hombre como agente viajero había obligado a Clarita a crecer en soledad, toda desorientada.

—La falta de una madre y mis desatenciones le hicieron mucho daño —reconoció Jordán—. La pobre terminó huyéndose con un mecánico que la abandonó a los dos meses y la dejó cargada el infeliz. Yo le puse una golpiza espantosa, pero nunca me imaginé que a resultas de eso, y aprovechando una de mis salidas a Veracruz, la pobrecita fuera a ponerse en manos de una vieja jija para abortar la criatura. A mi regreso me la encontré en un grito, malísima, y aunque ahora ya va de salida en cuanto a salud, la pobre anda toda apachurrada y nomás habla de que quiere morirse… Yo le he pedido cien veces perdón y le doy consejos y trato de animarla, pero ni me oye, sigue en las mismas. Por eso pensé que a lo mejor usted, si se da una vuelta por Jalapa…

—Iremos allá la semana que entra.

—¿De veras?

—Y hablaré con mucho gusto con Clarita, a ver si puedo hacer algo.

—¿No es posible antes? Yo me regreso mañana; usted se podría venir conmigo, si no es mucha molestia.

—Iremos la semana que entra, no se preocupe —cortó Jesucristo Gómez.

El viaje a Jalapa se retrasó un poquito por el escándalo de la cajera de la aduana. Era una mujer cincuentona que llevaba tres años trabajando en la oficina central como pagadora de rayas. Para su mala fortuna estaba casada con un tipejo de lo peor habituado a los tragos y muy dado a meterse en negocios chuecos. En el último enredó a su mujer:

—Qué estúpida fui, imagínese nomás. Hace como una semana me llegó con el cuento de un cargamento de drogas que iban a meter al puerto entre varios amigos: un negocio de cientos de miles de pesos, segurísimo, y nomás se necesitaban quince mil para invertir. La muy bruta de mí se tragó todito el anzuelo, parte porque me daba miedo contrariar a mi viejo, pero sobre todo porque me entró la ambición, Dios me perdone, y me puse a soñar en que ahora sí podíamos salir de pobres para siempre, aunque se tratara de un negocio chuequísimo, eso sí ni modo, Dios me perdone. Total, para no hacerles el cuento largo, la muy bruta de mí agarró los quince mil pesos de la aduana, del dinero en efectivo que había para rayar la quincena, con la seguridad de reponerlo en tres días, cuando mi viejo cobrara la millonada que iba a cobrar. Fui una estúpida, ya lo sé. Como era de suponerse, el intermediario de mi viejo, el responsable de toda la cuestión se hizo ojo de hormiga con los quince mil pesos y ya muy tarde venimos a descubrir que nunca pero nunca hubo tal cargamento de drogas y todo era mentira como para engañar a un niño de pecho, imagínese nomás. A mí me dio el telele, me quise morir, grité, maldije y lloré como una magdalena mientras el infeliz de mi marido se largaba a beber quién sabe dónde. Llevo una semana de no verlo y de andar con el Jesús en la boca buscando cómo juntar ese dinero para mañana. Porque mañana es día quince, mañana es día quince, día quince…—lloraba la cajera en el muelle, frente a Jesucristo Gómez, mientras el mar del golfo empezaba a confundirse con la noche.

Una gaviota graznó muy cerca y su aleteo se hundió bajo el ruido del mar golpeando la estructura y el chapaleo de las embarcaciones ancladas como insectos. Por cuarta vez el brazo de Andrés Simón trazó una circunferencia en el aire: su cordel cayó al mar luego de serpentear contra la fuerte brisa. Como él, Juancho Zepeda, Tomás Carrillo y Justo de Santiago se hallaban sentados en el pretil, con las piernas colgando. Sus compañeros conversaban yendo y viniendo por el andador, y solamente Jesucristo Gómez, Pedro Simón y Justo Irigoyen escuchaban a la cajera que había corrido al muelle en busca de un milagro.

—A nadie le he contado nada. Ustedes son los primeros en saberlo —gimió la cajera.

Relató en seguida cómo había reunido ya nueve mil pesos vendiendo cuanto pudo y pidiendo prestado a vecinos, compañeros y parientes hasta agotar todas las posibilidades. No tenía una más y le faltaban aún seis mil pesos la víspera del desastre: el descrédito, el despido, la vergüenza, seguramente la cárcel.

—O el perdón —dijo Justo Irigoyen—. Cuéntele la verdad a su jefe y pídale un plazo; él comprenderá.

—Qué bien se ve que no conocen ustedes al señor Castilla —chilló la cajera—. Es capaz de perdonarlo todo menos una falta de confianza. Será horrible horrible horrible.

—¿Qué buscas de nosotros? —preguntó por fin Jesucristo Gómez.

—Dicen que usted hace milagros —respondió la mujer.

—¿Qué clase de milagro pides?

—Seis mil pesos. ¡Consígame seis mil pesos, se lo ruego por su madre!

Jesucristo se volvió hacia Justo Irigoyen:

—¿Cuánto tenemos?

—Trescientos —dijo Irigoyen después de extraer de su bolsa trasera unos billetes.

—Pero usted puede conseguirme los seis mil. ¡Yo sé que usted puede, usted puede! —Lo empezó a tironear de la camisa, de las mangas, con toda su fuerza, desesperada.

La apartó Pedro Simón:

—Nada más sin jalonear, señora, por favor.

—Dinero no tenemos, entienda —intervino Irigoyen—. Lo más que el maestro puede hacer es hablar con su jefe y explicarle.

—¡No! Necesito los seis mil. —De rodillas tironeaba ahora a Jesucristo Gómez del pantalón—. No me diga que no, por su madre santísima. Compadézcase de mí.

—Compadecidos estamos —dijo Pedro Simón y la apartó de nuevo en el momento en que el resto de los discípulos se acercaba y todos se ponían a opinar a tontas y a locas. Llegaban a la misma conclusión de Justo Irigoyen: la mujer debía confesar la verdad a su jefe e implorar su compasión.

La voz de Jesucristo cortó la barahúnda. Enderezó a la mujer, le palmeó la espalda, le dijo:

—Váyase a dormir tranquila, señora. Mañana a primera hora tendrá el dinero.

—¿Los seis mil pesos?

—Los seis mil pesos —asintió Jesucristo Gómez.

Del muelle echaron a caminar rumbo a la ciudad, despacito. Pedro Simón iba adelante, junto al maestro.

—¿Te acuerdas de Iztapalapa, cuando pepenamos no sé cuántos días para juntar el dinero que necesitabas?

—Aquí no hay dónde entrarle, maestro, ni tiempo.

—¿Pero te acuerdas, Pedro?

—De acordarme sí me acuerdo —respondió Pedro—. Lo que no entiendo es qué tiene eso que ver.

Los discípulos que caminaban detrás iban cuchicheando:

—¿De dónde piensa sacar esa lana?, ¿tú sabes?

—Solamente jugando un billete de lotería.

—A lo mejor.

—Lo que va a hacer es hablar con el jefe de esa vieja y ablandarlo, ya verás. Yo eso haría.

—Para mí que es mucho escándalo. Pinche vieja, que se friegue. Quién le manda meterse en negocios chuecos.

—Con suerte es puro cuento. Una treta para sablearnos.

—Yo eso pensé.

—No lo creo.

—Lo que sí es que no tenemos nada.

Jesucristo volvió la cabeza para mirar a Justo Irigoyen:

—Tenemos nuestra sangre —dijo, secamente.

Semanas después, al calor de unas cervezas, Pedro Simón relató la anécdota completa a los choferes de una cooperativa camionera:

—Lo único doloroso es el pinchazo en la vena —decía divertidísimo—. De ahí para adelante no se siente más que un mareíto liviano, bien chistoso… Después de todo qué cosa es un litro de sangre: cerca de un quinientón pagado al chas. Y a quinientón por cabeza, nos alcanzó para un almuerzo bien servido y para el viaje a Jalapa. Nos íbamos riendo en el camión, la verdad, porque fue de risa el puntadón del maestro, ¿a poco no?

En Jalapa les resultó difícil dar con la dirección de Arcadio Jordán. Vivía en un barrio de las afueras donde la numeración andaba toda enrevesada: del setentaicinco se saltaba al ocho y luego regresaba al sesenta y tantos y otra vez a los números pequeños. Pero llegaron. Y en el instante mismo de la tragedia: Clarita Jordán, la muchacha de dieciocho años, la que se fugó con el mecánico y regresó para abortar su criatura, la hija única del agente viajero se había encerrado con llave en su cuarto y embuchacado un frasco entero de nembutales. La acababan de descubrir una vecina y el propio Arcadio Jordán luego que tiraron a patadas la puerta porque Clarita no respondía.

Jesucristo entró como una flecha cuando oyó al agente viajero pegar de alaridos. Con él entraron Pedro Simón y Juancho y Santiago Zepeda. Los gritos de Jordán se oían hasta la esquina:

—¡Está muerta! ¡Se mató mi pobre hijita, se mató, se mató!

Con los gritos llegó la gente y se formó una pelotera de curiosos frente a la casa. Todos estaban cariacontecidos. Al rato salió corriendo Pedro Simón para buscar un teléfono y pedir una ambulancia. Con él

se fue su hermano Andrés, los dos como relámpagos.

Jesucristo no esperó a la ambulancia ni se quedó paralizado como la vecina y Arcadio Jordán. Trepado en la cama, a horcajadas sobre la muchacha exánime, la sacudió primero de los hombros y luego le introdujo dos dedos por la boca tratando de tocarle la campanilla. Repitió varias veces la operación, y al fin el vómito de Clarita lo bañó de la frente a la cintura. La hizo vomitar por segunda vez y no paró de sacudirla y de gritarle hasta que entraron los camilleros.

Cuatro días pasó Clarita Jordán en el hospital, y dos semanas permaneció Jesucristo Gómez con sus discípulos en la ciudad de Jalapa. El maestro visitaba a diario a la muchacha; hablaba con ella largamente, la enseñó a sonreír, la convenció de que entrara a estudiar en la prepa.

—No hables con nadie de lo pasado —le dijo la última vez, al despedirse—. Todo es futuro, acuérdate.

Misión de los Doce (9, 1-6)

—Yo le doy un aventón con mucho gusto —dijo el chofer del tráiler, y quedó de recoger a Jesucristo ahí mismo, a la salida de la carretera, entre las cuatro y las cuatro y media de la tarde.

Los discípulos estaban de mal humor. No entendían por qué el maestro quería dejarlos solos. Se arrebataban la palabra para preguntar.

Jesucristo les explicó de nuevo que les haría bien, al menos por una temporada, recorrer solos, o en parejas, o en grupitos, como quisieran, algunos estados de la República. Que unos subieran para Hidalgo, para San Luis Potosí, para Tamaulipas. Que otros tomaran rumbo a Oaxaca, a Tabasco, a Campeche, ¿por qué no? El país era muy grande y por todo el país se necesitaba ir sembrando una palabra de justicia, un ejemplo: No se necesita más porque las semillas crecen y el ejemplo se contagia, como la risa.

Los discípulos no parecían convencidos. Tenían miedo. Se sentían incapaces.

—Vamos a andar como tontos —dijo Pedro Simón.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Felipe Higuera.

—Lo que se vaya presentando.

—¿Qué vamos a decir?

—Lo que me han oído decir.

—Vamos a andar como tontos —repitió Pedro Simón.

Jesucristo se hizo sordo a sus refunfuños y se puso a darles consejos como si todos hubieran aceptado el plan:

—No guarden nada para ustedes durante el viaje: ni dinero, ni comida, ni ropa. Tengan solamente lo necesario para ir viviendo cada día. Cuando los inviten a quedarse en una casa acepten de buena gana

la invitación y no busquen un sitio mejor ni prefieran después un lugar más cómodo. Si en algún pueblo los tratan mal, váyanse de ahí luego luego; quédense nada más donde los reciban de buen modo y hablen solamente donde tengan la seguridad de que van a escucharlos con atención.

Antes de subir al tráiler, Jesucristo abrazó a cada uno de sus discípulos.

Herodes y Jesús (9, 7-9)

Al regresar a las tierras donde había vivido su niñez, a los pueblos donde había trabajado de albañil, Jesucristo Gómez se enteró de la muerte de Juan Bautista.

Todo empezó cuando a don Horacio Mijares le llegaron con el cuento de que el Frente Común de Juan Bautista se había reorganizado y sus hombres andaban alebrestando la comarca. Juan Bautista los dirige desde la cárcel, le decían a Horacio Mijares. Son los del Frente Común los que asaltaron el banco rural, los que secuestraron al hijo del comandante Perales, los que dinamitaron las torres de energía eléctrica. Cualquier acto terrorista o delictivo cometido por aquellos rumbos era endosado así nomás al desaparecido movimiento de Juan Bautista. Desde luego Mijares dudaba de la veracidad de tales informaciones, pero como no quería tener problemas con su gente se lavó las manos y les dijo: hagan lo que quieran.

Primero le propinaron una golpiza espantosa dentro de su misma celda y luego, con el pretexto de trasladarlo a la capital del estado para quién sabe qué diligencia, le aplicaron sin piedad la ley fuga.

Mijares dio por terminado el problema, pero todavía no se curaba de sus pesadillas —noche a noche soñaba al muerto— cuando le llegaron de vuelta con la novedad de que había aparecido otro alborotador más latoso que Juan Bautista.

—Necesitamos parar en seco a ese cabrón antes de que empiece a dar problemas serios —aconsejaron a don Horacio.

—¿Tanto así?

—Tanto así, mi jefe.

—¿Y quién es el tipo? —preguntó.

—Se llama Jesucristo Gómez —le respondieron.

Vuelta de los apóstoles y multiplicación de los panes (9, 10-17)

No a todos les fue muy bien, pero Mateo Leyva, en Tlacojalpan, sirvió de intermediario para que los dueños de los plantíos de caña pagaran a los jornaleros mejores sueldos por la zafra; Simón Vázquez, en San Andrés Chicahuastla, ayudó a los alzados de Saturnino Mella a huir de la soldadesca que ya les pisaba los talones; Pedro Simón, en Villa

Hidalgo, participó con su hermano Andrés en la toma del palacio municipal, y Justo de Santiago, en San Cristóbal las Casas, misionó con el obispo en un viaje por la selva.

A los seis, ocho meses, se reunieron todos de nuevo y con Jesucristo Gómez hicieron un recorrido por el valle del Mezquital. Andaban en pleno distrito de riego, allá por Tezontepec de Aldama, cuando un titipuchal de gente de la comunidad de Mixquiahuala se lanzó a buscar a Jesucristo porque ya no sabía cómo soportar las arbitrariedades del cacique y la miseria. Lo agarraron en pleno monte, al descampado, y allí le desenredaron sus problemas. La mayoría eran peones de campo que sólo hablaban en otomí, pero había muchos ejidatarios despojados de sus parcelas en forma de a tiro infame: cuando ya habían preparado sus tierras para sembrar, arrancado las hierbas, quebrado con muchos trabajos las partes tepetatosas, aplanado las zonas chipotudas, llegaron los pistoleros del cacique y pa fuera, cabrones, tienen veinticuatro horas para largarse de aquí o aténganse a las consecuencias: algunos pocos no hicieron caso y se quedaron a defender lo suyo, pero amanecieron acribillados a tiros y hasta ahorcados. No todas las formas de despojo fueron así. En otros casos la gente del cacique esperó a que las cosechas estuvieran a punto, y entonces vóitelas, arriaron parejo. Aparecían prensadoras y camiones por dondequiera levantando toda la paja que se encontraban, como si fuera suya. Luego se alegó ante la ley que no había habido despojo, sino abandono de parcelas ejidales, y que eran puras mentiras el robo de cosechas. Últimamente ya ni siquiera necesitaban recurrir al asalto descarado. Al cacique le resultaba más fácil beneficiar a sus incondicionales y a sus campesinos aliados con el puro control del agua y del crédito. Ellos eran los primeros en regar y los que acaparaban todo el crédito de los bancos; algunas veces se daban hasta el lujo de volver a prestar ese mismo dinero a campesinos jodidos, con intereses altísimos. Todo eso en el caso de ejidatarios, lo menos peor. Para qué hablar de los jornaleros a destajo, de los peones muertos de hambre, del montonal de familias dejadas de la mano de Dios.

—Ya no se aguanta la explotación y la miseria, ya no se aguanta, ya no se aguanta.

Todo el día y toda la tarde se pasó Jesucristo Gómez oyendo a los campesinos de Mixquiahuala y dándoles su parecer. Llegó la noche y ahí estaba todavía el titipuchal de gente.

Se acercaron los discípulos al maestro:

—Diles que se vayan, ¿no? Aquí no hay dónde quedarse ni qué comer.

—Denles un taco aunque sea —respondió Jesucristo.

—Nosotros traemos nomás unos cuantos tlacoyos, pero no

alcanzan. Es un montón de gente.

De verdad eran muchos. Jesucristo regó con la vista a la multitud. La mayoría eran hombres, pero había también mujeres, niños y hasta ancianos. Algunos de los ejidatarios despojados empezaban a abrir su itacate y a sacar unas tortillas, nopalitos, tunas. Los que nada traían los miraban de lejos aguantándose el antojo.

Jesucristo detuvo a los de itacate:

—No, así no se vale —dijo. Y pidió a sus discípulos que juntaran a la gente. Entonces habló: —Vamos siendo parejos, no es justo que unos coman y otros nomás se queden viendo. Los que traigan algo, tortillas, nopales, tlacoyos, un quesito, mucho o poco, lo que sea, lo van a poner aquí delante y luego lo repartiremos para que a todos nos toque igual. ¿Les parece bien?

Así lo hicieron, y mientras unos encendían fogatas otros se pusieron a repartir de lo que se fue juntando. Alcanzó muy bien. Nadie se quedó con hambre. Hasta sobró.

Profesión de fe de Pedro. Primer anuncio de la Pasión. Condiciones para seguir a Jesús. Próxima venida del Reino (9, 18-27)

Descansaban Jesucristo Gómez y sus discípulos a orillas del río de la Candelaria.

—Allá por la Huasteca oí hablar de ti —dijo Juancho Zepeda.

—También por el sur de Veracruz se mienta mucho tu nombre —dijo Mateo Leyva.

—En el Estado de México todo el mundo te conoce —dijo Tomás Carrillo.

—¿Y qué dicen de mí? —preguntó Jesucristo.

—La gente de los caciques dice que eres un alzado.

—Los del gobierno que eres un alborotador.

—Los curas, que un loco.

—Dicen que andas queriendo formar un partido político, pero que estás mal.

—Porque te falta gente.

—Porque no tienes un programa.

—Porque ni siquiera hablan de ti los periódicos.

—Porque para cambiar el país hace falta una revolución. Eso dicen.

—¿Y ustedes qué piensan? —preguntó Jesucristo.

—Yo pienso que los cambios se hacen poco a poquito —dijo Bartolomé Martínez.

—Lo importante es ir convenciendo a la gente, ¿no?

—Ayudándola.

—Oyéndola primero, ¿no?

—Para mí tú eres un revolucionario de los grandes —dijo Simón

Vázquez—. Y ya verán en poco tiempo, ya verán.

—¡No! —brincó Pedro Simón—. Tú no te llamas en balde como te llamas porque eres el mismísimo Jesucristo. Ése que vino a salvarnos hace un chorro de siglos.

Jesucristo Gómez empalideció.

—No le digan eso a nadie —dijo. Y se puso en pie inmediatamente.

Echaron a caminar por la orilla del río.

—Cuando uno se mete en estas danzas sabe muy bien a lo que se atiene —iba diciendo Jesucristo, un poquito melancólico—. Llega un momento en que los pillos que no quieren oír sus verdades se cansan y se enojan y la emprenden contra uno para callarlo a como dé lugar. Son capaces hasta de matar, ustedes ya lo han visto. Pero ni con eso conseguirán nada porque tarde o temprano ganará la justicia.

Avistaron las primeras casas de una ranchería.

—Los que escogen este camino deben estar preparados para jugársela en serio y entrarle a lo peor. Vale la pena, porque el que ama su vida por encima de todo terminará perdiéndola, y el que la arriesga por una causa noble la salvará. De nada le sirve al hombre matarse para ganar todo el dinero del mundo, si cuando se haga justicia lo perderá todo.

Subieron por una veredita llena de piedras.

—De ésos que ahora se burlan de mí, de ésos que me llaman alborotador y loco y se avergüenzan de ser mis amigos, yo también me burlaré y me avergonzaré cuando llegue la justicia.

Pedro Simón detuvo de un brazo al maestro:

—¿Todavía tardará mucho en llegar ese tiempo de la justicia?

—Algunos de ustedes lo verán antes de morir —respondió Jesucristo Gómez—. Se los juro.

La Transfiguración (9, 28-36)

Después de una semana de recorrer las rancherías de por ahí, Jesucristo pidió a Pedro Simón y a Santiago y Juancho Zepeda lo acompañaran a subir el Cerro Prieto que dominaba el valle. En la cima los lugareños habían levantado años atrás un pequeño monumento al Cristo del Cerrito, y hasta arriba trepaban en peregrinación para rezar por la salud de un familiar, por el logro de una cosecha, por el buen curso de un negocio cualquiera. El monumento era una simple bóveda pintada de amarillo y sostenida por cuatro castillos de concreto. Bajo la bóveda, sujeto con pernos a una cruz hecha también de concreto, se miraba un cristo de madera antiquísimo sacado tal vez de algún templo colonial. La intemperie había hecho estragos en la figura: no solamente había perdido el cabello, la corona de espinas y sus colores originales, sino además grandes trozos de madera del costado derecho,

de la cabeza y de las piernas. Poco parecía ya una imagen religiosa. Era un garabato, un espantapájaros, un monstruo grotescamente adornado por esqueletos de flores silvestres.

Ante el Cristo del Cerrito se arrodilló Jesucristo Gómez mientras Pedro Simón y los hermanos Zepeda se tendían a la sombra de un aguacate enorme, agotados por el ascenso. Pasaron horas y el maestro seguía en el mismo sitio, como rezando. Lo más que hizo fue ponerse en pie y comenzar a increpar a la imagen monstruosa. En ese momento se soltó un viento fuertísimo en la cima del cerro, y con la tormenta de aire, de polvo, de ruidos, se amplificó la voz de Jesucristo Gómez hasta volverse parte del vendaval.

Pedro Simón y los hermanos Zepeda se asustaron. Ahora el maestro se había dado la vuelta para quedar frente a ellos, y a ellos lanzaba sus gritos, su cólera. La verdad, parecía un monstruo, como la imagen: tenía el rostro congestionado, tierroso, y con los brazos extendidos lanzaba puñetazos al cielo. El viento le abombaba la camisa, le volaba el cabello.

—¿Qué te pasa?

De la ira pasó Jesucristo al entusiasmo. De maldecir a un mundo sordo y cobarde, pasó a anunciar a gritos un tiempo grandioso en que los hombres saldrían de su modorra para hacer justicia a la justicia y volcar al revés todo lo creado. Hablaba de muchedumbres y de ejércitos, y más que dirigirse a tres pepenadores ignorantes parecía dirigirse a la humanidad entera apiñada en las faldas del Cerro Prieto para escuchar y obedecer a su dios omnipotente.

Anochecía cuando Jesucristo Gómez dejó de vociferar. Los nubarrones anunciaban tormenta.

—¿Te sientes bien? —le preguntó Santiago Zepeda, todavía asustado.

—Si quieres podemos pasar aquí la noche, para que te calmes —dijo Pedro Simón—. Allí abajo hay una cueva. Juancho trae una cobija.

—Ordena lo que quieras, maestro —dijo Juancho.

La única orden que dio Jesucristo fue bajar el cerro inmediatamente, regresar.

A nadie contaron nada los tres discípulos.

El endemoniado epiléptico (9, 37-43)

—Marica marica —lo insultaban desde que era niño y el insulto se fue convirtiendo en un apodo, más bien en el nombre de pila de Mario Benítez, el primer varón de las siete criaturas que trajeron al mundo Eloísa Fajardo y don Mario Benítez, dueño de una flotilla de camiones de carga que recorrían las poblaciones del Bajío.

Marica Benítez: porque no se daba de trompadas con el Chato a la

salida de la doctrina. Ni siquiera esperaba a que la señora Lupita repartiera los dulces: corriendo de estampida se iba a esconder en su casa o le daba toda la vuelta a la iglesia para entrar por la puerta de atrás en la sacristía del padre Rodrigo. Ni en su casa ni ante el cura se atrevía a acusar al Chato de las maldades con que lo fregaba a mañana y tarde en la doctrina, en la escuela, en el parque. Todo porque era malo para jugar al burro y peor para el fut: no le entraba a las bolas y cuando un contrario iba a chutar él se ponía de perfil y escuadraba una pierna para esquivar el balonazo.

Su padre se encorajinaba por las cobardías de Marito y le tundía hasta con la hebilla del cinturón para que se hiciera hombre. También para que se hiciera muy macho lo llevaba a la trastienda de Camilo, donde don Mario y sus amigotes se pasaban las tardes de los sábados bebiendo cervezas y hablando de putas.

A los doce años se le empezaron a notar los modales, y a los catorce, para quitárselos, don Mario lo trepó en uno de sus camiones y lo llevó a Celaya con objeto de iniciarlo en el arte de cabalgar a las yeguas: le fue diciendo por el camino mientras Marito pensaba que irían a un rancho a montar, y hasta contento iba el chamaco. Se enteró de que su padre hablaba de otra cosa ya cuando estaba frente a la gorda Remedios abierta de piernas, risa y risa llamándolo. No llegó ni al borde de la cama. Inmóvil junto a la puerta se manchó los pantalones pensando cómo se confesaría al día siguiente con el padre Rodrigo.

—No te apures —le dijo el padre Rodrigo acariciándole el pelito rizado—. Perdona a tu papá; él no sabe que Dios te llama por otros caminos.

Durante unas semanas soñó en el seminario de Morelia, pero se le pasó la vocación porque lo jalaba más la música. Era bueno para la guitarra y aprendió a tocar el acordeón de puro ver cómo le hacía el viejo Farina. También era bueno para el canto. En un cumpleaños su madre le regaló una guitarra eléctrica y con ella iba a tocar y a cantar en los bailes. Lo celebraban mucho, pero sus amigos y hasta sus parientes lo seguían llamando Marica. Ya para entonces no se cuidaba de los ademanes ni del tonito de voz. Hasta exageraba sus amaneramientos cuando se sentía en confianza en casa de las Ramírez donde se pasaba las tardes oyendo chismes y platicando con las tejedoras. Se descaró a los dieciocho años, luego que uno de los choferes de su padre lo inició en la perversión. Don Mario quiso matar al chofer, pero como el chofer salió pitando para Salvatierra, terminó medio matando a su hijo de una tranquiza, pese a la cual Marito no se arrepintió de su pecado. Todo lo contrario: entre más lo moqueteaba el bárbaro, más le decía Marito que sí, que sí era cierto y no había sido por la fuerza, que sí, que le había gustado porque él era diferente,

así lo había hecho Dios y a mucho orgullo que lo llamaran marica, maricón, cachagranizo, joto, invertido, putete:

—Eso soy, eso soy —lloraba Marito bañado en sangre.

Fue la desgracia de la familia, la deshonra, el acabose. Su padre se dio a la bebida y empezó a desatender los negocios. Sus hermanos reprobaban en la escuela y a su hermana que tenía dos años menos no quisieron darle trabajo en la presidencia municipal porque en tu familia hay un puto: contó que le dijeron. Sólo las Ramírez y su madre Eloísa se compadecían de Marito y lo seguían tratando muy bien; su madre mejor todavía, convencida de que con mimos y una novena al beato Martín de Porres Dios le iba a hacer el milagro de enderezar a su hijito consentido.

Por esos días llegaron a la población Santiago el de Aguascalientes y Simón Vázquez. Jesucristo se había entretenido en Salvatierra y los había mandado a ellos por delante.

Las Ramírez llevaron corriendo la buena noticia a doña Eloísa, y doña Eloísa nada más se puso un chal y se descolgó hasta la parroquia donde Santiago el de Aguascalientes y Simón Vázquez cambiaban impresiones con el padre Rodrigo. Los esperó media hora, y apenas salidos los asaltó con su taralata. Estaba enterada de la fama del maestro y de sus discípulos, les dijo, y ora que tenía la oportunidad quería pedirles consejo sobre el caso de Marito. Con pelos y señales les platicó toda la historia, pero Santiago el de Aguascalientes y Simón Vázquez no hallaban qué decir, menos qué aconsejar: con esos casos nunca nos hemos topado, señora, la verdad es una desgracia como cualquiera, y aunque nos damos cuenta de su pena, nosotros, bueno, nosotros nada más, si usted insiste, hablamos con el muchacho y si quiere hasta le echamos un discurso, a lo mejor si el muchacho oye hablar y piensa un poco en las injusticias sociales de la región, a lo mejor, quién sabe, le entra la responsabilidad y la hombría.

—Eso, eso —los interrumpió Eloísa—. Háblenle de las injusticias sociales, es justamente lo que necesita oír Marito.

En casa de las Ramírez, Santiago el de Aguascalientes y Simón Vázquez se entrevistaron con el muchacho, pero el muchacho se burló de ellos apenas escuchó la palabra injusticia. Incluso exageró sus amaneramientos y se puso a chulear a Santiago el de Aguascalientes. Fue muy triste.

—Lo sentimos mucho, señora, no hay nada que hacer.

El sábado en la tarde llegó Jesucristo Gómez y en la trastienda de Camilo, antes de encontrarse con sus discípulos, conoció a don Mario Benítez. El tipo ya estaba muy briago cuando invitó al maestro una cerveza. Bebieron sin parar. A la media hora, y como sucedía siempre que se le pasaban los tragos, don Mario empezó a desahogar con su nuevo amigo la infinita desgracia de su hijo maricón.

—Yo no merecía ese castigo de Dios, no lo merecía.

—Dios no castiga a nadie —replicó Jesucristo.

—A mí me castigó. Mi hijo fue así desde chiquito, así nació.

—Ninguna criatura nace de ese modo. Si ahora es lo que usted dice será por causa suya, y de su esposa.

—¡No es cierto! —gritó don Mario—. Yo lo adoraba, era mi hijo mayor y desde niño traté de hacerlo macho como su padre.

—Pues ahí tiene.

Dejaron la trastienda de Camilo entrada la noche. Iban discutiendo.

—No me diga eso, compadre.

—Le digo eso y más, don Mario. Lo primero, que usted acepte su propia responsabilidad.

—La acepto ¿y qué?

—Lo segundo, que deje en paz a su hijo y no lo haga sentirse un anormal ni un vicioso. No es ningún pecado ser así.

—Ahí sí me va a perdonar, pero no. Lo que yo quiero es que mi hijo se enderece y lo voy a conseguir por las buenas o por las malas.

—Eso no es lo importante.

—¿No es lo importante? Qué bien se ve que usted no tiene un hijo maricón, compadre, y que no conoce a mi muchacho. Es un joto de lo peor, y lo grita. Grita que le gusta que le den por detrás, nomás imagínese. Todos se burlan, todos lo insultan, todos lo desprecian.

—Eso sí es importante, para que vea.

—¿Qué?

—Que todos lo desprecian.

También en la casa de las Ramírez conoció Jesucristo Gómez a Marito. No empezó echándole un discurso como Santiago el de Aguascalientes y Simón Vázquez, sino que pidió oírlo cantar. Feliz como pocas veces en su vida, Marito cantó durante hora y media, bailó, tocó su guitarra eléctrica, el acordeón. Ya después le entró a la plática, y por la plática se enteró Jesucristo que un músico homosexual de Guanajuato, de quien Marito andaba medio enamorado, lo había invitado a irse a vivir con él y a trabajar en su conjunto de rock. Era una oportunidad magnífica para el muchacho.

—Pero mi padre ya lo supo, y dijo que si me iba me salía a buscar hasta el último rincón del infierno y nos pegaba de balazos a los dos.

Jesucristo Gómez chasqueó la boca, y esa misma noche fue a discutir de nuevo con don Mario a la trastienda de Camilo.

—¿Así amenazó a su hijo?

—Y lo cumplo, compadre, por la Virgen santísima.

—No va a cumplir nada, don Mario, entiéndame: deje en paz al muchacho, no lo siga fregando. Ya bastante trabajo le va a costar al pobre encontrar su propio camino.

—Lo mato y lo remato, cómo diablos no.

—Lo que va a hacer es dejar de avergonzarse de su hijo y darle dinero para que se vaya a vivir tranquilo a Guanajuato.

—¿Eso me aconseja?

—Eso.

—Óigame compadre, no son formas de enderezar a mi hijo.

—El que necesita enderezarse es usted, compadre —replicó Jesucristo Gómez.

Finalmente Marito se fue a Guanajuato, contentísimo, dos días antes de que Jesucristo y sus dos discípulos abandonaran la población. Santiago el de Aguascalientes y Simón Vázquez estaban muy descontrolados. Mientras pedían aventón en la carretera trataban de aclarar el asunto con el maestro:

—La regamos, ¿verdad?

—Quisimos agarrar la cosa por el lado del compromiso. Por eso tratamos de hablarle de las injusticias sociales y de la marginación.

Un camión de redilas se detuvo. Antes de subir a la zona de carga, Jesucristo dijo:

—Sólo que aquí el marginado era él.

Segundo anuncio de la Pasión. ¿Quién es el mayor? Empleo del nombre de Jesús (9, 44-50)

—Me agarrarán como a un ladrón, desquitarán conmigo toda su rabia, me harán ver mi suerte —decía Jesucristo Gómez en el parque, pero sus discípulos no le ponían atención, enfrascados en una alegata sobre quién era el más importante en el grupo, el que debía dar las órdenes cuando el maestro se iba.

Los oyó Jesucristo y se levantó:

—El más importante es el menos importante.

—Es que luego no nos ponemos de acuerdo —argüyó Juancho Zepeda—. Como el otro día, con el tipo ese de la Nacional Campesina que andaba lidereando a los ejidatarios de Uriangato.

—¿Y eso qué?

—Cómo qué, maestro. Los de Uriangato son gente nuestra, tú mismo te los ganaste, acuérdate.

—¿Estaba en contra de los ejidatarios?

—No, en favor, pero aprovechando todo lo que nosotros hicimos para organizar a la gente. Yo quise ponerle un alto, pero Pedro me alegó que yo no era quién para dar órdenes, y entonces yo le dije que él tampoco, y de ahí no salimos. De todos modos sigo pensando que necesitamos ponerle un hasta aquí a ese tipo.

—Si está en favor de los ejidatarios no veo por qué. —Jesucristo tomó del brazo a Juancho Zepeda y caminó hacia el carrito de los raspados—. Apréndete esto y no lo olvides nunca: el que no está

contra ustedes está con ustedes, Juancho.

IV

La subida a Jerusalén

Mala acogida en un pueblo samaritano (9, 51-56)

Santiago y Juancho Zepeda se adelantaron para buscar hospedaje, pero al llegar a la plaza de armas de Villa Hidalgo de las Rosas dos fulanos que se dijeron policías municipales los metieron a empellones en un automóvil cuatropuertas y los llevaron ante el Señor.

El Señor estaba en la jarciería. Era un cuarentón bajito, gordo, cuya camisa abierta dejaba ver un tatuaje complicadísimo en el centro del torso. También tenía tatuados ambos brazos: una sirena abrazada a un marinero en el derecho, y una serpiente retorcida en el izquierdo.

Sin dirigir la vista a los hermanos Zepeda, habló mientras se probaba sombreros atendido por su cuñado, el dueño del establecimiento.

El sombrero se le hundió hasta las orejas.

—Se los advierto de buen modo, no quiero problemas.

Otro sombrero.

—Tengo referencias de ustedes, sé muy bien lo que se traen.

Otro.

—Aquí la gente es pacífica y está contenta con lo que tiene. Ni ustedes ni nadie va a venir a alebrestarnos.

Lo interrumpió su cuñado:

—Ése te queda bien, Catarino, es el mejor.

Frente al espejo, el Señor se ajustó el sombrero de ala ancha con ambas manos y giró el cuello para verse de un lado y otro. Pareció conforme y hasta entonces se dio la vuelta para mirar a Santiago y Juancho Zepeda:

—Se me largan ahorita mismo —sacudió el índice—, y van y le dicen a ése que traen de jefe que donde lo vea poner un pie en este pueblo me lo chingo.

—¿Con qué derecho? —preguntó Juancho Zepeda.

—Con el derecho que me da la autoridad, y si ésa no le parece razón le doy otra: ¡por mis güevos!

Los hermanos Zepeda regresaron en un camión de alfalfa y con pelos y señales contaron a Jesucristo Gómez su plática con el Señor. No estaban asustados.

—Puras patadas de ahogado, maestro —opinó Santiago—. Él sabe que la gente está muy descontenta y trae ganas de alevantarse. Tiene

miedo.

—Es una buena oportunidad. Fácil podíamos juntar a unos trescientos de por aquí y con suerte y hasta tomamos el palacio municipal.

—Ya es hora de entrar en acción —terció Simón Vázquez.

—No —dijo Jesucristo Gómez.

—¿Por qué no, maestro?

—Porque no.

—¿Entonces qué hacemos?

—Irnos para otro pueblo ahora mismo.

—¿Nos rajamos?

La pregunta de Juancho Zepeda se quedó sin respuesta.

Exigencias de la vocación apostólica. Misión de los setenta y dos discípulos. De qué deben alegrarse los apóstoles. El Evangelio revelado a los sencillos. El Padre y el Hijo. Privilegio de los discípulos (9, 57-62; 10, 1-24)

Empezaron a tratar de jalar gente de las rancherías y de los pueblos, pero Jesucristo los ponía sobreaviso:

—Piénsenlo bien porque no es fácil. A veces no hallamos qué comer ni dónde dormir. No tenemos dinero ni un lugar fijo, nada.

Invitaba a algunos personalmente. Así invitó a Joselino Román, panadero de Ciudad Arteaga.

—Mi padre se está muriendo —respondió Joselino—, pero nomás salgo del apuro y me voy con ustedes.

—Si quieres venir, vente ahora. Deja que los muertos entierren a sus muertos.

También invitó a Rosendo Lugo.

—Termino de sembrar y los alcanzo —dijo Rosendo Lugo—. Tengo que dejar unos centavos aunque sea a mi familia.

—Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para la causa.

Con todo, se les juntó mucha gente. Jesucristo formó pequeños grupos y los lanzó a recorrer los pueblos de la región. Antes de que se fueran los llenó de consejos:

—Procuren hacer adeptos porque el país es muy grande y nosotros somos apenas unos cuantos. Vayan preparados a sufrir persecuciones y hasta cárceles. No piensen en el dinero ni en la ropa ni en nada personal. Quédense a vivir donde los inviten y coman lo que les den, pero sin sentirse mendigos: ésa es la paga que ustedes se merecen por su trabajo. Atiendan cualquier situación de injusticia por insignificante que sea. Animen a la gente. Háganle saber que el tiempo de la justicia va a llegar muy pronto. Si en alguna población los amenazan o no los dejan entrar por alborotadores, váyanse de ahí, pero no sin antes echarles en cara sus verdades, no digan luego que no

les avisaron. Cómo se arrepentirán de no haberles hecho caso cuando se desate la de Dios es Cristo: muchos pueblos serán arrasados, muchos latifundios invadidos, muchos templos saqueados, ya verán. Cualquiera que les haga caso a ustedes es como si me hiciera caso a mí, y el que los rechace me rechaza a mí y a Dios mismo.

Pasado el tiempo se reunieron todos de nuevo con Jesucristo Gómez. Estaban entusiasmados, a la mayoría le había ido muy bien:

—La gente respondió como nunca, maestro, hubiera usted visto.

—La gente siempre responde cuando se lucha desinteresadamente por la justicia —dijo Jesucristo Gómez—. Y para eso no se necesita ser muy instruido ni saber mucho de política. En esto, los que más tienen qué decir y hacer son los fregados: los que han sufrido en carne propia la explotación, las humillaciones, la miseria…

Esa misma noche platicó aparte con sus discípulos:

—Ustedes sí que son privilegiados, caray.

—¿Por qué maestro?

—Cuántos gobernantes y cuántos líderes quisieran ver lo que ustedes ven y oír lo que ustedes oyen —respondió Jesucristo—. ¿O no?

El gran mandamiento. Parábola del buen samaritano (10, 25-37)

Maestro de filosofía en el seminario conciliar, administrador de los dineros de la parroquia y prestanombre del señor obispo en los terrenos del fraccionamiento La Cañada, José Luis Trejo Santibáñez, viudo y sin hijos a los cincuenta años, tenía fama de instruido y de poeta: jamás faltaba a las tertulias literarias en casa de los Gutiérrez Gutiérrez donde semana a semana leía en voz alta sus odas místicas al estilo San Juan de la Cruz. Más que el cura párroco, un ochentón enfermo de Parkinson, era Trejo Santibáñez quien dirigía las actividades de la iglesia. No oficiaba misa ni impartía el sacramento de la confesión porque las reformas eclesiásticas no habían llegado a tanto, pero en su fuero interno abrigaba la esperanza de llegar a ser uno de los primeros laicos mexicanos que se sentara a repartir absoluciones o subiera al altar a consagrar la hostia y el vino. A resultas de esta obsesión personal se las daba de progresista, y como buen progresista no tuvo empacho alguno en invitar a Jesucristo Gómez a casa de los Gutiérrez Gutiérrez. Presumía saberlo todo sobre aquel revolucionario religioso a quien tanto mentaban, y contra la opinión de los mochos de la parroquia decía estar de acuerdo con él en lo esencial: es preciso predicar el Evangelio a la moderna, los sacerdotes no poseen el monopolio de la religión…

—En lo esencial estoy de acuerdo con usted Gómez —dijo Trejo Santibáñez a Jesucristo cuando lo tuvo delante en casa de los Gutiérrez Gutiérrez—; sólo diferimos en cuestiones de detalle. En el

asunto de los milagros, por ejemplo. Me dicen que usted no cree en los milagros del Evangelio. ¿Es cierto eso?

Jesucristo bebió hasta la mitad la cocacola de su vaso. La sala de los Gutiérrez Gutiérrez se halla más concurrida que cualquier otro viernes de tertulia literaria. Trejo Santibáñez se había encargado personalmente de recomendar a los adictos su puntual asistencia: porque presenciarán un debate filosófico que hará historia, prometió. En realidad salían sobrando las recomendaciones. La sola noticia de que Jesucristo Gómez asistiría a la tertulia, estuviera o no Trejo Santibáñez, era suficiente para originar un tumulto como el que se originó, al grado de obligar a la familia a poner dos vigilantes en la entrada para impedir la intromisión de curiosos.

Como Jesucristo no dio respuesta a la puya sobre los milagros del Evangelio ni a otras dos preguntas capciosas por el estilo, Trejo Santibáñez se vio obligado a cambiar de táctica: asumió una actitud humilde y cambió el señor Gómez por el tratamiento irónico de maestro:

—De acuerdo con esos principios prácticos que usted tanto maneja entre la gente del pueblo, ¿podría decirnos, maestro, qué debemos hacer para tener en herencia la vida eterna?

Una vez más, la mirada de los invitados a casa de los Gutiérrez Gutiérrez viajó del rostro de Trejo Santibáñez al rostro de Jesucristo Gómez.

—¿Qué dice el Evangelio, señor Trejo?

—Los sinópticos dicen, textualmente: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo.

—Exacto, no hay más.

—Bueno, sí, por supuesto… —tosió Trejo Santibáñez con aire de suficiencia, y sus ojillos salpicaron a los invitados—. Lo que yo pregunto…

—Ésa es la respuesta.

—Claro que ésa es la respuesta, si la sabré yo; pero nosotros estamos interesados en las aplicaciones prácticas que usted hace de esos principios evangélicos. Según me cuentan son un poquito heterodoxas, cómo le diré: tendenciosas. No sé si me entiende.

La hija mayor de los Gutiérrez Gutiérrez arrebató a Jesucristo Gómez su vaso de cocacola y lo llenó de nuevo de un sopetón.

—Le voy a contar un cuento, señor Trejo.

—No no, maestro, no me ha entendido, permítame explicarle…

—Permítame usted —cortó enérgicamente Jesucristo Gómez mientras apuntaba al erudito con el vaso de cococola.

Una tarde, de regreso a su ranchería situada en lo alto de una loma pelona, un campesino pedaleaba en bicicleta por la orilla de la

carretera, feliz: venía de recibir la primera partida de un préstamo solicitado al Banco Agrario para sembrar su parcela. A sabiendas del dineral que el campesino traía en la bolsa, una pandilla de malvivientes lo fue siguiendo desde el pueblo y en el columpio de la carretera, en plena subida, le cayó encima. Después de golpearlo y de robarle hasta la bicicleta, los asaltantes lo dejaron medio muerto en la cuneta, con medio cuerpo sobre el asfalto, sangrando. No había transcurrido mucho tiempo cuando apareció el primer automóvil: lo conducía un sacerdote que necesitó frenar de golpe para no atropellar al infeliz. Durante unos instantes, mientras se reponía del susto, el sacerdote miró a través del parabrisas al campesino golpeado y pensó: está ahogado de borracho. Ni siquiera salió del auto para empujarlo hacia la cuneta: puso de nuevo el motor en marcha, giró el volante y salió disparado para llegar a tiempo a su cita con el obispo. En forma parecida reaccionó un comerciante cuya camioneta estuvo a punto de arrollar al campesino asaltado, y tampoco se detuvieron otros autos y autobuses de pasajeros en su lenta subida por el columpio. Al fin apareció un destartalado camión de redilas conducido por un viejo camionero que tenía fama de mujeriego y de borracho y a quien la gente de la región acusaba de comunista y comecuras. Fue éste quien se compadeció del asaltado: de un brinco bajó del camión, y al advertir el estado moribundo del campesino lo subió cargando a la cabina y salió pitando hasta llegar a la primera población importante de la carretera. Allí lo puso en manos de los médicos y se fue a buscar a una vieja amante que vivía en el lugar para darle dinero y pedirle que se hiciera cargo del herido sin parar en gastos; a su regreso él cubriría toda la cuenta.

—Toda la cuenta —terminó Jesucristo Gómez.

A lo largo del relato, Trejo Santibáñez no había dejado de toser y de guiñar el ojillo derecho a la concurrencia. Cuando el maestro terminó, se reacomodó en el sofá:

—¿Es todo?

—Es todo, señor Trejo. ¿Qué piensa usted?

—¿Qué pienso de qué?

—¿Quién actuó con el campesino de acuerdo a lo que usted llama los principios básicos del Evangelio?

Tosió Trejo Santibáñez.

—Si me permite ser sincero, maestro… —Hizo una pausa mientras escupía sobre el pañuelo y envolvía luego el salivazo.— Para serle sincero su cuento me parece un poco ingenuo y esquemático. No sé si me entiende.

—Sólo quiero que me diga quién actuó cristianamente con el campesino.

—El camionero, es obvio, pero permítame usted…

—Si de veras busca aplicaciones prácticas al Evangelio, no se haga tonto y actúe como el camionero de mi cuento, por más ingenuo y esquemático que le parezca… No sé si me entiende, señor Trejo.

Marta y María (10, 38-42)

De Marta y María Jiménez se decían muchas cosas en el pueblo; cosas buenas, la verdad, porque ambas hermanas eran muy apreciadas por la gente. Sobre todo Marta, la mayor, a quien la vida había tratado a golpes: a los dos meses de casada perdió a su primer marido, y el segundo la abandonó después de hacerle tres hijos y de envejecerla a insultos. Atareada todo el día en conseguir ropita usada para que sus niños no anduvieran hechos garras, en obtener préstamos para completar el poco dinero que recibía como renta de unas tierras de temporal heredadas de su padre y en mantener bien aseada su casita, Marta apenas tenía tiempo libre para lamentarse de sus hijos con las vecinas:

—Escuincles del demonio, la pura piel del diablo, cómo me hacen sufrir.

Sufría de veras, y más porque nunca le faltaban enfermedades: que las jaquecas horribles, luego las fiebres reumáticas, ahora las várices reventándole las piernas.

—Válgame Dios, pobrecita de usted Martita, cuando se muera se va a ir derechito al cielo porque ya pagó aquí su purgatorio.

A María no le había ido tan mal, aunque también tenía sus penas, como todos: la pena de ser estéril, la pena de no haber heredado ni un cachito de las tierras de temporal, la pena larga de saber a su marido sin trabajo cuando lo echaron de la fábrica de hilados por alborotador. Pero todas eran penas soportables de las que al fin de cuentas salió adelante María gracias a su buena salud, a que su marido no la golpeaba nunca y a que consiguió trabajo de maestra en la escuela rural.

—Con buena salud y sin la carga de los hijos qué chiste tiene.

—Así hasta yo me hubiera hecho maestra y me vería igual de joven —se desahogaba Marta a la hora de compararse con su hermana y de quejarse porque María no la iba a visitar, no la ayudaba con los niños, ¡sus sobrinos!, y, para colmo, hasta le quitaba la amistad de Jesucristo Gómez.

De tiempo atrás conocía Jesucristo a las hermanas Jiménez: de sus tiempos de albañil, desde chamacos a lo mejor. Por aquel tiempo Marta era la mera amiga de Jesucristo, y con Marta se pasaba Jesucristo las horas platicando y hasta noviando, según cuentan. María estaba entonces muy escuincla y cuando se entrometía en la conversación era nada más para decir babosadas: ni caso le hacían Jesucristo y Marta entrados en su plática de grandes y en el coqueteo.

Pero pasó el tiempo, tomó cada quien su camino, y ahora que Jesucristo Gómez se descolgaba de tarde en tarde por el pueblo, prefería quedarse en casa de María, no en la de Marta, pese a lo mucho que ésta necesitaba de los consuelos del viejo amigo.

—Amigo ingrato, quién lo iba a decir: ahora que me ves fregada me desprecias. Claro, se te hace más cómodo irte con María porque en su casa no hay berrinches de niños ni oyes hablar de enfermedades. Allá es pura cháchara de cosas interesantes. Allá te entretienen. Allá no te dan lata. Claro, muy bonito, sí, cómo no. Pero también te digo una cosa, Cris: allá no haces tanta falta, y eso es lo que deberías tomar en cuenta si de veras quisieras ayudarme. Porque yo no tengo un hombre al lado para defender mis tierras, ni tengo a quien contarle de mis hijos, de mi reuma, de esta jaqueca partiéndome la cabeza en dos. Ya quisiera ver a María sufriendo lo que yo sufro, a ver si entonces andaba tan girita y tan hablantina con su escuela y su política. Tú feliz, ya lo sé, por ahí te dan cuerda. Pero no hay derecho, Cris; no hay derecho siendo como somos o como éramos tan buenos amigos, casi novios, ¿a poco no te acuerdas?

—Te preocupas por demasiadas cosas, Marta, no ves más allá de tus problemas.

—Pero cómo voy a ver más allá de mis problemas si me estoy muriendo y a nadie le importa. Si tú mismo, fíjate bien, si tú mismo, con todo y tu fama de santo, no te compadeces siquiera de mis enfermedades y no aprecias mis sacrificios para sacar adelante mi casa y mis hijos. ¿Eso no tiene valor? ¿Eso no cuenta?

—Sí cuenta, pero María escogió la mejor parte.

—¿Escogió qué? ¡Ella no escogió nada! Tuvo suerte y se acabó. La suerte de encontrar un buen marido, la suerte de no tener hijos, la suerte de conseguir un trabajo en la escuela. Así es rete fácil dárselas de instruida, cómo no. Y perdóname, Cris, pero eso de decirme que María escogió la mejor parte no es hablar con justicia ni con caridad cristiana. No me lo digas, por favor.

—Sí te lo digo, Marta. Tú escogiste el dolor, los sufrimientos, la muerte; ella escogió la vida.

El Padre Nuestro.

El amigo importuno. Eficacia de la oración (11, 1-12)

—¿Dónde andabas, maestro?

—Me fui a caminar un poco, a rezar.

—¿Tú rezas?

—¿Ustedes no?

—En la iglesia, a veces.

—Yo de chico rezaba el rosario con mi madre.

—Yo me sé el avemaría.

—Yo el padrenuestro.

—¿Tú cómo rezas, maestro?

—Pienso. Platico.

—¿Con quién platicas?

—¿Platicas con Dios?

—Sí, con Dios.

—¿Y cómo le hablas?

—Como le hablaba a mi padre cuando yo era niño.

—¿Qué le dices?

—Le pido.

—¿Qué le pides?

—Que los hombres vivan con justicia y libertad, que a nadie le falte lo necesario.

—¿Nada más?

—Le pido que me perdone mis errores como yo perdono a los que me ofenden. Le pido fuerza para seguir luchando.

—¿Él te oye?

—¿Te hace caso?

—Como me hacía caso mi padre cuando yo me le ponía necio, o como hace cualquier fulano cuando un amigo lo está friegue y friegue para sacarle un favor. El fulano termina diciendo está bien, ahí tienes esta lana o esta cosa, a veces nada más para quitarse la taralata del amigo, no tanto porque quiera hacerle de buena gana el favor.

—¿A poco Dios es igual?

—No me lo imagino así.

—Eso es lo de menos. Lo importante es estar convencidos de que si uno pide con ganas, recibe; si uno busca, encuentra; si uno insiste, le hacen caso. Pónganse ustedes en el lugar de Dios. A ver, qué padre se atrevería a darle a su hijo una piedra cuando le está pidiendo un pan; o una víbora si le está pidiendo un juguete, o un alacrán si le está pidiendo un dulce. Si ustedes mismos, que no son santos ni mucho menos, dan lo mejor que tienen a sus hijos, qué no va a darnos Dios a nosotros si él es el mero padre de toda la humanidad.

—¿Así te imaginas a Dios, maestro?

—Así me lo imagino.

Jesús y Beelzebul. Intransigencia de Jesús. Estrategia de Satanás. La verdadera dicha (11, 14-28)

Para el señor obispo eso era el colmo. Virgilio Cuéllar, su pupilo predilecto, el alumno más obediente, callado y sumiso del seminario conciliar, había estallado en un sorpresivo ataque de cólera y luego de poner pintos a los padres del seminario y a toda la jerarquía eclesiástica con un vocabulario plagado de palabrotas y hasta de blasfemias, había decidido mandar al cuerno el diaconado e irse a

vivir y trabajar con los miserables de una colonia de paracaidistas.

—Pero Virgilio, Virgilio, no sabes lo que estás diciendo —trató de contenerlo el rector del seminario.

—Se le metió el demonio —chilló el profesor de Teología Moral Dos.

—¡Ya me tienen hasta los güevos!

—Por el Espíritu Santo, Virgilio, respeta a los representantes de Jesucristo en la tierra.

—El único Jesucristo al que yo respeto es a Jesucristo Gómez —gritó Virgilio.

Eso fue lo que hizo colgarse de las lámparas al señor obispo. Con los ojos amarillos de bilis mandó llamar a su coadjutor:

—Entiendo muy bien que ese tipo arrastre a los campesinos y analfabetas, padre, al fin y al cabo son gente estúpida e ignorante. Pero que su demagogia se infiltre así en el seminario y afecte a nuestros muchachos no me cabe, no me cabe en la cabeza y no vamos a permitirlo de ningún modo. Con la santa Iglesia no va a poder ese loco.

El coadjutor, un hombre razonable y tranquilo, entendió que debería usar la maña, más que la fuerza, para doblegar a Jesucristo Gómez. No lo amenazaría con excomuniones ni con denunciarlo a las autoridades civiles como quería el señor obispo; le resultaría más fácil y más rápido derrotarlo con la esgrima contundente de su lógica aristotélica:

—Usted dice predicar a nombre de Dios, ¿no es así?

—Así es —respondió Jesucristo.

—Cómo entonces, predicando a nombre de Dios, se puede alejar a un joven del camino de Dios. ¿No le parece una incongruencia? Si sus prédicas estuvieran inflamadas por el Espíritu Santo ya se habrían visto resultados positivos en el aumento de las vocaciones sacerdotales, por poner un ejemplo. Y a ver, cíteme un caso. ¿Qué joven, qué muchacho, qué adulto ha decidido, después de hablar con usted, entrar en el seminario? ¿Cuatro jóvenes?, ¿tres?, ¿dos?, ¿uno?, ¿siquiera uno? ¿Ha prendido en alguno de ellos la vocación sacerdotal?

—En ninguno —reconoció Jesucristo.

—Qué mejor prueba quiere entonces de que usted no es un hombre inspirado por Dios. Admítalo con humildad. Arrepiéntase.

—Si yo hablo de Dios y su justicia, y por seguir a Dios y trabajar por la justicia la gente se aleja del Dios que ustedes predican, eso quiere decir, o al menos así lo entiendo, que ustedes y su sociedad y sus intereses han hecho de Dios una idea al servicio de las situaciones injustas. Han ensuciado su imagen. Han puesto las verdades de cabeza.

—Óigame…

—Pero ya es tiempo de enderezarlo todo y devolverle a Dios su verdadero sentido.

—Eso dice usted.

—El que no está conmigo está contra mí.

—¡No me diga!

—Y el que no coincide conmigo se equivoca.

Ahora fue el coadjutor quien se puso furioso. Rojo como un jitomate regresó con el señor obispo, cuando ya al señor obispo se le había borrado el amarillo bilis de los ojos.

—Se lo dije, mi querido padre, se lo dije.

—Hay que denunciar a ese revoltoso, perturbador del orden, miserable. Y yo mismo voy a hablar con Virgilio, no faltaba más. Mire que renunciar a su carrera eclesiástica por irse con esos paracaidistas muertos de hambre.

El señor obispo había recobrado la calma, y con una pizca de la suya terminó calmando al coadjutor:

—Ya lo pensé bien. Es mejor no hacer escándalos. Vamos dejando las cosas como están.

—Pero Virgilio…

—Virgilio no aguantará mucho tiempo con los paracaidistas, mi querido padre, acuérdese de mí.

Virgilio no aguantó cinco días con los miserables de la colonia de paracaidistas. Más bien ellos no lo aguantaron, ni siquiera lo tomaron en cuenta cuando llegó sintiéndose redentor y creyendo que los humildes iban a nombrarlo su líder tan luego se dieran cuenta de que era un muchacho inteligente y muy versado en teorías sociales. Se había soñado encabezando manifestaciones, mediando ante las autoridades para conseguir agua potable, luz eléctrica, títulos de propiedad, pero se encontró con que otros líderes mantenían ya el control absoluto de la colonia y no estaban dispuestos a aceptar ni la ayuda ni la presencia siquiera de un escuincle comecaca con carita de puto, buey. Se rieron de él, le armaron bronca desde el primer día, y si una familia lo aceptó en su barraca fue sólo para robarle a la segunda noche el poco dinero que llevaba encima, y su chamarra. Cuando quiso reclamar la chamarra, cuatro tipejos le cayeron encima y lo molieron a golpes. A lo mejor hasta lo hubieran matado de no ser porque uno de ellos, apodado el Pelos, se compadeció del pobre Virgilio: lo sacó de la colonia y se lo llevó a vivir con él y con su tía a un jacalón de allá por el cantil. Se hicieron cuates. Con el tiempo, poco a poco, Virgilio empezó a entrarle a la vida del Pelos, es decir, a los petróleos y al tíner. Un día el Pelos lo invitó a formar parte de una brigada de jóvenes macizos al servicio de un politicazo de alto nivel, y fue así como Virgilio Cuéllar aprendió el arte de repartir mandarriazos

contra manifestantes, atizar golpizas a tipos que ni conocía y alborotar en los líos escolares de las prepas. Se volvió duro, canijo, implacable. Lo apodaban el Boris cuando un excompañero del seminario supo de él y fue a verlo para averiguar si eran ciertas todas las cosas horribles que decían de Virgilio. Mucho peor. Virgilio estaba irreconocible: nada quería saber de sus amigos de antes, y a su excompañero del seminario lo mandó por un tubo pintándole un violín y mentándole la madre.

Precisamente por boca de ese excompañero del seminario se enteró Jesucristo Gómez de la negra historia de Virgilio Cuéllar. El muchacho encontró a Jesucristo en los lavaderos de la Moderna y allí le soltó todo el chisme.

—¿Va usted a creerlo, maestro? Nunca me lo imaginé de Virgilio; pintaba para santo.

—Qué barbaridad —exclamó Jesucristo.

—Salió de Guatemala para entrar en guatepeor. Antes era un beato insoportable si usted quiere, pero ahora es un delincuente.

—Así pasa a veces.

—¿Por qué?

—Cuando el diablo sale de un hombre, anda muerto de coraje mucho tiempo y no descansa hasta encontrar otros siete diablos peores que él. Se juntan y entre todos regresan al alma de ese tipo y lo vuelven más desgraciado de lo que antes era.

—No me diga que usted cree en el diablo, maestro.

—Es una forma de decir, no seas estúpido —gritó Jesucristo, irritado.

Estaba de mal humor. Las noticias sobre Virgilio Cuéllar le habían caído como una patada en el alma. Quería irse, quiso salir rápidamente de los lavaderos pero las mujeres no lo dejaron. Se juntó de nuevo la bolita. De nuevo las voces, los llamados, las súplicas. Una anciana trató de besarle la mano. Jesucristo la retiró rápidamente.

—Usted es un santo.

—Cállate.

—Qué hubiera dado yo por tener un hijo como tú… la vida. Tu madre debe sentirse muy orgullosa de ti, ¿verdad? Y tú de ella.

—Yo nomás me siento orgulloso de los que trabajan por la justicia —gritó Jesucristo Gómez, y salió casi corriendo de los lavaderos.

Siguió de mal humor toda la tarde.

La señal de Jonás (11, 29-32)

Dijo Jesucristo Gómez a los propietarios de Valle Arteaga:

—Ustedes no lo creen pero esto va a tronar.

Lean la historia, oigan lo que está pasando en otras partes, vean el descontento de la gente. El pueblo ya no aguanta, y cuando estalle va

a arrasar parejo sin contemplaciones con nadie. Entiéndanlo de una buena vez.

Dos "logia" sobre la lámpara (11, 33-36)

Dijo Jesucristo Gómez a los mineros de Paso del Monte:

—Si ya conocen sus derechos qué esperan para organizarse, carambas, para luchar. A veces lo más difícil es darse cuenta de la explotación, pero cuando tomamos conciencia no hay razón para cruzarse de brazos. La conciencia es como una lámpara. Ninguno de ustedes baja a trabajar a la mina sin su lámpara, ¿no es cierto? Allá abajo la lámpara se convierte en nuestros ojos. Aquí arriba la conciencia es nuestra lámpara. Vamos usándola para luchar.

Contra los fariseos y los legistas (11, 37-53)

Los del seminario conciliar volvieron a la carga, poco tiempo después. Sentían que la tragedia de Virgilio Cuéllar había sido una derrota aplastante para Jesucristo Gómez y ahora deseaban darle la puntilla. Para eso lo invitaron a comer a la casa de estudios.

El grupo anfitrión estaba formado por una media docena de profesores encabezados por el rector del seminario. Todos se presentaron con suma educación: fulano, profesor de Teología Moral Dos; Mengano, profesor de Filosofía de la Historia; Zutano: profesor de Derecho Canónico; Perengano, profesor de Doctrina Social de la Iglesia Primer Curso…

Sonrisas. Palabras corteses. Frases convencionales.

Tan pronto se sentó a la mesa, Jesucristo tomó un bolillo de una gran canasta colocada al centro y le mordió la punta.

—Trae usted hambre…

—Mucha.

El profesor de Derecho Canónico le tocó suavemente el brazo:

—¿Puede ser tan amable de esperar un momento a que bendigamos los alimentos?

—Háganlo.

—¿Usted no reza antes de comer?

—No acostumbro —respondió Jesucristo mordiendo la otra punta del bolillo.

—Pero no le parece mal que nosotros recemos, supongo.

Jesucristo había levantado un cuchillo para cortar un tajo de mantequilla, pero antes apuntó con él la nariz del rector del seminario:

—Lo único que me parece mal es que ustedes sean tan hipócritas —dijo.

Como si el cuchillo se hubiera encajado en el pecho del rector del seminario se oyó un alarido unánime. Ya no rezaron. En ese mismo

instante comenzó la barahúnda.

—Cómo que hipócritas

—Retire esa palabra.

—¡Majadero!

Manoteaban y gritaban los profesores del seminario, pero gritó más fuerte Jesucristo Gómez:

—Hipócritas y me quedo corto, bola de cabrones, empresarios de la religión. Presumen de predicar el Evangelio y miren cómo viven.

—Un momento.

—Cállese.

—Fuera de aquí, muerto de hambre.

—Un momento, un momento —insistió el profesor de Doctrina Social de la Iglesia Primer Curso, cuando el maestro de Teología Moral Dos, puesto en pie, estaba a punto de lanzar un bofetón a Jesucristo Gómez—. Un momento —lo detuvo—. Cálmense todos por favor. Silencio. —Se aproximó a Jesucristo. Lo miró muy de cerca:— No tiene por qué insultarnos en esa forma. Si quiere discutir con nosotros puede hablar educadamente.

—No vine a hablar educadamente.

—¿Entonces a qué vino?

—A gritarles lo que son: una bola de mustios interesados nomás en conquistar privilegios, obispados, cardenalatos, poder político. Se han aliado a los explotadores y son cómplices de los…

La gritería apagó las últimas palabras de Jesucristo.

—Ya estuvo bien.

—Que se largue.

—Un momento…

—Hay que echarlo a la calle.

—¡A patadas!

—Un momento, un momento —volvió a imponerse el profesor de Doctrina Social de la Iglesia Primer Curso, y esta vez logró mantener el uso de la palabra durante un lapso considerable, el suficiente para que tanto sus colegas sacerdotes como el propio Jesucristo Gómez se apaciguaran hasta quedar en un silencio casi absoluto:

—Usted nos confunde —dijo, luego de una verbosa introducción —. Independientemente de que sean o no razonables y justas sus críticas a los ministros de la Iglesia en general, al margen de las muchas fallas humanas que padece nuestra santa institución, yo sólo quiero recordarle que nosotros, los aquí reunidos, estamos a salvo de esa clase de ambiciones como son las riquezas, el poder político, el poder eclesiástico, etcétera. No por virtudes personales, dejemos eso a un lado, sino por razones de nuestra propia actividad. No somos párrocos, ni obispos, ni funcionarios de la Iglesia. Somos simple y sencillamente estudiosos de la palabra de Dios, catedráticos,

intelectuales que no ambicionan más riqueza que la del espíritu.

Una de las monjas encargadas del servicio doméstico en el seminario entró con la sopera humeante y recorriendo el perímetro de la mesa se puso a servir plato por plato. La atmósfera era silente pero tensa. Hasta que la monja no salió del comedor habló Jesucristo Gómez en respuesta al profesor de Doctrina Social de la Iglesia Primer Curso.

—También culpo a los intelectuales —dijo.

—¿Se puede saber por qué?

—De un mensaje clarísimo y directo han hecho un aparato ideológico aplastante.

—Eso es mentira.

—No sabe lo que está diciendo.

—Explique sus acusaciones —clamó el rector del seminario—. Si es que puede.

En lugar de mirar al rector, Jesucristo miró el contenido de su plato. Muy despacio hizo girar la cuchara dentro de la sopa de espárragos, antes de probarla. Sorbió en dos ocasiones.

—Por defender dogmas absurdos y mantener su poder político, la Iglesia ha quemado santos y perseguido inocentes; ha combatido la ciencia, ha arrancado las alas al espíritu, ha empequeñecido a Dios…

—¡Miente!

—Los intelectuales de la Iglesia se han robado las llaves de la verdad; no han entrado ustedes, pero tampoco han dejado entrar a los humildes.

Haciendo respingar la silla, el rector del seminario se puso en pie y azotó la servilleta contra la mesa:

—¡Ya estuvo bien! ¡Ya basta!

—Sí, ya basta —repitieron a dúo el profesor de Filosofía de la Historia y el profesor de Derecho Canónico.

Jesucristo no dijo más. Se levantó tranquilamente y salió del comedor sin mirar a sus anfitriones. Ellos se quedaron murmurando.

Hablar francamente y sin temor (12, 1-12)

Mucha gente iba a buscarlo. A veces la hacía esperar porque se entretenía hablando aparte con sus discípulos:

—No sean hipócritas como los sacerdotes: predican una cosa y hacen otra, dicen estar con los oprimidos y están con los poderosos, pero a la larga terminan siempre enseñando el cobre. Ustedes prediquen con el ejemplo y no tengan miedo a los que asesinan líderes o reprimen movimientos; mucho más peligrosos son los que tienen poder para calumniar a esos líderes o pervertir el sentido de una lucha legítima. No se desanimen, no se rajen. De su vida y de sus actos respondo yo. Todo el que persevera alcanza, y pobres de los que se

arruguen a la mitad del camino: nunca podrán quitarse el san benito de traidores y cobardes. A mí pueden insultarme y criticarme, pero ay de aquel que desprecie la causa de mi pueblo, acabará pagándola muy cara, ustedes lo verán. Hablo en serio. Verán llegar la justicia aunque antes sufran cárceles, atropellos, persecuciones. Échenle valor entonces, y si los agarran no pierdan el tiempo buscando cómo defenderse: su mejor defensa será su causa, acuérdense…

No acumular riquezas. Abandono en la Providencia. Vender los bienes y hacer limosnas (12, 13-34)

—Perdón por la interrupción, maestro —se acercó interrumpiendo Poncho Zenteno, el hijo menor de don Filemón Zenteno muerto hacía un mes, intestado—. Perdón por la interrupción, pero ya llevo horas esperándolo y me urge hablar con usted de mi hermano, ya ni la friega. Se acuerda usted de mi hermano, ¿verdad?; aquel chaparrito gordo, el de la tienda, el Negro Zenteno, con el que se pasó horas platicando ya hace tiempo, cuando vino usted por aquí, ¿se acuerda?… Pues ya ve tan bueno y tan derecho a mi hermanito, ¡niguas!; ahora resulta que el muy canijo me anda queriendo dejar sin un quinto de la herencia de mi padre, hágame usted el favor.

—Y qué quieres que haga.

—Que hable usted con mi hermano, maestro. Que le haga ver que en justicia a mí me corresponde la mitad.

—Para eso está el juez, o el notario… yo no sé.

Poncho Zenteno entrompó la boca y lanzó un silbido largo:

—¡Uh, ni me hable usted de ellos…! Mi hermano ya los transó. Con aquello de que mi padre murió intestado y como es mucha lana y son muchas propiedades lo que está en juego, ya hizo trafique y medio y a mí me dejó colgando. No hay derecho, la verdad.

—¡Yo no estoy aquí para repartir herencias! —gritó enojado Jesucristo Gómez, y se dio la media vuelta.

Poncho Zenteno lo alcanzó:

—Pérese, maestro; éste es un caso de justicia. —De nuevo a insistir: que se había pasado la vida trabajando como negro y sufriendo ninguneos; que estaba en peligro su futuro y el futuro de sus hijos; que era cuestión de vida o muerte impedir la alevosía de su hermano.

Entre más insistía Poncho Zenteno, más enojado se iba poniendo Jesucristo Gómez. Al fin cortó por lo derecho: lo dejó hablando solo, gimoteando.

—Vean para qué le sirvió a don Filemón tanta riqueza. Ahí están sus hijos peleándose, véanlos.

Triste caso, la verdad.

Sólo para hacer dinero vivió don Filemón Zenteno. Para hacer

mucho dinero trabajó mañana tarde y noche y sacrificó familia, amigos, inquietudes. Quería labrarse un futuro. Quería comprarse una vida feliz. Primero trabajó para ser dueño de una casa propia, y cuando la tuvo trabajó para ser dueño de una tienda; y cuando tuvo casa y tienda trabajó para comprar unas tierras; y cuando tuvo casa, tienda y tierras siguió trabajando para construir un granero; y cuando tuvo casa, tienda, tierras y granero, quiso camiones, y luego animales: vacas, cerdos, un establo: el establo más grande de la región. Don Filemón Zenteno ya era riquísimo cuando llegó a viejo. Entonces dijo: se acabó el trabajo; ahora voy a disfrutar mi dinero, voy a viajar, voy a divertirme… No acababa de hacer planes cuando una noche se despertó con un dolor muy fuerte a la mitad del pecho, y en lo que se alborotaba la familia para llamar al doctor, el pobre viejo se quedó sin aire; se puso morado, tieso, y ya ni tiempo tuvo de dictar su testamento.

—Así les pasa luego a los que sólo viven para hacer dinero —dijo Jesucristo Gómez a sus discípulos—. Por eso les repito a cada rato: no anden preocupados pensando qué vamos a comer o cómo vamos a vestirnos; el alma vale más que los alimentos y el cuerpo más que la ropa. Miren los pájaros: no siembran ni tienen propiedades y nunca les falta nada. ¿Y a poco son más listos los pájaros que ustedes? Además, por muchos esfuerzos que haga cualquiera, nadie puede añadir un año a su vida; para qué preocuparse entonces por lo secundario. Ustedes preocúpense por la justicia y yo les garantizo que no les faltará lo indispensable. Hagan de ella su único tesoro, porque ahí donde esté su tesoro estará también su corazón.

Estar preparados para cuando vuelva el Señor (12, 35-48)

—Estén preparados para cuando llegue la de buenas y se les llame a dar razón. Háganse de cuenta que son los albañiles de una construcción a quienes su maestro de obras responsabiliza de todo el trabajo. El maestro de obras no dice para cuando va a regresar, pero sus albañiles se ponen a chambearle con ganas para que cuando él se aparezca los encuentre dándole duro con la obra ya muy avanzada.

—¿Eso lo dices para nosotros o para todos? —interrumpió Pedro Simón.

—¿Tú qué crees?

—No, pues no sé.

—Dichoso el albañil a quien el maestro de obras encuentra de repente muy metido en la chamba, ya la hizo: de seguro se la dan de oficial o de media cuchara. Pero si ese albañil se desentiende del trabajo confiado en que el maestro de obras no está encima de él o tarda en regresar, si se va por ahí con los amigos o deja todo tumbado, se las verá luego pintas cuando lo agarren por sorpresa. El maestro de

obras no tendrá compasión para el albañil que traicionó su confianza. Será más duro con él que con el resto, porque al que mucha responsabilidad se le da, mucho se le reclama. Y al que mucho cumple, mucho más se le pide.
Jesús ante su Pasión. Jesús, causa de disensión (12, 49-53)

—Yo vine a alborotar los pueblos y cómo me gustaría ver ya a todos alebrestados. Pero tengo miedo, no se crean, porque esto se paga con la vida. ¿O qué pensaban, que mi mensaje era de paz? Es de guerra, no tiene remedio. Por mi causa se pelearán los pueblos entre sí, los amigos entre sí, hasta las familias. Va a estar duro.
Las señales de los tiempos (12, 54-59)

Dijo Jesucristo Gómez a los de la comunidad agraria de Acomitán:

—Ustedes son bien listos para adivinar los fenómenos de la naturaleza, ¿no es cierto? Ven asomarse una nube o sienten el calambre de una reuma, y luego luego dicen: se nos viene el temporal. Y el temporal llega. Sienten soplar un vientecillo del sur o los primeros golpes de un aire fresco, y luego luego dicen: ahíestá la canícula. Y la canícula llega. ¿Por qué si son tan listos para leer los signos de la naturaleza, no leen igual los signos de este tiempo? Aprendan a adelantarse y empiecen a aplicar la justicia entre ustedes mismos. Que si uno tiene un problema legal con algún compañero, trate mejor de arreglarse con él y no cometa la tontería de llevar el pleito ante las autoridades. Ellas no conocen más justicia que la trampa, el dinero y el poder del que más tiene. Es mejor descubrir la justicia entre ustedes. Mucho mejor.
Invitación a la penitencia (13, 1-15)

Gran revuelo causó en la región, allá por el sur de Oaxaca, la muerte de cinco o seis forajidos de una pandilla que durante meses se dedicó a asaltar viajeros en los caminos, a robar en los pueblos, a atracar pistola en mano gasolinerías y tiendas. Varios guardias municipales trataron inútilmente de capturarlos, hasta que al fin el jefe de la zona militar les echó encima a la tropa. Los agarraron por sorpresa en el jacal de una ranchería del monte, y de la balacera no salió vivo ni uno.

Con todos sus pormenores, la noticia llegó hasta oídos de Jesucristo Gómez. Nadie lamentaba la muerte violenta de los bandoleros; al contrario, la gente estaba feliz.

—Estuvo bien, maestro, ¿a poco no?

Jesucristo Gómez torció la boca.

—No vaya a decir que los defiende.

—No los defiendo, pero no eran peores que muchos.

—Debían montones de muertes, cómo de que no.

Jesucristo volvió a torcer la boca:

—No eran peores que sus víctimas ni peores que los soldados de la zona militar.

—¿Y usted cómo sabe?

—Lo único que sé es que los criminales no brotan de la nada, sólo porque sí. Antes de juzgarlos así de sopetón deberíamos juzgar lo que está pasando en nuestras propias narices, medir nuestra responsabilidad. Quién nos garantiza que muchos no acabaremos como ellos, convertidos en criminales, entregados a la desesperación. Quién nos garantiza nuestra inocencia. Quién.

Parábola de la higuera estéril (13, 6-9)

Les puso este ejemplo:

Un hombre tenía plantada una higuera. Fue a buscar higos y no encontró. Dijo entonces a uno de sus peones:

—Ya hace tres años que vengo y esta maldita higuera nunca tiene fruto. Córtala de una vez, nada más está estorbando.

El peón le dijo:

—¿Por qué no la deja por este año, patrón? Yo me comprometo a cuidarla: le voy a echar su abono, su flit, le voy a poner su cal. Si ya después de esto sigue necia sin dar higos, la cortamos el año que entra. ¿Cómo la ve?

Curación en sábado de la mujer encorvada (13, 10-17)

En la casa parroquial vivían tres monjas encargadas del cuidado del señor cura, del arreglo del templo, pero sobre todo de rezar y rezar por la conversión de los infieles del otro lado del mundo, allá en tierras de misión. Remedios, la mayor de las monjas, tenía sesenta años de edad y dieciocho de servir al señor cura como una esclava. Nunca le faltó al respeto, a pesar del mal genio del viejo sacerdote, y en silencio trató de resignarse a sus tareas domésticas y olvidar aquellos sueños de novicia cuando se imaginaba jugándose el físico por enseñar la religión católica a los infieles de la India, de la China, del Japón, de las Islas Aleutianas. No se le hizo de novicia y menos se le haría ahora, en los comienzos de la vejez, impuesta a pasarse las horas de rodillas en el reclinatorio, encorvada, hilando rosarios y completando novenas. Qué fastidio. Qué aburrición. Qué tontería. Qué vocación desperdiciada: se ponía a protestar de pronto la madre Remedios, y sólo flagelándose en las noches lograba dominar los accesos de su fiebre misional. Zas zas zas: una tanda de diez azotes en la espalda con el cordón de su hábito. Sé humilde. Acepta la voluntad de Dios. Él te puso aquí. Él te quiere aquí. Resígnate, ya estás vieja, vas a morirte. Zas zas zas: se dormía con la espalda llena de

moretones, y todavía en sueños se imaginaba recorriendo aldeas japonesas, huyendo de las fuerzas del emperador y cayendo en manos de unos monstruos de ojos rasgados que azotaban su espalda con varillas de metal.

Una tarde, cuando el señor cura andaba de viaje con el obispo, la madre Remedios fue a las oficinas de la galletera Marte a recoger la limosna mensual, y por pura casualidad, de simple curiosa, se asomó a la bodega donde los obreros realizaban una reunión clandestina presidida por Jesucristo Gómez. La monja oyó mentar el Evangelio y se detuvo. Avanzó despacito. Paró la oreja. Qué chistoso: aquel hombre hablaba con entusiasmo de las misiones, pero no en Japón ni en las Islas Aleutianas sino en los pueblos y las rancherías del estado. Qué chistoso hablaba el hombre, qué bonito, con qué fuerza, impresionante.

El vozarrón de Jesucristo Gómez, sus gritos, su mirada de lumbre, sus aspavientos, acabaron por hipnotizar a la madre Remedios. Ardieron las heridas de su espalda. Empezó a sudar frío. Sintió miedo. Quiso gritar.

Ahora tenía enfrente, muy cerca, los ojos brillantes de Jesucristo. Su mano le acariciaba la cabeza, los hombros, la espalda jibosa. Habían transcurrido horas y no podía acordarse de lo ocurrido desde que se asomó a la bodega. ¿Por qué caminaba con aquel hombre rumbo a la casa parroquial?

—¿Qué te pasa, mujer?

Nadie le decía nunca mujer. Le decían madre Remedios, o madre simplemente; madrecita, a veces.

—Cuéntame.

Jesucristo cenó en la casa parroquial con la madre Remedios y sus dos compañeras religiosas que abrieron tamaños ojos y se santiguaron dos veces cuando ella se soltó llorando y se puso a decir barbaridades sobre su vida hueca y rota al filo de la vejez.

—No estás vieja.

A los sesenta años cumplidos era una anciana, cómo de que no; y más anciana se sentía al darse cuenta de que era absurdo pensar en China y en Japón.

—Hay mucho trabajo aquí cerca, allá afuera.

No para ella.

—No para mí, no para mí —gimió la madre Remedios esa noche y al día siguiente y las muchas tardes en que oyó hablar a Jesucristo de las necesidades de la gente de allá afuera: las esposas de los campesinos, las mujeres de los pedregales, las obreras de los talleres, las maestras de escuela, las sirvientas de la ciudad, las prostitutas…

—No necesitas ir a China.

Pero sí necesitaba de un permiso de la superiora de su orden.

Estaba sujeta por la obediencia, había hecho votos, tenía un hábito.

—Si el hábito te estorba, quítatelo.

Había jurado seguir a Dios.

—Para seguir a Dios no necesitas de un hábito.

Cuando el señor cura regresó de su viaje con el obispo, la madre Remedios se le plantó delante, muy decidida, y así nomás le dijo que se iba. Así nomás: la semana próxima.

Por poco le da un ataque al pobre viejo.

—¡Ave María purísima!

De la sorpresa pasó al enojo, y del enojo a las amenazas.

—Te vas a condenar.

Total: se armó el escándalo; intervino la superiora de la orden, que vivía en México, pero ni ella ni el señor obispo en persona lograron detener a la claudicante. La víspera de su partida se pasó la mañana platicando con sus dos hermanas religiosas, mientras el señor cura salía a buscar a Jesucristo Gómez para escupirle en la cara cuatro verdades. Lo encontró en el mercado, almorzando con sus discípulos.

—¡Usted la sonsacó, no lo niegue!

—No lo niego —respondió Jesucristo.

—Y todavía lo reconoce, ¡qué cinismo!

—No es cinismo, padre, es la simple verdad.

—Si tanta urgencia tiene de andar pepenando mujeres para su causa, por qué se jala a una pobre religiosa y no busca mejor otras mujeres que andan por ahí sin oficio ni beneficio: viudas, solteronas, sirvientas…

—Precisamente escogí a una sirvienta. Eso fue Remedios para usted durante dieciocho años.

—¡No me insulte! —gritó el señor cura, y apretó los puños.

—No lo insulto, padre. Nada más digo que lo único que a usted le preocupa es perder a una sirvienta.

—¡Me preocupa la salvación de la madre Remedios!

—Entonces tranquilícese. Remedios ya encontró su salvación, se lo garantizo: ahora es libre.

No solamente Remedios colgó los hábitos. Tras ella se fueron, un mes después, sus dos hermanas religiosas. Fundaron una comunidad.

Parábola del grano de mostaza.
Parábola de la levadura (13, 18-21)

Por más que decían entenderlo, los discípulos no lograban formarse una idea clara de esa sociedad de justicia que tanto mentaba Jesucristo Gómez. ¿Qué clase de milagro iba a ocurrir? ¿Cómo llegaría a imponerse de golpe una causa tan difícil?

—No se trata de un milagro ni es algo que se va a imponer de golpe… ¿Cómo les diré? Déjenme pensar en un ejemplo sencillo. —

Jesucristo se paseó de un lado a otro arrancándose los pellejitos de los labios, rascándose la nariz.— Hagan de cuenta. Sí —tronó los dedos—. Miren: es como la semilla que siembra un hombre en su corral. Una semilla insignificante, casi invisible, que con el tiempo empieza a crecer y crecer hasta convertirse en un árbol inmenso a donde llegan a hacer sus nidos los pájaros del campo… ¿Me explico?

Los discípulos se miraron entre sí.

—O piensen mejor si quieren en la levadura de los panaderos. ¿Han visto alguna vez? ¿Han visto cómo la harina se esponja con la levadura?

—De que hemos visto, hemos visto —respondió Tomás Carrillo.

—Entonces ya me entienden. Está clarísimo, ¿no?

La puerta estrecha. Reprobación de los judíos infieles y vocación de los gentiles (13, 22-30)

—¿Usted qué piensa de las divisiones que hay ahora en la Iglesia, maestro?

—¿Qué pienso de qué?

—De las divisiones. De los tradicionalistas, de los integristas, de los progresistas, ¿no ha oído hablar de ellos? Andan todos a la greña y ya no se sabe quién interpreta mejor el Evangelio.

—El Evangelio se cumple o no se cumple, no hay de otra.

—Todos dicen cumplirlo.

—Lo importante no es decirlo.

—Pero lo dicen. Y cada quien a su modo trata de cumplirlo lo mejor posible. De ahí las diversas corrientes que eso sí, correctas o incorrectas, se apoyan en una fe común.

—Cuando triunfe la justicia de Dios no se va a medir a nadie por su fe, sino por sus obras. Y tenga la seguridad de que habrá muchos creyentes que serán acusados de haber entorpecido la justicia, y muchos incrédulos que serán reconocidos como creyentes por haber favorecido la justicia de la que habla el Evangelio.

—Ahí es donde está precisamente el problema, maestro. Una cosa es la justicia de Dios y otra cosa es la justicia a secas.

—No hay más que una justicia.

—Pero con diferentes enfoques. Uno es un enfoque materialista y el otro es un enfoque digamos teológico.

—Yo no sé mucho de teología.

—Pero sí sabe a lo que me refiero, maestro, no me diga que no. Aunque ateos y cristianos tengan puntos en común respecto a una idea de justicia, sus enfoques son distintos y por lo tanto son distintos también sus objetivos. Ahí es donde se rompe todo, no me diga que no.

—Lo único que puedo decirle y hasta jurarle es que hay ateos más

cristianos que los cristianos, y cristianos más ateos que los ateos.

—Eso es pura semántica, maestro.

—Tampoco sé mucho de esa cosa —sonrió Jesucristo Gómez, y dio por terminada la discusión.

Herodes el astuto. Apóstrofe a Jerusalén (13, 31-35)

—Don Horacio te anda buscando.

—Te quiere matar.

—Váyase de aquí, maestro.

Los tres hombres hablaban al mismo tiempo, arrebatándose la palabra. Parecían preocupados o se hacían como si lo estuvieran, quién sabe: podían ser gente de Horacio Mijares enviada nada más para amedrentar a Jesucristo Gómez. El maestro se puso como chinampina al oírlos:

—Díganle a ese miserable que no me venga con amenazas. Yo voy a seguir hasta donde tope y si a él no le parece ya sabe dónde encontrarme. Pero díganle también que no me voy a dejar agarrar antes de tiempo. Díganselo así, con estas mismas palabras.

Jesucristo anduvo echando pestes todo el día. Se enojaba por cualquier cosa.

—Malditos pueblos, qué duro es sacudirlos. La gente oye hablar de libertad y ahí sigue aplastadota soportando a sus verdugos. Por cuánto tiempo, ¡con un demonio!, por cuánto tiempo. Cuántos líderes más van a pasar de largo sin que el pueblo se levante. Se burlan de ellos, los ignoran, los dejan morir. También a mí me dejarán solo y será hasta después cuando se acuerden. Entonces dirán qué brutos fuimos y me usarán como bandera. Pero será hasta después, andando el tiempo, no ahora.

Curación de un hidrópico en sábado. Elección de asientos. Elección de invitados. Los invitados que se excusan (14, 1-24)

Para celebrar su triunfo en las elecciones municipales de San José de la Loma, Filiberto Gutiérrez organizó una barbacoa de Dios es grande en el casco de la vieja hacienda de El Guayabo. Invitó a todo mundo: desde el gobernador y el obispo, hasta empresarios de la región pasando por políticos de todos los niveles. También invitó a Jesucristo Gómez.

—¿Vas a ir, maestro?

—Voy a ir.

Jesucristo se presentó puntual, vestido como andaba siempre: camisa abierta, su viejo pantalón de mezclilla, huaraches.

A la entrada de El Guayabo se arremolinaban mendigos y curiosos diciéndose mira quién llegó: don Fulanito, don Zutanito: todos en auto, algunos hasta con chofer. También llegaban hasta la mera

entrada camiones de redilas escupiendo jornaleros de supuestas comisiones que habían apoyado en su campaña al candidato del pueblo. Portaban cartelones donde el nombre de Filiberto Gutiérrez hacía mancuerna con el del gobernador. Los jornaleros no entraban en la hacienda: sólo formaban valla, prolongando el camino, para hacer más lucida la llegada del presidente electo.

Cuando Jesucristo se aproximó a los guardianes que custodiaban la puerta, un soldado se le puso enfrente:

—No puede pasar.

El maestro no necesitó abrir la boca. Veloz se adelantó un hombre vestido de guayabera para intervenir con autoridad:

—Está invitado, déjelo, yo lo conozco.

El soldado retrocedió mientras Jesucristo agradecía con una sonrisa al de la guayabera. Iba a cruzar.

—Maestro, maestro…

Se detuvo. Volvió la cabeza.

Un viejo campesino de rostro arrugado se desprendió del remolino de curiosos. Con la derecha se quitó el sombrero de soyate y volvió a decir, como atreviéndose:

—Maestro…

Cuatro hombres acompañaban al viejo, y el gesto de los cinco era de súplica. Por eso Jesucristo retardó su entrada en la hacienda para conversar con ellos detrás de un camión de redilas estacionado frente a la barda. El viejo se llamaba Zenón Farías y sus acompañantes eran dos hijos, un yerno, un sobrino. De los cinco eran las tierras que estaban allí a la vuelta, en el corralón del valle.

—Tierras bien nuestras como usted puede ver —dijo el viejo barajando papeles, desarrugando documentos escriturados a ley y sellados diez veces en el comisariado ejidal—. Hágase usted cargo, maestro. Aquí están los papeles junto con la solicitud para jalar nuestro canal del canal de riego y ya no depender más de la lluvia, como ya no depende nadie en el corralón del valle, sólo nosotros porque no quisieron autorizarnos y porque a la hora en que buscamos jalar el agua por la fuerza nos mandaron soldados, mataron a un hijo y hasta nos echaron la culpa de invadir terrenos. Claro que los invadimos, y no paramos ahí: encorajinados como andábamos les tronamos el dique y por poquito les organizamos una revuelta con los alzados que anduvieron por aquí hace tres años. Pero ya pasó todo, a Dios gracias; se normalizó la cosa hasta donde se puede normalizar, es un decir, porque a la autoridad no se le olvida aquel jaleo y ahora nos tienen como apestados sin querer darnos agua no le aunque se levantó la sanción y metimos papeles y se autorizaron todas nuestras peticiones con las firmas, mire usted, con las firmas de cuanta autoridad existe en el municipio, menos la del presidente municipal.

Ésa falta y la pusieron de requisito quién sabe por qué; legalmente no es asunto suyo, según consta aquí mismo y en nuestro alegato; pero en fin, aceptamos el requisito a sabiendas de que nuestro asunto es político por aquello de que nos tienen fichados como alborotadores, hágame usted el favor. El caso es que fuimos con el presidente municipal, y después de muchas vueltas él nos dijo que su firma ya no iba a valer de nada porque él dejaba la presidencia, que mejor fuéramos con el candidato: el candidato estaba en la mejor disposición, cuantimás porque tenía deseos de congraciarse con todo el pueblo, y ése era el mejor momento para sacarle la mentada firma y poder jalar nuestro canal del canal de riego. Vimos al candidato dos veces, o tres, pero nos dio largas y en la última vez nos dijo de muy mal modo que no lo siguiéramos fregando, que ya estaba al tanto de que éramos contrarrevolucionarios, nos dijo, y nada, no iba a hacernos el favor y mejor olvidáramos el asunto, nos gritó; andaba de malas ese día; seguro nos confundió con la gente del candidato independiente que le fregó tres concentraciones, y andaba muy encorajinado por eso, y eso nos dijo como si fuéramos sus contrarios cuando que nosotros, la verdad, ya no andamos metidos en política y sólo queremos la firma para salvar nuestras tierras porque se las está llevando el carajo. Ahora que el candidato ya ganó, supimos de la fiesta y aquí venimos para ver si con el alboroto y el gusto se le hacía fácil echar la firma. Y lo vimos a usted, maestro, y aquí mi yerno me dijo pues ora es cuándo, suegro, hable usted con el maestro a ver si él se acomide y con sus influencias nos saca el garabato de don Filiberto en un ratito, quien quite. Para eso lo estamos molestando.

El soldado de la puerta no pestañeó siquiera cuando acompañado por el viejo Zenón, Jesucristo Gómez cruzó la entrada, muy campante.

Había un gentío tremendo. Dos bandas de música y un mariachi amontonaban sus ruidos en el patio central donde fueron instaladas las mesas para el ágape. Olía a carnitas, a barbacoa, a salsas, y en espera de la comilona los invitados se juntaban en grupitos, de pie junto a la fuente, en las arcadas o los jardines: todos con su tequila o su mezcal, brinde y brinde.

El grupito que formaban el párroco de San Rafael, el delegado del partido, el comisario ejidal y algunos otros importantes detuvo de golpe a Jesucristo Gómez. Todavía no terminaba el maestro de saludar a quienes lo saludaban, cuando ya tenía en la derecha una copita de mezcal y el delegado del partido lo instaba a un brindis. Jesucristo no levantó su copa. Advertido de que el viejo Zenón se rezagaba, cohibido ante los invitados, retrocedió para abrirle paso, le entregó su copa de mezcal y lo presentó con orgullo:

—Don Zenón Farías.

El comisario ejidal y el delegado del partido hicieron cara de

fuchi, y de seguro hubieran inventado cualquier pretexto para alejarse de ahí pitando, de no haber sido porque en ese momento se aproximó don Filiberto Gutiérrez seguido de un reportero y un fotógrafo de *La Voz*.

—¡Qué gustazo ver aquí a nuestro alborotador! —clamó don Filiberto lanzándose sobre Jesucristo Gómez con los brazos abiertos—. ¡Qué gustazo! —Lo abrazó ruidosamente.— Es un honor tenerlo entre nosotros, maestro; de veras es un honor. Sólo usted es más popular que yo por estos rumbos —soltó una carcajada—. ¿O no es cierto, Gustavo? —Don Filiberto miró al comisario ejidal mientras palmeaba a Jesucristo.

—Casi casi —rió también el comisario ejidal.

—Sin el casi. Si aquí el maestro se me lanza de candidato con la oposición, capaz de que me deja sin chamba. —Todos rieron.— ¿O no es cierto, Pepe?

El delegado del partido imitó el tono de sorna:

—Capaz que sí. Y yo me hubiera ido a su partido.

—Yo también —dijo don Filiberto—. Yo hubiera sido el primero.

Todos volvieron a reír.

—Ya hablando en serio me da una gran satisfacción tenerlo entre nosotros, porque bien que mal nosotros y usted luchamos por las mismas causas del pueblo. De veras se lo digo, y usted lo va a comprobar muy pronto. Cueste lo que cueste, yo estoy decidido a implantar aquí la justicia social.

Como buscando aprobación a sus palabras, el presidente electo barrió con la mirada a los del grupo hasta que se topó con los ojos de Zenón Farías.

—Me imagino que usted ya conoce a don Zenón Farías —dijo Jesucristo.

El viejo quiso sonreír, pero sus arrugas le detuvieron el jalón de la boca. Tosió el comisario ejidal y el delegado del partido avanzó para evitar el enfrentamiento.

—Don Zenón lo anda buscando para que le eche una firma —se interpuso Jesucristo.

—Sí, tenemos ese asunto pendiente —dijo el candidato electo buscando el brazo del delegado del partido para escabullirse sin aspavientos.

—Aquí tiene una oportunidad para empezar a hacer justicia —agregó Jesucristo.

—Y la haremos, cómo de que no. —El candidato electo sonrió forzadamente y se dio la vuelta. Antes palmeó a don Zenón:— Vaya a verme mañana a mi oficina, allí hablamos.

—¿Por qué no de una vez? —insistió Jesucristo, deteniéndolo—. Usted ya conoce el asunto, nomás es una firma.

—Sí sí, mañana.

Jesucristo arrebató al viejo sus papeles y los puso delante de don Filiberto Gutiérrez.

—De una vez, don Filiberto; aquí delante de los muchachos de la prensa. Para que mañana conste en el periódico su primer acto de justicia.

Don Filiberto vio al fotógrafo de *La Voz* preparar su cámara, y en lugar de una sonrisa soltó un bufido. No podía más que firmar. Jesucristo lo tenía cercado con los papeles de don Zenón, como si lo enfrentara a un espejo, al tiempo que con la izquierda le tendía una pluma atómica arrebatada al reportero de *La Voz*.

—Fírmele, don Filiberto. Será una foto histórica.

Apenas se alejaron del grupo, el candidato electo rumbo a las mesas del patio, don Zenón rumbo a la entrada de la hacienda, feliz el viejo, impresionadísimo, el delegado del partido se llevó a Jesucristo hasta un rincón del portal:

—Perdóneme maestro, pero eso fue un abuso con mi señor. Eso no se vale. Usted no tiene idea de qué clase de gente son las gentes de don Zenón. Bandoleros, enemigos de la autoridad; deben más de una muerte.

—¿Tienen o no derecho a las aguas del canal?

—Ésa ya es otra cuestión.

—La única que importa.

—No, maestro, usted no debió abogar por esos tipos. A esa gente no se le hacen favores.

—¿Usted no le haría un favor a un hermano suyo que anduviera en un aprieto?, ¿aunque a ese hermano lo tacharan de bandolero y criminal?

—Don Zenón no es su hermano, maestro.

—Para mí como si lo fuera.

Iba a replicar todavía el delegado del partido, cuando alguien le gritó desde las arcadas, urgiéndolo:

—¡Apúrate Pepe, ya están ocupando las mesas!

El delegado se olvidó de todo, de la réplica, de don Zenón, de Jesucristo Gómez, y sin decir siquiera compermiso se disparó hacia el patio central. La rebatinga por los lugares de la mesa de honor era todo un espectáculo: de los jalones de sillas y las carreritas disimuladas se llegaba al extremo de los empellones, los amagos de pleito y hasta las mentadas de madre.

Mientras la Marcha Zacatecas ponía fondo musical al desorden, Jesucristo se doblaba de la risa viendo cómo el delegado del partido ganaba su pequeña batalla para quedar sentado a la derecha del gobernador, y cómo el cura párroco de San Rafael conseguía meter su silla como una cuña a la vera del señor obispo.

Cuando la mayoría de los invitados terminó de instalarse, Jesucristo buscó un lugar libre. Lo encontró en una mesa apartada, próxima a la cocina, que ocupaba un militar tuerto y al parecer mudo; fue inútil que Jesucristo tratara de sacarle plática, al uniformado sólo parecían interesarle las bandejas de carnitas y de barbacoa: comía como un hambreado. Antes de que Jesucristo se resignara a su suerte, apenas terminó de preparar su primer taco, el delegado del partido se apareció frente a la mesa y se derrumbó en una silla como un bulto. Venía furioso porque el presidente electo le había pedido que dejara su sitio al gerente de la enlatadora Vitamex, relegado a una mesa secundaria a causa de la rebatinga de asientos.

—No tiene derecho a hacerme eso a mí, no tiene derecho, no tiene derecho.

El delegado del partido no era el único que podía renegar. También el cura párroco de San Rafael llegó a la mesa de Jesucristo por un motivo semejante: don Filiberto Gutiérrez tenía sumo interés en que una de las hijas del señor gobernador se sentara junto al obispo, y ni modo de contrariar al presidente electo.

—Ni modo —repitió el cura párroco de San Rafael, y comenzó a comer silenciosamente mientras el delegado del partido acrecentaba sus reniegos.

—Después de todo lo que fajé en la campaña, no tiene ningún derecho. Lo que trabajé por él. La de gente que moví. Las pinches concentraciones, carajo, ¿eso no cuenta? ¿Usted cree que es justo, maestro? ¿Es justo que me haga pasar este ridículo?

—No habría sufrido ningún ridículo si en lugar de escoger el mejor sitio se conforma con uno más modesto. A lo mejor entonces don Filiberto lo hubiera llamado a la mesa de honor.

—Pinche viejo cabrón. Ingrato.

—Eso pasa cuando uno piensa que merece lo mejor. ¿No es cierto, padre? —Jesucristo miró al cura párroco de San Rafael.— El que se exalta será humillado y el que se humilla será exaltado. ¿Se acuerda usted de eso?

Ni siquiera levantó la vista el cura párroco de San Rafael. Inclinado sobre la mesa, pellizcando la barbacoa, dejó transcurrir el tiempo de la comida hasta que llegó el momento de los discursos. Entonces sí levantó la cabeza y enderezó la espalda para escuchar las palabras del gobernador y las promesas del presidente electo.

—Estoy aquí para servir a las mayorías y no descansaré un solo minuto de lo que dure mi gestión hasta no haber satisfecho la última demanda popular —dijo don Filiberto Gutiérrez.

Un largo aplauso, subrayado por una diana atronadora, rubricó el discurso del nuevo presidente municipal de San José de la Loma. Vinieron después los abrazos, y ya para finalizar el banquete don

Filiberto Gutiérrez se lanzó a recorrer mesa por mesa con objeto de agradecer a sus invitados tanto apoyo, tanta confianza. Remató su largo viaje en la mesa de Jesucristo Gómez.

Se animó el cura párroco. Sonrió forzadamente el delegado del partido. El militar tuerto ya no estaba.

—¿Qué le pareció mi discurso? —preguntó don Filiberto a Jesucristo.

—Se ve muy preocupado por las mayorías —respondió Jesucristo.

—Y lo estoy. Mi lucha será por los marginados, por la gente pobre.

—Pues no parece, don Filiberto, la verdad. En el banquete no vi marginados ni gente pobre. Los campesinos se quedaron afuera.

Como si hubiera oído un chiste, don Filiberto soltó una carcajada.

—Por Dios, maestro, entienda usted…

—Entiendo que se sienta obligado a invitar a la gente con la que tiene compromisos políticos, negocios, planes. Eso lo entiendo, pero no es lo que se espera de un servidor público, como usted mismo se llama. Si de veras está con los marginados, demuéstrelo en ocasiones como ésta.

—Entonces no le gustó mi discurso.

—¿Se acuerda usted de don Guadalupe Troncoso, don Filiberto? —preguntó Jesucristo en lugar de responder—. Era un político de allá de por mis rumbos, cuando yo era chamaco. Un gran político, ¿se acuerda?

Asintió el presidente municipal pero el delegado del partido y el cura párroco de San Rafael hicieron cara de no tener idea.

Jesucristo bebió un trago del café de olla antes de iniciar su relato:

—Durante mucho tiempo don Guadalupe Troncoso militó en los bandos oficialistas y ocupó buenos cargos, pero un buen día, cansado de tantas simulaciones, de tanta corrupción, rompió con la familia revolucionaria y decidió lanzarse como candidato independiente para una presidencia municipal. Antes de iniciar su campaña organizó un gran festejo. Invitó a todos sus conocidos importantes: políticos, gente de dinero, viejos líderes: lo más selecto de la región. Invitó por ejemplo a don Sebastián de la Cruz, un latifundista muy célebre, pero don Sebastián de la Cruz se agarró del primer pretexto: No puedo, don Guadalupe, compré unas tierras en el Norte y tengo que ir a verlas. También al licenciado Marcial Domínguez, juez de distrito, y lo mismo: No puedo, don Guadalupe, iría encantado, yo siempre he estado con usted, pero tengo un negocio muy urgente en la capital. Otro: No puedo, don Guadalupe, me acabo de casar. Así un montón. Se enojó mucho el hombre con los desprecios, y entonces mandó invitaciones a líderes campesinos, a sindicalistas independientes, a

militantes de la oposición… Pero todavía sobraba espacio, y para llenar de plano su casa, para dar en la torre a sus enemigos, se trajo a un titipuchal de gente de veras marginada: peones, mendigos, campesinos sin tierras y sin trabajo, miserables, desharrapados. Con esa multitud celebró su fiesta, y de esa multitud salieron los cuadros con que se lanzó a la campaña. Para no hacerles el cuento largo, tal fue la popularidad que alcanzó don Guadalupe, tal fue su fuerza, que arrasó en las elecciones y el mismísimo partido oficial se vio obligado a reconocer su triunfo. Luego que tomó posesión de la presidencia, y como era de suponer, sus amigos importantes fueron a verlo ahora sí muy mansitos y muy serviles. Pero a ninguno de ellos recibió don Guadalupe. Es más: se portó terrible, les quitó sus privilegios, y a no menos de cinco los mandó a la cárcel por rateros. Desde entonces no ha habido por aquellos rumbos un presidente municipal a quien se recuerde con tanto cariño. Todavía se habla de él, ¿verdad don Filiberto?

—No sé a qué viene la historia de Guadalupe Troncoso —replicó molesto don Filiberto Gutiérrez.

—A nada, don Filiberto; me acordé de ella así nada más, no sé ni por qué.

Estaba lloviendo cuando Jesucristo Gómez salió de la vieja hacienda de El Guayabo. Era una lluvia menudita, sabrosa, que bañó a Jesucristo durante su regreso al pueblo. Llegó hecho una sopa ante sus discípulos.

Renuncia a todo lo que se ama. Renuncia a los bienes. No perder la eficacia (14, 25-35)

—Para andar en lo que yo ando se necesita por fuerza dejar todo. Si uno tiene padre y madre, hay que dejar padre, madre, hermanos, hermanas. Si uno tiene mujer e hijos, también, porque con obligaciones familiares no hay quien pueda entregarse a una causa como ésta. Ya lo dice el dicho: no se puede chiflar y comer pinole. Y el que no se anime a dejar todo y a rifársela que mejor no le entre. Y el que se anime, que primero mida bien sus fuerzas como le hace cualquiera cuando piensa en construir su casita. Echa números, ve cuánto gana y cuánto puede conseguir prestado; no se avienta así nomás a lo loco a construir un caserón que luego va a suspender a la mitad de la obra por que ya se endrogó más de la cuenta: es entonces cuando se burla la gente, y con razón. Lo mismo en esto. No solamente hacen falta ganas sino también posibilidades personales o como se diga. Hay que medir las fuerzas propias como los chamacos buscapleitos, ahí tienen otro ejemplo. No porque ese tipo me las deba y yo le traiga muchas ganas me voy a lanzar a retarlo a trancazos. A lo mejor es más grande y más fuerte y me descuenta a la primera.

Entonces para qué. Entonces mejor hacer las paces y buscar pleito con los de mi tamaño; así dicen los chamacos buscapleitos, ¿o no? Pues así debemos pensar nosotros. El que no sea capaz de renunciar a todo para andar en las que yo ando, mejor quédese en su casa y no hay problema. Valen más unos cuantos líderes a toda una borregada de tipos que son pura llamarada de petate. Y necesitan ser líderes bien macizos, además, de ésos a los que nadie corrompe; porque si un líder se corrompe, toda la causa se va al demonio. El que quiera oír, que oiga. Y al que le venga el saco, que se lo ponga.

Las tres parábolas de la misericordia.
La oveja perdida.
La dracma perdida.
El hijo perdido y el hijo fiel:
"El hijo pródigo" (15, 1-32)

Lo criticaron porque aceptaba invitaciones de líderes corruptos, porque tenía amistad con políticos abyectos.

—Eso no se vale.

—¿Por qué no?

—Son nuestros enemigos.

—En qué quedamos pues: ¿estamos con ellos o contra ellos?

—Da más gusto y a veces es más importante conseguir que un político rastrero se corrija, que dedicarse a aplaudir la lealtad de noventa y nueve incondicionales.

—¿Usted cree?

Para convencer a sus críticos, Jesucristo abría el libro desempastado y amarillento que siempre llevaba en la bolsa trasera del pantalón, y se ponía a leer en voz alta las parábolas de la oveja perdida, la dracma perdida, el hijo pródigo:

Un hombre tenía dos hijos. El menor de ellos dijo a su padre:

—Padre, dame la parte de la propiedad que me toca.

Entonces el padre repartió los bienes entre ellos.

Pocos días después, el hijo menor juntó todas sus cosas y se fue lejos, a otro país, donde malgastó su dinero en una vida mala. Pero cuando ya lo había gastado todo vino una gran escasez de alimentos en aquel país, y él comenzó a pasar hambre. Entonces se fue a buscar trabajo con un hombre de ese país, el cual lo mandó a sus terrenos a cuidar puercos. Y él tenía ganas de llenarse el estómago con las mazorcas que comían los puercos, pero nadie le daba nada. Entonces se puso a pensar: "Cuántos trabajadores en la casa de mi padre tienen comida de sobra y yo aquí me muero de hambre. Voy a regresar a donde está mi padre y le diré: Padre mío, he pecado contra Dios y contra ti, ya no merezco llamarme tu hijo, cuéntame como a uno de tus trabajadores".

Entonces se puso en camino y regresó a la casa de su padre.

Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y sintió compasión de él. Corrió a encontrarlo y lo recibió con abrazos y besos. Entonces el hijo le dijo:

—Padre mío, pequé contra Dios y contra ti, ya no merezco llamarme tu hijo.

Pero el padre dijo a sus criados:

—Saquen pronto la mejor ropa y vístanlo; pónganle también un anillo en el dedo y zapatos en los pies. Traigan el becerro encebado y mátenlo. Vamos a comer y a hacer fiesta, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a vivir, se había perdido y lo hemos encontrado.

Y comenzaron a hacer fiesta.

Entretanto, el hijo mayor estaba en el campo. Y cuando regresó y llegó cerca de la casa, oyó la música y el baile. Entonces llamó a uno de los muchachos y le preguntó qué pasaba. El muchacho le dijo:

—Es que tu hermano ya regresó y tu padre mandó matar al becerro encebado, porque llegó bueno y sano.

Pero el hermano mayor se enojó, y como no quería entrar, su padre tuvo que salir a rogarle que entrara. Y él dijo a su padre:

—Tú sabes cuántos años te he servido, sin desobedecerte nunca, pero jamás me has dado siquiera un cabrito para hacer fiesta con mis amigos. Pero ahora llega este hijo tuyo, que malgastó tu dinero con prostitutas, y matas para él el becerro encebado.

Entonces el padre le dijo:

—Hijo mío, tú siempre estás conmigo y todo lo que tengo es tuyo. Pero ahora es muy justo hacer fiesta y alegrarnos porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado.

El administrador infiel. Buen uso de las riquezas. Contra los fariseos, amigos de las riquezas. Al asalto del Reino. Perennidad de la Ley. Indisolubilidad del matrimonio (16, 1-18)

Mientras comían mandarinas al pie de los ahuehuetes, Jesucristo y sus discípulos hablaban de Calixto Jiménez, convertido en la comidilla del municipio a raíz de un escándalo que no llegó a reventar ante las autoridades nada más porque no quiso don Rosendo, el patrón de Calixto.

Don Rosendo era el dueño del establo más grande de la cuenca. Vivía y tenía otros negocios allá en México, pero aquél era el más importante y en aquél puso de administrador a Calixto Jiménez, su hombre de confianza. Durante años estuvo Calixto al frente del establo sin que su patrón tuviera nada que sentir, tal vez porque Calixto era y fue honrado hasta el momento en que le entró la ambición a la vista de tanta responsabilidad dejada en sus manos. Y como en el arca

abierta hasta el más justo peca, Calixto empezó a jalar para su santo.

Jamás hubiera notado don Rosendo los trinquetes de su alevoso administrador, si los ganaderos de la cuenca no le llegan con rumores y chismes. El hombre se preocupó muchísimo, y en un viaje que hizo al establo se encaró con Calixto, le manifestó su desconfianza y le pidió una relación detallada de cuentas. Calixto le mostró los libros luego de negar las acusaciones. Todo parecía en regla. Sin embargo, don Rosendo dijo:

—Voy a traer a mis contadores de México para que hagan una auditoría.

—Tráigalos patrón, no hay problema —replicó Calixto haciéndose el muy digno.

—Ojalá de veras no haya problema porque si encuentro una sola irregularidad, óyelo bien, una sola, despídete del trabajo. —Y se fue.

A Calixto se le cayó el alma a los pies. Estaba perdido. Sus triquiñuelas podían engañar a don Rosendo, pero nunca a los contadores de México.

"¿Ahora qué hago?, pensó. Si me salvo de la cárcel no me voy a quitar de encima el escándalo. Nadie me va a querer dar trabajo en ninguna parte y ya no estoy joven para empezar de nuevo. Ni modo de ponerme a mendigar."

Resolvió ir a transar con todos los que tenían deudas pendientes con el establo de don Rosendo. A los de la planta pasteurizadora les ofreció alterar unas facturas para disminuir las cuentas a la mitad. Algo parecido les propuso a los de la flotilla camionera, y al distribuidor lechero de la cuenca le canceló un bonche de pagarés. Todos se arreglaron con Calixto, no faltaba más; hasta le agradecieron el favor.

"Ahora si don Rosendo me despide ya sé a quiénes recurrir. Son mis cómplices, los tengo agarrados de los tompiates. De menos me darán trabajo después."

Como en este mundo todo se sabe algún día, don Rosendo se enteró de estas últimas triquiñuelas de su administrador, pero en lugar de armar un escándalo como cualquiera se habría imaginado, reconoció la habilidad negociadora de Calixto y terminó perdonándolo, según decían los trabajadores de la cuenca. Al menos no lo acusó a las autoridades.

—Qué tipo más listo, ¿no?

Jesucristo empuñó la mano y escupió dentro los huesitos de mandarina del último gajo.

—Más que listo, a mí me parece un avorazado —dijo Santiago el de Aguascalientes—. Eso es abuso de confianza, no hay derecho.

—Así hay muchos tipos —completó Mateo Leyva.

—Y debíamos aprender de ellos —dijo Jesucristo Gómez.

Los discípulos respingaron:

—¿Aprender qué?

—El ingenio que aplicamos a nuestros propios intereses es el que deberíamos aplicar a los intereses de los demás.

—No entiendo —dijo Simón Vázquez.

Jesucristo comenzó a pelar otra mandarina:

—El que no sabe ser honrado con las riquezas mal habidas de un patrón, tampoco lo será con las riquezas del pueblo.

—Para ti todas las riquezas son mal habidas, ¿no dices?

—Yo digo que no se puede ser rico y estar al lado del pueblo. Como tampoco se puede ser rico y buen cristiano al mismo tiempo.

—Uh, pues hay muchos líderes campesinos que son millonarios —exclamó Felipe Higuera—. ¡Y los católicos! Todos los pinches burgueses son católicos.

—Acomodan el Evangelio a su conveniencia —agregó Tomás Carrillo.

—Nadie puede acomodar el Evangelio a su conveniencia. —Jesucristo empezó a comer la otra mandarina. —El Evangelio no tiene vuelta de hoja.

—Pues lo acomodan —insistió Tomás.

—Algunos hasta se divorcian y tan campantes —dijo Santiago el de Aguascalientes—. Y el Evangelio condena el divorcio, ¿verdad maestro?

—El Evangelio condena al hombre que maltrata a su mujer —dijo Jesucristo—, que la usa cuando le conviene y luego la bota como un traste.

—¿Tú estás a favor o en contra del divorcio? —preguntó Juancho Zepeda.

Jesucristo se llevó a la boca dos gajos de mandarina, pero ya no respondió.

El rico malo y Lázaro el pobre (16, 19-31)

En lo alto de la montaña volvía a calar el frío. La fogata agonizaba convertida en un montón de brasas, y los cuerpos de los discípulos se enconchaban bajo los sarapes. Con el frío se había ido apagando también el ánimo para la plática. Sólo la voz de Jesucristo Gómez se mantenía despierta frente a aquel montón de hombres fatigados pero atentos a los relatos del maestro, a las viejas historias de la Revolución que él escuchó de niño.

Un compadre de mi padre me contó de Lázaro Barragán —recordó Jesucristo Gómez—. Don Lázaro ya era viejo cuando se alzaron los hombres de Emiliano Zapata, allá por Morelos. Él había sido peón de una hacienda cercana a Tlaltizapán: la hacienda de don José Luis García del Valle, cacique como el que más y amigo personal

de don Porfirio, para acabarla de amolar. Lázaro Barragán cayó en desgracia cuando don José Luis lo acusó de andar soliviantando a los peones de la hacienda y lo echó de su propiedad. No sólo eso: le hizo cerrar las puertas de todas las haciendas vecinas y se ensañó contra su gente. Perseguido, difamado, cien veces prófugo, Lázaro Barragán se pasó la vida a salto de mata, y ya viejo regresó a la hacienda de don José Luis García del Valle convertido en un mendigo. Daba lástima verlo, me contaba el compadre de mi padre. Del tipo valiente que había tenido el valor de enfrentarse al cacique no quedaba ni su sombra. Ahora era un cadáver esquelético y jodido que se escurría hasta el casco para pedir un mendrugo de pan, una cobija por amor de Dios. Al principio no lo dejaban llegar ni al camino: le echaban los peones, la tropa, los perros de don José Luis García del Valle, y Lázaro se escapaba de nuevo al monte y se escondía por allá durante meses. Regresaba más hambriento y más viejo y de vuelta lo echaban. Hasta que don José Luis ordenó que lo dejaran entrar arrastrándose en la hacienda para que sirviera de escarmiento a los peones alebrestados. Así es como terminan los rebeldes, gritaba el cacique. Y mandaba que le dieran de comer de las sobras. Fue entonces cuando se levantó la gente de Emiliano Zapata y derecho se fue sobre la hacienda de don José Luis García del Valle. Como una plaga le cayó la chusma, sin compasión, pero al mismo tiempo esa misma chusma puso por los cielos a don Lázaro Barragán, proclamado por los peones de la hacienda como el gran precursor de la lucha libertaria. Emiliano Zapata en persona le dio el grado de general y lo nombró miembro de un consejo de ancianos morelenses encargados de asesorar a su estado mayor. Precisamente a la intermediación de Lázaro Barragán quiso acogerse don José Luis García del Valle cuando lo condenaron a muerte. Se decía arrepentido y suplicaba de rodillas ante don Emiliano: Que le avisen a mi hermano Antonio, el de Torreón; que le den tiempo de salir del país a mi primo Felipe. Que sepan lo que me está pasando, que escarmienten en cabeza ajena: la Revolución no se va a compadecer de nadie. Compadézcase de mí, don Emiliano, no me mate; déjeme hablar con Lázaro para que abogue por mí y prevenga a mis hermanos. Ya la ganaron ustedes, no sea cruel, de qué le sirve la venganza. Dicen que don Emiliano miró como muy de lejos a don José Luis García del Valle y tranquilamente se dio la media vuelta: Pinches ricos, sólo cuando la ven perdida se arrepienten; antes nunca: ni aunque un muerto se levantara para avisarles creerían en la Revolución; pinches ricos. El segundo de don Emiliano Zapata interrumpió al general para preguntarle qué hacían entonces con don José Luis García del Valle: ¿lo fusilamos o no, mi general? Fusílenlo, respondió don Emiliano.

Fusílenlo, repitió Jesucristo Gómez como si fuera su propio eco.

El escándalo. Corrección fraterna.
Poder de la fe (17, 1-6)

Frente al zaguán donde se exhibían periódicos atrasados y revistas de monitos, fotonovelas, historietas seriadas, se detuvo Jesucristo Gómez. Una pelotera de escuincles se disputaba una de aquellas revistuchas que don Joaquín Gual, el dueño del negocio, acababa de alquilar al menor de los chamacos en veinte centavos: tal era el precio por día para tener derecho a leer cada historieta.

Se jaloneaban los escuincles. Se aprovechaban de que su amigo menor era chaparrito y delgaducho.

—Préstala, orita te la devuelvo.

—Trai acá.

—Déjame ver.

—Quítasela.

De un manotazo, antes de que los escuincles se dieran cuenta, Jesucristo arrancó el cuaderno a un puño que se alzó más alto que los demás brazos. De inmediato la pelotera se volvió contra el desconocido abusón. El mayor de los chiquillos quiso recuperar el cuaderno, pero Jesucristo lo rebotó de un empujón. Luego, con las manos como tenazas, rompió por la mitad la revistucha, y de las dos mitades hizo cuatro que arrojó lejos con el ademán de quien avienta una víbora ponzoñosa.

Ya estaba don Joaquín delante de él.

—Óigame.

—Óigame qué —replicó altanero Jesucristo.

—¿Usted va a pagar la historieta?

—Lo que voy a hacer es barrer de aquí toda esta basura.

Don Joaquín cruzó los brazos:

—No me diga…

Los escuincles habían dejado de gritar. Rodeaban en semicírculo a los dos hombres. Más de alguno pensó que habría golpes, porque conocían bien a don Joaquín.

—¿Sabe lo que está dando a leer a estos niños?

—Es mi negocio —dijo don Joaquín.

—Nadie tiene derecho a hacer negocio escandalizando a menores.

Don Joaquín soltó una risotada:

—¿Le preocupa mucho la moral?

—Me preocupan las estupideces que da a leer a estos niños.

—Nadie los obliga a leer nada.

—No sea cínico —atajó Jesucristo Gómez—. A la gente como usted la deberían meter en la cárcel.

—Pues denúncieme.

En lugar de responder, Jesucristo se lanzó hacia el zaguán y

arremetió contra los tenderetes de alambre. A manotazos, a puntapiés, se puso a desperdigar las historietas hasta que don Joaquín lo detuvo tironeándolo de un brazo. Jesucristo se zafó del comerciante y reanudó su ataque contra las revistas.

—¡Quítese!

El primer golpe fue un puñetazo a la cara de Jesucristo, y el segundo un rodillazo a los testículos que dobló al maestro y le impidió detener la lluvia de trompadas. A duras penas se abrazó Jesucristo a don Joaquín; le sujetó los brazos que se movían como aspas, y metiéndole una zancadilla consiguió derribarlo a tierra. Cayó junto con él porque el comerciante cargó su cuerpo sobre el cuerpo de su enemigo, y ya en el suelo ambos forcejearon tratando de quedar encima uno del otro. La corpulencia de don Joaquín le permitió tomar ventaja. Encajada sobre el vientre de Jesucristo, la rodilla del comerciante paralizó al maestro, al tiempo que las dos manos de aquél lo atenazaban del cuello y le sacudían la cabeza para golpearla contra la guarnición de la banqueta.

Jesucristo perdió el conocimiento. Una mancha de sangre se embarró en el empedrado.

Cuando volvió en sí, sus discípulos se arrebataban la palabra para preguntarle cómo te sientes y para contarle cómo estuvo la cosa. Ellos llegaron corriendo porque un chiquillo fue a avisarles del pleito. Encontraron muy asustado a don Joaquín. Se asustó con la sangre y él mismo, sin dar tiempo a reclamaciones ni a explicaciones, ayudó a conducir al maestro hasta su vivienda, cruzando el zaguán.

—Que no se entere la autoridad, que no se entere —les decía nervioso don Joaquín.

Lo tendieron en un catre y le pusieron hielo en la cabeza. La herida ya no sangraba.

Volvió en sí Jesucristo Gómez:

—¿Y don Joaquín?

—Como no despertabas fue por el doctor —dijo Andrés Simón—. Anda asustadísimo.

—Tiene miedo de que ahora sí lo enjaulen porque cada semana es un pleito.

Jesucristo se incorporó hasta quedar sentado en el catre, y con la izquierda se tocó la herida de la cabeza. Una pequeña plasta de sangre cerraba el tajo producido por el choque con el filo de la banqueta. No parecía un tajo profundo.

—No pasó nada.

Como el doctor no estaba en el pueblo, Joaquín Gual regresó solo a la vivienda. Miró tímidamente a Jesucristo sin atreverse a pronunciar palabra. Al fin dijo:

—Cuando me enfurezco me pongo así, pierdo la cabeza. No sé

qué me pasa.

—Yo también me enfurecí —reconoció Jesucristo Gómez.

—Pero a mí me dieron ganas de matarlo —agregó don Joaquín—. Perdóneme.

—Ya está olvidado.

Lo acompañó hasta el zaguán. Salieron a la calle acompañados de los discípulos.

—Y tiene razón en lo de las revistas, no son para niños.

—No lo son —dijo Jesucristo Gómez.

—Hoy mismo cierro el changarro, se lo prometo.

Cinco días después, antes de abandonar el pueblo, Andrés y Pedro Simón se dieron una vuelta por el zaguán de don Joaquín Gual. Ahí continuaban los tenderetes de alambre repletos de revistuchas, y por ahí se veían también a los escuincles del pueblo hojeando las historietas que el comerciante les seguía alquilando en veinte centavos por día.

Andrés y Pedro Simón regresaron con el chisme:

—Sigue en las mismas.

—Y si tú vuelves a reclamarle, ten la seguridad que él vuelve a enfurecerse, vuelve a pelear contigo y vuelve a querer matarte.

—Y volvería a pedirte perdón, después.

—Y yo lo perdonaría —sonrió Jesucristo Gómez.

—Pero de qué sirve entonces si no escarmienta.

—No toda la gente cambia de golpe.

—Si no cambia ahora no cambiará nunca —dijo Pedro Simón.

—Quién sabe.

—¿De veras crees que ese tipo escarmiente?

—Estoy seguro que sí.

Pedro Simón meneó de un lado a otro la cabeza:

—De plano eres muy confiado, maestro.

—Tengo fe en la gente, nada más. Y si ustedes creyeran un poquito en la gente, nada más un poquito, verían cosas maravillosas. De veras.

Servir con humildad (17, 7-10)

—Háganse de cuenta que uno de ustedes es dueño de un rancho y tiene a su servicio una cuadrilla de peones, una criada. Háganse de cuenta. A la hora de la comida no es el patrón el que dice a su criada: Pasa a la mesa y siéntate a comer. No. Lo que el patrón dice es: Prepara la comida y sírveme, y después de que yo termine comes tú. Eso le dice, y es lo más natural porque el trabajo de la criada es servir a su patrón. No es nada denigrante, es su trabajo… Piensen en eso porque el trabajo de ustedes es el de ser criados de los demás. Eso deben sentirse. Eso son.

—Ahí te buscan unos tipos, maestro.

—¿Quién?

—Gente de Iztapalapa, ¿te acuerdas?; de los que andaban en la pepena.

Diez hombres desharrapados miraban a Jesucristo Gómez. El más joven tenía los ojos aborregados y lagañosos, y el que hacía cabeza de grupo se llamaba Nicolás Patiño. Conocía bien a Pedro Simón y a los Zepeda: fueron compañeros de oficio en los tiraderos, aunque la gente de Nicolás Patiño anduvo siempre por Santa Cruz Meyehualco, del otro lado de donde pepenaban los Simón y los Zepeda.

Después de frotarse las manos negras y duras como si tuviera frío, Nicolás Patiño fue directo al grano:

Con la novedad que las autoridades de allá de México decidieron acabar con los tiraderos de Iztapalapa porque ya era mucha la suciedad y mucha la peste que soplaba hasta la Vicente Guerrero. Que ya no podía soportarse en plena ciudad el montonal de basura con el espectáculo deprimente de tantas familias viviendo ahora sí que de la pura inmundicia. Se acabó, dijeron las autoridades, y prendieron lumbre, y comenzaron a rellenar, a emparejar, a abrir calles y a levantar viviendas y jardines. Según la promesa oficial, ningún pepenador a ley iba a sufrir daño. Todo lo contrario: a través del líder Celestino Bandera se iban a dar viviendas y puestos de barrenderos a la gente acreditada, cosa en realidad nada cierta porque a la hora de la hora Celestino Bandera repartió los trabajos nada más a sus incondicionales, y a un resto de los demás, a nosotros, se quejó Nicolás Patiño, nos salieron con la fregadera de que nunca habíamos hecho un carajo por la organización, ni pagado cuotas, ni asistido a las juntas, y ahora sí ni modo, compañeros, a ver a dónde se largan porque para ustedes no va a haber vivienda, ni chamba, ni siquiera un cacho de indemnización. Después de alegatas inútiles y de un conato de levantamiento, Nicolás Patiño y nueve compañeros más, los diez que ahora se hallaban frente a Jesucristo Gómez, trataron de llevar su queja a las autoridades de la delegación de Iztapalapa, pero las autoridades los mandaron en reversa con muy malos modos. Se acordaron entonces de cuando Jesucristo Gómez consiguió muchas balonas a la gente de Celestino Bandera; tantas, que si no hubiera sido por ellas, Celestino Bandera no sería tan fuerte como ahora es. Mucho le debía Celestino Bandera a Jesucristo Gómez, y por eso Nicolás Patiño pensó en buscar al maestro para ver si el maestro abogaba por ellos ante el líder.

—Con un recado que usted le mande nos basta y nos sobra —dijo Nicolás Patiño—. Celestino Bandera será un hijo de su tal por cual,

pero a usted lo respeta como a nadie. Para todo sale con su cantaleta: como diría el maestro, como el maestro me enseñó, como el maestro hubiera dicho… Él hace lo contrario, claro, pero anda noche y día con el Jesucristo en la boca.

—¿Qué clase de recado quieren?

—Nomás que nos consiga a cada quien una plaza de barrenderos, como a todos los pepenadores.

En la hoja de una libreta a rayas escribió Jesucristo Gómez el recado para Celestino Bandera. No lo leyó en voz alta ni lo enseñó a sus discípulos. Lo dobló en cuatro partes, lo metió en un sobre y le echó mucha saliva a la parte engomada para que pegara bien.

—No dejen de avisarme cómo les fue —dijo Jesucristo a la gente de Nicolás Patiño cuando la despidió—. Si Celestino prefiere hablar conmigo personalmente, nomás me dicen y voy a verlo en una carrerita.

No hizo falta. Al día siguiente que Celestino Bandera recibió el mensaje, Nicolás Patiño y sus nueve compañeros recibieron sus respectivos nombramientos como trabajadores del departamento de limpia de la delegación de Iztapalapa y fueron inscritos en la lista de familias con derecho a las nuevas viviendas de la unidad habitacional. Jesucristo se enteró de pura casualidad. Más bien porque fue a verlo el muchacho de los ojos aborregados y lagañosos luego de cuatro o cinco semanas de no tener noticias de los pepenadores de Patiño. El muchacho vestía ahora el uniforme naranja del servicio de limpia e impulsaba un cilindro rodante de lámina. Estaba feliz por lo rápido que se arregló todo y muy agradecido con el maestro.

—¿Qué no consiguieron chamba los diez? —preguntó Jesucristo.

—Sí, los diez.

—¿Dónde están los otros nueve? ¿Dónde está Nicolás?

El muchacho de los ojos aborregados inclinó la cabeza.

—Por lo visto tú eres el único agradecido.

—Me dijeron que le gustaban las mandarinas —interrumpió el muchacho y tendió a Jesucristo una canasta llena de mandarinas que llevaba colgando en el manubrio del cilindro—. A ver cómo le parecen éstas, son de las que no tienen semillas.

La venida del Reino de Dios.
El Día del Hijo del hombre (17, 20-37)

—¿Cuándo llegará ese tiempo de la justicia que tanto anuncias, maestro?

—La justicia va llegando sin dejarse sentir. No es que alguien diga: ya se ve por allá, o ya viene por acá. De hecho la justicia ya está entre ustedes.

—¿Entonces?

—Entonces aprendan a distinguir quién tiene la razón y de qué cuero salen más correas. No confundan a cualquier merolico con un líder de la causa. Los líderes no se dan en maceta. Yo más bien les garantizo que no volverán a ver otro hasta el momento del cambio total. Y para ese cambio todavía falta tiempo; antes van a sufrir muchas desgracias, mucha represión. El cambio no se dará pacíficamente. Costará muchas vidas. Habrá guerras y se desatará la violencia contra todos los que traten de conservar sus bienes y sus privilegios. Pero abusados, óiganme bien: todo el que trate de salvar su vida la perderá, y el que la pierda la salvará.
El juez inicuo y la viuda importuna (18, 1-8)

Ah qué mujer latosa era Matilde Ramos viuda de Corral. Necia como ella sola, argüendera, impertinente. Cuando falleció su marido se lanzó como loca a reclamar unas tierras que estaban en disputa desde que el difunto era soltero. Tanto él como otras cinco familias alegaban derechos de propiedad, y no era cosa sencilla resolver en favor de unos o de otros porque las escrituras habían desaparecido desde tiempos de la Cristiada. Por eso se congelaban todos los trámites y por eso se dejaba en veremos el veredicto definitivo. Hasta que entró en acción la viuda de Corral. Para ella no valían un cacahuate las razones del presidente del comisariado ejidal quien repitió a Matilde lo que tanto había repetido al difunto y a las otras cinco familias reclamantes: que era necesario esperar el juicio de la Secretaría de la Reforma Agraria, luego de realizadas las averiguaciones indispensables por parte de la Comisión de Regularización de la Tenencia de la Tierra a la luz de una nueva recolección de testimonios y levantamientos topográficos ordenados por las autoridades del centro. ¡Al diablo las autoridades del centro!, respondía la viuda de Corral. Ella no estaba dispuesta a esperar más trámites; quería sus tierras de inmediato, y a ver cómo le hace usted, señor comisario ejidal, pero a mí me entregan mis papeles o no me muevo de aquí y armo un escándalo que va a poner a temblar al mismísimo gobernador. Cumplió su promesa. Durante una semana hizo guardia puntual en las antesalas del comisariado: llegaba a las nueve y se iba a las seis de la tarde no sin antes haber interrumpido una media docena de veces las audiencias del comisario: se abría la puerta para hacer entrar a una comisión de campesinos, pongamos por caso, y entraba también como una tromba la viuda de Corral pidiendo a gritos justicia. Cuando al fin la echaron del edificio y pusieron una guardia, la viuda de Corral se declaró en huelga de hambre frente al portón del comisariado. Sólo aguantó cuatro días, pero resultaron más que de sobra para convertirla en el personaje del pueblo y para llamar la atención del presidente municipal y del regidor quienes apremiaron al

comisario ejidal a resolver el caso antes de que el escándalo y la fama de esa mujer llegara efectivamente a oídos del gobernador. Pese a que las otras cinco familias reclamantes habían ofrecido al comisario buenas cantidades de dinero y hasta alguna tajadita de las tierras, el funcionario campesino decidió poner punto final al problema escriturando la propiedad a nombre de la viuda. Ya no soportaba un día más la monserga, el escándalo, ¡ni un día más! Entre las protestas inútiles de las cinco familias reclamantes, Matilde Ramos viuda de Corral recibió la escritura de sus tierras en la misma ceremonia en que el presidente municipal inauguró la escuela agropecuaria y el nuevo kiosko de la plaza de armas.

—¿Por qué nos cuentas esa historia? —preguntó Mateo Leyva.

—Para que vean la importancia de la terquedad —respondió Jesucristo.

—Pero esa mujer estaba loca.

—Ojalá todos estuviéramos tan locos como ella para reclamar justicia. Les juro que la conseguiríamos… Y así de rápido.

El fariseo y el publicano (18, 9-14)

En la feria de Almoloya, después de años de no verlos, Jesucristo se encontró a Pedro Jiménez y a Saturnino Milanés. Los tres fueron grandes amigos de infancia hasta que cada quien agarró su camino y andavete. Ahora los tres caminos se cruzaron de vuelta frente a la carpa de la mujer araña.

Vinieron los abrazos. El qué te has hecho, cómo te ha ido, de ti ya hemos oído hablar mucho a la gente que te admira como si fueras Dios.

Luego de andar un rato por la feria se largaron a tomar un pisto. Los tres: Jesucristo Gómez, Pedro Jiménez y Saturnino Milanés.

Pedro Jiménez se soltó hablando solo como un merolico:

—A Dios gracias me ha ido muy bien, Cris, no puedo quejarme. Me casé, tengo cuatro chamacos y una chamba que me da para vivir sin necesidad de andar haciendo negocios chuecos como tantos otros. Aunque me esté mal el decirlo soy un hombre honrado, cumplidor con mi familia: buen esposo, buen padre, buen ciudadano. Nunca llego tarde a mi casa ni le pego a mi vieja; semana a semana le entrego todito mi sueldo, completo. No tengo vicios, a Dios gracias. No ando en juergas. Muy de cuando en cuando me echo un trago, como ahora, pero nunca me verás borracho ni con güilas. Que te lo diga el padre Lucio: todos los domingos voy a misa, y si hace falta una cooperación que para pintar la iglesia, que para la peregrinación anual, que para lo que sea, ahí está mi lana por delante. La gente me quiere. Tú nomás pregunta por Pedro Jiménez y a ver qué te responden; por eso: porque no soy un desgraciado como los demás. Podía haberme metido en la

política, tenía propuestas para jugar para alcalde, pero no quise porque no me gusta andar en transas como todos los políticos. La política es muy sucia, Cris, tú lo sabes, y yo por eso prefiero hacerme a un lado y no poner en riesgo mi buena fama. Tengo mucho que agradecerle a Dios, la mera verdad. Mi conciencia está tranquila.

—¿Y tú, Saturnino? —preguntó Jesucristo Gómez.

Los ojos vidriados de Saturnino Milanés rehuyeron la mirada del viejo amigo.

—No, pues yo no —respondió débilmente.

—¿No qué?

—Yo no tengo la conciencia tranquila como Pedro, qué más quisiera. Yo he sido un hijo de la chingada, Cris, lo que se dice un hijo de la chingada. Primero dejé a mi mujer por irme con otra vieja que me calentó la sangre, y luego me enredé en muchas transas. Mejor ni les cuento, he sido un cabrón. Soy un cabrón, es la mera verdad, y me pesa mucho porque ya a estas alturas no puedo enderezar el camino.

—Claro que puedes —dijo Jesucristo Gómez.

—No puedo, Cris.

Pedro Jiménez pagó la cuenta y se levantó.

—Vámonos.

—Todavía es temprano —protestó Jesucristo.

—Para mí no —sonrió Pedro Jiménez—, me está esperando mi vieja a cenar. Otro día les platico de mis chamacos. —Palmeó la espalda del maestro y miró compasivamente a Saturnino. —ahínos vemos, no se emborrachen. Los tragos no remedian nada, Saturnino. —Se fue.

Jesucristo Gómez y Saturnino Milanés se quedaron todavía un rato echando pisto y luego regresaron a la feria. En el puesto de la lotería probaron suerte, pero mientras jugaban no dejaron de platicar.

El catrín. El catrín.

El valiente. El valiente.

La rana. La rana.

—¿Qué piensas de nosotros, Cris, después de tantos años?

—No pienso nada —mintió Jesucristo.

La chalupa. La chalupa.

El barril. El barril.

—El día y la noche, ¿verdad? Quién te iba a decir que al término de la vida nos ibas a encontrar en caminos tan distintos.

La bandera. La bandera.

El soldadito. El soldadito.

La luna. La luna.

—La vida no ha terminado ni para él ni para ti.

El corazón. El corazón.

Las jaras. Las jaras.

La botella. La botella.

—Pedro ya la hizo —eructó Saturnino mientras colocaba un frijolito sobre el dibujo de la botella—. Tú lo oíste; él ya la hizo.

El sol. El sol.

La pera. La pera.

El bandoneón. El bandoneón.

—Quién sabe. Desconfía siempre de los que se alaban tanto a sí mismos. Yo prefiero…

Jesucristo dejó a medias la frase.

El cantarito. El cantarito.

El violín. El violín.

Levantó la mano derecha y gritó:

—¡Lotería!

Jesús y los niños (18, 15-17)

Cuando Jesucristo salía de la parroquia, los niños de la doctrina lo confundieron con el padrino de un bautizo y se lanzaron sobre él al grito de bolo padrino. Lo tironeaban de los brazos, le jalaban el pantalón; uno de ellos le arrancó un botón de la camisa. Bolo padrino, bolo.

Pedro Simón comenzó a azuzar a los chamacos como si espantara moscas:

—Él no es el padrino, quítense. Váyanse a jugar.

—Déjalos. —Jesucristo detuvo a Pedro, y seguido por los niños fue a sentarse en el pretil de la fuente vacía del atrio: les preguntaba sus nombres, les ponía adivinanzas. Al rato ya estaba jugando con ellos una cascarita de fut.

Pedro Simón no aguantó mucho tiempo. Malhumorado fue a interrumpir a Jesucristo para decirle que se estaba haciendo tarde: el Flecha Roja salía a las seis cuarenta y cinco.

—Pérate.

—Es que se nos va a ir el camión, maestro.

—También los niños son importantes, Pedro, cómo friegas —replicó de mal modo Jesucristo y regresó a su puesto de portero.

El primer tiro contra su meta —señalada con dos grandes piedras, a un metro de la barda— lo paró con la rodilla: la pelota salió como un disparo hasta la zona contraria donde el más grande de los chiquillos trató de hacer una jugada personal driblando a dos defensas; se la quitó el segundo de ellos cuando un compañero pedía a gritos el centro, el centro. No centró el grandulón y un chaparrito moreno, avispadísimo, se escurrió con la pelota hasta la portería de Jesucristo Gómez. Chutó cuando el maestro se distrajo por mirar a Pedro Simón, quien seguía por allá refunfuñando, y la pelota cruzó la meta bajo el túnel que formaban las piernas abiertas de Jesucristo.

—¡Pendejo! —oyó gritar en el momento en que la bola rebotaba en la barda y los chamacos del equipo contrario festejaban felices el gol.

Jesucristo y sus discípulos llegaron corriendo a la estación, pero no hubo problemas, estaban a tiempo: el Flecha Roja había retrasado quince minutos su salida a causa de una descompostura. El maestro hizo el viaje al lado de Pedro Simón. Iba rezongando:

—Por tu culpa me clavaron ese gol, Pedro… por tu grandísima culpa.

E1 joven rico. Peligro de las riquezas. Recompensa prometida al desprendimiento (18, 18-30)

Invitados por Gustavo Garduño hijo, gerente general de la empacadora y enlatadora Garduño Sociedad Anónima, en realidad dueño absoluto del negocio, Jesucristo Gómez y sus discípulos fueron a visitar las instalaciones de la gran empresa. El propio Garduño hijo se tomó la molestia de guiarlos a través de las diferentes secciones de la industria y explicarles el proceso que seguían los alimentos en conserva hasta quedar listos para su distribución.

—Parece cosa de milagro —comentó asombrado Felipe Higuera cuando vio cómo se enlataban los duraznos en almíbar, los chiles jalapeños, los pimientos morrones.

—De veras de milagro —lo apoyó Bartolomé Martínez.

Garduño hijo sonrió con benevolencia al par de discípulos y luego miró a Jesucristo Gómez:

—El verdadero milagro es lo que hemos hecho por los obreros. Vengan a ver.

Los llevó a la unidad habitacional. Les mostró las pequeñas pero cómodas casas donde vivían los trabajadores con sus familias; los grandes jardines, las canchas deportivas, el casino, la escuela; había hasta una iglesia.

—A todo dar —exclamó Tomás Carrillo.

—Padrísimo —dijo Santiago el de Aguascalientes.

Garduño hijo volvió a sonreír. Era un hombre joven que no pasaba de los treinta años y que no ocultaba el orgullo de ser, a esa edad, el dueño de una empresa donde el éxito económico se llevaba de la mano con un estricto sentido de justicia para con los empleados y obreros.

—Hablen con ellos si quieren. Que ellos mismos les platiquen cómo se les trata aquí: lo que ganan, lo que tienen, la de prestaciones que reciben. Ni en un país socialista tendrían tantos privilegios. De veras. Es la verdad.

—Padrísimo —exclamó de nuevo Santiago el de Aguascalientes.

De la unidad habitacional regresaron a las oficinas donde

Garduño hijo les tenía preparado un ambigú. Comieron y bebieron. Al terminar, Garduño hijo les repartió cigarros puros.

—¿Por qué nos invitó a conocer su industria? —preguntó Jesucristo Gómez mientras encendía su puro con la llama del encendedor que rápidamente hizo accionar el joven empresario.

—Quería conocer su opinión.

—Nosotros sabemos poco de esto. Somos gente sencilla como usted puede ver.

—Sencilla pero valiosa, y eso es para mí lo importante. Yo lo admiro muchísimo, maestro. Usted es un hombre bueno.

—Bueno solamente Dios.

—Usted también. Es generoso, inteligente, y tiene un sentido de la justicia que me apasiona. Créame: aquí en mi empresa, con mis obreros, yo he tratado de aplicar la justicia hasta sus últimas consecuencias.

—Y ha logrado mucho.

—¿De veras lo cree?

—Mucho sí, pero no suficiente.

—¿Qué me falta?

Con el índice y el pulgar, Jesucristo hizo girar el puro como si fuera un tornillo clavado a su boca. Lo apartó y arrojó un chisguete de humo hacia el techo:

—Si de veras quisiera aplicar la justicia hasta sus últimas consecuencias, como usted dice, necesitaría dejar la empresa en manos de sus trabajadores, convertirla en una cooperativa tal vez.

Garduño hijo soltó una risa entrecortada, burlona:

—¿Y yo que haría entonces?

—Renunciar a su dinero y a sus propiedades, a todo… Luego podría venirse con nosotros.

—No está hablando en serio, maestro.

—Absolutamente en serio —dijo en forma cortante Jesucristo Gómez.

—Pero eso no tiene pies ni cabeza, es imposible.

—Imposible para usted, desde luego, yo lo sé… Tan imposible como si yo tratara de ensartar este puro en el ojo de una aguja.

Garduño hijo volvió a reír con grandes aspavientos y luego cambió de tema. Tenía las cejas quebradas, como dos alas rotas, cuando acompañó a Jesucristo y sus discípulos hasta el autobús de la empacadora que los devolvió al pueblo. Allí hicieron estallar sus comentarios:

—Pobre tipo —dijo Justo Irigoyen—. Lo dejaste exprimido, como limón de fonda.

—Para mí que fuiste muy duro —dijo Mateo Leyva—. Al fin de cuentas él hace ya bastante. Y con que todos los empresarios hicieran

lo mismo se acabarían las injusticias.

—Las injusticias no se acabarán mientras unos tengan más que otros —saltó Simón Vázquez.

—Eso sí, ¿pero cómo emparejas las cosas?

—Con una revolución.

—No sueñes.

—En México, en estos momentos, es imposible una revolución —dijo Mateo Leyva—. ¿Verdad maestro?

—Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios —respondió Jesucristo Gómez.

—¿Entonces tú estás de acuerdo con la lucha violenta? —preguntó Santiago el de Aguascalientes.

—El otro día dijiste que no.

—¿En qué quedamos pues?

Antes de que Jesucristo respondiera por segunda vez, intervino Juancho Zepeda:

—Lo que yo digo es que no hay por qué compadecerse tanto de los empresarios. Pinches empresarios, son como todos los ricos: muy buenos y muy justos mientras no arriesgan nada de lo suyo; pero apenas se les pide renunciar a su lana, ahí sí no, ya lo vieron.

—Cuando se tiene lana debe ser más difícil —dijo Justo Irigoyen.

—No es cierto, aunque no se tenga —protestó Pedro Simón—. A mí me costó trabajo dejar a mi gente, a mi chamba. Era una mugre chamba si ustedes quieren, pero a mí me costó trabajo… Y eso cuenta, maestro, ¿no?

—Claro que cuenta —dijo Jesucristo arrojando al fin la colilla del puro sobre un charco—. Todo el que deja lo que tiene para entregarse a los demás, sea mucho o sea poco, no se sacrifica en balde. Tarde o temprano recibirá su recompensa.

Tercer anuncio de la Pasión (18, 31-34)

—No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, y vendrá lo que tenga que venir. Las burlas, la perseguidera, los fregadazos, la muerte. Hasta después verán claro y me darán la razón.

Así dijo Jesucristo Gómez a sus discípulos, pero tampoco esta vez lo entendieron.

El ciego de Jericó (18, 35-43)

—No veo claro —decía Jericó Montaña rascándose el entrecejo con el índice—. Me parece muy bien que ayude usted a los jodidos y estoy de acuerdo en casi todas sus críticas a los poderosos, pero a mí ver eso no basta para desencadenar en México una revolución, ni siquiera un cambio. Para eso le cuelga un resto y para eso se necesita algo más que las palabras bonitas. Hace falta, ¿sabe qué?, hace falta ir pensando

en una organización, pero no con un grupito de gente como sus amigos que sí, pueden tener muy buenas intenciones y muchas ganas, pero andan todos norteados en lo de saber qué es una lucha política. Para una lucha política se requiere ante todo gente muy maciza y otra forma de enfocar el problema ahora sí que desde su mera raíz y de manera que se puedan ir formando cuadros locales, grupos de choque, células urbanas y campesinas y todo ese borchinche de organizaciones capaces de lanzar un plan con objetivos bien concretos a mediano y a largo plazo, luego de analizadas las circunstancias regionales, estatales y hasta nacionales. Todo eso sin dejar aparte, se sobreentiende, el espíritu y la ideología del movimiento, lo cual no es un problema para usted, porque según me han referido usted ya explicó muy claramente los principios de su causa. Eso está muy bien. Eso se le reconoce y se le envidia. Usted no anda por ahíalborotando a tontas y a locas como tantos otros a quienes el día menos pensado les da por lanzarse dizque a la reivindicación de las masas y se llevan entre las patas a cantidad de gente ignorante que acaba trompéandose contra la pared, cuando no acribillada por la tropa después de enfrentamientos babosos. Usted no. Usted aventaja a esa bola de revolucionarios despistados en que no habla nada más por hablar y en que no anda buscando privilegios ni glorias personales. De eso yo mismo soy testigo y en razón de tal circunstancia me permito encarecer la formación de un movimiento que tarde o temprano se convierta en un partido político dispuesto a ganar por la vía democrática, y siguiendo las reglas del juego de nuestro sistema, puestos de elección popular, desde presidencias municipales hasta gubernaturas y tal vez, con el tiempo, en un de repente como dicen, la mismísima presidencia de la República, lo cual vendría a dar un vuelco tremendo y definitivo a toda la situación presente. Si no se piensa en una organización orientada hacia la toma del poder, todos los sueños de cambiar de raíz este mundo de injusticia resultan ahora sí que puros sueños. Desde luego usted va a decirme, ya lo estoy oyendo, que las reglas del juego de nuestro sistema político están de tal forma trabadas y comprometidas con los intereses económicos, que no hay esperanza de cambiar el país por la vía democrática, de donde surge la necesidad de elegir el camino de la violencia si de veras se piensa en una transformación radical. Muy bien. De acuerdo. Pero entonces ¿por qué se queda usted cruzado de brazos?, ¿por qué en lugar de andar haciendo unos cuantos favores aislados a los jodidos de por aquí o de por allá, no se lanza de una buena vez a la organización de un movimiento armado que imponga de sopetón la justicia? Qué espera. A qué le tira. Yo no entiendo, y por más lucha que le hago no acabo de ver claramente por donde encajan sus principios con ese montonal de inquietudes de la gente y en qué coinciden o no coinciden con las organizaciones políticas o

guerrilleras que de una manera u otra ya están trabajando, cada una a su modo, cada una con su estrategia, su objetivo, usted lo sabe, usted lo ve, hasta a lo mejor simpatiza con muchas causas y en lugar de duplicar esfuerzos prefiere ir más allá de los cambios eventuales y de los proyectos a corto plazo y lanzar un proyecto que los incluya a todos y los considere como parte de un proceso encaminado a transformar al hombre mismo y con él a toda la sociedad, de manera que algún día ya no haya siquiera necesidad de gobiernos y la justicia sea total. ¿Voy bien o me regreso? Usted corríjame. Un sistema nuevo sustituye a un sistema viejo. El nuevo viene a ser mejor que el viejo, pero también el nuevo termina envejeciendo y otro nuevo se aparece para modificarlo. Se van modificando y mejorando entonces los sistemas. Se va mejorando el hombre, cada hombre, ese hombre al que usted ayuda ahora como si en él estuvieran amontonados todos los hombres. ¿Es así? ¿Me equivoco? Más o menos, ¿verdad? Todavía no pesco bien la onda pero empiezo a ver claro pian pianito, caray, qué difícil —dijo Jericó Montaña y volvió a rascarse el entrecejo con el índice.

Zaqueo (19, 1-10)

La huelga de la cementera Los Reyes estalló un martes, pero ya para el viernes Apolonio Zacarías Fabregat, presidente del consejo de administración, había echado a andar la fábrica con un buen grupo de desempleados del municipio, y una vez que las autoridades laborales decretaron inexistente el paro y conminaron a los obreros a volver al trabajo en un plazo no mayor de tres días.

El zipizape fue el jueves, a media mañana. Dos pelotones de la zona militar, al mando de un compadre de Apolonio Zacarías, empezaron a repartir mandarriazos contra los trabajadores que hacían guardia en la entrada de la fábrica cubierta de banderas rojinegras. Los huelguistas trataron de repeler la agresión, pero sin más armas que unos cuantos picos y palas fueron dominados fácilmente por los sardos y hechos prisioneros unos, huidos los más. A Genovevo de la Garza, líder de los huelguistas, un soldado le partió el cráneo de un culatazo. Sangrando se lo llevaron a la guarnición y allí murió esa misma tarde.

La muerte de Genovevo exaltó los ánimos. Cuando el viernes se encendieron de nuevo los hornos de la cementera, los obreros desplazados por los esquiroles se reunieron en manifestación a las puertas de la fábrica. Pensaban entrar por la fuerza, pero los soldados lo impidieron. Ya no hubo muertos, sólo media docena de heridos. Diez trabajadores fueron encarcelados acusados de perturbar el orden.

La lucha no terminó ahí. De hecho en ese instante se desató un movimiento popular que aunque era encabezado por los trabajadores

de la cementera, concretamente por Filiberto de la Garza, hermano del difunto Genovevo, congregaba a obreros descontentos de otras fábricas y hasta campesinos. Filiberto se dio a organizar mítines en toda la zona fabril y propuso una huelga general si las autoridades estatales no daban una pronta respuesta al pliego de peticiones.

El pliego de Filiberto era prolijo. En su redacción había participado el licenciado Luis Plazuela, un sesentón paralítico, amanerado por demás señas, que llevaba diez años viviendo en la zona fabril y presumía de haber sido asesor legal de una central obrera en tiempos de Lombardo Toledano. Más tarde lo revisó Mateo Leyva, cuando Jesucristo Gómez y sus discípulos llegaron a Los Reyes, en pleno movimiento.

Sabedor del arrastre popular de Jesucristo, a Filiberto de la Garza le interesaba convencer al maestro de que se uniera a la lucha, como se habían unido ya líderes campesinos y obreros y un célebre activista de la oposición, Baltazar Domínguez. Para Baltazar Domínguez el pliego de peticiones de Filiberto era insuficiente; insuficiente también, poca cosa, el conflicto aislado de la cementera. Invocar únicamente esa causa, ahora que se daban las condiciones ideales para provocar un alzamiento popular, era desperdiciar una oportunidad de oro. Lo que necesitaba hacerse era incendiar al pueblo, y él tenía un plan. Primero provocarían la explosión del horno principal de la cementera, después colocarían bombas en otras dos fábricas, en el palacio municipal y en la casa de Apolonio Zacarías, y por último planearían el secuestro de un personaje importante que bien podía ser el propio Apolonio Zacarías.

Si el licenciado Plazuela no fuera paralítico, el plan de Baltazar Domínguez lo habría hecho saltar como un resorte de su silla de ruedas. Permaneció quieto, ademaneando con nerviosismo:

—No no, ni lo mande Dios; eso desataría el caos.

—El caos es lo que necesitamos —gritó Domínguez.

—Necesitamos resolver el caso de la cementera, nada más.

—¿Y desperdiciar a estas multitudes que acuden a los mítines?, ¿dejar pasar la oportunidad de un alzamiento? ¡Pero qué clase de líderes son ustedes, con un carajo! Se la pasan hablando de revolución, y a la hora que tienen la mesa puesta se echan para atrás.

—Yo nunca he hablado de revolución —dijo Plazuela.

—Pero tú sí. —Domínguez señaló a Filiberto de la Garza.— Y usted también —señaló a Jesucristo Gómez—. Sobre todo usted, no lo niegue. Y dígame si tengo o no razón. ¡Dígamelo!

Jesucristo miró tranquilamente a Baltazar Domínguez. No parecía tener intenciones de discutir con él.

Quien habló fue Filiberto de la Garza:

—La verdad a mí me pone a pensar lo que dice aquí el

compañero… A lo mejor funciona lo del alzamiento.

—Un alzamiento provocaría la represión —dijo Plazuela—. Y sería una represión terrible terrible.

—¿Terrible terrible? —remedó Domínguez al paralítico—. ¿Tiene usted miedo?

—Personalmente no —respondió Plazuela sin inmutarse—. Pero pienso en la tropa masacrando a los obreros.

—¡La represión activa la lucha!

—No sea tonto Domínguez, no sea tonto. —Plazuela se irguió en la silla hasta donde se lo permitió su parálisis; luego extrajo de la bolsa superior de su saco un solitario cigarrillo y se dio a la tarea de emboquillarlo. —¿Sabe qué pienso? —encendió—. Lo que más se conseguiría con ese mentado alzamiento sería la caída de nuestro presidente municipal.

—¿Y eso le parece poco?

—No me parece poco ni mucho, señor Domínguez. Simplemente me parece que eso es lo que está buscando el señor gobernador… Por eso ha dejado crecer el problema de la cementera, y por eso vería con buenos un alzamiento en el municipio.

—¡Usted no entiende nada de política!

—Usted es el que no entiende que lo estoy acusando de trabajar a las órdenes del gobernador, amigo Domínguez.

Como si hubiera sufrido un calambre, el rostro de Baltazar Domínguez se puso tieso y pálido unos segundos. Luego, reaccionando, el líder se lanzó con los brazos como lanzas contra la silla del licenciado Plazuela.

—¡Viejo puto! —gritó.

A tiempo lo sujetaron Jesucristo Gómez y Filiberto de la Garza.

—¡Viejo puto! —seguía gritando Domínguez pero sin desmentir a Plazuela.

Ahí terminó aquella reunión. No, desde luego, el movimiento de los obreros de la cementera Los Reyes. Dos días después, más de doscientos trabajadores y campesinos de la región marchaban hacia la casa de Apolonio Zacarías Fabregat en la entrada de la zona fabril. Los manifestantes portaban mantas cuyos letreros compendiaban los puntos principales del pliego de peticiones: libertad a los trabajadores presos, expulsión de los esquiroles y restitución de puestos, y las antiguas demandas de salario y prestaciones. En un gran cartel, un dibujo rudimentario copiaba el rostro de Genovevo de la Garza convertido en mártir del movimiento; al pie del dibujo: una palabra entre admiraciones: ¡JUSTICIA!

La gritería de los manifestantes y la arenga que frente a la casa profirió Filiberto de la Garza pusieron a temblar literalmente a Apolonio Zacarías Fabregat. No contaba con protección alguna. El

presidente municipal, a quien Apolonio telefoneó tan luego supo que los obreros marchaban hacia su domicilio, se negó a solicitar para él un pelotón de soldados; el presidente no quería saber nada de nada, también él se sentía en peligro, tambaleando en su puesto.

Apolonio telefoneó entonces a la comandancia de la zona militar. Pidió hablar con su compadre, pero su compadre había sido removido esa misma mañana, le dijeron, y nadie tenía orden alguna del gobernador ni del presidente municipal ni de nadie, le dijeron, para deshacer cuál manifestación, ¿de qué mitin nos está hablando?

—No me pueden hacer esto —gemía Apolonio Zacarías ante su mujer—. No hay derecho, no es justo.

Imposible huir en el auto, por dónde. Imposible salir a hablar con los manifestantes, sería peor.

Baltazar Domínguez arrojó la primera piedra contra la ventana de la sala y el proyectil, después de añicar el vidrio, cayó a unos cuantos centímetros de la mujer de Apolonio.

—¡Válgame María Santísima!

Lloraban los niños. La sirvienta se encerró en la cocina.

—¿Ya viste quién está con los obreros?… Jesucristo Gómez.

La granizada de piedras inducida por Baltazar Domínguez quebraba vidrios y mellaba los muros de la casa sin que Filiberto de la Garza lograra impedirlo. No estaba en sus planes un ataque así. Podían venir los soldados.

—¡Nadie puede detener la revolución! —gritó Domínguez en el momento en que Apolonio Zacarías apareció en la azotea.

—¡Jesucristo! —gritó Apolonio, y un pedruzco lanzado por Domínguez cruzó como un cometa cerca de la cabeza del empresario cementero.

Las piedras volaban ahora hacia la azotea. Apolonio retrocedía, tratando de quedar fuera de la visual de los obreros, pero sin dejar de llamar a Jesucristo:

—Párenle. Déjenme hablar con Jesucristo Gómez.

Filiberto de la Garza detuvo la piedriza.

—¿Lo conoce usted? —preguntó a Jesucristo.

—Cuando yo era albañil, él tenía un negocio de materiales allá en mi pueblo.

—Por qué no me lo dijo antes, maestro.

Baltazar Domínguez se abrió paso entre la multitud para entrometerse con Filiberto y Jesucristo Gómez. Llevaba un trozo de tabique en la derecha y estaba sudando.

—A ese cabrón hay que lincharlo de una vez.

Filiberto prendió de la muñeca a Baltazar Domínguez y presionó hasta obligarlo a soltar el trozo de tabique:

—¡Yo soy el que da las órdenes!

La multitud se había apaciguado momentáneamente. Los ojos de los obreros apuntaban a la azotea en espera de una nueva aparición del cementero. Éste avanzó con lentitud hasta hacerse visible, luego que la voz de Jesucristo pronunció su nombre, llamándolo. No llegó hasta el pretil. Temblaba ligeramente.

—Baje de ahí y ábrame la puerta, don Apolonio. Vamos hablando en su casa.

Sólo a Baltazar Domínguez contrarió la autosuficiencia de Jesucristo:

—¿Quién es él para negociar a solas con ese cerdo? —protestó buscando la aprobación de los obreros—. Si Zacarías quiere hablar con nosotros que reciba a una comisión.

Los incondicionales de Domínguez corearon la protesta, pero nuevamente Filiberto de la Garza paró en seco al provocador:

—Jesucristo va en nombre de todos.

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo.

—Que lo diga la base.

—No voy a someter mis órdenes a votación, ya te lo advertí. Esta lucha no es tuya.

—Más que de Jesucristo. Él ni siquiera es de este pueblo.

—Tú tampoco.

—Pero mi partido tiene gente aquí y yo soy su líder.

Jesucristo no se entretuvo con la discusión entre Baltazar Domínguez y Filiberto de la Garza, los dejó ahí alegando mientras él llegaba a la reja que Apolonio Zacarías abrió y cerró rápidamente tan pronto su antiguo conocido traspuso el umbral. Ya en la sala, el cementero recobró su serenidad. Una amplia sonrisa deformó su semblante cetrino mientras se abría en cruz:

—Antes que nada un abrazo, maestro, después de tantísimos años.

—Primero hablamos —lo detuvo Jesucristo poniendo una palma a manera de retén—. Si nos entendemos ya habrá tiempo después para los abrazos.

—Pero maestro, por encima de todo somos amigos, trabajamos juntos, éramos del mismo ramo.

—No, don Apolonio. Usted era comerciante, yo era obrero. Usted es ahora empresario…

—Tú no llegaste a más porque no se te dio la gana. Eras buen albañil. Otros como tú progresaron mucho, ahí tienes al Diablo Samperio: ahora es dueño de una ladrillera en Meztitlán.

Jesucristo se había sentado en el borde del sofá y Apolonio Zacarías en el sillón. Mientras éste hablaba, el maestro se inclinó para levantar de la alfombra uno de los trozos del vidrio que había roto la pedrada de Baltazar Domínguez, y se puso a contemplarlo como si

fuera un diamante.

Prosiguió Apolonio:

—Me extrañó verte entre los huelguistas ¿sabes? Había oído mentar tu nombre hablando de un revolucionario, pero no pensé que fueras tú.

—No hay mucha gente por estos rumbos que se llame Jesucristo.

—No claro, es cierto; pero no pensé que fueras tú, de veras… ¿Quieres tomar una cerveza?

—Vamos al grano, don Apolonio. Los obreros están impacientes.

—Los obreros dicen que soy un explotador y eso es mentira, maestro, mentira. Para montar esta fábrica tuve que hacer muchos sacrificios, endeudarme hasta la coronilla, trabajar como un negro. No acepté sus peticiones porque la cementera no está en su mejor momento, no podía hacerlo.

—Acéptelas ahora: la indemnización a la familia de Genovevo, la reinstalación de sus trabajadores, las demandas salariales.

—No puedo aceptar un veinte por ciento, iría a la quiebra.

—Acepte el dieciocho; los obreros están dispuestos a bajarse dos puntos, no más.

—Es demasiado, el consejo de administración no lo aprobaría.

—El consejo de administración es usted, don Apolonio, no se haga guaje. Y sí puede si castiga un poco sus ganancias. No se aferré a ellas. No tendrá por mucho tiempo más su fábrica, óigame lo que le digo.

—Tengo que pensarlo.

—No lo piense. Acuérdese que debajo del agua se están moviendo intereses políticos muy sucios que se lo pueden llevar entre las patas.

—¿Tú sabes lo del gobernador?

Jesucristo dijo sí con la cabeza y depositó el trozo de vidrio en la mesita de centro. Luego se puso en pie y caminó hasta la ventana. La multitud se mantenía frente a la casa del cementero, inmóvil como si se hubiera quedado fija en una fotografía. Entre las rejas, a la distancia, se alcanzaba a ver a Baltazar Domínguez discutiendo con Filiberto de la Garza.

—Si usted y el presidente municipal no aflojan, esto va a estallar don Apolonio. Y no para el bien de los obreros, sino para el beneficio mezquino de unos cuantos.

El empresario fue hasta la ventana y palmeó la espalda de Jesucristo.

—Tú ganas, maestro, de acuerdo. Dieciocho por ciento.

—Y lo demás.

—Okey, lo demás.

Abandonaron la sala. Cruzaron el jardín. Don Apolonio parecía haber recobrado el buen ánimo:

—Quién iba a decirme que volvería a encontrarte convertido en

redentor de causas perdidas, maestro.

—Son las que me gustan —repuso Jesucristo Gómez en el momento de llegar a la reja. Y entonces sí, ahí a la vista de la multitud de obreros, abrazó efusivo a don Apolonio Zacarías Fabregat.

Parábola de las minas (19, 11-27)

Con vistas al registro y a la participación electoral de un nuevo partido político, su fundador y presidente reunió a sus diez dirigentes principales y distribuyó entre ellos las zonas del país donde deberían realizar convenciones locales y una activa campaña de proselitismo. La inminencia del registro, sin embargo, había desatado ya muchas ambiciones: mientras el partido trabajó en la clandestinidad todos los miembros fueron fieles a su fundador, pero apenas se abrió la posibilidad de participar legalmente en los comicios, no faltaron resentidos que buscaron el modo de derrocar a su líder y encaramar a quien les garantizara una candidatura o de perdida la dirección de un comité regional. Con marrullerías y golpes bajos los intrigantes emprendieron una campaña contra su líder, que si bien no llegó a provocar una división, sí debilitó la unidad. En ese ambiente se desarrollaron las convenciones locales y la campaña de afiliaciones, concluidas las cuales el líder reunió de nuevo a sus dirigentes y les pidió un balance de sus tareas.

El primero en rendir cuentas presentó resultados halagüeños: la convención se efectuó así y asado y conseguimos un total de diez mil afiliaciones.

Magnífico —dijo el líder—. Ahora, en reconocimiento a tu trabajo, elige entre los tuyos a los candidatos para los diez distritos que prefieras, y pasa a ocuparte de la secretaría general del partido.

Tomó la palabra un segundo y también presentó un buen informe: ocho mil afiliados.

Perfecto —dijo el líder—. Presenta candidatos para ocho distritos y encárgate de la campaña electoral.

Así fueron rindiendo informes los siguientes, y a uno por uno el líder distribuyó distritos y otorgó nombramientos. Hasta que llegó su turno al décimo de los dirigentes, un joven que tenía fama de rebelde y claridoso.

Mira —dijo éste—, nosotros no realizamos la convención porque pensé que era más importante negociar alianzas con otros partidos para asegurar nuestros triunfos. Tú eres un hombre muy autoritario, perdóname que te lo diga, y no quieres entender que en estos momentos lo fundamental es amacizar la imagen del partido mediante algunas transacciones con nuestros propios enemigos, no tiene remedio. Yo ya me apalabré con fulano y con mengano y ellos están dispuestos a apoyar a nuestros candidatos siempre y cuando les

dejemos el campo libre en algunos estados…

Imbécil —interrumpió el líder—. Ésas no fueron mis órdenes, eres un imbécil. Si sabías que soy tan autoritario tenías la obligación de consultarme; nadie te dio atribuciones para negociar alianzas y menos con esa gentuza. Lárgate de aquí, lárgate —gritaba el líder mientras invocaba la cláusula de exclusión para el joven rebelde y claridoso y daba órdenes para que los comités regionales que se le habían asignado pasaran al control del primero de los dirigentes, nombrado ya secretario general.

Algunos protestaron, no tanto por la exclusión del joven rebelde y claridoso, sino por la decisión de acrecentar el poder político del secretario general.

Ya tiene demasiado poder —decían.

No importa —respondió el presidente—. Para acabar con las intrigas y las ambiciones, el partido debe dar más poder al que más tiene, y quitárselo al que poco tiene y con poco se conforma.

Metido de lleno en la tarea de depuración, el líder consiguió que su comité ejecutivo, previo asentimiento de la asamblea, excluyera también a todos los divisionistas que habían intrigado en su contra y habían puesto en peligro la unidad del partido.

V

Ministerio de Jesús en Jerusalén

Entrada mesiánica en Jerusalén. Jesús aprueba las aclamaciones de sus discípulos (19, 28-40)

—No hay boletos para México —dijo el hombre de la ventanilla—. Ni un lugar.

Todavía Justo Irigoyen trató de hacer otra pregunta, pero el hombre de la ventanilla lo espantó con un ademán que daba turno al siguiente fulano de la larga fila formada en la terminal de autobuses.

El lugar se hallaba más concurrido que de costumbre, tal vez porque se acercaba la Semana Santa, o porque era domingo, o porque de plano ya no alcanzan los camiones, pensó Justo Irigoyen mientras regresaba a reunirse con sus compañeros. El caso es que no había modo de que Jesucristo y sus discípulos se trasladaran esa tarde a la capital.

—Por qué no vemos si hay lugar en los Estrella de Oro —dijo Pedro Simón.

—O nos esperamos para mañana —sugirió Mateo Leyva.

Estaban en la banqueta, a la entrada de la terminal por donde la gente salía o llegaba cargando bultos, cajas de cartón, maletas, huacales. Campesinos con sombreros de palma, mujeres enrebozadas, niños que se colgaban a las manos de los adultos o se desprendían para corretear por el local, formaban el enjambre. Atento a ellos, Jesucristo no pareció escuchar a Pedro Simón y a Mateo Leyva. Pedro Simón volvió a decir:

—Vamos a los Estrella de Oro, maestro, a ver si acaso.

—No —dijo Justo Irigoyen—. Está peor.

El ruido de un gran autobús al salir del hangar acalló a los discípulos. Luego que el camión se hubo alejado por la calzada como un enorme animal bufante, Jesucristo meneó la cabeza y dijo:

—Tenemos que llegar hoy, a fuerzas.

—No se va a poder.

—¿Por qué a fuerzas? —preguntó Tomás Carrillo.

Jesucristo no respondió. Con la derecha tocó el hombro de Juancho Zepeda y casi al mismo tiempo miró a él y a Felipe Higuera.

—¿Me quieren hacer un favor?

Los discípulos asintieron.

—Allá abajo, del otro lado de la gasolinería, está una

vulcanizadora y juntito hay un gran corralón con una pared pintada de amarillo. ¿Ya saben dónde les digo?

Juancho miró en Felipe un gesto de extrañeza idéntico al suyo:

—No, pero lo encontramos.

—Allí está el changarro de un tal Odilón, el Cacarizo le dicen. Tiene un negocio de fletes, algo así. Lo buscan y le piden prestada de mi parte su pickup.

—¿Tú crees que quiera?

—¿Luego cómo se la devolvemos?

—Ustedes nomás díganle que van de mi parte. Él ya sabrá después.

Los discípulos se cruzaron miradas, pero ninguno se atrevió a discutir la orden del maestro.

Juancho y Felipe echaron a andar rumbo a la gasolinería.

En la calzada, justo frente a la pared pintada de amarillo, se hallaba estacionada una camioneta pickup. Tenía un estrellón en el parabrisas, del lado derecho, y la defensa delantera parecía una charamusca.

Juancho y Felipe cruzaron la puerta del corralón pero se detuvieron en seco cuando un perro avanzó ladrando desde el fondo del patio. El grito del Cacarizo silenció al animal. No cabía duda de que el hombre que se hallaba bocarriba revisando las entrañas de un camión de carga era el Cacarizo, porque a pesar del aceite empastado a su cara, los agujeros a los que debía su apodo se hacían visibles a gran distancia. Felipe preguntó por no dejar:

—¿Es usted Odilón?

Después de asomar fugazmente el rostro hacia los recién llegados, el Cacarizo había vuelto a hundirse bajo las entrañas del camión sin molestarse en responder. Desde ahí escuchó a Felipe:

—Venimos de parte de Jesucristo Gómez. Nos manda decirle que si le presta su pickup para ir a México, ahorita.

Durante un rato largo no se escuchó más respuesta que el ruido metálico producido por las herramientas del Cacarizo y una palabrota mascullada en el momento en que el hombre perdió el control de una llave de tuercas y ésta rebotó en el piso.

Felipe iba a repetir lo dicho cuando la voz del Cacarizo, ensordinada por el armatroste que parecía aplastarlo, preguntó:

—¿Dicen que vienen de parte de Jesucristo?

—Él nos manda —dijo Felipe.

Una nueva serie de ruidos metálicos se adelantaron a la afirmación:

—Ahí está afuera. Tiene las llaves puestas.

Ni siquiera en ese momento el Cacarizo volvió a asomar la cabeza. Continuó hundido en su trabajo, murmurando palabrotas,

mientras Juancho y Felipe salían del corralón y abordaban la camioneta. Fue Felipe quien ocupó el lugar frente al volante y echó a andar el motor.

—Es un tipo raro ese amigo —dijo Juancho a Jesucristo Gómez una vez que los dos discípulos llegaron a recoger al grupo—. Ni siquiera nos preguntó cómo le devolveríamos su chisme éste.

Jesucristo guiñó un ojo por toda respuesta.

En la zona de carga, porque se empeñó en no quitar su lugar a Juancho Zepeda dentro de la cabina, el maestro viajó con el resto de los discípulos soportando el fuerte viento y el constante golpeteo de sus nalgas contra la dura superficie. Iba silencioso, más pensativo que de costumbre: los ojos entrecerrados hacia el camino que se iba quedando atrás, como una vida.

A media tarde llegaron a Iztapalapa y enfilaron rumbo a la casa de Jacinto Castaño. Ahí se armó en un abrir y cerrar de ojos el tumulto mucho antes de que la camioneta se anunciara en la cuadra donde vivía el viejo amigo del maestro.

—¡Ahí está Jesucristo Gómez!

—¡Ahí está Jesucristo! —repitió un chiquillo al ver al maestro ponerse de pie sobre la zona de carga, y por las ventanas y los zaguanes se empezaron a asomar curiosos.

—Ahí va, ahí va —se oía decir de una esquina a otra, de bocacalle a bocacalle, mientras la chiquillería trotaba tras la pickup y un grupo cada vez más numeroso de vecinos se agolpaba a los costados de la camioneta. Felipe Higuera disminuyó la velocidad, y de la zona de carga, contagiado por el entusiasmo, tronó el grito de Pedro Simón:

—¡Viva Jesucristo Gómez!

Los vivas repicaron como campanas por las calles que el vehículo recorría a vuelta de rueda. Más gente y más gente saludaba el paso del maestro desde las azoteas, por las ventanas, en las banquetas. Jacinto Castaño no esperó a verlo llegar hasta su casa; alertado por los gritos salió a su encuentro por en medio de la acera y él mismo, agitando su sombrero, lanzó un par de vivas que los discípulos y la multitud corearon como una porra.

Al llegar a la plaza, la muchedumbre era tan numerosa como la que se reunía en las calles durante las grandes fiestas del barrio.

Jesucristo se veía feliz. Gritaba la gente y no dejaban de gritar sus discípulos.

—Qué recibimiento, nunca me imaginé —dijo Juancho Zepeda a Felipe Higuera cuando se oyó el cacareo de una sirena y una patrulla de la policía llegó como un bólido para cerrar el paso a la pickup.

Felipe Higuera tuvo que hundir el freno hasta el tope.

Un oficial sudoroso, colérico, brotó de la portezuela delantera escupido como un salivazo. Encaró a Felipe Higuera:

—Óigame, qué escándalo se traen. No tienen permiso.

—Permiso para qué.

—Para organizar manifestaciones.

En lugar de infundir miedo, la presencia de la autoridad provocó una granizada de vivas a Jesucristo.

El oficial se dirigió entonces al maestro.

—Haga callar a esa gente.

—¿Con qué derecho? —se entrometió Mateo Leyva.

—Están alborotando en la vía pública. Cállelos.

Jesucristo miró retadoramente al oficial:

—Si ellos se callan, gritarán las piedras —dijo.

—¡Viva Jesucristo Gómez! —gritó Pedro Simón.

Lamentación sobre Jerusalén (19, 41-44)

Jesucristo y sus discípulos fueron al mirador de El Cantil para ver la panorámica de la ciudad. Bajo el techo de smog se derramaba sobre el valle la inmensa costra de cemento, chipotuda, calladita a la distancia, mustia —dijo Simón Vázquez—. A mí me gusta —dijo Santiago Zepeda—, se parece a los nacimientos que íbamos a ver a la iglesia, ¿te acuerdas Juancho? Sí pero a lo grande —respondió Juancho Zepeda—, nunca me imaginé que fuera tan grandísima. Y tan bonita —dijo Santiago el de Aguascalientes—, yo me estaría aquí viéndola horas y horas. Es como las maquetas que llevaban a veces al palacio municipal —dijo Mateo Leyva—. Pero ésta es de verdad y está llena de gente —dijo Tomás Carrillo—. Gente feliz y gente jodida —completó Bartolomé Martínez—, de todo como en botica. No —dijo Andrés Simón—. Las casas de la gente jodida no se ven desde aquí. A que desde aquí no alcanzas a ver el tiradero donde trabajábamos, Pedro, ya no digamos nuestro jacal. Es como estar en el cielo y ver desde arriba a la humanidad —dijo Justo Irigoyen—. O como tener enfrente un juguetito que uno puede componer o descomponer —dijo Justo de Santiago—. A mí me da miedo, quién sabe por qué; se ve muy bonita por fuera pero quién sabe por dentro —dijo Felipe Higuera—. Algún día las ciudades serán bonitas por fuera y por dentro —dijo Pedro Simón y se volvió hacia Jesucristo Gómez—. ¿No es cierto, maestro?

Acodado en el pretil del mirador, con las manos sujetando la cabeza, Jesucristo miraba la ciudad sin mover un músculo.

—¿Andas tristón? —preguntó Juancho Zepeda.

—Los oigo hablar.

—¿Pero tú qué piensas?

—No sé —dijo Jesucristo Gómez. Dejó caer las manos. —No sé. Pienso que ya es muy tarde para hacer algo por esta ciudad y por este país. No quieren ver, nadie quiere mover un dedo para salvarlo… Para

mí la ciudad es una bomba a punto de estallar. No va a soportar más sus miserias, y sus miserias van a salir disparadas por todas partes como si se hubiera roto un caño. El odio y la muerte se meterán por las ventanas de todas las casas y no quedará piedra sobre piedra. Porque nadie quiere ver ni hacer nada para salvar a este país.

—De veras que andas tristón —dijo Juancho Zepeda.

Jesucristo trató de sonreír pero sólo llegó a una mueca:

—Sí, ando tristón, no me hagan caso.

Expulsión de los vendedores del Templo.
Jesús enseña en el Templo (19, 45-48)

Los discípulos no supieron bien a bien cómo estuvo el zipizape porque se enteraron hasta en la tarde.

A Jesucristo le había dado por andar de templo en templo. Ora se levantaba temprano para oír misa en una parroquia de por la Villa, ora lo hacía en una iglesia del centro, en alguna de un rumbo proletario o hasta en los templos de las colonias elegantes. Fue precisamente en una iglesia de las Lomas donde ocurrió el desaguisado: un domingo, en misa de doce, con las naves repletas de feligreses. Esta vez Jesucristo no se conformó con interrumpir al sacerdote a media homilía para protestar; después de hacerlo y enredarse a gritos en una discusión absurda, arremetió contra el altar. De un salto trepó al presbiterio y derribó a manotazos los objetos litúrgicos: el misal, el crucifijo, el cáliz, las hostias de consagrar. Todavía alcanzó a arrancar de un tirón el mantel sagrado y la emprendió a puntapiés contra los floreros. Sus maldiciones se oían hasta la calle. Acusaba a sacerdotes y fieles de haber convertido los templos en tumbas de Dios, en salones de modas, en sucursales bancarias.

—¡Bandidos!, ¡bandidos!

Tan sorpresivo fue el ataque, tan rápido ocurrió todo, que cuando el sacerdote y los fieles trataron de lanzarse sobre el sacrílego, Jesucristo ya se había hecho humo, como por arte de magia.

La noticia se juntó con muchas otras noticias acumuladas a lo largo de los meses en pueblos y ciudades, y el caso Jesucristo Gómez se convirtió en un expediente. En las actas levantadas ante los ministerios públicos y en los informes policiales lo llamaban terrorista, agitador, comunista, facineroso, criminal.

—Vamos agarrándolo de una vez.

—Pero sin escándalos, tiene mucho arrastre entre la gente.

—Como sea, pero de una vez.

Controversia sobre la autoridad de Jesús (20, 1-8)

Andaba por Ciudad Nezahualcóyotl cuando cinco fulanos con facha de

agentes de la secreta preguntaron por él. Jesucristo salió a su encuentro seguido de sus discípulos y de la pelotera de gente.

El que parecía el jefe del grupo se adelantó:

—Queremos hablar contigo.

—Aquí estoy —dijo Jesucristo.

El que parecía jefe del grupo miró con el rabillo del ojo a la pelotera de vecinos:

—Vamos por ahía tomar unas cervezas para platicar más a gusto en privado.

—Si quieren hablar conmigo hablen aquí.

—Hay mucha gente.

—Yo no le tengo miedo a la gente, ¿ustedes sí?

El hombre sonrió despectivamente:

—Te sientes muy salsa, ¿verdad?… Dicen que andas juntando pelados para armar un alboroto.

—¿Eso dicen?

—Eso dicen. Y nosotros estamos aquí para averiguarlo.

—¿Por orden de quién?

—Nomás queremos averiguarlo.

—¿Pero por orden de quién? —neceó Jesucristo—. ¿Quién los manda?

El hombre volvió a sonreír despectivamente:

—No nos manda nadie. Venimos de muy buen modo a hablar contigo y a cambiar impresiones sobre tus planes. Si tus planes son organizar a la gente para algo bueno, no hay pedo. En caso contrario…

—En caso contrario ¿qué?

—No te pongas al brinco, cálmate; nomás queremos saber tus planes.

—Si ustedes no me dicen quién los manda, yo no tengo por qué hablarles de mis planes —dijo Jesucristo, y se dio la media vuelta.

La mano derecha del que parecía jefe del grupo cayó sobre el hombro de Jesucristo. Éste volvió la cabeza sacudiéndose el zarpazo:

—¿Qué traes? —replicó altanero.

Antes de responder, el hombre miró a sus compañeros y luego barrió la vista sobre la pelotera de gente. Regresó los ojos para clavarlos en Jesucristo.

—Ten cuidado —masticó las palabras—. Ten mucho cuidado.

Ahora fue Jesucristo quien sonrió despectivamente.

Por la calle de tierra los cinco fulanos con facha de agentes de la secreta regresaron al auto estacionado en la esquina, frente a la miscelánea.

Parábola de los viñadores homicidas (20, 9-19)

Toribio Alcalde era protestante, evangelista, un aleluya hecho y derecho. Por eso se encantó con la de cosas que Jesucristo decía contra los sacerdotes y los católicos, y por eso lo invitó a conversar con los fieles del templo Resurrección en Cristo Nuestro Señor, enclavado en el corazón de un barrio proletario.

Antes de entrarle a la polémica religiosa, Jesucristo quiso enterarse de los problemas que aquejaban a los habitantes de aquella zona y empezó a preguntar que si esto, que si aquello, que si lo de más allá. No lo hubiera hecho. Como si fueran una sola persona los hermanos evangelistas se olvidaron de sus preocupaciones por la vida eterna y de su odio al Santo Padre para ensartar una interminable letanía de lamentos y llegar a la misma conclusión de siempre: les estaba haciendo falta, y con urgencia, formar una alianza de vecinos para exigir de las autoridades la regulación de sus terrenos, la instalación de un sistema de agua potable y drenaje, la construcción de una escuela primaria y la atención de los mil reclamos individuales que nunca se escuchaban.

—Eso sí —protestó una mujer—, en tiempo de elecciones llegó por aquí el candidato con su bola de barberos, y por discursos no quedó. Lo menos que nos prometían era convertir esto en el paraíso terrenal. Y mire usted, estamos peor.

—Tratamos de organizarnos por nuestra cuenta —intervino el director del coro—, pero como nuestro líder era un hermano evangelista, el cura nos echó encima a los papistas y acabamos a golpes.

—Luego vinieron unos estudiantes dizque muy interesados en ayudarnos en lo del drenaje y el agua potable, pero también hubo problemas porque uno de ellos violó a la hijita de Catarino el paletero.

—El año pasado llegaron los comunistas —recordó un anciano—. Sólo que a ellos sí no los quisimos ni nosotros ni los papistas, no faltaba más.

—El único líder bueno que tuvimos amaneció muerto en el canal —habló el encargado del templo—. Dijeron que había sido un pleito por cosa de mujeres, pero no es cierto, para mí que lo mandó matar el delegado porque le estaba sacando sus trapitos frente a las autoridades del Departamento.

Por ahí se hubiera seguido toda la tarde la plática, si al fin Toribio no pone el alto:

—Ya estuvo bien. Vamos hablando de cosas importantes.

A regañadientes, porque ya estaban encarrerados con el tema, los hermanos evangelistas guardaron silencio. Todavía uno de ellos se atrevió a preguntar a Jesucristo si estaría dispuesto a encabezar una nueva organización de vecinos, pero Toribio volvió a interrumpir:

—El maestro es un hombre religioso, no es un político. Él vino a

platicar con nosotros de cosas de Dios. ¿No es cierto, maestro?

—¿Qué son para ti las cosas de Dios? —preguntó Jesucristo.

—Las cosas de Dios son las cosas de Dios —respondió Toribio—. A mí me interesaría saber, por ejemplo, qué piensas tú de nuestras diferencias doctrinales con los católicos.

Jesucristo dejó abierta una pausa mientras extraía de su bolsa trasera el pequeño libro desempastado y amarillento. Luego dijo:

—Vamos leyendo un pasaje del Evangelio, ¿les parece?

—¿Para qué? —preguntó Toribio.

—Para contestar a tu pregunta —aclaró Jesucristo, y abrió de golpe, al azar, el pequeño libro. No dio tiempo a que el aleluya protestara porque se echó a leer de corrido:

Había un hombre que sembró plantas de uva en su terreno, y después lo alquiló a unos trabajadores y se fue de allí por mucho tiempo. Cuando llegó la temporada de la cosecha mandó un siervo para pedir a los trabajadores la parte de la cosecha que le tocaba, pero ellos lo golpearon y lo enviaron sin nada. Entonces el dueño mandó a otro siervo, pero también a éste lo insultaron, lo golpearon y lo enviaron sin nada. El dueño volvió a mandar a otro, pero los trabajadores también lo hirieron y lo echaron fuera. Por fin el dueño del terreno dijo: ¿Qué haré? Voy a mandar a mi hijo querido; cuando lo vean, tal vez le tengan respeto. Pero cuando los trabajadores lo vieron, se dijeron unos a otros: Éste es el que va a recibir la herencia; vamos a matarlo, para que nosotros seamos los dueños. Entonces lo sacaron del terreno y lo mataron. Entonces Jesús preguntó: ¿Qué pues hará con ellos el dueño del terreno? Vendrá y matará a esos trabajadores y dará el terreno a otros. Cuando oyeron esto dijeron: ¡Ni lo quiera Dios! Pero Jesús los miró y dijo: ¿Entonces qué quiere decir lo que está en las Escrituras? Dice así: La piedra que los constructores desecharon ha llegado a ser la piedra principal. Cualquiera que caiga sobre esa piedra será hecho pedazos; y si la piedra cae sobre alguno, lo hará polvo.

Jesucristo cerró el libro suavemente y volvió a guardarlo en su bolsa trasera. Miró a los hermanos evangelistas. Ninguno de ellos hallaba qué decir; se cruzaban muecas y gestos, desconcertados. Al fin tomó la palabra Toribio Alcalde, que empezaba a verse molesto:

—No entiendo a qué viene esa lectura, maestro. Es un pasaje muy bonito, de acuerdo. Es Lucas, ¿verdad? Muy bonito pasaje, pero no tiene nada que ver con mi pregunta.

—Tiene que ver con lo que hemos hablado toda la tarde.

—¿Perdón?

—Piénsenle por ahí, medítenlo un rato y luego discútanlo entre ustedes —sonrió—. Ahí les dejo el problemita. —Se puso en pie y avanzó hacia la puerta del templo.

—¿Ya te vas?

—Ya me voy.

Toribio no pudo ocultar su enojo:

—Pero si no hemos empezado a discutir, se nos ha ido el tiempo en tonterías. Nosotros queríamos discutir problemas doctrinales de fondo. Aquí la hermana trae toda una lista de preguntas.

—Yo ya dije todo lo que tenía que decir, lo siento.

Toribio le cerró el paso hacia la puerta. Se había puesto colorado. La ira le hacía tropezar las palabras.

—No no, tú no te puedes ir; aunque sea por la fuerza, pero tú te quedas, cómo de que no. Los hermanos vinieron a oírte y ora te aguantas… Algunos tuvimos que dejar hasta nuestro trabajo nomás por esta reunión. No hay derecho.

—Lo siento.

—¿O qué? ¿Te vas porque tienes miedo a discutir con nosotros? ¿Tienes miedo a que yo te ponga en ridículo?

—Lo siento —volvió a decir Jesucristo, y de un ligero empellón hizo a un lado a Toribio Alcalde. Salió de la Resurrección de Cristo Nuestro Señor sin detenerse.

Rojo de ira, el aleluya le mentó la madre con un ademán del brazo:

—¡Pinche cabrón, tenías que ser papista!

El tributo debido al César (20, 20-26)

Ahora fue en los alrededores de un campamento de marginados donde le cayeron un par de tipos que dijeron pertenecer al Partido Comunista.

Mateo Leyva lo previno:

—Ten cuidado, maestro, no te vayan a poner un cuatro.

Los tipos no tenían más identificación que unas credenciales mugrosas y arrugadas y la jerga de su lenguaje:

—Se trata de lo siguiente. Aquí cerca, tú ya lo viste seguramente, acaban de abrir un fraccionamiento muy burgués en terrenos que antes fueron de un ejido. Ya abrieron calles pavimentadas, ya pusieron drenaje, agua potable, alumbrado eléctrico, todo, y empezaron a vender como pan caliente los terrenos: a dos mil y dos mil quinientos pesos el metro cuadrado, nomás chúpate eso, no hay derecho. Sobre todo no hay derecho porque nuestra gente jodida, la que vive por aquí, tú la conoces mejor, no tiene siquiera títulos de propiedad ni servicios ni nada. Por eso nosotros pensamos en organizar un grupo numeroso de gente para invadir esos terrenos. Les caemos de golpe, en la madrugada, y rájale, nos instalamos ahí. Tú juntas la gente y nosotros nos encargamos de darle materiales de construcción para que luego luego levanten sus barracas y la colonia popular agarre fuerza

desde el principio. ¿Cómo la ves?

—¿A título de qué se haría la invasión?

—De reivindicación popular, maestro.

—¿Pero a nombre de quiénes invadiríamos?

—De los ejidatarios, por supuesto.

—¿Ellos dónde están?

—No, ellos ya no están aquí. Ellos permutaron sus tierras hace mucho y la mayoría se fue a Veracruz. Pero eso es lo de menos. Nosotros podemos reclamar las tierras a nombre de esos ejidatarios diciendo que no les han cumplido las condiciones de la permuta y mil cuentos más. De la bronca legal nosotros nos encargamos. Tú nada más junta a un buen número de tipos jodidos que no tengan dónde vivir, y de nuestra cuenta corre todo lo demás.

—¿Y la policía?

—También es asunto nuestro, tenemos palancas. Si organizamos bien la invasión no será fácil que nos saquen.

—Pero es una invasión ilegal…

—Tú mejor que nadie sabe que eso de la legalidad es una cuestión muy relativa, maestro. Desde un punto de vista revolucionario, como diría Marx, aquí se trata de expropiar un bien que en su origen perteneció a la clase campesina y del que luego se apropió la clase burguesa aplicando en su beneficio las leyes que ella misma dictó. Tú lo has dicho muchas veces: la verdadera violencia es la violencia institucional. Cuando los jodidos reaccionan y se lanzan a una expropiación como ésta, no ejercen violencia sino justicia. Tú lo dijiste, acuérdate, yo te oí.

—Éste no es el caso.

—Claro que sí, maestro, perdóname…

—¡No lo es! —alzó la voz Jesucristo Gómez—. Yo soy humilde pero no tarugo —les devolvió las credenciales—. Den al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

La resurrección de los muertos (20, 27-40)

—¿Tú crees en la resurrección?

—No sé qué entiendan ustedes por resurrección.

—La resurrección resurrección. Eso de que vamos a seguir viviendo en el cielo o en el infierno… La vieja cantaleta de los curas para hacer que los pobres se resignen a su pobreza con la esperanza de ser felices en la otra vida.

Jesucristo Gómez soltó la carcajada, y los ocho o nueve estudiantes se contagiaron con la risa sabrosa del maestro.

—¿Entonces no crees en la otra vida, en ese cielo lleno de ángeles?

—Creo en la resurrección —respondió Jesucristo.

—¿No dices que no?

—Sólo pregunté qué entienden ustedes por resurrección.

—Eso del cielo lleno de ángeles.

—Es una idea bonita.

—¿Te parece bonita?

—Poética, ¿a ustedes no?

—Lo importante es que sea verdadera desde un punto de vista científico.

—La ciencia tiene muy poco que decir sobre la poesía.

—Entonces Dios es también una idea poética para ti… como el cielo, como la resurrección.

—Cuando se habla de Dios y de resurrección se está hablando de vida. Y la vida es algo más que pura poesía.

—Para nosotros, lo básico es averiguar qué sucede después de la muerte. Ahí está el mero problema.

—Nunca he estado muerto para saberlo.

—Pero crees en la resurrección.

—Creo en la resurrección como vida.

Los ocho o nueve estudiantes amontonaron sus voces para protestar:

—No, no te salgas por la tangente, eso no se vale.

—No me salgo. Yo hablo de cosas concretas: de lo que sé, de lo que conozco, de la vida que tengo aquí, ahora.

—También hablas de Dios, y Dios no es una idea concreta para nadie.

Jesucristo miró a cada uno de los ocho o nueve estudiantes: los ojos cajeta de la joven de cabello lacio, la nariz torcida del chaparrito de chamarra verde, la frente llena de granos del más alto del grupo, la sonrisa del morenito simpático… Después dijo, despacio, con voz muy clara:

—El Dios en el que yo creo es un Dios de vivos, no de muertos.

Cristo, hijo y Señor de David.
Los escribas juzgados por Jesús (20, 41-47)

—Si ustedes dicen que el Evangelio es palabra de Dios, cómo pretenden ser fieles a Dios olvidando lo que el Evangelio dice sobre los pobres. Y si ustedes dicen que Jesús es hijo de Dios, cómo pretenden seguir a Jesús si no renuncian a todo para luchar por la justicia.

Para los sacerdotes eso fue más que suficiente. Hasta ahí. No tenía caso seguir escuchando a ese pobre demagogo, dijo uno; a ese alborotador de pacotilla, dijo otro. Hasta ahí. Le volvieron la espalda, se fueron sin chistar.

Entonces Jesucristo, molestísimo, se puso a decir en voz alta a sus discípulos, delante de toda la gente:

—Miren bien a sus sacerdotes, véanlos tal como son: burgueses de mierda, empleadillos de los poderosos. Con tal de no perder sus influencias y conservar sus mugres privilegios, son capaces de justificar en nombre de Dios las peores injusticias. Pero así les va a ir, bola de fariseos. Cuando el pueblo se levante ustedes serán los primeros en caer, por miserables.

El óbolo de la viuda (21, 1-4)

Entraban y entraban peregrinos a la nueva basílica de la Guadalupana: descalzos, en huaraches, de rodillas, los brazos en cruz, lagrimeando algunos, suplicando todos un milagro a la Virgen morena alumbrada ahora por racimos de lámparas en su templo nuevecito.

También Jesucristo y sus discípulos le rezaron un rato largo a la Virgen y oyeron misa de once.

Luego descendieron por la rampa hacia la zona de establecimientos comerciales. Más que un tianguis de pueblo, aquello parecía un supermercado donde se podía comprar de todo: desde estampas y artículos religiosos hasta discos y ropa. Un vendedor que no les vio cara de pobres trató de enjaretarles unos bonos guadalupanos, emitidos para costear la millonada de pesos que se ha gastado en la construcción de la nueva basílica —les explicó el vendedor—. Y gracias a Dios no faltan católicos generosos como aquel señor, miren —y señaló a un hombre bien trajeado que caminaba rumbo al estacionamiento—. Acaba de comprar ochenta y cinco mil pesos en bonos guadalupanos. Así como lo oyen, sin aspavientos: sacó la chequera y zas, escribió ochenta y cinco mil pesos y se fue tan tranquilo. Es edificante ¿no les parece?

Pese a sus esfuerzos por hacerles adquirir siquiera un bono, el vendedor no logró sacar un quinto a Jesucristo y los discípulos. El maestro salió con ellos al atrio y juntos rodearon la construcción para dirigirse a la antigua basílica.

—Yo venía cada mes —recordó Pedro Simón.

—Yo cada año, en diciembre, cuando las fiestas —dijo Juancho Zepeda.

Se detuvieron todos porque Jesucristo se detuvo para observar de lejos a un anciano andrajoso que con voz muy bajita cantaba una canción mientras extendía su mano hacia los peregrinos. Una mujer encorvada, envuelta en un rebozo negro, se hallaba en aquel instante frente al mendigo. Se veía tan miserable como él y nadie se hubiera extrañado de encontrarle a las puertas de un templo pidiendo limosna. La mano temblorosa de la mujer hurgó en el interior de una bolsa de ixtle, hasta que al fin extrajo unas cuantas monedas que depositó en la palma callosa del anciano cantor.

—¿Se fijaron? —dijo Jesucristo a sus discípulos—. Eso sí es

edificante, más que los bonos del tipo de los ochenta y cinco mil pesos.

—Sí ¿verdad?

—Aquél dio nada más un poco de lo que le sobraba para un templo muerto, mientras esta mujer dio todo lo que tenía para un templo vivo.

Discurso sobre la ruina de Jerusalén. Señales precursoras. Asedio a Jerusalén. La catástrofe y el tiempo de los gentiles. Catástrofes cósmicas y venida del Hijo del hombre. Parábola de la higuera. Estar alerta para no ser sorprendidos (21, 5-36)

—Llegará el día en que la fe saldrá de los templos y no será necesario encarcelar a Dios en las iglesias. La fe dejará de estar sujeta a dogmas para convertirse en una forma de vida.

—¿Falta mucho para ese día, maestro?

—Falta mucho. No se dejen engañar por los pacifistas. La paz nacida del miedo no es la paz de la que yo hablo. Primero habrá que luchar contra todo lo establecido y eso llevará mucho tiempo. Será una guerra prolongada. Costará muchas vidas. Provocará represiones, torturas, muertes, ya se los dije. Algunos sufrirán el exilio, otros la cárcel y los peores tormentos contra los que sólo queda oponer el testimonio del dolor y de la sangre. Y de la perseverancia. Claro que no será fácil mantener las convicciones cuando se vean traicionados por sus amigos, perseguidos por sus hermanos, combatidos por sus viejos compañeros, pero tampoco será en balde porque todo gobierno sostenido por el terror terminará siendo víctima de su propio terror. La violencia lo sepultará. Pobres de aquellos que vivan para entonces, porque nadie detendrá a las turbas de los miserables. Será el tiempo del desquite y la revancha y tras él llegará la liberación definitiva. No será difícil presentirlo. Se anunciará como se anuncia la primavera en los árboles del campo. Cuando vean a los poderosos aferrarse a sus valores y defender a la desesperada sus privilegios, den por seguro que se acerca el tiempo de la verdadera justicia. No tardará demasiado. Antes de que esta generación desaparezca sucederá lo que digo. El cielo y la tierra pasarán, pero no mis palabras. Ojalá y para entonces no hayan renunciado ustedes a sus convicciones ni hayan perdido el espíritu de lucha y de justicia. Que cuando llegue el día de la liberación, cuando los oprimidos se levanten, los encuentren a ustedes combatiendo a su lado, en su misma trinchera.

Los últimos días de Jesús (21, 37)

Jesucristo seguía oyendo misa todos los días, en este o en aquel templo, y en las noches dormía al descampado. Los humildes preguntaban por él a todas horas: iban a buscarlo, no lo dejaban en

paz.

VI

La Pasión

Conspiración contra Jesús y traición de Judas (22, 1-6)

El pecas Montoya aplastó la colilla en el cenicero repleto y arrojó su último disparo de humo:

—Si no lo agarramos ahorita se nos va a pelar.

—¿Estás seguro que es de la Liga? —preguntó el Toro Lagunes.

—De todos modos está chingando igual —dijo el Pecas.

Siguiendo la música a todo volumen que brotaba del viejo tocadiscos, una media docena de parejas bailaba en el centro del salón, bajo las luces rojas y naranjas de los spots.

—Ya oíste a Trejo; otro escandalito y a los que se van a chingar es a nosotros.

El Toro Lagunes bebió su último trago de Presidente y después se frotó los ojos con el pulgar y el índice. Estaba cansado. Su enorme cuerpo desbordaba la silla de la mesita rinconera, en la zona más apartada del prostíbulo. Hubiera querido irse a dormir y dejar el asunto para mañana, pero el Pecas Montoya lo acosaba con su terquedad de siempre:

—Ese cuate te la pone fácil, óyelo aunque sea.

—¿Cuánto le ofreciste?

—Eso es lo de menos —dijo el Pecas, y sacó otro cigarrillo que encendió de inmediato.

—¿Sabe que no quiero escándalos?

—Claro que lo sabe, por eso me buscó… ¿Te lo traigo de una vez?

—¿Está ahíafuera?

—Me está esperando —asintió el Pecas Montoya. Se puso en pie como si el Toro ya hubiera aceptado, pero aún tuvo que aguardar unos segundos.

Lagunes bebió ahora del vaso de agua mineral antes de decir:

—Tráilo pues.

El Pecas Montoya atravesó por donde bailaban las parejas. Saludó a una mujer de ojos rasgados que se hallaba junto a la barra, y desapareció por el pasillo. Aprovechando la ausencia del Pecas, la mujer de ojos rasgados fue a sentarse a la mesa del Toro. Éste la miró con desgano:

—¿Estás cansado? —preguntó la mujer.

El Toro enchuecó la boca.

—¿No invitas un trago?

—No vengas a fregar —dijo el Toro—. No estoy de humor.

Cuando el Pecas Montoya regresó a la mesa en compañía del hombre, la mujer de ojos rasgados ya se había levantado y se dirigía de nuevo hacia la barra. El Pecas se cruzó con ella. Le dijo al paso, palmeándole una nalga:

—No te vayas a ir.

El hombre que acompañaba al Pecas vestía un pantalón de dril y llevaba sobre la camisa abierta una chamarra amarilla, muy sucia. Se apoyó en el respaldo de una silla situada al otro extremo de donde se hallaba el Toro. El Pecas lo animó a tomar asiento mientras él hacía lo propio.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó el Pecas.

El hombre negó con la cabeza.

Después de vaciar el resto de la botella de agua mineral dentro de su vaso, el Toro Lagunes miró fijamente al hombre. Bebió un sorbo. Eructó.

—¿Cómo te llamas?

—Justo Irigoyen —respondió el hombre.

—Me imagino que ya sabes lo que quiero.

—Sí, señor.

—Nada de ruido.

—Por eso no hay problema.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor, yo lo conozco bien.

—Pero él anda siempre con mucha gente, ¿cómo te las vas a arreglar?

—Yo sé el modo, ya le expliqué al compañero.

El Pecas Montoya no se arrancó el cigarrillo de los labios para hablar; dejó que vibrara en el aire, como el palillo de un tambor:

—Ellos nada más son doce y a veces anda hasta con menos, ¿no es cierto?

—Pero nunca duerme en la misma parte —advirtió el Toro Lagunes.

—Es cosa de encontrar el momento —dijo Justo Irigoyen.

—¿Ahorita por dónde andan? —preguntó el Pecas.

—Ahorita en Contreras y mañana parece que nos vamos a Iztapalapa, aunque no es seguro, nunca nos avisa con anticipación.

—¿Sabe que le tenemos echado el ojo?

—Sí, señor.

—Por eso se esconde…

—Sí, anda muy asustado.

—Lo importante es hacer las cosas sin escándalos. Para eso no necesitamos a nadie.

—No habrá escándalos, señor.

El Toro Lagunes bebió el agua mineral con un gesto de repugnancia y después de dejar el vaso sobre la mesa lo apartó con las falanges, como con asco.

—¿Y cuánto quieres por el servicio? —preguntó.

Justo Irigoyen giró la cabeza hacia el Pecas Montoya.

—Aquí con el compañero habíamos hablado de tres mil.

—¿Tres mil pesos? —Una risotada sacudió el cuerpo del Toro Lagunes. Su vientre golpeó en el borde de la mesa.— ¡Estás loco!

—No habrá escándalos, señor.

—Así, prefiero los escándalos.

—¿Cuánto ofrece?

—En esos términos nada, olvídalo. No es tan importante.

—Que sean dos y medio, señor.

—¡Es una barbaridad! Por esa lana yo me escabecho a cuatro pendejos… Ni que fuéramos a agarrar al jefe de la Liga.

—Él es el jefe.

—No de la Liga, no seas buey. Es un simple revoltoso.

—Pero no han podido agarrarlo.

—No hemos querido, que es distinto. Por no soliviantar a la gente.

—Conmigo no habrá escándalos.

—Te doy mil varos y di que te fue bien.

—Que sean dos, patrón.

—Ni un centavo más.

—Uno y medio.

—Mil varos, y ya es mucha lana. Me puedo buscar otro, no es tan difícil.

Justo Irigoyen volvió a mirar al Pecas Montoya como para pedirle ayuda, pero el Pecas Montoya se mantuvo de perfil con los ojos clavados en el cenicero donde apagaba su cigarrillo, retorciéndolo. Regresó su mirada al Toro Lagunes en el momento en que éste comenzaba a levantarse trabajosamente de la silla.

—Está bueno señor, que sean mil pesos —dijo Justo Irigoyen.

—¿Cuándo podemos caerle? —preguntó el Pecas.

—Denme una semana, yo les aviso.

—No más —dijo el Toro Lagunes—. Si en una semana no tenemos noticias, se acabó el negocio.

El Toro se había levantado al fin y se frotaba los ojos con el índice y el pulgar. Justo Irigoyen y el Pecas Montoya se levantaron también.

—Buenas noches patrón —dijo Justo Irigoyen.

El Pecas le palmeó la espalda. Justo Irigoyen se dio la media vuelta y caminó por el salón buscando la salida. Cuando hubo desaparecido a través del pasillo, el Pecas guiñó un ojo al Toro:

—Te lo dije.

Por toda respuesta, Lagunes sopló con las narices, sonriendo.

—¿Te vas por ahi?

—No, me quedo un rato —dijo el Toro Lagunes—. Me voy a echar un palo. —Y con la mano en alto llamó la atención de la mujer de los ojos rasgados que seguía de pie junto a la barra.

Preparativos para la Cena pascual (22, 7-13)

Jesucristo andaba buscando un lugar seguro donde esconderse con sus discípulos.

—Podemos ir a casa de Jacinto Castaño —propuso Pedro Simón.

—O con Mari la de Iztapalapa —dijo Juancho Zepeda.

No. Tenía que ser un lugar de veras seguro que la gente ni se imaginara. Un lugar para estarse ahí tres o cuatro días. Donde Jesucristo pudiera hablar un rato largo con sus discípulos.

—Entonces tú di.

Jesucristo se acordó de Catarino Galíndez.

Catarino Galíndez era dueño de una fonda en Tacubaya, a la vuelta del cine Carrusel. Arriba de la fonda, en la planta alta, había un local muy amplio que Catarino usó en un tiempo como salón de banquetes y cerró luego porque el negocio no daba para tanto. Ahora estaba hecho una mugre, lleno de trebejos.

—Vayan a ver a Catarino de mi parte y pregúntenle si nos puede prestar su local por unos tres o cuatro días —dijo Jesucristo a Pedro Simón y Juancho Zepeda.

Pedro Simón y Juancho Zepeda se apersonaron esa misma tarde con el fondero, y el fondero encantando: cómo no, lo que el maestro quiera, no faltaba más. Hasta les mandó escombrar y limpiar un poco el sitio, y les preparó una cena de bienvenida con pozole y pambazos. De beber, les envió cuatro cartones de cervezas. A todo dar.

La Cena pascual. Institución de la Eucaristía. Anuncio de la traición de Judas. ¿Quién es el mayor? Recompensa prometida a los apóstoles. Anuncio de la negación y del arrepentimiento de Pedro. La hora del combate decisivo (22, 14-38)

Los discípulos estaban felices. Juntaron dos largas mesas de las que Catarino Galíndez había comprado para su salón de banquetes y se alistaron para entrarle con fe al pozole y los pambazos.

—Hacía mucho que tenía ganas de cenar así con ustedes —dijo Jesucristo Gómez.

La verdad, se veía tristón. Su tono de voz siempre ronco, muy alto, se adelgazaba ahora hasta volverse por momentos inaudible. Los discípulos tenían que callarse entre sí para alcanzar a oír al maestro.

—Con suerte ya nunca volvernos a estar juntos y me gustaría que

no olvidaran esta cena. Para mí será la última, a lo mejor.

Felipe Higuera codeó en el brazo a Santiago el de Aguascalientes:

—¿Qué le pasa?

—No entiendo.

—Dejen oír —los calló Simón Vázquez.

Andrés y Juancho Zepeda destaparon las cervezas mientras Jesucristo repartía personalmente los pambazos. Se los fue sirviendo a uno por uno:

—Éste es mi cuerpo —dijo.

—¿Tu qué?

—Cuando cenen entre ustedes, con sus amigos, acuérdense de hoy.

Regresó a su lugar. Levantó su botella.

—Salud —dijo—. Para que Dios me dé fuerzas.

—Salud —dijeron los discípulos, y empezaron a beber sin medida.

—¿Fuerzas para qué, maestro? —preguntó Pedro Simón.

—Van a agarrarme —respondió Jesucristo—. Uno de ustedes me traicionó.

Pedro Simón se echó para atrás y su mirada de asombro se topó con la de Juancho Zepeda. No todos habían oído la afirmación de Jesucristo, pero al rato ya todos estaban discutiendo sobre el tema. Era absurdo. No podía ser. Cómo que uno de ellos. Por qué razón. Quién.

—A ver, barájala más despacio —pidió Santiago el de Aguascalientes.

—Sí sí, cómo está eso —dijo Tomás Carrillo.

Jesucristo no quiso dar más detalles. En silencio se puso a comer sus pambazos mientras Felipe Higuera la emprendía contra Mateo Leyva, ya medio acalorado por las cervezas:

—Qué se me hace que eres tú.

—Yo por qué —replicó altanero Mateo Leyva.

—Porque te las das de muy salsa y muy leido. Te sientes muy importante.

—¡No seas pendejo!

Jesucristo paró en seco la discusión:

—Aquí nadie es más importante que nadie, ya se los he dicho muchas veces. Éste no es un partido político ni un sindicato, ¿qué no entienden? Entre nosotros, cada quien vale en la medida en que se pone al servicio de los demás como un criado. ¿No me puse yo mismo a servirles la cena? ¿Entonces?

Por un rato se apaciguaron los ánimos. Jesucristo siguió hablando:

—Para mí todos ustedes valen lo mismo, y me siento muy contento de que hayamos andado juntos tantos meses pasando todo lo

que hemos tenido que pasar. No ha sido en balde, de veras se los digo, y estoy seguro…

Se interrumpió porque Pedro Simón, al otro lado de la mesa, había comenzado a discutir en voz baja con Bartolomé Martínez:

—Ay Pedro, Pedro, tú siempre alegue y alegue. No sabes cómo le pido a Dios que te dé cacumen para ayudar a unir a tus compañeros.

Pedro Simón dejó a un lado la cerveza y agitó la mano:

—No maestro, lo que pasa es que aquí nadie parece darse cuenta de que tú acabas de hablarnos de una traición. Y eso es muy grave. A ti no van a agarrarte así como así y necesitamos hacer algo si las cosas van a ponerse duras… Yo no sé qué piensen los demás, pero sí te digo una cosa delante de todos: yo estoy dispuesto a rifármela contigo hasta la muerte.

—No hables por hablar.

—No son habladas, maestro.

—Son habladas, Pedro. Si me agarran, tú serás el primero en voltearme la espalda.

—Eso sí que no.

—Ojalá y no, pero no es tan fácil como piensas.

Se había hecho un silencio en el local de Catarino Galíndez. Los discípulos continuaban bebiendo, aunque ahora se les veía cariacontecidos, temerosos. No alcanzaban a entender.

—¿Se acuerdan ustedes cuando los envié por los pueblos a trabajar solos? —siguió Jesucristo Gómez—. Los mandé sin dinero, ¿se acuerdan? Les dije que no llevaran nada para el camino ni pensaran en dónde iban a dormir o cómo conseguirían qué comer. ¿Les faltó algo entonces?

—Nada, maestro —dijo Juancho Zepeda.

—Nos fue de maravilla —completó Justo de Santiago.

—Pues ahora les digo que los tiempos ya no son los mismos y que no esperen respuesta de la gente. Si alguien tiene forma de conseguir dinero, consígalo; y el que no consiga nada, que venda su camisa o su chamarra para comprar un arma. Porque ahora me persiguen como a un asesino y tratarán de acabar conmigo y con ustedes.

Los discípulos se pusieron de pie y de nuevo empezaron a discutir. Hablaban al mismo tiempo. Se arrebataban la palabra:

—Si se trata de pelear yo puedo conseguir escopetas —dijo Simón Vázquez.

—Levantamos a la gente de Iztapalapa.

—Nos pelamos para el Ajusco —propuso Tomás Carrillo.

El ruidero era mayúsculo. Las cervezas enardecían a los discípulos.

—También para los trancazos nos pintamos solos.

—Tenemos mucha gente de nuestra parte.

—A mí me la pellizcan.

—¡Basta! —gritó Jesucristo Gómez encolerizado—. ¡Cállense ya!

Agonía de Jesús. Prendimiento de Jesús (22, 39-53)

Para hacer la digestión y bajar las cervezas salieron a caminar por los alrededores, hasta el parque Lira. La noche era oscurísima y el frío calaba duro.

Apenas llegaron al parque, varios discípulos se tiraron en los prados.

—No se duerman —les pidió Jesucristo.

Pedro Simón y Juancho Zepeda lo acompañaron un rato en su caminata, pero también ellos se dejaron caer en una banca vencidos por el cansancio.

—No se duerman —insistió Jesucristo.

—No maestro, no te apures, aquí te esperamos.

Jesucristo se internó en el parque, muy ansioso. Sentía ganas de echarse a correr: cruzar la calzada, perderse por las calles del barrio, esconderse en una vecindad, en la casa de un amigo, no faltaría dónde, y huir a su pueblo, al cerro, a donde no lo encontraran nunca; pasaría tiempo, dejarían de buscarlo, se olvidarían de él, pero más tarde que temprano él mismo regresaría a las andadas y terminaría en este parque o en cualquier otro, igualito.

Estaba sudando. Se echó el cabello para atrás y se tocó la frente: los goterones le humedecieron las yemas endurecidas. Una temblorina sacudió su cuerpo.

Regresó a buscar a sus discípulos y encontró a Pedro Simón y a Juancho Zepeda profundamente dormidos. Pedro Simón se había tendido sobre las piernas de Juancho Zepeda, mientras éste, encogido en la banca, improvisaba una almohada con sus brazos: de su boca babeante escapaba un ronquido. Jesucristo los sacudió con fuerza:

—No se duerman, carajo, por favor.

—No maestro, no estamos dormidos —se enderezó Pedro Simón.

—Aquí estamos. Qué pasa.

No había terminado de hablar Juancho Zepeda cuando un grupo de sombras avanzó desde el fondo de la callecita. Era media docena de tipos vestidos de civil. Delante caminaba Justo Irigoyen.

—Dónde se habían metido, maestro —dijo Justo Irigoyen—. Los andaba buscando. —Con su derecha tocó el hombro de Jesucristo, pero éste se sacudió el ademán.

—No tenías por qué hacerlo, Justo.

Dos de los tipos, uno por la derecha y otro por la izquierda, sujetaron de los brazos a Jesucristo. Ya para entonces los discípulos habían llegado corriendo al lugar.

—¡Suéltenlo! —gritó Pedro Simón, y lanzó un puñetazo contra

uno de los captores. Lo alcanzó en el maxilar, abajito de la oreja.

Jesucristo se zafó momentáneamente para detener el trancazo de respuesta del golpeado, mientras los demás hombres empezaban a repartir manotazos.

—No armen escándalo—dijo.

Retrocedieron asustados los discípulos. Más de uno se echó a correr.

El que detuvo a tiempo la golpiza fue un hombre extremadamente gordo que parecía el jefe.

Jesucristo se dirigió al golpeado por Pedro Simón:

—Disculpe —dijo—. A mí es al que buscan, ¿no?

El hombre gordo avanzó hasta Jesucristo y lo tironeó de los cabellos.

—No tenían por qué agarrarme como a un bandido. Siempre andaba entre la gente, a la luz del día.

—¡Jálele! —fue la única respuesta del hombre gordo.

Sólo se llevaron a Jesucristo Gómez.

Negaciones de Pedro (22, 54-62)

Tan luego aprendieron a Jesucristo, Pedro Simón se fue corriendo a la delegación de Tacubaya pensando que para allá se lo habían llevado. Su celo y su prisa, sin embargo, se cambiaron en miedo apenas el discípulo entró en el edificio. Despacio cruzó el patio y despacio, haciéndose el despistado, llegó al local donde se oía gran alboroto. Rodeados por un montón de testigos, dos hombres rendían declaración ante el agente del ministerio público: uno de ellos sangraba abundantemente de la cara y el otro tenía un gran moretón en el ojo izquierdo. Los hombres y mujeres que los cercaban interrumpían a cada momento las declaraciones para prolongar el pleito que seguramente había dado origen a las heridas. Mientras el agente del ministerio público sofocaba a gritos y amenazas el escándalo, un empleado aporreaba una máquina de escribir ajeno a la trifulca. Pedro Simón observó un rato el alboroto y luego, cauteloso, se asomó a varias puertas esperando descubrir algún rastro de Jesucristo o sus captores. Dio un respingo cuando descubrió que un policía uniformado lo miraba fijamente. El discípulo quiso responder con una sonrisa, pero sólo torció la boca.

El uniformado se acercó:

—¿Buscaba a alguien?

—No no —contestó Pedro Simón y trató de sonreír nuevamente. Salió al patio, a la calle. Regresó a los pocos minutos.

Empezaba a incursionar por un pasillo largo cuando un hombre corpulento le cerró el paso. El hombre iba acompañado de un tipo chaparrito de cejas muy espesas.

—Óyeme, ¿tú no andabas con Jesucristo Gómez?

Pedro Simón sintió que se le aguadaban las piernas.

—Claro —dijo el chaparrito de las cejas espesas—. Éste andaba en Contreras el día del escándalo, me acuerdo muy bien.

—No sé de qué me hablan —dijo Pedro Simón.

—No te hagas pendejo.

—De veras no sé de qué me hablan —insistió Pedro, temblando.

—Hazte buey; tú eres de la gente de ese loco.

—Ni siquiera lo conozco, palabra, me cai que no.

El hombre corpulento le dio un fuerte empellón y luego soltó una carcajada cuando lo vio correr hacia la calle.

Nadie intentó seguirlo, pero Pedro Simón continuó corriendo hasta llegar a la plaza y perderse por las calles del mercado. Se detuvo bajo el quicio de una puerta. Jadeaba.

Recordó entonces las palabras de Jesucristo y se soltó a llorar como un niño.

Primeros ultrajes (22, 63-65)

No lo golpeaban en la cara. Con los puños o las manos de canto le atizaban duro en el vientre, en los costados, en la espalda. Un rodillazo en los testículos le arrancó un aullido, y cuando caía de boca, doblado en arco, el puntapié le partió la barbilla. Tirado en el suelo continuó recibiendo patadas que lo balanceaban como a un cilindro.

—¿Vas a hablar cabrón?

Ya había dicho todo lo que querían. Que era un alzado. Que encabezaba un grupo subversivo. Que había participado en el asalto a un banco y en el asesinato alevoso de dos policías.

Pero ni eso fue suficiente.

Después de otra tanda de patadas en los testículos lo llevaron al tonel de agua. Dos garras le atoraron los brazos a la espalda mientras otra lo prendió de los cabellos y le hundió la cabeza durante segundos que fueron horas. Desesperante. Cuando por fin lo enderezaron trató de jalar aire con la boca, pero no la cerraba aún cuando ya estaba de nuevo adentro. Así una vez y otra vez y otra más.

La sangre de su barbilla se disolvió en el agua sucia del tonel.

—A ver si así aprendes, hijo de tu chingada.

—Buenos para andar jodiendo, pero a la hora de la hora aquí se tuercen, cabrones.

Lo dejaron caer en el piso de cemento. Desde allí miró a sus verdugos: eran tres, pero no pudo distinguirlos claramente; sólo notó que vestían de civil y que uno de ellos era güero y tenía la camisa arremangada y abierta a la altura del ombligo. Los tres se apartaron hasta el fondo del cuartucho iluminado apenas por la luz de un foco

pelón que pendía del techo, como una lágrima.

El güero encendió un cigarrillo, y su primera fumada brotó al mismo tiempo que su risa. Durante diez o quince minutos los tres hombres conversaron a media voz. Luego uno de ellos regresó con Jesucristo. Cuando se detuvo a pocos centímetros, Jesucristo reconoció al hombre gordo que había encabezado su captura en el parque Lira.

—¿Cómo vas, cabrón?

Jesucristo meneó la cabeza. Con el dorso de la mano se frotó la herida de la barbilla.

—¿Por qué me pegan? —dijo débilmente.

El gordo escupió un salivazo que se estrelló en el pómulo izquierdo de Jesucristo. Sonrió.

—¿Te ablandaste ya?

Jesucristo asintió un par de veces.

—Pues todavía te falta lo mero bueno. A ver si así dejan de andar chingando, cabrones.

El güero y el otro se reunieron con el gordo y Jesucristo comenzó a gimotear. Temblaba, como acalambrado. Sus lágrimas se emplastaban con la mugre y la sangre de sus mejillas.

Lo tendieron en el suelo, bocarriba. El güero se montó sobre su vientre y le atenazó las manos mientras su compañero lo agarraba de los cabellos para hacer que la cabeza de Jesucristo quedara en ángulo, con la nariz apuntando al techo. Quién sabe de dónde sacaron la botella de cerveza que el hombre gordo, acuclillado, empezó a vaciar lentamente dentro de los orificios nasales de Jesucristo. El maestro pataleaba, se retorcía, quería gritar, pero el líquido, la espuma, el gas, le apuñaleaban la garganta ahogándolo y quemándolo como si todo el infierno se le metiera en el alma.

El tormento duró una eternidad, pero no fue el último. Una hora después le aplicaron la picana eléctrica en las axilas, las tetillas, los testículos, el recto, hasta que perdió el sentido.

Lo dejaron solo el resto de la noche, tendido en el suelo.

El gordo dijo al salir del cuartucho:

—Chingaos, éste no aguanta nada.

Jesús ante el Sanedrín (22, 66-71)

—¿Dónde más anduviste, en Guerrero?

—Unos meses nomás.

—Con la gente de Ignacio Farías.

—A ése ni lo conozco.

—Pero sí conoces a su gente: al Gato Sandoval, a Felipe Hurtado, al roto Casillas. Tú eras su contacto en el Bajío, no te hagas.

—(¿Escribo eso?)

—Escríbele.

—

—Y de Chiapas ¿qué? Anduviste en la sierra.

—Estuve una temporada con los chamulas.

—Alborotándolos.

—No.

—Alborotándolos, cabrón, cómo de que no. Tú estuviste en el levantamiento de Juan Lobo.

—Ya me había ido.

—Pero los dejaste bien organizados, hay pruebas… Si pendejo no eres.

—

—Escribe eso también. Luego te doy la fecha exacta del levantamiento.

—

—Del Estado de México ya ni te pregunto. Se las debes muy gordas a don Horacio Mijares. ¿O me vas a decir que tampoco conoces a don Horacio?

—Personalmente no.

—Ah qué chingón ¿sí?… Mira buey, nomás con las denuncias de don Horacio tienes para pasarte la vida en el tambo.

—Yo también tengo muchas denuncias contra Mijares.

—Cállese pendejo. No te quieras hacer el chistoso porque mando a que te rompan la madre otra vuelta. ¿Quieres otra calentada?

—No.

—Entonces cállese.

—(¿Qué escribo de don Horacio Mijares?)

—Nomás pon ahíque se adjuntan las denuncias, luego te las paso. Son un chingo, carajo. Hasta los curas te acusan de no sé cuántas fregaderas… ¿Pues qué estabas pensando tú? ¿Querías armar la revolución? ¿Querías tumbar al gobierno?

—Quería que cambiaran las cosas.

—¿Qué cosas?

—Las injusticias.

—Ah qué bonito.

—

—Y cómo pensabas hacerlo, ¿alborotando a la gente?

—

—Contesta, cabrón.

—Abriéndoles los ojos… Eso no es un delito.

—Según y cómo. Las organizaciones clandestinas no están permitidas. Para eso existen los partidos políticos.

—Yo no trabajaba en ninguna organización clandestina.

—Pero tenías un grupo, ¿no? ¿Como de cuántos?

—Nomás de los que querían seguirme. Tratábamos de ayudar a la gente inspirados por Dios.

—¿Inspirados por quién?… Ah carajo, eso sí que está de pelos. A ver ¿cómo está eso?

—(¿Escribo lo de Dios?)

—Tú escríbele todo.

—

—A ver, viene.

—Inspirados en el Evangelio.

—Puta madre, pero si tú eres comunista… ¿O no eres comunista?

—

—Contesta buey, te estoy esperando.

—

—¿No me oyes?

—No tengo más que decir. Ayudábamos a la gente inspirados en el Evangelio, es todo.

—¿Te sentías Jesucristo o qué?

—Jesucristo es mi nombre.

—Y te tomaste muy en serio el nombrecito ¿verdad? Pa su mecha, lo que se encuentra uno.

—(¿Pongo otra hoja? Ya son las diez y media.)

—No, párale ahi, con eso es bastante.

El que escribía a máquina reunió el altero de hojas. Las emparejó golpeándolas de canto contra la mesa y luego las entregó al interrogador. Éste las revisó rápidamente y se acercó a Jesucristo. Le tendió una pluma atómica, junto con la última hoja.

—Fírmale.

Jesucristo Gómez escribió Jesucristo Gómez debajo de la última línea.

Jesús ante Pilatos (23, 1-7)

El Procurador andaba retrasado: media docena de personas lo aguardaban en la antesala y a las tres tenía una comida con el secretario de Gobernación. Por eso hojeó nada más el expediente y replicó de mal modo:

—Yo no sé para qué me traen este chisme.

—El tipo es peligroso, licenciado, se cree enviado de Dios.

—Pues imagínese, está loco. No es para armar tanto argüende.

—Él es el que ha armado los argüendes, licenciado, nomás vea su declaración. Estuvo coludido con células guerrilleras y andaba formando un grupo subversivo en Iztapalapa.

—Pero yo no quiero ahorita más presos políticos.

—Sí licenciado, pero qué le vamos a hacer. A nosotros nos dieron órdenes de agarrarlo y lo agarramos. Y resultó un pez bien gordo…

Écheles un vistazo aunque sea a los cargos que le achaca don Horacio Mijares.

Al oír Horacio Mijares, el Procurador papaloteó las cejas. Se inclinó sobre el expediente y esperó a que su interlocutor le buscara las hojas importantes. Leyó a saltos unas cuatro páginas.

—Ah caray.

—Ve cómo tengo razón, licenciado. Si fuera un asunto menor no me atrevería a molestarlo.

El Procurador se rascó el entrecejo. Se levantó del sillón.

—¿Sabe qué vamos a hacer?

—Usted dice, licenciado.

—Llévenselo al Estado de México y que ahí se encarguen.

—Óigame licenciado…

—Hágalo así como le digo, ¿de acuerdo? Es más un asunto de ellos que de nosotros.

—No licenciado, permítame…

—Y téngame al tanto, ¿de acuerdo?

Jesús ante Herodes (23, 8-12)

De su casa de campo, la vieja hacienda amurallada, don Horacio Mijares se trasladó a Toluca apenas supo que Jesucristo Gómez estaba en la procuraduría del Estado de México. Había recibido la noticia como un regalo y fue a visitar a su viejo enemigo con el gusto con que habría ido a encabezar un mitin.

Igual que se abrían siempre las puertas de los despachos privados y de las oficinas públicas, se abrieron hoy para Horacio Mijares las puertas de la procuraduría, como si el cacique fuera un ministro o el mismísimo gobernador.

Acompañado por el policía judicial que trasladó a Jesucristo Gómez a Toluca, Mijares entró en la pequeña y maloliente celda en donde habían confinado al maestro. Éste se hallaba recostado en el suelo, adolorido aún por una nueva golpiza ordenada por el procurador estatal para que don Horacio se lo encontrara bien amansado, así dijo, sin fuerzas para portarse respondón.

Jesucristo levantó la cabeza cuando la cuchillada de luz partió la celda por la mitad. Vio avanzar dos bultos.

—Tenía ganas de verte —dijo luego luego don Horacio Mijares—. Ya hacía mucho tiempo que no sabía de ti.

Jesucristo se reacomodó en el suelo. Apoyó su espalda sobre la pared.

—¿Ves cómo acaban los cabrones como tú? —siguió diciendo Mijares—. ¿Ves de qué sirvió toda tu palabrería? Tanta lucha para soliviantar al pueblo en mi contra y mira dónde estás ahora, hecho una lástima, todo jodido. ¿Y dónde está tu gente, a ver? La de

borregos que te seguían ¿dónde están? Quién mueve ahora un dedo por ti, cabrón… Y lo que son las cosas, eh: el único que puede hacer algo a tu favor soy yo, mi amigo, no hay otro. A lo mejor hasta me compadezco y te salvo, ¿cómo la ves?

Con los labios bien apretados, Jesucristo permaneció totalmente inmóvil. Su mirada altanera y punzante era la única señal de fuerza que parecía quedar en su cuerpo.

—Vamos hablando si quieres —continuó el cacique—. Pídeme ayuda, de buen modo, y quien quite y nos entendamos.

Como Jesucristo no parecía dispuesto a responder una sola palabra, el policía judicial se acercó a él y de buenas a primeras le soltó un rodillazo en plena cara:

—¡Contesta cuando te hable don Horacio, cabrón!

La cabeza de Jesucristo golpeó primero contra la pared y luego su cuerpo cayó de bruces sobre el piso encharcado. Varias heridas volvieron a sangrar.

—¡Contesta si no quieres otra madriza!

Apoyándose en las palmas, Jesucristo irguió trabajosamente el cuerpo como un reptil y con la mirada buscó a Mijares. No había terminado de tensar los brazos cuando otro puntapié lo derribó de nuevo.

Quedó tendido, exánime.

Horacio Mijares tomó del brazo al policía judicial y salió con él de la celda.

—¿Van a juzgarlo aquí?

—No sé, don Horacio, pero yo quisiera llevármelo para México, no nos vayan a salir luego con una chingadera. Ya ve cómo está de blando el gobernador con eso de la amnistía.

—En México están igual, o peor.

—Todo es cosa de tratar el asunto con pinzas. Si a mí me dan manos libres y usted me echa un empujón, yo le garantizo que a este buey le damos su castigo tal y como se merece.

—¿Qué clase de empujón necesitas?

—Por principio de cuentas que me lo regresen a México. Eso es lo principal.

Horacio Mijares sonrió con aire de suficiencia. Se rascó la nariz.

—Dalo por hecho —dijo.

De nuevo Jesús ante Pilatos (23, 13-25)

¡Nomás eso me faltaba, con un demonio! Hasta cuándo dejaremos de hacernos bolas y hasta cuándo dejará de hacer cada policía lo que se le antoje. Yo estoy pintado o qué. A mí vienen y me dicen y yo digo y como si hablara a las piedras, siempre hay un pretexto para torcer una orden o nunca falta un telefonazo para cambiar las cosas a beneficio

de quién. Si yo a veces no entiendo menos van a entender mis gentes y así mejor renunciar. Dónde está el poder entonces. Cuál poder o cuál justicia hasta para casos de segunda o de tercera. Es el colmo. Era clarísimo. Un pobre loco deschavetado y se acabó. Que lo encierren y punto. Según yo, ni siquiera eso valía la pena, carambas, tanto escándalo para un caso de nada que a fuerzas me obligaron a enredar para convertirlo en el chivo expiatorio de otros casos sin resolver no por mi culpa ni por culpa de nuestra dependencia, sino por la maldita culpa de ese montonal de policías y más policías cada vez más fuera de control, quién iba a pensarlo. Pero en fin, yo no estoy para ésas ni voy a arriesgar mi puesto por un caso que ni siquiera vale el coraje. Ya me tienen hasta la coronilla. Primero me agarraron los dedos entre la puerta y con el pretexto de la amnistía me hicieron soltar a ese infeliz de Benito Barrera. Está bien. De acuerdo. Con eso ganamos un poco de prensa y hasta los radicales nos dedicaron por ahíun elogio, pero ahora me voltean la tortilla, y a un pobre loco sin antecedentes penales me lo convierten en preso político. Qué pretenden, caray. De veras quisiera saberlo, qué buscan. ¿Volver a que siga habiendo presos políticos y lanzar en mi contra a los radicales para agarrarme de nuevo los dedos entre la puerta? ¿Eso buscan? O ponerme de pique con Gobernación. Y ahí sí no le entro, ni de chiste. Por un pobre diablo no voy a jugarme ni el prestigio ni el puesto. Cojan a su preso y hagan con él lo que quieran. Llévenselo al Campo Militar, desaparézcanlo, mátenlo, yo no muevo un dedo más, ni sé, ni me entero, ni oigo, ni nada. Es suyo. Ahí lo tienen. Yo me lavo las manos como Pilatos.

Camino del Calvario. La Crucifixión. Jesús en la cruz ultrajado. El "buen ladrón". Muerte de Jesús. Después de la muerte de Jesús (23, 26-49)

Lo sacaron de la celda, alguien le robó su chamarra, y a empujones lo metieron en una camioneta panel. Era otra celda más, rodante y sucia. La única luz le llegaba por un par de ventanillas enrejadas, abiertas en la parte superior de las puertas traseras.

Con Jesucristo viajaban dos presos y dos policías uniformados, uno de éstos chimuelo. Los cinco iban sentados sobre el piso trepidante.

Apenas la camioneta se puso en movimiento, el preso que tenía el cabello hasta los hombros preguntó al policía chimuelo:

—¿A dónde nos llevan mi cabo, se puede saber?

—A la chingada —respondió el policía.

El compañero del preso, un hombre chato de piel cetrina, soltó una risotada y comentó con sarcasmo:

—Cómo ha progresado la educación de la autoridad, ¿no te parece?

—Cállese pendejo —gritó el policía amagando con el puño un golpe que no tenía intenciones de lanzar.

—No se enoje, mi cabo.

—¡Cállese!

La tos de Jesucristo llenó el silencio provocado por el grito del policía. Desde que estaba en la celda de la procuraduría de Toluca había empezado a sufrir aquellos accesos interminables: parecía como si de un momento a otro fuera a arrojar las vísceras y el alma misma; terminaba ahogándose, sangrando por la boca, sacudido por los escalofríos. Después: la respiración jadeante, fatigosa.

—Carajo compañero, se está usted muriendo —dijo el de la piel cetrina—. ¿Pues qué le hicieron?

—¿No ves, buey? —dijo el del pelo largo—. Trae una madriza de días, ¿o no?

Jesucristo asintió tratando de sonreír.

—Por ésas tú nunca has pasado mhijo —continuó el de pelo largo.

—Tú qué sabes.

—Bueno, yo no. El día que me chinguen así me cai que me muero.

—Son unos hijos de su pelona.

—No saben lo que hacen —dijo Jesucristo.

Seguramente circulaban por una calle de mucho tránsito porque la camioneta frenaba a cada rato y por momentos se mantenía largo tiempo inmóvil. El ruido de autos y camiones, algunas voces, silbatazos, gritos, llegaban hasta el cajón de la panel como desde un mundo lejano al que los prisioneros tardarían en regresar, o no: a lo mejor no verían nunca más las calles, los edificios, los parques, los mercados, la gente moviéndose en libertad.

El hombre del cabello largo se había soltado a hablar como una tarabilla. Contaba a Jesucristo cómo se asoció con su compañero para dedicarse al robo, y cómo los agarraron al mes de iniciado un negocio que pintaba muy bien: asaltaron una gasolinería, y como uno de los empleados se resistió a lo tarugo, se lo llevaron por delante de un balazo. No era la primera vez que estaban presos; cada quien por su lado y en su tiempo habían pasado desde muchachos por tribunales para menores, correccionales, cárceles. El de la piel cetrina tenía tres muertes en su contabilidad y él solamente una; ahora dos con la de ese buey, dijo sonriendo.

—¿Y tú? ¿A ti por qué te agarraron, qué hiciste?

La fatiga impedía hablar a Jesucristo. Sudaba a chorros y los accesos de tos se le presentaban cada vez más seguidos. Meneó la cabeza en lugar de responder al del pelo largo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó éste.

—Jesucristo Gómez.

El de la piel cetrina peló tamaños ojos. Enderezó la espalda y dobló las piernas como escuadras, a la manera yoga:

—¿De veras tú eres Jesucristo Gómez? No me digas, carajo, mira qué cosa.

—¿Lo conoces? —preguntó el de pelo largo.

—Lo oí hablar una vez en Iztapalapa… Anduviste por Iztapalapa, ¿verdad?

Jesucristo movió afirmativamente la cabeza.

—Si me acuerdo rete bien… Pero no eres ni tu sombra, cabrón, qué jodido estás.

—¿Era merolico?

—Más o menos —dudó el de la piel cetrina.

—¿Y qué vendía?

—No, no vendía nada. Hablaba de justicia y de quién sabe cuántas chingaderas. Se soltaba duro contra las autoridades, ¿no es cierto?… Pero lo hubieras visto cómo hablaba de recio y de encabronado. Y la gente, pendeja como siempre, se quedaba con la bocota abierta nomás oyéndolo. Los dejaba lelos. ¡Puta, hasta a mí me impresionó!

—¿Y por eso te agarraron?

El de la piel cetrina no dio tiempo a que Jesucristo se esforzara en responder:

—Pero ya viste para qué chingaos te sirvió tanto discurso.

—Tú qué sabes —protestó el del cabello largo.

—Le sirvió para una pura madre, cómo no voy a saber. ¿No lo estoy viendo? A poco no, Jesucristo: hablabas de salvar a los jodidos y ni siquiera tú te pudiste salvar.

Un acceso de tos más breve que los anteriores interrumpió al cetrino. Cuando Jesucristo se repuso, sus ojos se empañaron de lágrimas. A través de ellas miraba con tristeza a su compañero en desgracia.

—¿O todavía tienes esperanza? —continuó burlonamente el cetrino—. Porque si todavía te sientes tan salsa como allá en Iztapalapa, a ver si te salvas de ésta y nos salvas a nosotros, ñero. —Soltó una risa.

—Deja de fregar —dijo el del cabello largo—. ¿Qué trais con él?

—Es que me chingan los redentores de los pobres.

—¿Por qué buey?

—Mira cómo acaban, por habladores.

—Si por eso acaban así, vale la pena. —El del pelo largo miró cordialmente a Jesucristo. —Me cai que sí.

Por primera vez los policías se interesaban en la plática, aunque trataban de disimularlo. Sus ojos iban de uno a otro de los presos, de aquí para allá.

La camioneta llevaba como quince minutos detenida a causa de un embotellamiento de tránsito, al parecer. Se oían sonar cláxones y de cuando en cuando los gritos de los automovilistas enfurecidos. Con un arrancón repentino la panel reanudó la marcha, pero el recorrido no duró tres segundos: se frenó de sopetón y el jalonazo derribó a los presos y a los policías.

El del pelo largo ayudó a sentarse de nuevo a Jesucristo. Le dijo, muy quedo:

—Si de pura chingadera sales de ésta y tienes por ahíuna palanca, no te olvides de mí.

Jesucristo lo miró:

—Tú te vas a salvar —dijo.

—Dios te oiga y nos salvemos los dos.

—Yo no, ya estoy en las últimas. —Hablaba como si fuera un fuelle, jalando aire.— ¿Y sabes qué me pesa? Que tu amigo tiene razón: fracasé.

—No digas eso, ñero.

—Fracasé —repitió Jesucristo en el momento en que un borbotón de sangre escapó violentamente de su boca. Se enderezó sobre las rodillas desesperado, ahogándose. Con las manos crispadas se sujetó el cuello. Se tensaron sus músculos. Se puso tieso.—¡Dios mío ayúdame! —gritó por última vez Jesucristo, y cayó de canto como un chivo degollado.

Salpicados por la sangre los dos presos se lanzaron sobre su compañero. El del pelo largo lo levantó de los hombros mientras el cetrino gritaba a los policías:

—¡Muévanse cabrones! Se está muriendo, díganle al chofer.

Los policías se miraban entre sí desconcertados, no sabían qué hacer. Entonces el cetrino se puso a golpear la lámina que daba hacia la cabina.

—Párense, cabrones, párense.

No por los golpes, sino por un nuevo atorón en el tránsito de la calzada, la camioneta se detuvo. Uno de los policías abrió las puertas traseras, saltó a la calle y corrió hasta la cabina del chofer para avisarle que un preso se le estaba muriendo, se murió ya, quién sabe, no sé.

Fue cuando la calzada comenzó a trepidar. De momento muchos automovilistas no sintieron el temblor, pero cuando vieron a la gente despavorida, cuando los muros de un templo en construcción se vinieron abajo estrepitosamente, el pánico se hizo absoluto.

—¡Está temblando!

—¡Terremoto!

Gritaba la gente por aquí y por allá. Salía corriendo por las calles. Grandes grietas se abrieron en el pavimento y de un automóvil

escaparon los alaridos interminables de una mujer.

Otro muro se derrumbó.

Aprovechando el desconcierto y el miedo de los policías de la camioneta panel, el preso del cabello largo vio las puertas abiertas y salió huyendo a toda carrera. Su compañero quiso seguirlo, pero el policía chimuelo lo golpeó en la cabeza con la culata del fusil. Mientras el cetrino se derrumbaba conmocionado, la mirada del chimuelo tropezó con el cuerpo tendido de Jesucristo: tenía los ojos abiertos, grandes como pelotas, y su rostro se aplastaba sobre el vómito de sangre.

Se escuchaban cláxones, gritos, ruidos horribles.

Un balazo al aire, tardío, trató de parar inútilmente al preso del cabello largo.

—¡Se escapa!

—Se escapó, chingada madre —dijo el policía a su compañero cuando se acabó el temblor pero no el alboroto en la calzada y los alrededores.

El chimuelo no respondió. Miraba y miraba el cadáver de Jesucristo Gómez. Murmuró en voz muy baja, apenitas:

—Parece como si este tipo fuera no sé qué.

Sepultura de Jesús (23, 50-56)

Don Pepe Artime llevaba diecinueve años trabajando en la oficina de Relaciones Públicas de la procuraduría. Era un empleado eficiente, puntual, y sobre todo muy querido por sus compañeros y superiores. Dos años fue premiado como el mejor burócrata de la dependencia, lo cual contribuyó a acrecentar privilegios de los que ya gozaba, pese a su modesto cargo, gracias a esa buena reputación ganada a lo largo de los años.

Su único desplante de rebeldía era reciente. Ocurrió a raíz de la aprehensión de Jesucristo Gómez a quien don Pepe conocía de oídas y a quien admiraba por lo que contaban de él. El burócrata se molestó muchísimo al enterarse de que en los separos de la procu estaban golpeando horriblemente a Jesucristo, y trató de mover sus pequeñas influencias para hacer algo en favor de aquel inocente: no hay derecho, decía, están equivocados, ese hombre puede ser todo menos un criminal. Por supuesto nada logró. En la oficina de agentes y en la de averiguaciones previas le pararon el alto, y cuando quiso tratar el tema con el subprocurador, éste le hizo sentir que allí topaba con hueso: las influencias de don Pepe no llegaban a tanto.

El desplante de rebeldía no dio para más. Don Pepe Artime refrenó los impulsos de su buen corazón y regresó a sus tareas sumiso y obediente como siempre.

Fue Lupita Mendiolea quien le dio la noticia aquella tarde. Artime

se dirigía a la oficina del subprocurador con un altero de fólders cuando se encontró a la secretaria en el descanso de las escaleras.

—¿Ya supo don Pepe?

—Qué.

—Mataron al maestro.

—¿Qué maestro?

—A Jesucristo Gómez, don Pepe.

Artime estuvo a punto de soltar los fólders.

—Parece que se les pasó la mano —explicó Lupita Mendiolea.

—¿Está segura?

—Sí, me lo acaba de contar Munguía.

Artime no esperó a oír detalles: se reacomodó los fólders y salió disparado.

—No vaya a decir a nadie que yo le dije —trató de aclarar Lupita Mendiolea, pero el burócrata ejemplar ya no volvió siquiera la cabeza.

El subprocurador no tuvo reparo alguno en confirmar a don Pepe la muerte de Jesucristo Gómez:

—Realmente es una desgracia, pero ya sabe usted cómo son estas cosas.

—¡Es un crimen! —exclamó Artime.

—Digamos más bien que es una desgracia.

Artime contuvo una segunda exclamación. Se mordió los pellejitos de los labios.

Ahora el subprocurador revisaba el contenido de los fólders que el burócrata le había puesto delante, sobre el escritorio.

—Muy bien —dijo el subprocurador al terminar—. Gracias, don Pepe.

Artime no se movió de su sitio.

—¿Y ahora qué van a hacer? —preguntó.

—Qué vamos a hacer con qué.

—Con Jesucristo Gómez.

—Nada, don Pepe.

—Les van a avisar a sus familiares, me imagino.

—Sus familiares no viven aquí.

—Pero tenía muchos amigos, tenía discípulos…

—Ésos andan escondidos, muertos de miedo —sonrió el subprocurador en el momento en que se escuchó el timbre del aparato intersecretarial. Levantó la bocina del teléfono.

Mientras el subprocurador atendía la llamada, don Pepe Artime se paseó nervioso frente al escritorio, tensándose el cabello y sin dejar de morderse los pellejitos de los labios. Esperó a que el funcionario colgara la bocina para preguntar:

—¿Sabe usted qué van a hacer con el cadáver, licenciado?

—¿El de Jesucristo Gómez?

Artime asintió.

—No sé —dijo el subprocurador—. Yo no tengo que ver en el asunto.

—¿Me podría hacer un favor, licenciado?… Ya una vez abogué por Jesucristo Gómez y no se pudo; a ver si ahora.

—¿Cuál favor?

—Deje que yo recoja el cadáver.

—No sea loco, don Pepe, ¿para qué lo quiere?

—Hágame ese favor, licenciado. A usted qué le cuesta.

De nada sirvió la tarjeta firmada por el subprocurador. Ya era demasiado tarde: el cadáver de Jesucristo Gómez había sido llevado al Anfiteatro Juárez y depositado luego en una fosa común del Panteón de Dolores.

VII

Después de la Resurrección

El sepulcro vacío. Mensaje del Ángel. Los apóstoles no creen a las mujeres. Pedro en el sepulcro (24, 1-12)

Pregunte y pregunte, don Pepe Artime logró dar con los discípulos en Iztapalapa y les soltó la noticia. Ahí fue el lloriquear de mujeres y el lamentarse de los hombres. Llanto, pena, rabia. Unos hablaban hasta de levantarse en armas, pero los más proponían esconderse mejor o de plano largarse lejos porque si habían matado a Jesucristo no sería nada raro que también quisieran eliminar a sus seguidores; podía ser.

Aunque don Pepe Artime explicó muy clarito que el cadáver de Jesucristo estaba en una fosa común sin registro ni señas, las mujeres se entercaron en ir a buscar la tumba a donde fuera. Dicho y hecho: muy de mañana, al día siguiente, María Magdalena, Juana Morales y María la de Santiago la emprendieron hasta el Panteón de Dolores. Compraron zempazúchiles en la entrada y se echaron a recorrer las callecitas en busca de las fosas comunes. Nadie les daba razón. Los visitantes del cementerio decían quién sabe o les aconsejaban preguntar en las oficinas que están allá atrás: ¿no vieron el edificio al llegar?

Dos tipos con facha de sepultureros se cruzaron con las mujeres cuando éstas regresaban ya rumbo a las oficinas. Los dos llevaban sombreros de palma. Uno cargaba una cubeta, el otro un zapapico.

María Magdalena los detuvo:

—Perdón. ¿No saben ustedes dónde está la fosa común?

El del zapapico miró al de la cubeta. Éste aclaró:

—Hay muchas fosas comunes.

—¿A quién buscan? —preguntó el hombre del zapapico.

—Nos dijeron que ahí enterraron al maestro, antier.

—Pero sin registro ni nada —completó Juana Morales.

—¿Qué maestro?

—Jesucristo Gómez —dijo María de Santiago—. ¿Ustedes no saben de casualidad?

—Si no tiene registro va a estar muy difícil saber —dijo el hombre de la cubeta—. O a lo mejor en las oficinas les dan alguna información…

—Yo conocí a Jesucristo Gómez —interrumpió el del zapapico.

—¿Lo conoció?

—Lo conocí muy bien.

—¿Lo conoció de veras? —volvió a preguntar Juana Morales.

—Y supe todo lo que pasó.

—¿Supo cómo lo mataron?

El hombre del zapapico se quitó el sombrero y se apoyó en el palo de su herramienta como en un bastón:

—Para mí esos hombres no mueren nunca —dijo—. Pueden matarlos pero no se mueren. Al contrario, siguen cada día con más vida, como quien dice.

María Magdalena empezó a sollozar.

—Hay que echar la tristeza a la basura, señora. Acuérdese de lo que él decía… El camino es para adelante y él no ha dejado de caminar.

—No tiene caso buscar a un muerto —completó el hombre de la cubeta.

María Magdalena, Juana Morales y María la de Santiago regresaron a Iztapalapa y contaron a los discípulos su plática con los hombres del Panteón de Dolores.

—Pero encontraron la tumba —dijo Pedro Simón.

—Nos regresamos.

—¿Cómo que se regresaron?

—¿Por qué?

—Nos dijeron que el maestro estaba vivo.

—Que seguía caminando.

—¿Eso les dijeron?

Juana Morales buscó apoyo en María Magdalena y María la de Santiago:

—Eso mismo, ¿verdad?

—No puede ser. El señor Artime está muy enterado de todo.

—Pues eso nos dijeron.

—A lo mejor resucitó.

—¡No seas pendeja!—gritó Santiago el de Aguascalientes a su esposa.

Los discípulos no quisieron seguir discutiendo con las mujeres, pero esa misma tarde Pedro Simón fue al Panteón de Dolores. No encontró a los sepultureros ni en las oficinas le supieron informar. Tristón, cariacontecido, se echó a caminar por las callecitas, entre las tumbas, y entonces comprendió.

Los discípulos de Emaús. Aparición a los apóstoles.
Últimas instrucciones a los apóstoles.
La Ascensión (24, 13-53)

Santiago Zepeda convenció a su hermano Juancho de que se largaran

de Iztapalapa antes de que les cayera encima la policía, no fuera a ser. Tomaron un camión de los que van a Cuautla. Ellos no iban hasta Cuautla sino a Yecapixtla nada más, donde tenían un cuñado. En su casa pensaban esconderse por una temporada.

Aunque el camión llevaba muy pocos pasajeros, Santiago y Juancho prefirieron sentarse hasta atrás para platicar sin miedo de sus cosas: de Jesucristo Gómez, de la maldita desgracia de su muerte, de cómo ahora se les había desmoronado la vida después de que todo iba tan bien. Los recuerdos se juntaban a sus quejumbres. ¿Te acuerdas cómo lo conocimos, cómo nos enganchó, cómo le entramos duro con él? Te acuerdas de aquí, de allá, del comandante Perales, del Paralítico Gutiérrez, de la tempestad en Nautla, de la viuda de Nares; te acuerdas de don Apolonio Zacarías… ¡Carajo, cómo lo fueron a agarrar!

Hablaban bajito, pero a veces el dolor o el coraje los hacía levantar la voz sin querer, y entonces sus palabras botaban como canicas sobre los asientos más próximos: sobre el asiento donde viajaba solitario un hombre de cabello muy negro aunque medio calvo; iba mirando el campo por la ventanilla, pero de vez en cuando giraba un poco la cabeza como para escuchar mejor la plática de Santiago y Juancho. En una de ésas el hombre se puso en pie y caminó hasta el asiento trasero. De su bolsa de yute había extraído dos mandarinas que llegando ofreció a Santiago y Juancho:

—¿Quieren?

Santiago dudó un momento, pero imitando a su hermano terminó aceptando la fruta:

—Gracias.

—Perdón por meterme en lo que no me importa —dijo después de un rato el señor de las mandarinas—. Los oí platicar y me entró curiosidad… ¿De quién hablaban?

Santiago y Juancho se miraron. Éste se hizo el distraído y para esconder su turbación comenzó a pelar su mandarina.

—Los oí decir algo de Jesucristo.

También Santiago se puso a pelar la fruta:

—No, nada.

Al señor de las mandarinas le costó trabajo sacar conversación a los dos discípulos. Desconfiados en un principio, temerosos, ambos respondían con monosílabos o trataban de sacar la plática para otra parte. Al fin, convencido de que el hombre no representaba peligro alguno para ellos, Juancho no pudo más y acabó desembuchando todo lo ocurrido al maestro. A sus lamentos se unieron los de Santiago, y entre los dos contaron al señor de las mandarinas su experiencia de aquellos años al lado de Jesucristo Gómez.

—Nosotros pensábamos que él iba a armar la revolución —terminó Juancho Zepeda.

—Y mire en qué vino a parar todo —agregó Santiago—. Todo valió para un puro cacahuate.

El señor de las mandarinas meneó la cabeza:

—Él nunca les dijo que la revolución era cosa de un día. ¿O sí les dijo?

—No, pero…

—Al contrario. Él mismo les avisó que a él lo iban a agarrar y a convertir en chivo expiatorio… Ahora es cuando su muerte coge sentido. Está clarísimo.

—No está clarísimo.

—Claro que sí.

Santiago y Juancho ya estaban entradísimos en la discusión con el señor de las mandarinas cuando el camión se acercó a la desviación a Yecapixtla. Tuvieron que levantarse y hacer la parada.

Santiago preguntó:

—¿Usted se sigue derecho?

—Voy para Cuautla —dijo el señor de las mandarinas.

—Lástima, nosotros vamos aquí nomás a Yecapixtla.

—¿Por qué no se viene con nosotros, no puede? Y seguimos platicando.

El señor de las mandarinas aceptó la invitación más rápidamente de lo que imaginaron los dos discípulos, y con ellos bajó del vehículo en la desviación. De ahí, en un camión carguero, los tres se fueron de aventón hasta Yecapixtla.

Empezaba a anochecer cuando llegaron a casa del cuñado. Éste se portó de lo más amable: los saludó muy cariñoso, les hizo mil preguntas y les llevó de cenar unas quesadillas y frijolitos. Durante la cena, el señor de las mandarinas no dejó de hablar de lo mismo que hablaba Jesucristo Gómez horas y horas a sus discípulos. La justicia. El cambio. La necesidad de trabajar durísimo para que esa semillita se convirtiera en un árbol. Hasta las dos o tres de la madrugada se estuvieron Santiago y Juancho Zepeda oyéndolo, luego que el cuñado se fue a dormir. Cayeron como troncos, pero Santiago se despertó como a la hora y media sudando y muy agitado. Había soñado quién sabe qué. Jaloneó a su hermano.

—¿Qué pasa? —se asustó Juancho Zepeda.

—Levántate. Ese hombre…

—¿Quién?

Santiago contó a Juancho su sueño y los dos corrieron al cuarto donde se había quedado a dormir el señor de las mandarinas. Ya no estaba. Se había ido de repente, sin despedirse siquiera.

—Te lo dije.

Los hermanos Zepeda no quisieron permanecer un momento más en Yecapixtla. Ese mismo día regresaron a México, a Iztapalapa, y buscaron a Pedro Simón.

Cuando terminaron de contarle su encuentro con el señor de las mandarinas y le explicaron su decisión de no echar todo a la basura, de seguir para adelante, de no permitir que el grupo se desmoronara, Pedro Simón sintió resucitar su entusiasmo. Él había llegado a la misma conclusión y le daba un gusto enorme saber que dos compañeros pensaban ya de igual forma. Ahora sólo necesitaban convencer a los demás.

No era fácil. Los demás seguían muertos de miedo y no querían saber nada de nada. A duras penas aceptaron asistir a aquellas reuniones semanales que organizó Pedro Simón y en las que él y los hermanos Zepeda trataban de animarlos a no dejar morir la causa del maestro. Pero todo se les iba en discutir. Nunca se ponían de acuerdo.

El grupo estaba ya por disolverse, ahora sí definitivamente, cuando una noche, durante una de aquellas reuniones, se presentó en el escondite de Pedro Simón el hombre que Santiago y Juancho Zepeda habían conocido camino a Yecapixtla.

Les llegó de pronto, como una aparición. Los discípulos se asustaron.

—No se asusten —dijo el hombre—. No me tengan miedo.

—¿Cómo nos encontró? —dijo Juancho Zepeda.

—Preguntando.

—¿Preguntando a quién?

—Preguntando por ahí. No fue tan complicado —sonrió el hombre.

Los que no lo conocían lo miraban con desconfianza, pero poco a poco, a medida que el hombre se metía en su discusión y se soltaba hablándoles como les había hablado a Santiago y Juancho Zepeda, los discípulos hacían a un lado el recelo y se dejaban llevar por sus palabras tan bien puestas en razón. Hasta se les figuraba estar oyendo al mismísimo Jesucristo Gómez en sus mejores tiempos.

—¿Verdad que sí?

Pedro Simón lo invitó a cenar, y el hombre cenó con ellos y siguió hable y hable:

—El único modo de hacer que Jesucristo no se muera es continuando su obra —dijo.

—Pero nosotros no podemos —protestó Felipe Higuera.

—Somos muy brutos —dijo Santiago el de Aguascalientes.

—Necesitamos una persona inteligente que nos dirija.

—Así como usted —dijo Bartolomé Martínez.

Pedro Simón extendió su mano hasta tocar el antebrazo del hombre y preguntó suavemente:

—¿A usted no le gustaría ayudarnos, ser nuestro líder?

El hombre meneó de un lado a otro la cabeza y luego recorrió con la mirada los rostros de los discípulos. Se topó con los ojos brillantes de Tomás Carrillo.

—¿Quién es usted? —preguntó Tomás Carrillo, puntilloso—. ¿A qué se dedica?

—Trabajo con la gente, en los pueblos, donde me necesitan —respondió el hombre—. Soy sacerdote.

—¿Sacerdote?

La palabra cayó como una palada de tierra en las brasas de una fogata. El primero en gritar fue Tomás Carrillo, pero al rato ya casi todos estaban insultando al señor de las mandarinas.

—Al maestro le fue como le fue por culpa de los curas.

—Son unos desgraciados.

—Infelices.

—Bola de hipócritas.

—No me juzguen por lo que soy sino por lo que hago —replicó el hombre, puesto en pie, cuando Pedro Simón llegó a su lado y lo encaminó hacia la puerta.

La escandalera continuaba.

—Perdone usted, pero es mejor que se vaya —dijo Pedro Simón empujándolo suavemente. Con la cabeza señaló a sus compañeros y agregó, en voz muy baja:

—Ahorita los ve así porque no es para menos, pero ya entendimos que el maestro no está muerto. Y eso es lo importante.

—Sí —dijo el hombre, tranquilo.

Se dio la media vuelta y salió a la noche.

punto de lectura

El Evangelio de Lucas Gavilán
D. R. © Vicente Leñero, 2012
De esta edición:

D. R. © Santillana Ediciones Generales, S. A. de C. V.
Av. Río Mixcoac 274, Col. Acacias
C.P. 03240, México, D.F. Teléfono 5240-75-30
www.puntodelectura.com/mx

ISBN: 978-607-11-1837-0
Conversión eBook: *Information Consulting Group de México, S. A. de C. V.*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Punto de lectura es un sello editorial del Grupo Santillana

www.puntodelectura.com

Argentina
www.librosaguilar.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.librosaguilar.com/bo
Calacoto, calle 13, nº 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile
www.librosaguilar.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.librosaguilar.com/co
Calle 80, nº 9 - 69
Bogotá
Tel. y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica
www.librosaguilar.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador
www.librosaguilar.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito

Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.librosaguilar.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.librosaguilar.com/es
Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.librosaguilar.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.librosaguilar.com/can
7ª Avda. 11-11
Zona nº 9
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.librosaguilar.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.puntodelectura.com/mx
Av. Río Mixcoac 274
Col. Acacias

03240, México, D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.librosaguilar.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.librosaguilar.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.librosaguilar.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.librosaguilar.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.librosaguilar.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.librosaguilar.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.librosaguilar.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51